

HERBERT RA

ALEJANDRO  
DE HUMBOLDT

3

PT2452

.R48

A7

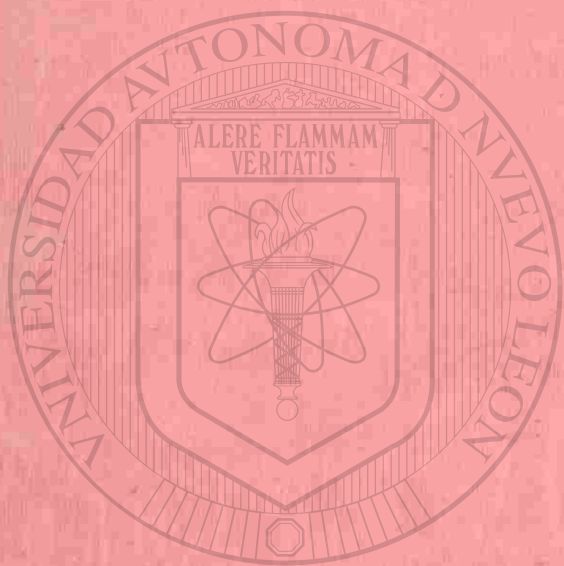
t. 5-6

y. 3

R. C.



1080013944



UANL

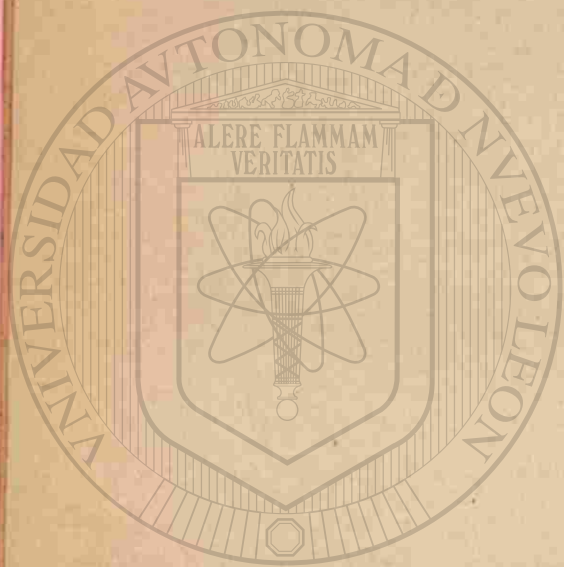
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

75/20



ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

NOVELA HISTORICO-BIOGRAFICA

POR

HERIBERT RAU

Traducida del alemán por

H. EPSTEIN.

REVISADA POR

Manuel María Romero.

CON ILUSTRACIONES.



TOM. III.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE ISIDORO EPSTEIN

Callejon de Betlemitas núm. 8.

1973.

PT2452

R48

A7

t.5-6

v.3



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156352

SÉGUNDA SECCION.

AL OTRO LADO DEL OCEANO.

U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



PRIMERA PARTE.

HUMBOLDT Y BONPLAND.

LA EDAD VIRIL DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## CAPITULO I.

### Un rayo de esperanza.

Era una noche de la primavera del año de 1793, cuando agrupada al rededor de una mesa de té en un salon de Paris, se hallaba una pequeña reunion ménos brillante que escogida; porque el que conociese de alguna manera la capital de Francia en aquella época, tenia que reconocer luego á las primeras celebridades literarias y sociales que vivian allí: *Gay-Lussac*, el célebre físico y explorador de la atmósfera; *Michaux*, cuya actividad como naturalista y viajero hacia sorprender al mundo; *Madame de Staël*, *Benjamin Constant*, *Lalande*, *Geoffroy*, *Saint-Hilaire*, el pintor francés *David*; los artistas alemanes



*Schick y Tieck*, el conde de *Schlaberndorf*, el secretario de legacion de *Brinkmann* (1) y un joven francés de cerca de veinte y cinco años de edad, *Bonpland*, que era uno de los alumnos mas distinguidos de la Escuela de Medicina y del jardin botánico y el favorito de Gay-Lussac.

La casa en que se habian reunido todas las celebridades en aquella época, una de las mas frecuentadas: era, la de *Guillermo de Humboldt* y de su esposa *Carolina de Dacheröden*.

Su grande tendencia intelectual habia llevado á Guillermo de Humboldt á un país extranjero.

En Alemania y principalmente en Prusia se veia en aquella época el horizonte político bastante turbio.

Los gobiernos y los pueblos estaban cansados; no habia ni trazas de espíritu nacional en nuestra querida patria. Si bien Guillermo de Humboldt habia tomado parte en los adelantos que habia hecho el pueblo alemán en las artes y las ciencias, tuvo necesidad, despues de una carrera diplomática de dos años, de retirarse aunque con dolor, de la escena política. Porque ¿qué era de esperarse en aquella época de la destrozada nacion alemana, á cuya cabeza se hallaban dos monarquias, que se odiaban mortalmente, sino ignominia y derrotas? ¿Qué era de desearse sino una sólida regeneracion en el interior y exterior de nuestra vida nacional y principalmente en

(1) Agregado al ministro de Suecia, Baron de Staël.

el Estado de Prusia, demasiado débil por su aislamiento?

¿Quién no preferiria, teniendo un porvenir independiente, dejar por algun tiempo un país que tiene una perspectiva tan desconsoladora, economizando sus servicios para mejores tiempos, en que pudiese esperar hacer algo de provecho para sí? (1).

Guillermo de Humboldt tenia la intencion de ir con su familia á Italia, para conocer la gente, países y costumbres; pero impedido por la guerra, se estableció en Paris, donde su casa ofreció pronto para todos los alemanes escogidos, un "point de ralliement" (2) (punto de reunion), y tambien para los franceses bastante atractivo.

Felices eran tambien en aquel dia el señor y la señora de Humboldt, que en el mencionado pequeño círculo escogido hacian los honores de la casa. Mas en esta reunion no dominaba ese pesado fastidio que en muchas de las nuestras se hace valer con frecuencia; tampoco el bullicio superficial y frívolo de la gente de los salones franceses; allí reinaba un tono, que de un modo prodigioso combinaba la agradable ligereza de la nacion francesa con el ingenio y profundidad de espíritu de los alemanes. Entre las tendencias científicas de los franceses se distinguian en aquel tiempo los estudios en la filología y las ciencias naturales. Nombres como Gay-Lussac, Lalande,

(1) Gustav Schlesier: Recuerdo de Guillermo Humboldt tomo II. pág. 10.

(2) Carta de la señora de Humboldt á su amiga Raquel en Berlin del 25 de Mayo de 1798.

Geoffroy, Saint-Hilaire, Cuvier y Delambre brillaban en el terreno de las últimas; y en el de la filología eran en parte los anticuarios, en parte los lingüistas, quienes se distinguieron. Solo una cosa se había extinguido y estaba decaída hacia mucho tiempo en Francia: el gusto por la antigüedad clásica, y despertarle y abrirle un nuevo camino, se había propuesto Guillermo de Humboldt. Su casa se había hecho por este motivo el punto de reunión de todas aquellas inteligencias, que aún tenían gusto por estas materias, mientras él mismo y su esposa podían pasar por dignos representantes del espíritu y cultura alemanes. También la literatura de ambas naciones estaba allí perfectamente representada, porque el dueño de la casa se había hecho conocer hacia tiempo en el mundo, por sus excelentes críticas y sus obras literarias. "La traducción de la cuarta oda de Píndaro," la de "Agamemnon de Equileos" y sus "Ensayos estéticos sobre Hermann y Dorotea" daban testimonio de su importante talento.

De este modo había en el pequeño círculo, que se reunía en la casa de Humboldt cada semana, en noches determinadas, bastante materia para una conversación, siempre viva é intelectual. Con esto traía cada uno de los concurrentes noticia de lo que había en su ramo, mas importante en novedades literarias; mientras algunas veces, formaba principalmente Madame de Staël, el centro de una brillante y con frecuencia muy interesante conversacion.

También en aquel día era la conversacion muy viva é interesante. El señor de Caillard, que era amigo de la casa y un sábio diplomático, iba á publicar una obra histórica. Impedido de venir aquella noche había mandado con su confidente, *Chardon de la Rochette*, una parte del manuscrito. La lectura provocó juicios diversos sobre las capacidades del autor como historiador, y de este modo se suscitó la pregunta: ¿Cuál debía ser ante todo el problema esencial del historiador?

La señora de Staël opinó: El proseguir y reproducir de una manera adecuada la reciprocidad de las fuerzas y los giros del destino; pero ante todo, comprender bien las grandes ideas que dominan en mundo, así como en las naciones.

—¡Convenido! dijo el señor de Humboldt, pero entonces deben haberse desarrollado en la mente del autor los elementos de una filosofía mas profunda de la historia.

—¿Y sucede esto acaso con Caillard? preguntó Lalande.

—¡No! contestó Guillermo de Humboldt, sonriendo. Estimo sobremanera al amigo Caillard como hombre y como diplomático, pero para ser un buen historiador carece de todo lo que se acaba de enumerar como indispensable para ello.

—Tampoco deja madurar, según parece, los acontecimientos, opinó la señora de la casa, sirviendo el té con una gracia peculiar en ella.

—¡Pues bien! dijo Gay-Lussac, dirigiéndose á Guillermo de Humboldt, ¿cuáles son los requisitos que segun vuestra opinion debe tener un buen historiador?

—¡Muy importantes! contestó éste. Vosotros los franceses sois incuestionablemente buenos maestros en el arte de escribir memorias; en esto no os iguala ninguna nacion. Pero hay una diferencia esencial entre "escribir memorias y escribir historia."

—¿Cuáles son pues los requisitos?

—¡Allá voy! dijo Humboldt, que por su conversacion olvidaba llevar á los labios la taza de té que tenia en la mano; el historiador no solamente tiene que *escribir historia y referir hechos*, sino que debe ante todo enumerar las leyes dominantes y profundas de la humanidad. Y considerando que lo que acontece está visible en el mundo de los sentidos solo en parte y lo demás se debe escribir, adivinar é inferir, y que toda la verdad de los acontecimientos está basada en la agregacion de aquellas partes invisibles para la realidad de los hechos; considerando esto, debe el historiador además penetrar en las profundidades mas secretas de la naturaleza humana para concebir y producir; escuchar ó mejor dicho acechar el obrador interno del hombre de estado, del héroe, del sábio, del poeta y del artista; proyectar los límites de sus atribuciones y finalmente indicar con habilidad los puntos delicados de contacto, que se presentan entre estas sobresalientes notabilidades y la vida interior de las naciones.

—Teneis razon, dijo Gay-Lussac. Así como la mas

sencilla descripcion de la naturaleza necesita ante todo el aliento tomado de la totalidad del objeto de la misma naturaleza, para hacer comprender su carácter interior, que ni se puede medir ni descubrir; así tambien la historia necesita de una contemplacion superior é intelectual del mundo, para poder abrazar todos los hilos de la accion humana y á la vez todo el sello de las ideas superiores.

—Y, agregó Guillermo de Humboldt, presentar lo acontecido aunque en pura objetividad, pero tambien en su íntima conexion con la suma de la existencia y con todas las direcciones del espíritu humano.

—Vuestros requisitos son muchos, dijo la Sra. de Staël; mas estoy enteramente de acuerdo con ellos; solo creo necesario que todos los historiadores sean á la vez en cierto modo adivinos.

—¡Excelente palabra! dijo el dueño de la casa con entusiasmo; vos me habeis comprendido y teneis aquella mirada misteriosa, fija en la profundidad de la naturaleza humana y en el porvenir que queria indicar.

—¡Un don del cielo, mas propio de la mujer que del hombre! dijo Benjamin Constant.

—Es pues necesario que el hombre lo aprenda de la mujer, continuó Humboldt. El que quiera escribir historia, debe ante todo observar de lejos la entrada de las nuevas ideas, que han agitado á la humanidad por largas épocas; debe leer lo futuro siempre en el pasado y saber manejar la materia de que quiere tratar, investigando las luchas por estas ideas y su realizacion.

—En esto tiene que abarcar muchos escollos, dijo la Sra. de Staël con la vivacidad que le era peculiar.

—¿Y cuales son estos escollos? preguntó Gay-Lussac.

—¡Presumo lo que quiere decir la Sra. de Staël! dijo Humboldt.

—¿Qué es pues? preguntó ésta.

—Debe tener cuidado, de no sustituir la realidad con las ideas formadas por él.

—¡Justamente! dijo la Sra. de Staël, y los magníficos ojos de aquella mujer nada ménos que hermosa, chispeaban de tal manera, que parecia ser otra y en esta excitacion se le podia llamar verdaderamente admirable. La independenciam y lo circunspecto de su opinion debia haberle formado una segunda naturaleza, para aplicarla á considerar cada acontecimiento por separado; pues ninguna idea que conmueva á la humanidad está aislada del conjunto en general y de todo lo que acontece, hay una parte fuera de la esfera de una observacion inmediata. Si falta al historiador aquella independenciam de opinion, no puede conocer los acontecimientos ni en su extension, ni en su importancia; pero si le falta la circunspeccion, ofende la sencillez y la verdad de los sucesos.

—Es singular, dijo el consejero de legacion, de Humboldt, (este título llevaba Guillermo hacia muchos años), como esta opinion de nuestro amigo me hace recordar á mi excelente hermano Alejandro. Si no fuera naturalista, debia ser historiador. Las muchas cualidades

que hemos supuesto en un buen historiador, posee mi hermano en mayor grado como naturalista.

—Espero que pronto le verémos aquí, dijo el digno anciano Lalande, que como excelente astrónomo estaba en correspondencia con Alejandro de Humboldt.

—¡Seguramentel contestó Guillermo. Le he escrito, lo que me ha comunicado en confianza nuestro amigo Gay-Lussac; es decir que el Museo nacional de aquí está preparando una expedicion, que bajo el mando del capitán *Vaudin* ha de emprender un viaje de exploracion al hemisferio central.

—Y os doy mi palabra, dijo la señora de Humboldt, que ésta noticia le dará alas. Su anhelo de visitar países desconocidos, le traerá con la velocidad del viento.

—Tanto mas, cuanto que este deseo se ha aumentado á causa del fracaso de su último proyecto; dijo el hermano.

—¿No intentaba hacer un viaje á Egipto? preguntó Michaux.

—¡Sí! dijo la señora de la casa, haciendo de nuevo los honores de la mesa y sirviendo el té. Mi cuñado no tiene suerte en la realizacion de sus deseos y esperanzas mas ardientes. Tan luego como hay un rayo de esperanza, sucede algo que la desvanece.

—¿De que modo? preguntó la señora de Staël.

—Primeramente, intentó Alejandro, en union de su compañero de estudios *Leopoldo de Buch*, á quien conoció como excelente geólogo en la escuela de minas de Frei.

berg, emprender un viaje para Italia; la guerra impidió su realización. Después se resolvió en Salzburg, á tomar parte en una expedición al Bajo-Egipto. En unión de otro amigo, trataba de ir por el Nilo hasta Aruan, para explorar los monumentos gigantescos de los antiguos egipcios y continuar después el viaje por la Palestina y la Siria; pero también este proyecto fracasó á causa de los acontecimientos políticos. (1)

—Mucho será su contento al saber mi última noticia, dijo el dueño de la casa; y mas cuando sepa que encontrará para esta expedición en nuestros amigos Michaux y Bonpland tan excelentes compañeros de viaje.

—También nosotros nos alegramos de tener por compañero al Sr. de Humboldt, dijo el joven Bonpland, retoreciendo su hermoso bigote. Su obra: "Florae Freibergensis specimen" (2) es excelente y muestra á un hombre de grandes talentos. ¡Cuán ingeniosos y exactos son los resultados de sus observaciones, que hizo en aquel distrito de minas!

—Fué dos años después de que habíamos dejado la universidad de Göttingue, añadió el consejero de legación. El célebre Werner, el fundador de la geognosia, le había atraído á la academia de minas en Freiberg. Yo

(1) Dr. W. Klenke. Alejandro de Humboldt, pág. 39.

(2) "Flora de las plantas criptógamas de la comarca de Freiberg" 1793.

acababa de dejar justamente el servicio del Estado, que había ensayado por dos años para entrar en otro mas ameno.

Dichas estas palabras estrechó Guillermo de Humboldt la mano de su esposa con una feliz sonrisa.

—¡No, Guillermo! dijo ésta con amabilidad, no era, sino un estado, que espero te cautivará por mas tiempo que la diplomacia.

—Lo creo también, dijo Guillermo de Humboldt, riendo. Pero hablabamos de Alejandro. Bonpland tiene razón en llamar la Flora de Alejandro una obra excelente. Apenas he encontrado una cosa mas interesante que sus observaciones sobre los criptógamos hallados en los tiros de las minas.

—Y sus aforismos de la fisiología química de las plantas, dijo Gay-Lussac; cuán excelentes son. Los pongo al lado del hermoso trabajo: "Sobre el músculo excitado y la fibra nerviosa." En estas producciones de un hombre, que apenas tiene una edad de veinte y nueve años, podemos aprender algo nosotros los franceses, principalmente lo que concierne á las agudezas del raciocinio, á la reposada claridad de los pensamientos, así como á la intensidad y perseverancia en las investigaciones.

—Si conseguimos, dijo Bonpland con la viveza caracter francés; que el señor de Humboldt sea agregado á la expedición.

—Lalande y yo hacemos todo lo posible para conseguirlo, dijo Gay-Lussac.

—Además, añadió Guillermo de Humboldt, si fuera

necesario, haria mi hermano el viaje á sus propias espensas.

—Esto sería un sacrificio demasiado grande para un particular, tanto mas cuanto que el gobierno utiliza sus investigaciones.

—¿Sacrificios? dijo la señora de Humboldt. No conocéis aún á mi cuñado, si creéis que retroceda ante sacrificios, cuando se trata de realizar un deseo que lleva en su razon desde muy jóven.

—Mi mujer tiene razon, dijo el consejero de legacion. Alejandro ha hecho de la resolucion de visitar el continente americano, el problema de su vida; se ha preparado desde la edad de diez y ocho años con viajes en Europa, para poder comparar las experiencias geológicas que ha hecho con la constitucion geológica de América; además en sus viajes preparatorios ha procurado adquirir los conocimientos prácticos en el manejo de aquellos instrumentos, tan necesarios para las exploraciones que se ha propuesto emprender.

—Todo esto he hecho valer en mi solicitud al gobierno, dijo Gay Lussac.

—Pero todavía no sabeis una circunstancia, continuó Guillermo de Humboldt sonriendo, que demuestra la grande abnegacion de mi hermano.

—¿Y cuál es?

—En el año de 1796 cuando murió nuestra inolvidable madre, heredé el castillo de Tegel, y Alejandro la hacienda Ringenwalde en Neumark. Mas, ¿qué era

para él la posesion de una hacienda, en comparacion de su gran proyecto? Para estar libre bajo todos aspectos, y poder disponer de su fortuna en favor de la ciencia en todo tiempo, vendió la hacienda de Ringenwalde al poeta Francisco de Kleist, encargando á nuestro antiguo maestro y amigo, á un excelente hombre que se llama Kunth, que fué tambien administrador de mis bienes, todo el cuidado de su fortuna movable. Podeis ver, por consiguiente, que en caso ofrecido podria hacer el viaje á sus propias expensas.

La Sra. de Staél habia escuchado hasta entónces guardando silencio; pero luego prorumpió en elogios con gran entusiasmo, por una abnegacion de esta clase y un anhelo tal hácia un alto objeto. Toda la concurrencia tomó parte en la conversacion que siguió, y que se mantuvo con toda la vivacidad del carácter francés.

Repentinamente abrieron la puerta del salon, y un hombre alto y de buena presencia, vestido de viaje, entró en él. En sus suaves é inteligentes facciones se mostraba una grande alegría, una dulce satisfaccion; y cuando extendió los brazos gritando: «¡Guillermo! ¡Carolina!» le contestaron voces llenas de júbilo: «¡Alejandro! ¡Alejandro!» y estaba ya en los brazos de su hermano y de su cuñada.

Alejandro, despues de haber recibido de su hermano la noticia de esta expedicion, se habia apresurado en efecto á llegar á Paris.

Al fin se habian de cumplir sus mas ardientes deseos; al fin podia tomar participio en una gran expedicion científica y en un viaje que tenia por objeto explorar minuciosamente aquellos países, por los cuales se habia estusiasmado desde su mas tierna infancia y mas aún desde que conoció á George Forster.

Cuando se comienzan á ver cartas geográficas y á leer las descripciones de los navegantes, se siente por ciertos países y ciertos climas una especie de predileccion, de que no se puede dar cuenta en una edad mas madura. Las impresiones de esta clase ejercen entónces frecuentemente una influencia no insignificante en nuestras resoluciones, y como por instinto, tratamos de acercarnos á los objetos que habian tenido desde mucho mas ántes, un secreto atractivo para nosotros.

Cuando Alejandro de Humboldt, peço despues de haber salido de la Universidad se ocupó del cielo, no para estudiar formalmente la astronomía, sino solo para conocer los planetas, sintió aquella congojosa inquietud que es extraña á los hombres que están acostumbrados á una vida sedentaria.

Le parecia imposible renunciar á la esperanza de mirar un dia aquellas constelaciones magníficas en el polo del Sur. Con el deseo impaciente de conocer los países ecuatoriales, no podia levantar los ojos hácia la bóveda



Era un grande y atrevido proyecto el que estaba basada la expedicion francesa hácia el mar del Sur, bajo el mando del capitan Vaudin.

Se querian visitar las posesiones españolas en la América del Sur, desde la embocadura del Rio de la Plata, hasta el reino de Quito y el istmo de Panamá. Las dos corbetas destinadas para esta expedicion debian llegar en seguida al Archipiélago del mar del Sur, á la Nueva-Holanda para explorar sus costas desde Vandiemensland hasta Ruysland, detenerse en Madagascar, y volver por el Cabo de Buena Esperanza.

estrellada, sin fijarse en la cruz del Sur y recitar los sublimes versos del Dante, relativos á estas constelaciones. (1)

Cuántas veces exclamaba en aquella época:

Io mi volsi a mandestra e posi mente  
All' altro polo, e vidi quattro stelle,  
Non viste mai fuor ch'alla prima gente.

Goder parca lo ciel di lor fiammelle,  
O settentrional vedovo sito,  
Poi che privato se' di mirar quelle. (2)

¡Y ahora debía ver las magníficas constelaciones, debía ver esas islas del mar del Sur, las ideales de Forster, esos países llenos de las mas preciosas maravillas de la naturaleza!

¡Oh, si el amigo Forster hubiese vivido aún para tomar parte en este viaje!

(1) *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent*, par A. de Humboldt et A. Bonpland, tom. I. pág. 209. (Viaje de Alejandro de Humboldt á las regiones equinocciales del nuevo continente.) Traducción de Hauf pág. 183.

(2) Volteeme á la derecha y fácilmente  
Miré hácia el otro polo, cuatro estrellas  
Que no miró jamás, ninguna gente.

Gozaba el cielo con sus flamas bellas,  
Del Septentrion, ¡oh solitario sitio!  
Estás privado de mirar aquellas.

Pero Forster ya no existia.

La tormenta de la revolucion francesa le habia arrastrado. Como uno de sus mas ardientes adictos le enviaron los republicanos de Maguncia á Paris, para solicitar de la Convencion, que Maguncia entrara en la alianza de la libertad. Entónces el destino, que le habia perseguido tanto, se apoderó de él con manos de fierro. Vuelto á Maguncia, tuvo la desgracia de perder, al tomar los prusianos la ciudad, su fortuna, su biblioteca y sus manuscritos. A este golpe siguió otro no ménos fuerte, el divorcio de su esposa, que se casó con su permiso con su amigo Huber. En la India debía ocultar sus pesares, cuando la muerte, cuatro años despues de la época de que tratamos, hirió su noble corazon.

Alejandro habia sentido mucho su pérdida, y el doloroso recuerdo del amigo infortunado se le hacia mas sensible entónces, por sentirse él mismo mas contento, pues el permiso de tomar parte en la expedicion, lo habia conseguido del gobierno francés, y se estaba preparando para el viaje, por lo que su espíritu se embriagaba con las esperanzas mas halagüeñas. Todo el mundo, toda la naturaleza se le debía abrir..... debian ser suyos en cierto modo. La naturaleza es para la contemplacion del hombre pensador, la uniformidad en la pluralidad, la combinacion de lo variado en la forma y composicion, y el contenido de las cosas y fuerzas naturales, como un vivificante conjunto. El resultado mas importante de estas ingeniosas investigaciones físicas es por consiguien-



te, el conocer la uniformidad en la variabilidad, de comprender en lo individual todo aquello que nos presentan las invenciones de los últimos tiempos; el clasificar minuciosamente los detalles y sin embargo, no estar abrumado bajo su peso; teniendo presente el sublime destino del hombre, *de comprender el espíritu de la naturaleza, que está oculto debajo de la capa de los fenómenos.* (1)

De este modo pensó obrar Alejandro de Humboldt en el gran viaje, respecto de la naturaleza; de este modo esperó en un feliz anhelo, que su acción se extendiese mas allá de los estrechos límites de los conocimientos adquiridos, y que al fin conseguiría, al comprender la naturaleza, dominar la materia bruta con la contemplación empírica por medio de *las ideas.*

El que haya puesto toda su vida, toda su tendencia, todos sus deseos y esperanzas, en una palabra, todo su ser en una gran empresa, cualquiera que ella sea, y al fin, después de luchar por muchos años, después de miles de dificultades y contratiempos, logra su objeto, viendo cerca la resolución del problema de su vida; solo él puede comprender los sentimientos de Alejandro en aquella época.

Mientras llenaba su alma un bienestar indescriptible, un gozo indeleble, le hacían dichoso aún los mismos preparativos. Estaba aprendiendo el árabe; entró en relaciones con los naturalistas y matemáticos mas célebres

(1) Kosmos, part. 1<sup>a</sup>, pág. 6.

de Paris, y su obra *Investigaciones sobre la composición de la atmósfera*, que había comenzado ántes, la continuó entónces en union del célebre físico Gay-Lussac, emprendiendo experimentos eudiométricos (1) para una *descomposición química* de la misma atmósfera, repitiéndolos en todos los cambios de temperatura y de las estaciones, lo cual le hizo adquirir una gran fama por sus conocimientos, relativos á este importante ramo. Estas sábias investigaciones se ligaban con otras, que había comenzado en las minas de Freiberg, es decir sobre *los gases subterráneos.* También en este ramo trabajó Alejandro con empeño en union de Gay-Lussac, y principalmente con otro amigo á quien había cobrado mucho cariño, y este era el jóven *Aimé Bonpland.*

Bonpland era un hombre amable, un verdadero francés; bien parecido, que fácilmente se impresionaba; de un exterior inteligente; ojos vivos, cabellos negros rizados, finas facciones, que llevaban el sello inequívoco de su nacion, manos y piés pequeños y un humor siempre alegre.

Habiendo estudiado medicina, interrumpió estos estudios por cumplir con la obligación de ser soldado, y después de haber servido en clase de cirujano en una fragata de guerra que ardaba como crucero contra los ingleses, volvió á sus estudios. El empeño con que pro-

(1) Eudiómetro se llama el aparato con que se determina la cantidad de oxígeno del aire atmosférico.

siguió en su carrera científica, así como sus talentos, le hicieron adquirir la amistad de Gay Lussac y de Corvissart, y estos hombres fueron los que le consiguieron el permiso de tomar parte en la expedición proyectada al mar del Sur.

Al joven Bonpland había quedado de su carrera de soldado cierto aire militar, lo que le sentaba tan bien como su pequeño bigote, todo lo cual, unido á su carácter enérgico y audaz, le daba algo de vigoroso y caballeresco. Con esto no le faltaba de ninguna manera aquella mirada perspicaz, aquel reposo intelectual, aquella paciencia tenaz y perseverante en investigaciones científicas, que es tan necesaria al naturalista, mientras por otro lado poseía todas aquellas cualidades que hacen al francés tan amable en el trato social. Que su corazón fácilmente inflamable, no había sido creado precisamente para la fidelidad en el amor, de ello nada podía saber Alejandro, lo que tampoco le importaba; mas su fidelidad como hombre y como amigo debía demostrar el destino durante toda su vida.

El joven Bonpland agradó sobremedera á Alejandro de Humboldt, así como el joven sábio alemán había hecho la mejor impresión en Bonpland. Una unión amistosa resultó por consiguiente de las tendencias casi idénticas de ambos, y de este modo esperaban con ansia la salida de la expedición, para la cual se habían entusiasmado en igual grado.

Después de algunos meses de permanencia en París

por parte de Alejandro, éste había hecho todos los preparativos de viaje y gastado sumas considerables en la adquisición de los mejores aparatos, en cuya inspección minuciosa y empaque estaba ocupado, cuando entraron su hermano y cuñada al aposento.

La señora de Humboldt llevaba en los brazos á su hijo menor que tenía cerca de un año de edad. El chichuelo se había replegado á la madre, que de cuando en cuando le miraba con extraordinario cariño, así como á su esposo y cuñado. El pequeño Teodoro era un hermoso y robusto muchachito. Su rostro tenía esa expresión de una infantil é inocente alegría, aunque sus hermosos ojos morenos indicaban ya algo mas profundo. Sus rubios cabellos rizados rodeaban su cabecita redonda, y su boquita era una de las mas hechiceras que puedan imaginarse en un niño.

También Guillermo, de cuatro años de edad, que había entrado junto con Carolina, de seis años, era un hermoso niño, que reunía en sus facciones á una terquedad infantil, trazas de una extrema bondad. Carolina era la imagen de su madre. Amable en su continente, no podía ocultar con una gran dulzura cierto sentimentalismo, que por ser natural en ella, le daba algo de extraordinariamente interesante. (1)

—Buenos días, tío Alejandro, exclamaron á la vez

(1) Noticias de Varuhagen von Esse en su obra. "Galería de retratos del trato con Raquel." Tom. I. pág. 147

los dos niños mas grandes, saliendo gozosos á su encuentro, pues ambos le tenían un gran cariño.

—Buenos dias, hijos, contestó el tio, cuya alma, llena de esperanza, era en aquel dia todo luz y amor, y estrechó á los niños en su pecho, besándoles cariñosamente; pero el pequeño Guillermo se resistió extraordinariamente y juntó las dos manitas en la espalda con alguna inquietud.

—¿Qué tienes, hombrecito? preguntó sonriendo. Haces una carita, como si quisieras mandar una batalla y ocultas tu mano, como si estuviera yo envenenado.

—Te quiere dar una sorpresa, dijo Carolina, y teme que se la quiebres.

—¿Sorprenderme? ¿Y qué cosa puedo quebrar? repitió Alejandro.

Entonces brilló en la carita del pequeño Guillermo una grande alegría y con la expresion de astucia infantil, pero también con cierto orgullo, entregó á su tio un estuche, del tamaño de una mano.

Alejandro le abrió..... De sus ojos brotaban lágrimas de ternura y de alegría; el estuche contenia un retrato de familia: representando á Guillermo, su esposa y sus tres hijos.

—No pudiendo acompañarte en persona en el océano dijo Guillermo, con voz temblorosa, lleva contigo este retrato, para que recuerdes en el gran desierto de la mar así como en los bosques de América, que en tu lejana patria dejas corazones que te aman.

—Hermano, contestó Alejandro conmovido, estrechando las manos á los dos esposos, no te hubiera olvidado ni á tí ni á vosotros, aún sin este retrato; pero así me agrada mas; él me servirá de amuleto en todos mis viajes.

Después llegaron cartas de Kunth y de Leopoldo de Buch, dando á Alejandro la enhorabuena por el viaje proyectado. También llegaron visitas, y al mediodia una mesa espléndida reunia á casi todos los amigos de la casa; porque Guillermo iba á festejar con una comida el participio de su hermano en la honorífica empresa del gobierno francés y su próxima partida. Corrió el vino de Champagne y la conversacion era muy animada, ingenio y buen humor predominaba en todos, pues entre los concurrentes se distinguia principalmente el joven Bonpland, por su extremado gozo. Solo una cosa sorprendia, y tenia algo de misteriosa.... no habia venido Gay-Lussac el primer amigo de la casa y de Alejandro.

Estaban discutiendo, qué reino de la naturaleza debia tener la preferencia. Entonces tomó Bonpland el vaso lleno de Champagne y le bebió al honor "de los hijos de Flora," diciendo con entusiasmo:

—¿No convierte el mundo de las plantas la tierra en un paraiso? ¿No nos dá, considerándola en el punto de vista práctico, alimento, bebida, vestidos, combustible, muebles y otras mil comodidades, perfume y colores de flores, medicamentos y..... la imágen de lo mas bello

que hay sobre la tierra.... la imagen del amor y de la mujer?

—Pero esto cuesta muy caro, contestó la Sra. de Staël, sonriendo. En cambio nos entregamos á ella enteramente.

—Y ella nos vuelve á dar una cubierta verde sobre el lugar del reposo, contestó Bonpland.

—Confieso, dijo la Sra. de Humboldt, que doy la razon á nuestro amigo. La vida del animal es una eterna inquietud é inconstancia; pero la vida tranquila de las plantas se asemeja á la imagen del sábio, que aunque trabajando silenciosamente, nos procura sin embargo inmensos frutos. Las flores hacen la felicidad terrestre de muchos miles de seres.

—Rousseau esperó hacer guirnaldas en el Eliseo para los buenos y verdaderos hombres, dijo la Sra. Staël.

—Y Linéo, dijo Benjamin Constant, recobró varias veces la salud por la alegría de haber encontrado una nueva planta.

—Pero tambien se enfermó una vez muy seriamente, añadió Lalande, cuando el jardinero del jardin botánico habia quitado de una planta de una cochinilla recién llegada de Surinam, los insectos todavía vivos y..... los mataba.

—¿Puede haber una cosa mas terrible, exclamó el jóven Bonpland, que ver destruidas tan repentinamente sus mas bellas esperanzas?

—¡Esperanzas mantenidas por años enteros! dijo Ale-

jandro de Humboldt. Por otra parte, debemos muchísimo nosotros los alemanes, al cultivo de las plantas. Si no nos hubieran traído nuestros abuelos los árboles frutales y la viña de Italia y de Galia, nos debiamos contentar aún hoy en el dia con peras y manzanas silvestres, con servas y ciruelas de las solvas y nuestra querida patria seria todavía la Germania de Tácito *«sylvia horrida, frugiferarum arborum impatiens.»* (1)

—Y, dijo la señora de Humboldt, para miles de hombres que viven solos, las flores son un mundo, un consuelo y en fin son todo. En el reino vegetal hay algo dulce, puro y vivificante. Para tener atractivo como las plantas, tienen los animales demasiada vida y los minerales muy poca. Un desconocido, que ama las flores, ha conquistado de antemano nuestra confianza.

—¡En efecto! opinó Alejandro. Las flores son el amor del niño, que puede esperar todo, y el último amor de aquel, que nada tiene ya que esperar.

—Mas nosotros, exclamó Bonpland, lleno de alegría; nosotros esperamos enriquecer la ciencia con miles de nuevas plantas por nuestros descubrimientos; esperamos no solo aumentar nuestro saber, sino elevar á una escala superior la variedad de la Botánica por medio de métodos nuevos, hasta ahora desconocidos.

—Os tengo envidia, dichosos! dijo Lalande. Pues ¿quién no siente profundamente el goce que procuran

(1) Germania, llena de bosques y no teniendo árboles frutales,

los viajes de esta clase, y las investigaciones ligadas con ellas? Conozco por experiencia en mi observatorio astronómico, cuánta felicidad ofrecen al descubrir los nuevos descubrimientos. Mientras el ignorante coloca las luminosas estrellas en una bóveda celeste de cristal, el astrónomo hace mas extensiva la distancia en el espacio; pone límites en el número de nuestros mundos, solo para demostrar la existencia de otros innumerables grupos mas allá. El sentimiento de lo sublime, cuando parece originado de una sencilla contemplacion de la naturaleza y de la extension, tiene semejanza con el sentimiento solemne que pertenece á la expresion de lo infinito y lo independiente en las esferas, y de una ideal subjetividad en el imperio de lo infinito. En este parentesco, en esta relacion de las impresiones de los sentidos, consiste el encanto de lo ilimitado, sea en el océano ó en la atmósfera, ó en el universo en el cual la fuerza de nuestros grandes telescopios, sumerge profunda y respetuosamente nuestra imaginacion.

—Entónces no tiene razon Burke, observó la Sra. de Staël, en decir, que la admiracion y el sentimiento de lo sublime, tiene su origen únicamente en la ignorancia de las cosas de la naturaleza.

—Ciertamente no tiene razon, contestó Alejandro de Humboldt. Un tratamiento parcial de las ciencias naturales, y una acumulacion sin fin de material bruto, pueden en verdad contribuir á la preocupacion de antaño, de que los conocimientos científicos debian enfriar

los sentimientos, matar la fuerza creadora de la fantasía, y destruir de este modo el goce de la naturaleza. Mas el que alimiente aún en la época en que vivimos, esta preocupacion, desconoce en el progreso general de la educacion humana, los goces de una inteligencia superior. Para gozar de lo superior debe hacerse abstraccion de los detalles en el campo trabajosamente explorado de las formas especiales, y fenómenos de la naturaleza precisa mente por parte de *aquel* que haya reconocido su importancia, y en quien hayan originado opiniones mas elevadas. Con el progreso de los conocimientos aumenta tambien el sentimiento de lo infinito de la vida en la naturaleza, y con ello la dicha indescriptible de la contemplacion de la misma. Por consiguiente, si logramos realizar nuestro proyecto, no solo extenderemos nuestra existencia espiritual, sino tambien la de todos los hombres considerados individualmente.

—Pues amigos míos, exclamó entónces Guillermo de Humboldt, llenando dos vasos con vino de Champagne y tomando uno en la mano; seguid mi ejemplo y brindemos por el feliz éxito de la expedicion y por la actividad benéfica de los que toman parte en ella.

Ya iban á levantarse todos de muy buen humor..... cuando abrieron violentamente la puerta y entró Gay-Lussac, pálido como la muerte. ¿Por qué quereis brindar? exclamó con ojos desmesuradamente abiertos.

El dueño de la casa repitió sus palabras.

—Entonces deteneos! dijo Gay-Lussac, con dolor; y haced pedazos vuestras copas en el suelo.

—¡Por amor de Dios! exclamaron algunos; ¿qué ha sucedido?

—¿Amigo? dijo Alejandro que no pudo hablar mas por la emocion.

—¿Lo qué ha sucedido? exclamó Gay-Lussac, sentándose en un sillón; la guerra maldita está declarada, y toda la expedicion al mar del Sur, que prometia producir ópimos frutos á la civilizacion y al Estado y una tan vasta extension á la ciencia..... ya no se verificará. (1)

Un grito de sorpresa salió de los lábios de todos. Alejandro parecia una estatua de alabastro.

—¿Y porqué no se verifica? preguntó Bonpland, que se habia puesto tan pálido como Alejandro. ¿Qué tiene que hacer la guerra con la ciencia y con nuestra expedicion?

—¡Muchísimo! contestó Gay-Lussac con muy mal humor. El gobierno ha dado en el acto la órden de detener los fondos destinados para la expedicion, á fin de emplearlos en la guerra.

(1) Viajes á las regiones equinocciales del nuevo continente. Tens. I. pág. 43.

—¿Y lo sabeis de cierto? preguntó Alejandro en tono lúgubre, despues de un momento de sorpresa general.

—¡Es muy positivo! contestó Gay-Lussac; pues acabo de venir del ministerio de la guerra.

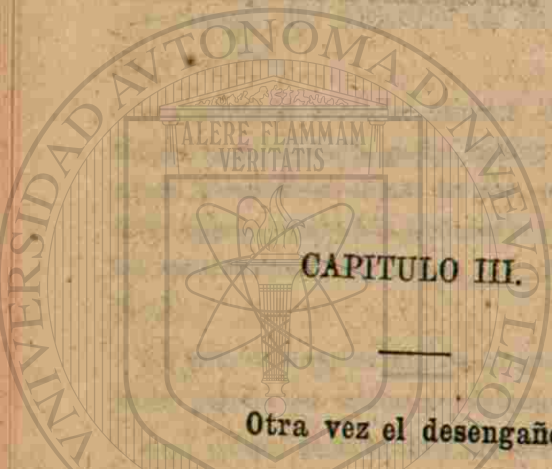
Un silencio sepulcral reinó entonces en el aposento. Una grande y bella esperanza se habia perdido.

mal humor. Y efectivamente se le presentó un nuevo rayo de esperanza.

Alejandro entró en relaciones con el cónsul sueco Skiöldebrand, que tenía que entregar unos regalos de la corte de Suecia al dey de Argel, y había venido á Paris, para embarcarse en Marsella. Skiöldebrand había sido empleado por algun tiempo en la costa de Africa y habiendo llevado buenas relaciones con el gobierno de Argel, pudo conseguir el permiso, para que Alejandro explorase aquella parte de las cordilleras del Atlas, á las cuales no se habian extendido las importantes investigaciones de Desfontaines.

Alejandro estaba contentísimo; al fin había encontrado una oportunidad para emprender una expedición científica, y aunque no fuera á las deseadas islas del mar del Sur, ni tampoco á los bosques vírgenes de América, era siempre una interesante region de la costa de Africa, la que podia explorar. Bonpland convino en acompañarle.

Entonces habia necesidad de combinar un nuevo plan, y ambos con igual entusiasmo y estrechamente unidos por el contratiempo que acababan de sufrir, pronto estuvieron de acuerdo sobre el particular. Primeramente debian ir en la fragata sueca del cónsul Skiöldebrand para Africa; allí tenían que explorar las altas cadenas de montañas de Marruecos, y luego, debian agregarse á la caravana para la Meca; el camino conducia por el golfo de Persia á las Indias orientales.



### Otra vez el desengaño.

Alejandro de Humboldt había visto desaparecer con dolor todas sus esperanzas á causa de este nuevo golpe; un dia había concluido con el proyecto que concibiera desde hacia muchos años. (1)

Pero Alejandro tenía bastante fuerza de carácter para poder vencer también este contratiempo; se resolvió, tan luego como pudiera, á ausentarse de Europa de cualquier modo y á emprender alguna cosa, para distraer su

(1) Viajes de Humboldt á las regiones equinocciales.

Hacia fines del mes de Octubre de 1798 salió Alejandro de Paris despues de haberse despedido de su hermano y su amable familia, y se fué perfectamente alistado en compañía de Bonpland, para Marsella, en donde queria esperar la llegada de la fragata sueca.

Mas le esperaba aún otro desengaño. Parecia que el destino le queria detener en la costa de Europa, ó hacerle buscar otra carrera mejor.

Dos meses enteros esperó con su compañero de viaje, Bonpland, en Marsella,..... mas la fragata de Suecia no llegaba aún. (1)

El señor de Skiöldebrand, tambien la esperaba en Marsella, con impaciencia..... pero la fragata no llegó. Los tres subieron varias veces al cerro «Notre Dame de la Garde», que ofrecia una vista muy lejana en el mar mediterráneo..... la fragata no llegó. Cada buque de vela, que se hacia visible en el horizonte, les ponía en excitacion..... en vano..... nada se veía del buque deseado.

Así bajaron del cerro un dia los tres señores llenos de desesperacion, de muy mal humor y entraron en un café. La lectura de los periódicos debía distraerlos. Alejandro vió palidecer repentinamente á su amigo Bonpland.

[1] Klenke pág. 42.

Pero éste, sin proferir una palabra les enseñó una noticia en el periódico, que Skiöldebrand y Humboldt empezaron á leer. El periódico decia: *que la fragata sueca, que debía llevarles á Argel, habia sufrido mucho en una tormenta en las costas de Portugal, y estaba anclada en el puerto de Cadiz. Por de pronto no podia continuar su viaje el «Jaramas» (asi se llamaba el buque.)*

Alejandro estaba como aniquilado, casi creia que su corazón debía despedazarse y se apoderó de él un humor negro, juntamente con un doloroso sentimiento por este segundo desengaño.

¿Qué hombre de inteligencia y carácter no seria capaz de resistir á un desengaño? ¿y qué mortal podria decir que la vida no le hubiese dado jamás motivo para ejercitarse en sobreponerse á las ilusiones perdidas?

Pero si se destruyen todas las esperanzas y espectativas, que hemos tenido con un empeño verdadero de alcanzar aquel objeto que consideramos como el de nuestra vida, entónces aún el mas fuerte se siente herido en la raiz de su existencia y su alma se nubla y entristece.

Así sucedió entónces con Alejandro de Humboldt, pero ni un momento perdió de vista su objeto y ni en un ápice modificó sus proyectos de abandonar la Europa; al contrario, todos estos desengaños y esperanzas destruidas hicieron que su resolucion se afanzara más y más en él; sin embargo, su buen humor habia desapare-



cido por el momento. Con una impaciencia sin límites espiaba toda oportunidad, para poder aprovecharla en sus designios.

En el puerto de Marsella anclaba en aquella época una pequeña barca de Ragusa, pronta á hacerse á la vela para Túnez. Esto les pareció á los dos amigos una buena oportunidad, para acercarse siquiera á Egipto y la Siria. Despues de breves negociaciones convinieron con el capitán el precio del transporte, y ya el día siguiente debían salir del puerto, pero..... la partida se volvió á demorar.

Y esta demora fué una gran fortuna para los dos compañeros. En el mismo día se supo en Marsella que el gobierno de Túnez habia ordenado una persecucion contra todos los franceses domiciliados en la Berbería y que esperaba á todo el que pisara su territorio, la muerte ó la esclavitud.

Alejandro y Bonpland se habian escapado de un gran peligro; pero su viaje se frustró por tercera vez.

¿Qué habian de hacer bajo estas circunstancias? Era imposible partir antes de la primavera y sin embargo se hizo mas firme en Alejandro la resolucion de realizar su gran proyecto; lo mismo sucedió con Bonpland.

Despues de una larga reflexion se resolvieron al fin, á pasar el invierno en España. Allí habia mucho campo para trabajar en algo por las ciencias y ademas podian aprovechar cualquiera oportunidad para realizar su viaje en la próxima primavera.

¡Pues á Madrid! dijeron y en efecto á principios de Enero se pusieron en camino para la capital de España.

Este pequeño viaje fué dedicado tambien á exploraciones científicas, pues Alejandro de Humboldt tuvo siempre presente el objeto superior de su vida. Provisito de excelentes aparatos, determinó las alturas y la situacion astronómica de muchos puntos importantes, subió á las altas cumbres del Montserrat y determinó la verdadera altura de la llanura central de Castilla, mientras Bonpland exploró el reino vegetal, haciendo grandes colecciones.

Al fin llegaron á Madrid. Y entónces parecia, que una estrella mas favorable comenzaba á brillar para Alejandro.

Encontró allí al embajador de Sajonia, Barón Florell, hombre amable, que á sus grandes conocimientos mineralógicos reunia un inmenso interés por las ciencias naturales en general. El embajador tomó mucho empeño en la realizacion de los proyectos de viaje de Alejandro, presentándole, á él y á su compañero Bonpland, al ilustrado ministro español, Don Mariano Luis de Urquijo, que era como ellos amante de las ciencias, y de este modo fueron presentados tambien á la corte los dos amigos por la recomendacion del referido ministro.

La corte se hallaba en Aranjuez, en donde Alejandro tuvo oportunidad de explicar al rey los motivos científicos, así como las ventajas que resultarían de las explora-

ciones proyectadas para la vida práctica, y en efecto consiguió que el rey fuese favorable al proyecto.

De este modo recibió Alejandro el permiso real, muy raras veces concedido, para visitar y explorar sin limitación ni condición alguna, todas las posesiones españolas en América, y el ministro D. Mariano Luis de Urquijo le prometió su protección y ayuda.

¡Quién podría expresar la alegría que experimentaron Humboldt y su joven amigo Bonpland! Alejandro había tropezado hacia algunos años con tantos contratiempos, que apenas podía creer entonces, que su vehemente deseo iba á cumplirse al fin. Por este motivo, como para todos los mortales, en casos semejantes cuando la suerte cambia repentinamente para ser favorable, experimentó cierta congoja, que le hizo temer un nuevo cambio de las circunstancias y agitado por el placer despertó entonces con doble fuerza su anhelo por los viajes, y se apresuró á salir de Madrid para irse á la costa.

Sin detenerse en largos preparativos, los dos amigos salieron de Madrid para llegar á un puerto, pasando por las hermosas serranías y rocas de Galicia, por las puntas de granito cerca de Coruña y las erupciones de las aguas del mar, que deben haber originado la separación de estas cordilleras de montañas y paredes de rocas casi perpendiculares, unidas hacia muchos miles de años.

Tenían que llegar á Coruña, donde habían sido recomendados por el ministro y primer secretario de Estado,

al comandante D. Rafael Clavijo; allí anclaba la corbeta «Pizarro», destinada para ir á la Habana y México. En ella debían embarcarse, para alcanzar al fin su objeto tan ardientemente deseado. Pronto llegaron á Coruña..... pero los ingleses tenían bloqueado el puerto y por este motivo estaban interrumpidas las relaciones entre la madre patria España y las colonias españolas en América. (1)

(1) Viajes á las regiones equinociales del nuevo continente págs. 8 y siguientes. Klenke: págs. 43 y siguientes.

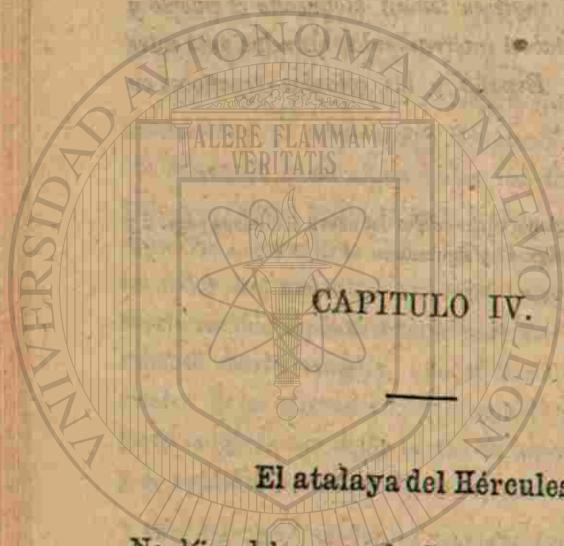
La leyenda dice sobre esto, que los romanos habían encontrado las ruinas de una obra griega, dedicada á Hércules; que eran colonos griegos, los que se habían establecido en ese lugar y habían sido los mismos compañeros de Hércules los que allí desembarcaron. (1)

Los fenicios y griegos visitaban esta costa de España á causa del comercio que hacian, llevando estaño de allí y de las islas de Caciterio.

El puerto que allí ha creado la naturaleza es excelente porque en mucha distancia de él, no se encuentra un punto tan á propósito para anclar como este, por la seguridad en que se hallan allí los buques. Es un estrecho canal formado por rocas de granito muy pendientes, á cuya vista se conoce luego, que deben haber resultado á causa de una gran inundacion ó por temblores de tierra repetidos.

Muy abajo de la torre, en el fondo de la roca, se reventan las olas de la mar, en el coloso de piedra que se divisa desde muy léjos sobre la superficie inmensa y siempre movible de las aguas; se deshacen las olas espumosas en los granitos de las rocas, cuyas puntas ofrecen una magnífica vista. ¡Cómo vienen y van, esas miles y miles, esos millones de olas poderosas, movidas por la tormenta y luego reposan con un magestuoso silencio

(1) *Asclepiades de Mirlao*, en su Geografía de España. Alejandro de Humboldt etc. pág. 17. Viajes á las regiones equinocciales Tom. I. pág. 53.



#### El atalaya del Hércules.

No léjos del puerto de Coruña se eleva en la orilla del mar una grande y pendiente roca, en cuya punta está el atalaya llamado del Hércules ó tambien *torre de fierro*. Es un hermoso y elegante edificio, de una altura de noventa y dos piés, tienen sus paredes un grueso de cuatro y medio, y por su arquitectura indica que es indudablemente obra de los romanos. Una inscripción encontrada cerca de los cimientos demuestra, que la torre es obra de Cajus Servius Lupus, arquitecto de la ciudad de Roma.

debajo del cielo azul. La ola que devora lo que alcanza, se acerca jugando, sonriendo como una sirena; mas desconfiad de ella, porque es una parte del gran monstruo maligno, que rodea al mundo; y sin embargo oculta el carácter de una fuerza de la naturaleza, que en su magnitud no hace caso de la dicha ó desgracia de los gusanos de la tierra, sino que sigue silenciosa y gravemente las eternas leyes, á que está sujeta.

En aquel día estaba la mar en calma y vista desde la torre, tenia el aspecto de un inmenso espejo, reflejando el cielo con su intenso color azul y el sol en su brillantez y belleza.

¡Y cuántos tesoros de la naturaleza no arrojan allí las olas jugueteando! Moluscos y conchas, algas y otras plantas marinas, porque tambien la mar tiene sus praderas y bosques, lo mismo que las montañas, valles y vertientes, solamente que son mas extraños y mas maravillosos que los que hay en tierra firme.

*Toda la vegetación submarina está formada casi exclusivamente de una sola gran familia de plantas, las algas.* Aunque plantas muy sencillas en sus órganos sexuales, desarrollan sin embargo una variedad tan extraordinaria en sus formas que un paisaje en el fondo del mar no ofrece menos interés, que uno sobre la tierra, al cual el sol de los trópicos ha dado el carácter de una exuberante vegetación. *La sustancia original, ya blanda gelatinosa, ya cartigelatinosa de todas sus partes constitutivas, la combinacion extraña de órganos redondos,*

tendidos y planos, que da á conocer luego lo impropio de los términos «tallo y hoja;» los magníficos é intensos colores de verde, olivo, amarillo y púrpura, algunas veces combinados en la superficie al modo del arco-iris, todo esto da á dicha vegetacion el carácter esencial de lo extraordinario y fantástico. Todavía en tiempo de Linéo se conocian muy poco estas plantas. Las 70 especies, que conoció el padre de la Botánica, al formar su sistema, se han aumentado hoy hasta el número de 2,000, y no son en su generalidad las pequeñas y muy fáciles de conocer, sino las mas grandes especies, los bosques submarinos con plantas de un tamaño de 100 hasta 1,500 piés, las que nos han hecho conocer los exploradores mas modernos. Lamoureux, Bory, St. Vincent y Greville han conquistado gran fama en este terreno de la ciencia, pero ante todo las expediciones del capitán Ross en las regiones del polo del Sur, y los viajes emprendidos á expensas del emperador de Rusia y de la academia de San Petersburgo, al polo del Norte por Martins, Postels, Von Bär y otros, son los que nos han abierto un campo enteramente nuevo en estos mundos.

En las costas de la isla de Litka se presenta al buso esta vegetacion original, en gran exuberancia. Semejante á un bosque vírgen, se observan numerosas hileras de plantas. Las pequeñas *Confervas* y *Ectocaopeas* cubren el suelo con un tapiz verde, en donde *la ensalada del mar* con su ancho follaje, representa las yerbas

mas grandes, entre ellas brillan las grandes hojas de las *Irideas*, agrupadas semejante á una copa color de rosa y escarlata; muchas especies de algas color de olivo, cubren los riscos brillando entre ellos la magnífica rosa del mar, con sus suaves matices; se distinguen con los colores amarillo, verde y encarnado, ya extendiéndose como abanicos colosales, ya movidas por la corriente, hojas de algunos piés de longitud y latitud que forman las *Talasiófilas* y *Agaras* cuya figura se asemeja á una red, los grandes arbustos de los bosques, cuyos árboles son las *Laminarias*, de un tamaño hasta de 30 piés, alternando con las especies *Macrocistis*, que tienen vejigas, del tamaño de una pera; despues se ven las *Alarias*, de tallo largo y cuyo tronco, rodeado singularmente por un manojo de hojas, parecidos á puños de camisa, se extienden hácia arriba hasta la hoja colosal, cuyo tamaño llega hasta 50 piés. Mas, sobresaliendo á todas, se elevan las *Nereocistees*; con una raiz, semejante á los corales, se levanta el tallo delgado como un hilo hasta una altura de 70 piés, hinchándose gradualmente en forma de clava hasta formar una gran vejiga; sobre ella se mueve un espeso manojo de hojas del tamaño de cerca de 30 piés. Se les podia llamar las palmas del mar. Y toda esta inmensa planta es el producto de pocos meses, porque se marchita cada año y se renueva por su semilla. Las estrellas del mar cubren el suelo de estos bosques submarinos; en los troncos están pegadas las conchas y balanas, entre cuyas hojas cazan los voraces

peces de rapiña á los mas débiles y encima de las islas flotantes, que se forman de las hojas tejidas de las *Nereocistees* descansa la brillante Nutria, calentándose en el sol, por cuya circunstancia ha recibido esta planta el nombre popular de *sol de nutria* (Bobrowaya Kapusta). De este modo se completa el paisaje, que solo pocos mortales pueden admirar en su originalidad.

Buscando algas y moluscos, se veian en tiempo del reflujo, á dos hombres al pié de la pared de rocas, sobre la cual se habia levantado la torre ó el atalaya del Hércules.

—Bien, dijo uno de ellos, un jóven bien parecido cuyas facciones revelaban luego su origen francés, al otro, que estaba mirando, poseído de la meditacion alemana, un objeto con el microscopio que habia colocado sobre un sencillo aparato, cuyo pié descansaba en la arena. ¿Cuál es el tesoro que habeis encontrado para la ciencia, mi querido Humboldt?

—Un animal del órden de los Walzenscheiden, (concha en forma cilíndrica), contestó este sin moverse. Magnífico ejemplar: trasparente como cristal, casi todo el cuerpo está formado por un costal largo de agallas, provistas con unas puntas originales, que consisten claramente en una capa exterior y una interior en la cual se ven gajos ó cintas de fibras musculosas.

—¿Habeis visto tambien los intestinos? preguntó Bonpland con interes, (porque él era el jóven ántes mencionado.)

—Ciertamente, contestó Alejandro de Humboldt. Los intestinos están acumulados en un pequeño y redondo nudo.

—¿En el *nucleus*? ¿Y qué color tiene?

—Encarnado.

—¿Este es seguramente el punto que brilla de noche con una hermosa luz de color rojo amarillento?

—¡Indudablemente! dijo Humboldt siempre mirando el animal con el microscopio.

—¿Y veis también el *nucleus* de los nervios?

—Se le ve en la superficie del hombro, en el punto donde están pegadas las agallas.

—¿Se ven también pelos que brillan como órganos de los movimientos, semejantes á los que tienen los *Seescheiden*?

—En la boca y en la barriga. Pero tomad el microscopio y ved. Estos animalitos son, en verdad, admirables productos de la naturaleza.

Ambos continuaron hablando sobre el pequeño habitante del mar. Luego dijo Humboldt:

—Ahora, mi querido Bonpland, enseñadme también vuestra cosecha.

—¡Oh! mi cosecha es grande, contestó el joven francés con alegría. Venid, he pescado una multitud de algas.

Y luego siguió el exámen de estas plantas marinas, lo que ocupó á los dos por mucho tiempo, de tal manera, que no vieron que se había nublado el cielo, y que ya había empezado el flujo, y con esto soplabá el viento siniestramente por las hendiduras de las rocas, y el agua que subía, ya estaba mojando los piés de ambos naturalistas. Hasta entónces notaron que ya era tiempo de retirarse. Violentamente juntaron sus hallazgos y los instrumentos que habían llevado, y luego subieron por una vereda angosta y muy pendiente, á la torre del Hércules.

Repentinamente se detuvo el joven francés, arrojando una mirada siniestra sobre la ancha mar, hácia la costa de Africa, y exclamó con cólera señalando con la mano unos pequeños puntos negros en el horizonte.

—¡Mil tempestades! Allí están cruzando los malditos ingleses que nos están deteniendo en el puerto de Coruña como á dos pájaros enjaulados. ¡Diablo! si tuviese ahora aquí la fragata, con que un día salimos á su encuentro, yo querría.....

—Creo, dijo Alejandro con mucha calma, que ya no nos detendrán por mas tiempo. Nuestra corbeta *Pizarro* está lista para hacerse á la vela mañana.

—Este *Pizarro* es un mal velero, dijo Bonpland moviendo los hombros.

—Y sin embargo, ha escapado de los ingleses en su largo viaje desde el rio de la Plata hasta aquí.

—¡Pura casualidad!

—Que se puede repetir.

—¿Y creéis que haremos bien en seguir el consejo del Sr. Clavijo.

—Sí, lo creo. Nos embarcamos con nuestros instrumentos y nuestro equipaje, á la buena fortuna. El *Pizarro* aprovecha entónces la primera oportunidad favorable, en que pueda escapar de los ingleses..... y..... estaremos libres. Por esta vez nos puede favorecer la suerte.

—¡Amigo! exclamó Bonpland. No sé que debo admirar mas, si vuestra perseverancia ó vuestra calma clásica, que sabéis conservar en todas las desgracias que nos sobrevienen. Ya hace diez dias que estamos aquí sin poder salir, á causa de este maldito bloqueo.

—¿Acaso no hemos empleado bien este tiempo? preguntó Alejandro sonriendo. ¿No lo hemos aprovechado para secar las plantas que hemos encontrado en los valles del sur de España, que jamas han sido visitados por naturalista alguno? ¿No estamos examinando aquí, en la orilla del mar, una multitud de plantas y animales que arroja el flujo, preparándonos de un modo práctico para nuestra grande empresa? ¿No estamos escribiendo cartas importantes? ¿No estamos examinando la profundidad de la mar, y la disminucion del calor de las diferentes capas del agua? Y ante todo, ¿no hemos hallado el resultado de mucho interés para el navegante:

que la proximidad de un banco de arena se anuncia mucho mas ántes de que se pueda emplear la sonda, por una violenta baja en la temperatura del agua en la superficie, de manera que *el navegante puede conocer el peligro mucho mas ántes por medio del termómetro que por la sonda?* Creo, amigo mio, que solo este resultado científico de nuestras investigaciones, vale la corta permanencia en estos puntos.

—¡Si por cierto! contestó Bonpland, pero tengo deseos de tener al fin á la espalda la costa de Europa. Divinamente estamos mirando la mar; tenemos á la vista, despues de haber vencido miles de dificultades, los buques listos para hacerse á la vela, allá al otro lado, al Africa; allí, allí se abre el Atlántico, y me imagino aspirar los perfumes de las flores de las islas Canarias, los suaves vientos de Taíti... y ¿he de quedarme quieto, esperando hasta que les plazca á estos malditos ingleses dejarnos escapar? Mi querido Humboldt, contra esto se opone mi naturaleza de francés; para esto se necesita la paciencia alemana.

—Y sin embargo, dijo Humboldt con una suave sonrisa y de un modo apacible; y sin embargo mi querido amigo con la cabeza acalorada de un francés, tendreis que aprender la paciencia alemana; porque, ¿á qué conduce la impetuosidad? ¿podemos remediar con esto lo mas mínimo?

—¡No! dijo Bonpland suspirando; pero, ¿podeis to

mar á mal que me despedace el corazon el deseo de emprender nuestro viaje?

—Tengo el mismo vehemente deseo, contestó Humboldt con gravedad; mas lo encierro en mi pecho, como hombre, y espero tranquilamente hasta que el destino cumpla mis mas ardientes deseos.

En aquel momento se oyó un trueno lejano, y el eco contestó mil veces en las cuevas de las montañas; luego comenzó á llover.

—Entremos en está cueva, dijo Humboldt; una vez que no podemos llegar á la torre del Hércules ántes que estalle la tempestad. Allí presenta una magnífica vista sobre la mar tempestuosa, y si el tiempo empeora tendremos un buen refugio.

Los dos amigos entraron á la cueva, pusieron sus fardos en el fondo de la misma, y volvieron despues á colocarse en la salida. La vista que se ofreció allí á sus ojos, era efectivamente grandiosa.

El cielo estaba cubierto con nubes negras, pero en medio de ellas se veian continuamente relámpagos, que semejantes á culcbras de fuego, se dirigian al continente y la mar alumbrando el cielo con su luz, y acompañados de fuertes truenos que el eco de las montañas multiplicaba. Rugia el viento, y sobre la tierra que se estremecía, y la mar con sus olas, enfurecida, se notaba una luz singular, que hacia parecer todo el espacio inmenso á un grande mausoleo.

Humboldt y Bonpland presenciaron callados este grandioso espectáculo de la naturaleza; pero en el rostro del primero no se notó ninguna alteracion por esto; sus facciones habian permanecido tan reposadas, tan suaves y claras como siempre. Nada notó de la tempestad que pasaba encima de su cabeza..... meditó sobre la mar, ese monstruo de muchas cabezas, y el estado de su espíritu no era tempestuoso ni tranquilo... reflexionó sobre el fenómeno como tal, y en lo general.

—Aunque sencillo en sí mismo, el movimiento del mar, dijo Alejandro, tiene siempre un grande atractivo al contemplarlo. No se puede expresar con palabras lo que cautiva en ella, pero la impresion que ejerce no es por eso ménos duradera y cierta. A esto contribuye ciertamente la inmensidad del fenómeno, el pensamiento en la relacion del mar, en cuya orilla se halla uno con los demás que dividen las diversas partes de que se compone el mundo. Se puede decir que el mar está representado en cada ola por separado. Lo oscuro é impenetrable contribuye tambien para esto, y no lo de la profundidad, sino tambien lo misterioso de esta inmensa cantidad de aire y de agua, cuyos movimientos y reposo no comprende el hombre vulgar, ni en sus causas, ni en sus efectos, y que sin embargo, obedecen á leyes eternas y no traspasan ciertos límites, porque..... las olas que están mas en movimiento, corren en semicírculo, echando espuma, hácia la orilla en donde desaparecen.



Otro trueno mas fuerte sonó sobre sus cabezas, procedente de un vivísimo relámpago; luego siguió un aguacero tal como si se hubiesen abierto las cataratas del cielo, y si un segundo mar descargase sus inagotables corrientes sobre la tierra.

Humboldt y Bonpland se retiraron al fondo de la cueva. Allí se acostaron, y despues de poco se durmieron favorecidos por la oscuridad y á causa del cansancio, originado por las subidas y bajadas en las rocas pendientes.

Despues de haber dormido durante una hora, fué despertado Alejandro por un ruido de voces, que provenia de dos séres humanos que veia parados en la entrada de la cueva. Un jóven asturiano (su traje lo indicaba), estaba reclinado contra la pared de la roca, como abismado en un profundo dolor, miéntras una hermosa jóven le tenia abrazado con uno de sus torneados brazos, mirándole llena de intenso amor en su pálido semblante.

—¡Oh, Ruiz! ¿por qué no me miras el rostro? dijo la pequeña española en tono cariñoso, pues ni ella ni su amante sospechaban la presencia de una alma humana en el interior de la cueva. Mirame..... ¿acaso ya no me amas?

—¿Qué pregunta! contestó el jóven con voz oprimida. ¿No es precisamente el amor que te profeso, el que me hace tan inmensamente desgraciado y me priva de todo

consuelo? Pero tú, tú no me puedes amar, pues de lo contrario no estarias de conformidad con mi madre para alejarme de aquí..... léjos..... léjos, al otro lado del mar..... hácia la malhadada Cuba!

La pequeña española habia retirado su brazo del cuello del jóven, despues de estas palabras llenas de reproches. Se notó un sentimiento de intenso dolor en su hermoso rostro, y luego dijo con voz temblorosa y llena de excitacion:

—¿Y esto me puedes decir á mí, á tu Alma? ¿A mí, cuyo fiel amor conoces hace algunos meses? ¿A mí, que desafiando la cólera de mi padre, desciendo de la torre tantas veces como quieres, para hablar contigo?

—Pero, ¿por qué das la razon á mi madre y no á mí? preguntó el asturiano con violencia.

—Porque veo que puedes fundar tu felicidad y la nuestra en este viaje.

—¿Es decir, por el dinero?

—¡Vaya! Ruiz, ¿y puedes creer de veras esto de mí?

—¿Y por qué quieres pues, que me vaya á Cuba?

—¿Pero podemos casarnos sin que tengas dinero?

—¿No tengo acaso buenos brazos, y sobrado valor?

—¿Y tu pobre y anciana madre?..... ¿y las pretensiones de mi padre?

El joven asturiano exhaló un profundo suspiro, atrajo hacia sí á Alma que se habia sentado junto de él y le dijo:

—Vamos á meditar seriamente sobre este asunto, Ruiz. ¿Quieres?

Y al decir esto, estampó un beso tan ardiente en las mejillas del joven, que éste sintió fuego por sus venas. Sus ojos chispeaban y su semblante se encendió por un momento, mas luego llorando silenciosamente, reclinó su cabeza en los hombros de la joven.

Pasó así un gran rato. Humboldt respiraba apenas, y sintió compasion por ambos jóvenes, que le interesaban tanto mas, cuanto que el joven tenia que tomar el mismo camino que él, segun parecia.

—¡Vé, Alma! dijo el joven despues de haberse recobrado. Tú sabes, cuán infinitamente estimo y quiero á mi anciana madre, que está llena de achaques.

—Lo sé, dijo ella, con el tono de una íntima conviccion.

—Además sabes, continuó el joven, que he mantenido hasta hoy á mi buena madre con el producto de mi trabajo.

—Tambien lo sé.

—He economizado algo, para poder ofrecerte una

modesta vida á mi lado. ¿Por qué, pues, quiere mi madre que me embarque en el *Pizarro*, para ver en Cuba á nuestros ricos parientes?

—Porque la buena mujer espera fundar en esto tu felicidad.

—¡Oh! ¡cuán poco comprende entónces mi felicidad!

—Ruiz, ella sacrifica su cariño y su propio provecho al pensamiento de que su hijo en union de sus ricos parientes de Cuba, pueda labrar una feliz y honrosa fortuna. Esto es un sacrificio que en su edad y en sus circunstancias, puede hacer solo *una madre*.....y un corazon tan fiel y tan amante como el mio.

El joven se quedó callado, sumergido en profundas meditaciones.

—¿Y podemos acaso casarnos en las circunstancias actuales?

—¡Si tú quisieras!

—¡Cuán injusto eres! ¡Como si no partiera gustosa tu cabaña y tu pobreza contigo! ¿Pero has olvidado acaso á mi padre y sus pretensiones? ¿No te acuerdas ya de su orgullo y de su inflexibilidad.

—Me acuerdo.....

—Pues bien, Ruiz, sé racional, y procuremos vencer el dolor de la separacion. Despues de uno ó dos años volverás á los brazos de tu madre y á los de tu fiel novia y todos seremos felices.

—No sé! dijo el jóven dirigiéndole una triste mirada y con voz oprimida; no sé lo que me hace dudar de esta feliz vuelta. ¡Oh, Alma, Alma! exclamó con violencia y martirizado por un temor misterioso. Se me figura que si parto de aquí, jamas os volveré á ver.

Despues abrazó á su amada con éxtasis, y una nueva corriente de lágrimas inundó sus afligidas facciones. Tambien Alma le abrazó con ternura, y dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Anda con Dios y la santísima Virgen! la bendicion de tu buena madre y mis fervientes oraciones, te acompañarán.

—Sea pues, dijo el jóven; pero si mi corazon se despedaza por el deseo de verte á tí, á mi madre y á mi patria, no tendré yo la culpa. ¡Que es para mí Cuba con todos sus tesoros y riquezas, si no hay mas que una España en el mundo!

En aquel momento oyeron un fuerte silbido.

—Mi padre llama, dijo la jóven levantándose sobresaltada, y tomando una olla que se hallaba á su lado.

—¡Adios, pues! exclamó el jóven con un acento tan amargo y doloroso, que conmovió al mismo Alejandro. Adios, y el Eterno haga que nos volvamos á ver unidos y felices.

—¡Adios, Ruiz mio! exclamó tambien ella, derraman-

do abundantes lágrimas. ¡Adios! no olvides á tu Alma..... y vuelve pronto..... tu madre, tu.....

No pudo seguir..... otro abrazo..... otro ardiente beso, tan largo como si fuese dado para la eternidad, y ambos se separaron, desapareciendo de la cueva.



### En alta mar.

Quando bajaron Humboldt y Bonpland de la cueva, sobre la cual estaba edificada la torre, era ya de noche. Los dos habían bajado casi sin proferir una palabra, porque Humboldt estaba aún conmovido por la escena que acababa de presenciar en la cueva, y que le recordaba involuntariamente la despedida de su propia familia y de la patria, mientras los pensamientos de Bonpland estaban ocupados con los ingleses, cuyas fragatas

bloqueaban el puerto de Coruña, é irritaban de tal manera su imaginación fácilmente excitable, que en su mente les libraba batallas navales, en las cuales quedaba vencedor para salir entonces á la mar, semejante á un pájaro que encuentra abierta la puerta de su jaula, y se regocija por su libertad.

Pero no eran mas que imágenes de su fantasía, y por tal motivo se puso contra su costumbre, mas colérico y de mal humor. Todavía no habían llegado al puerto, cuando les vino á encontrar montado á caballo, el criado de D. Rafael Clavijo.

—¡Hola, señores! les gritó desde léjos; apresuraos en llegar á la ciudad, porque el capitán del *Pizarro* ha recibido orden de partir.

—¡Victoria! ¡Victoria! exclamó Bonpland lleno de júbilo. Esto es divino, y poco faltaba para que hubiese corrido junto con el ginete hácia la ciudad.

También Alejandro se sintió excitado alegremente á causa de la noticia tan ardientemente deseada; pero la recibió como todo en la vida, con el reposo y moderación que le eran peculiares, mientras la exaltación de Bonpland le hizo sonreír.

—¿Y de dónde proviene este cambio repentino? preguntó apresurando sus pasos y yendo junto al ginete.

—Ha cambiado el viento, tenemos Noreste, que en esta costa es muy constante en la presente estación.

—¿Y los ingleses? preguntó Humboldt.

El ginete se encogió de hombros: despues dijo:

—Es mas fácil escapar á tres buques que á toda una escuadra.

—¿Qué decís? preguntó Bonpland sorprendido.

—Digo que ha llegado hace pocas horas la noticia de haberse visto la escuadra inglesa desde la torre de Sisarga.

—¡Con mil demonios! exclamó Bonpland, si esta se pone delante de Coruña, entónces ¡adiós viaje!

—Por eso debe procurar el *Pizarro* escaparse de ella.

—¿Y lo conseguirá? preguntó Humboldt, que comenzó á tener recelo.

El ginete volvió á encogerse de hombros, diciendo en tono de incredulidad:

—La opinion general en Coruña, es que ántes de tres dias estará el *Pizarro* prisionero y en camino para Gibraltar.

—Eso seria fatal! dijo Bonpland exaltado. Hace un año que estamos viajando hácia las costas de Africa y de América, y dentro de poco nos volverán para Londres ó Paris, en donde los pilluelos nos señalarán con el dedo, y todo el mundo se reirá de nosotros.

—¡Calma, amigo mió! dijo Humboldt sonriendo. Aún no nos tienen los ingleses en su poder. Al audaz perte-

nece el mundo. Apresurémonos á llegar á bordo del *Pizarro*. Afortunadamente ya están embarcados nuestros principales instrumentos, así lo estaremos nosotros tambien dentro de pocas horas.

El ginete se adelantó y los dos amigos le siguieron apresurando el paso para llegar al puerto, en donde les sorprendió agradablemente la noticia de que la tempestad habia obligado á los buques ingleses á hacerse á la vela para la mar; de manera que el momento era favorable para que el *Pizarro* hiciera lo mismo. Y en efecto, todo estaba en movimiento en el buque; y ántes de que entrara la noche levó anclas la corbeta, entre los gritos de júbilo de la tripulacion y de la gente que se hallaba en la playa.

Pronto desaparecieron las luces de la ciudad, como estrellas que se apagan; una fresca brisa llevó al *Pizarro* con la velocidad de una flecha hácia adelante..... ya no se veían sino muy pocas luces..... despues solamente una, era la de una cabalia de pescadores de Sisarga; pero tambien esta se hacia más y más pequeña, hasta que al fin desapareció como el suspiro de un moribundo. ¡Era el último saludo de la costa de Europa!

Humboldt y Bonpland estaban sobre cubierta. El jóven francés lleno de alegría, iba alternativamente de su amigo hácia el capitan y de éste hácia su amigo, platicando con gran regocijo.

Pero Alejandro había quedado muy pensativo, mirando con profundo sentimiento las luces que desaparecían en el horizonte. El momento en que se despidió de Europa, tenía para él mucho de conmovedor. Aunque convencido de la circunstancia del frecuente tráfico entre los dos mundos, y cuán fácil era poder ir y volver por el Atlántico, con los adelantos de la navegación..... siempre se sintió profundamente excitado como todos los que por primera vez emprenden un viaje por mar. Todo era nuevo para él, y lo que sentía no tenía semejanza con nada de lo que le había conmovido desde su juventud.

Separado de todos los seres á quienes profesaba un grande cariño, y al dar el primer paso para entrar en una vida nueva, se quedó pensativo y le sobrevino repentinamente una tristeza como jamás había sentido.

Al dirigir sus miradas hácia la costa y viendo como desaparecía el último punto luminoso en la noche oscura; ¡qué recuerdos no despertarían en él, y qué de imágenes no se le presentarían á la imaginación!... ¡cuántas veces no se preguntaría: «¿Volveré á ver acaso á los seres queridos que he dejado?»

Pero Humboldt era filósofo y á la vez hombre de carácter, y aunque dominaban en él los nobles sentimientos del corazón humano con toda su fuerza, se le presentó á su alma grande y luminoso el problema de su vida, que se había propuesto resolver con relación á la ciencia, y este viaje que había anhelado por tanto

tiempo, era el primer paso hácia tan grandioso objeto! Y con este pensamiento se alegró su corazón..... Una vez más dijo «Adios» al suelo patrio y á los suyos..... luego extendió su vista resuelta y alegremente hácia la dirección que había tomado el buque para el *Nuevo Mundo*, adonde en breve se le debían abrir nuevos espectáculos..... Repentinamente le pareció que oía no lejos del punto en donde se hallaba, exhalar un profundo suspiro..... un gemido medio articulado.

Humboldt se volvió y distinguió en la oscuridad los contornos de la figura alta de un hombre; pero era imposible reconocer sus facciones, aunque ya ántes había visto su aspecto. Ya iba á acercársele cuando este desapareció sin dejar huella alguna..... Humboldt se golpeó la frente; ¿quién podía ser sino el joven asturiano?

El buque avanzó con bastante velocidad. Ni Humboldt ni Bonpland sentían el mareo, pero no por eso les faltaba ocupación.

La corriente de mar que comienza en la islas Azores, y se dirige hácia el Estrecho de Gibraltar y las islas Canarias, y domina en general las aguas del Atlántico en un círculo constante de 6,800 leguas, ocupó entonces ante todo, la atención de los dos naturalistas, cuyo regocijo llegó á su colmo, cuando el *Pizarro* pasó como una alegre ave del mar, sobre la superficie de la misma.

—¡En alta mar! En alta mar! exclamó gozoso Bonpland.

—En alta mar! resonó el eco de la alegría en el alma de Humboldt;—Después de un deseo mantenido por nueve años y tan frecuentemente desvanecido, se hallaba al fin en alta mar, y con dirección al *Nuevo Mundo!*

Y sin embargo, había todavía una nube amenazadora sobre su cabeza. Se distinguían las velas de la escuadra inglesa..... aún había peligro..... pero el cielo los favoreció: el capitán del Pizarro cambió durante la noche el curso del buque y los ingleses habían perdido al siguiente día las huellas de la corbeta.

Entonces fué cuando Bonpland exclamó con todo su corazón: ¡En alta mar y libres! y Humboldt le estrechó las manos con emoción.

Y ¡qué multitud de impresiones se les presentaba entonces! Las golondrinas del mar y los delfines les acompañaron; el 11 de Junio tuvieron por primera vez el espectáculo sorprendente, de ver cubierta toda la superficie del mar con un número inmenso de medusas, que pasaban á su vista con una velocidad extraordinaria. ¡Qué vista tan magnífica! Toda la mar tenía un brillo metálico, contrastando agradablemente el color violeta y púrpura de estos animales con el azul de las aguas. (1)

El primer viaje por mar produce en un espíritu como el de Humboldt, siempre nuevos fenómenos, nuevas opi-

(1) Humboldt: viaje á las regiones equinociales del nuevo continente. 2.<sup>a</sup> entrega, pág. 27; Klenke, pág. 47.

niones y nuevos conocimientos para la vida. Durante la noche veía las medusas, que en el momento de cogérlas, brillaban con luz eléctrica;—entre Madera y la costa de Africa observó una verdadera lluvia de estrellas volantes siempre creciente al acercarse el buque mas al Sur; este era el mismo fenómeno que observó Humboldt mas tarde en el mar del Sur, cerca de los volcanes así como en muchas partes de Europa y fué lo que le condujo á una nueva teoría sobre esta lluvia de estrellas volantes, reconociendo que se repetían periódicamente.

Todavía debían recibir Humboldt y sus compañeros de viaje este último saludo de Europa; una golondrina muy cansada se paró en una vela, de tal manera que la pudieron coger con la mano; ella era el último mensajero de la patria, no comun en esa estación, y era para Humboldt un recuerdo querido del hogar.

Mas y mas crecían las nuevas impresiones con la mar en calma y un cielo muy sereno; con magníficos cuadros de la naturaleza en las islas que comenzaban á distinguirse en el horizonte!

Allí se veían las puntas volcánicas de la isla Canaria Lanzarote; mas allá, durante la noche, en la orilla lejana, luces vagas que se movían de un punto á otro y que provenían probablemente de pescadores de la costa que se preparaban para la pesca, y llevaban hachas encendidas á distintos lugares. Estas luces recordaban las movibles que segun la leyenda habían visto los anti-

guos españoles y compañeros de Colon en la isla de Guanahí, en la noche notable, víspera del descubrimiento de América.

En esta ocasión eran estas luces móviles un buen presagio para Humboldt, el Colon científico de los tiempos modernos.

Los viajeros pasaron con un cielo muy sereno cerca del grupo de las islas canarias, cuyo cuadro con sus costas, rocas de formas cónicas y elevaciones volcánicas, les presentaba una vista magnífica, ofreciendo la mar en aquellas regiones plantas marinas muy interesantes. Una equivocación del capitán, que había tomado una roca de basalto por un fuerte y enviado á un oficial para que se informara, si también Tenerife estaba bloqueado por los ingleses, dió motivo para visitar el islote de la Graciosa.

Era la primera tierra firme que pisaba Alejandro de Humboldt después de haber salido de Europa. (1)

Nadie puede expresar los sentimientos que se apoderan de un naturalista al pisar por vez primera un suelo que no pertenece á la Europa. ¡Su atención se fija entonces en tantos objetos! todo le parece nuevo, y le cuesta trabajo darse cuenta de las impresiones que recibe. A cada paso cree encontrar un producto nuevo, y en esta tormentosa conmoción desconoce con frecuencia

(1) Klenke, pág. 46 hasta 48.

aquellos que son los más comunes en nuestros jardines botánicos y colecciones de historia natural. (1)

Esta conmoción creció considerablemente, al descubrirse el *Pico de Tenerife*, y poco después que ancló el *Pizarro* en esta hermosa isla.

¡Oh Tenerife, país hermoso! ¡Solo tu vista causa deleite!

El terreno de la isla se eleva en forma de anfiteatro, y tiene como el Perú y México, aunque en escala más pequeña, todos los climas, desde el calor de Africa hasta el frío de los Alpes. Santa-Cruz, el puerto de Orotava, la ciudad del mismo nombre y Laguna, son cuatro lugares cuyas temperaturas medias representan una serie decreciente. El sur de Europa no ofrece las mismas ventajas, por ser demasiado sensible el cambio de las estaciones. Pero Tenerife, formando en cierto modo la entrada de los trópicos, á pesar de estar á pocas jornadas de España, posee gran parte de aquellas producciones con que la naturaleza ha dotado á los países que se hayan entre los dos círculos intertropicales.

En el reino vegetal se presentan algunas de las especies más bellas y grandiosas: los plataneros y las palmeras.

El que tiene gusto por las bellezas naturales, las encuentra en esta preciosa isla en gran abundancia. El

(1) Palabras textuales de Humboldt al pisar la isla "La Graciosa."



que esté enfermo del corazón y tenga abatido el espíritu, que vaya á refugiarse en esa soledad deliciosa. Ningun lugar del mundo es mas adecuado que Tenerife y Madera, para desterrar la melancolía y volver la tranquilidad al afligido.

¿No se elevan allí los magníficos árboles de canela y los plataneros, estas plantas deliciosas del mar del Sur y de las Indias Orientales? ¿No se encuentran allí, en la orilla del mar, las palmas del dátil y el cocotero? mas al interior, se ve el árbol de Drago, cuyo tronco admirable se eleva como el cuerpo de una serpiente colosal. Las pendientes están cubiertas de viñedos; naranjos cubiertos de flores, mirtos y cipreses están en los alrededores de las capillas que ha erigido la devoción en esas colinas aisladas. En todas partes se ven cercas de magüey y de nopal. Innumerables plantas criptógamas (1) cubren las paredes que se conservan humedecidas por pequeñas fuentes de agua cristalina. Durante el invierno, cuando los volcanes están cubiertos de hielo y nieve, se goza en este país de una primavera eterna. En el verano, al ponerse el sol, produce la brisa del mar un agradable fresco.

Y en medio de este gran jardín se da cerca de la aldea San Juan de la Rambla, el delicioso vino Malvasier.

(1) Criptógamas se llaman en la botánica aquellas plantas que tienen órganos de flores sexuales.

Empero no solo esta riqueza, no solo la gran hermosura de la naturaleza es lo que impresiona allí fuertemente; tambien las masas imponentes del cerro, cautivan con un secreto hechizo al que las está contemplando. El cerro en sí ocupa vivamente el espíritu y hace adivinar al hombre pensador las fuentes misteriosas de las fuerzas volcánicas, á cuyos efectos de conmover la tierra debe el orgulloso pico su existencia.

Después de haber llegado Humboldt y sus compañeros á Santa Cruz de Tenerife y recibido del gobernador á recomendacion de la corte de Madrid, el permiso de hacer excursiones en la isla; hicieron uso de él el mismo dia en que habian recibido la mas cordial hospitalidad en la casa del coronel Armijo, jefe de un regimiento de infantería. No pudiendo el Pizarro permanecer mas que cuatro ó cinco dias en Tenerife á causa del bloqueo, Humboldt tenia que apresurarse para llegar con Bonpland al puerto de Orotava, y de allí tomar un guia para subir al Pico. En el camino encontraron una multitud de camellos blancos, que se usan allí como animales de carga. La subida del célebre Pico, era sobre todo lo que interesaba á Humboldt. Un magnífico camino le condujo de la Laguna, una ciudad situada á..... 1,620 piés sobre el nivel del mar, hasta el puerto de Orotava. Allí se le presentó un paisaje de un encanto incomparable.

En aquellos felices valles domina una primavera eterna. Así, rodeado de las impresiones de una naturaleza

de *paraiso*, llegaron Humboldt y sus compañeros á Orontava, y siguieron de allí, pasando por un hermoso bosque de castaños, y por una vereda pedregosa y angosta, la direccion hácia las alturas del volcan.

En efecto, Tenerife era muy á propósito por ser el primer país tropical que habia visto Humboldt, para aumentar en él el deseo de viajar, elevar los sentimientos y producir un buen humor. Si el naturalista Anderson, que acompañó al capitán Cook en su viaje alrededor del mundo, aconsejó á todos los médicos de Europa, que enviasen á sus enfermos á Tenerife, para devolver allí la paz á su ánimo exaltado y pasar la convalecencia en medio de la hermosura de la vida en la naturaleza por el cuadro siempre verde de la vegetacion; no ha dicho demasiado, porque tambien Humboldt pinta esta isla como un jardin encantador, y él mismo sintió el efecto de este magnífico cuadro de la naturaleza, con su gusto por lo bello, aunque á los ojos del geólogo apareció la isla como un cerro interesante por su formacion volcánica de diversos períodos.

Humboldt subió con sus compañeros hasta el Pico, é hizo observaciones muy interesantes sobre su formacion, su historia geológica y la diversidad de su vegetacion. Habia llegado á un resultado importante allí en el grupo de las islas Canarias, es decir: que las formas anorgánicas de la naturaleza (cerros y rocas), son parecidas en los países mas distantes de la tierra, mientras que las formas orgánicas (plantas y animales), son muy di-

ferentes entre sí. Cuando Humboldt pasó las costas de este grupo de islas de las Canarias, creía haber visto ántes las mismas formas de cerros, mientras las de las plantas y de los animales cambiaban con el clima, haciéndose mas diversos en la altura y profundidad del punto de vista. Las rocas, acaso mas antiguas que las causas del clima, parecen las mismas en los dos hemisferios; pero la diversidad de las plantas y de los animales, que depende del clima y de la altura del terreno sobre el nivel del mar, despertó en Humboldt un gran interes para las investigaciones consiguientes sobre la extension geográfica en donde se hallan estas plantas y animales, y adquirió bastante mérito por sus grandes descubrimientos en América, como el primer fundador científico bajo este respecto. Cuán grandes son las influencias de los puntos de altura sobre la extension de las plantas; lo demostró la subida de Alejandro al Pico de Tenerife. Primeramente caminó allí por la region de los páramos arbóreos, mas arriba encontró una cinta de helechos, y aún mas allá, un bosque de juncos y pinos, encontrando luego una meseta como de dos y media millas de ancho, cubierta de espartos, para llegar al fin al terreno de piedra pómez de cráter volcánico, en donde el hermoso arbusto de la retama con sus flores odoríferas, y la cabra silvestre del Pico le dieron la bienvenida.

Era de esperarse que Humboldt prosiguiera en el cráter de un volcan sus investigaciones geológicas, y así

lo hizo con gran éxito, porque allí juntó nuevos materiales para su opinion y explicacion de una época posterior al *participio de los volcanes en la forma del globo y en los terremotos*.

Una mirada sobre el mar y las costas hicieron conocer á Humboldt y á Bonpland con terror, que su buque el *Pizarro* ya se habia hecho á la vela. Imagínese lo mucho que esta circunstancia les inquietó, porque tenian que temer que la corbeta hubiese partido sin haberles esperado. Se apresuraron por consiguiente á llegar cuanto ántes al puerto. Afortunadamente les habia esperado el *Pizarro* costeando.

Humboldt habia adquirido en la corta excursion al Pico de Tenerife, importantes conocimientos que le servirian para sus ulteriores investigaciones. El grupo de las islas Canarias era para él un libro muy instructivo, de un contenido infinitamente rico, cuya diversidad habia de originar para una cabeza como la de Humboldt, resultados mas extensos y generales. El reconoció el verdadero objeto del naturalista y la importancia de las observaciones especiales. El terreno sobre el cual los mortales pisamos, es el mas variable y el mas activo en la destruccion y reconstruccion; en él existe una fuerza que arregla y da forma á las cosas que no la tienen, liga el planeta al sol á que pertenece, da á las masas frias el calor que necesitan; distingue lo que aparece concluido y que debe designar el hombre en su estrecho punto de vista como grandes, conociendo nuevas cosas en su

lugar. ¿En qué consiste esta fuerza? ¿De qué modo está creando y de qué modo destruye? Estas eran las grandes preguntas, que se hizo Alejandro y á cuya contestacion científica iba á dedicar su vida entera.

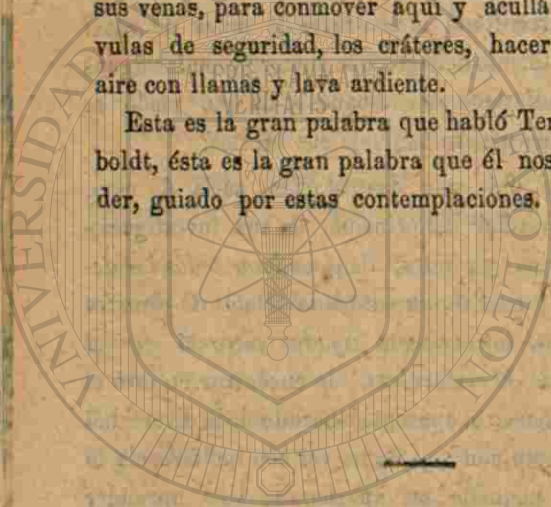
—¿Que es un dia de creacion? exclamó. ¿Le es insuficiente una revolucion de la tierra al rededor de su eje ó es el resultado de una série de miles de años? ¿Se elevó el continente del agua ó se sumergieron las aguas á la profundidad? ¿Qué son volcanes y de qué modo se forman y de que género han sido sus efectos?

Tenerife le dió una contestacion séria á esto. Allí conoció la verdad del principio de sus investigaciones, emprendidas ya ántes, *de considerar todos los detalles solo como partes de un encadenamiento de grandes causas y efectos, íntimamente ligados entre sí por el gran obrador de la naturaleza*, de encontrar en esto el hilo de orientacion en el aparente laberinto de la diversidad infinita, y por este motivo, de no ver con indiferencia lo individual, lo pequeño en apariencia, sino aprender á conocer lo grande en lo pequeño, y el conjunto en sus partes.

En este sentido fué el volcan de Tenerife para Humboldt, la clave de muchos misterios de la vida en conjunto; reconoció los diversos medios que emplea la naturaleza, para crear y destruir y de este modo aprendió á comprender la historia de los detalles para que le sirviesen de escala en la historia de la generalidad. Ya se habia apagado el fuego de los

volcanes que visitó en Tenerife, pues sus huellas dieron á conocer á Humboldt en grandes tipos, el poderoso elemento, que en épocas remotas calentó nuestra tierra, rompió su costra, enterrando hombres, animales, plantas y ciudades por medio de terremotos, y en la actualidad todavía continúa en lo profundo de sus venas, para conmover aquí y acullá ó por sus válvulas de seguridad, los cráteres, hacer explosion en el aire con llamas y lava ardiente.

Esta es la gran palabra que habló Tenerife con Humboldt, ésta es la gran palabra que él nos hizo comprender, guiado por estas contemplaciones.



## CAPITULO VI.

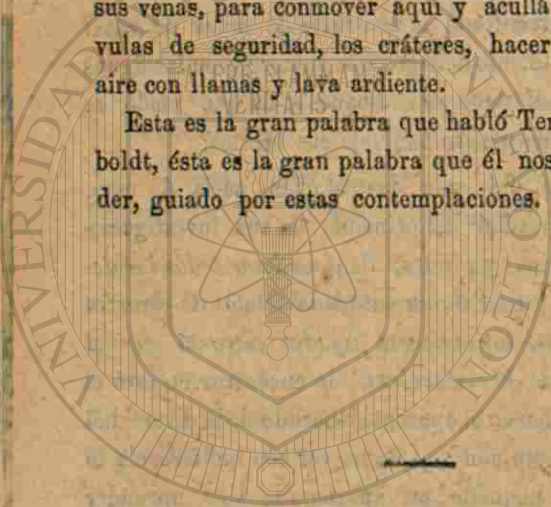
### Una noche maravillosa.

Era de noche;.....el buque habia dejado muy atrás á Tenerife. Habian desaparecido semanas de una navegacion rica en investigaciones y experiencias; aún no se presentaba á la vista nada mas que cielo y agua; pero se habian acercado mas y mas al continente americano.

Alejandro de Humboldt se encontró solo en la proa del buque, mirando silenciosamente el inmensurable espacio. Se hallaba de mal humor porque en el buque se habia presentado un dañozo huésped: una fiebre maligna. Ya se habian enfermado algunos pas-

volcanes que visitó en Tenerife, pues sus huellas dieron á conocer á Humboldt en grandes tipos, el poderoso elemento, que en épocas remotas calentó nuestra tierra, rompió su costra, enterrando hombres, animales, plantas y ciudades por medio de terremotos, y en la actualidad todavía continúa en lo profundo de sus venas, para conmover aquí y acullá ó por sus válvulas de seguridad, los cráteres, hacer explosion en el aire con llamas y lava ardiente.

Esta es la gran palabra que habló Tenerife con Humboldt, ésta es la gran palabra que él nos hizo comprender, guiado por estas contemplaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TENERIFE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO VI.

### Una noche maravillosa.

Era de noche;.....el buque habia dejado muy atrás á Tenerife. Habian desaparecido semanas de una navegacion rica en investigaciones y experiencias; aún no se presentaba á la vista nada mas que cielo y agua; pero se habian acercado mas y mas al continente americano.

Alejandro de Humboldt se encontró solo en la proa del buque, mirando silenciosamente el inmensurable espacio. Se hallaba de mal humor porque en el buque se habia presentado un dañozo huésped: una fiebre maligna. Ya se habian enfermado algunos pas-

jeros y aun Bonpland se quejaba tambien de un malestar, tratando ya de descansar.

Un sentimiento extraño de soledad, de abandono y de mal humor, se habia apoderado de Humboldt como una pesadilla, presentándose ante su alma con una sensacion indefinible la imponente grandeza del océano sin fin, y la del mundo que descansaba en los brazos de la noche.

Silenciosamente caminaba el buque.....con regularidad se movian las olas, viniendo y alejándose...junto á la pálida luna pasaron algunas nubes como espectros...mas todo esto no veia.....solo sentia en su pecho un gran dolor!

Humboldt miraba el cielo. Entónces le sucedia lo de siempre, la inmensidad con sus eternas luces conmovia á su alma mas viva y profundamente, que cualquier otro atractivo terrestre. Se le figuraba que le venian del cielo y de sus mundos ciertos deseos, y lo que viene del cielo, vuelve á él. Acaso seria la monotonía, propia de todo viaje largo por mar, lo que le oprimia el pecho y le hacia dirijir con doble interes sus miradas hácia arriba; porque al rededor de él se notaba desde muchas semanas la marcha uniforme de la vida y de los fenómenos de los peces volantes, que se elevan sobre la superficie del agua perseguidos por sus enemigos. Humboldt ya habia estudiado su anatomía y su capacidad de volar; grandes yerbas de mar, flotantes, enraizadas en el fondo del océano, y llegando á la superficie sus troncos de una longitud de 500 hasta 1800 piés y formando bancos

enteros; tambien á su exámen habia dedicado Humboldt una gran parte de su tiempo. Centenares de objetos de esta clase..... siempre los mismos.....y siempre agua y cielo y vientos y luna, y el pensamiento en las cosas grandes, en la patria, y la grandeza de la naturaleza y en la pequeñez del Yo.....y sobre todo esto un aliento de la muerte, que acechando, pasaba por el interior del buque.

Pesada, muy pesada es la monotonía de una existencia de esta clase aún para los marinos mas experimentados. Tambien la tripulacion despues de trasecurridas muchas semanas de navegacion, busca la vista de un hombre extraño; desea percibir la voz de alguna otra persona y ver objetos de otras regiones. De manera que es siempre un acontecimiento notable, el paso de otro buque; todos suben apresuradamente á cubierta, se hacen señas, gritan, se preguntan por el nombre y lugar de su procedencia y de su destino, se saludan..... y se ven desaparecer mutuamente en el horizonte.

Humboldt y Bonpland habian sido muy activos durante la navegacion, mas sus trabajos científicos no pudieron reprimir la exaltacion de su ánimo, principalmente en el primero, á pesar del rico material que les ofrecia diariamente su celo por la investigacion. Con mucho sobresalto se levantó Humboldt, porque su excelente vista creia haber descubierto, con la luz de la luna, una vela en el lejano horizonte.

Sin cesar y con el corazón palpitante, dirigió una mirada hácia el punto que se acercaba más y más, y se hacía mas grande..... era un buque..... pero..... era tambien el primer dolor que sentia el viajero, cuando paulatinamente se distinguía el mástil y..... y..... pasaba con los restos de un buque, cubierto de yerbas, que habia naufragado.

Era aquel un momento muy solemne y conmovedor: pasó el casco semejante á un sepulcro cubierto de césped... ¿Dónde estarían aquellos, que la habían conducido hacia poco, que en la tempestad destructora habían exhalado su último suspiro luchando por su vida? (1).

Así marcha la naturaleza en su continuo movimiento y no hace caso del infeliz mortal. Que el dolor oprima el corazón, que arrastre la mano de fierro del destino, destruyendo ó sucumbiendo por las consecuencias de cambios comunes en las revoluciones de la naturaleza: ésta los sigue en su curso con una glacial indiferencia, con toda la gravedad de su alto destino.

—¿Y á quién no ha conmovido muy profundamente esta experiencia? ¿A quién no le ha horrorizado y llenado de grande tristeza haciéndole estremecer ante la marcha inevitable de la fatalidad? Mas luego que se eleva la vista, se recoge el espíritu y se consideran las cosas

(1) Humboldt: Viajes, etc. tom. I, pág. 180 Klenke, pág. 52.

en un punto de vista mas elevado, en'ónces justamente la marcha de la naturaleza está sujeta á leyes eternas é inmutables, lo que nos ofrece el mayor consuelo, una gran tranquilidad en nuestra existencia tempestuosamente conmovida. Clara, precisa y convincente se nos acerca la certidumbre, *que sin embargo de todo esto, hay siempre un polo de reposo en el conjunto de los fenómenos.*

Así pensó tambien Alejandro, y hablando consigo mismo, dijo:

—¡Sí! el hombre pertenece á un orden de cosas no interrumpido, que llevando esta con certeza á algo superior y luego al punto final, en que se resuelven todas las dudas, se vencen todas las dificultades y se reúnen todos los sonidos antes disonantes, en una poderosa y bella armonía; es preciso que tambien el hombre llegue con este orden de cosas al mismo punto indicado. Y entónces... la naturaleza posee tambien luz y amor, alegría y brillo, así como se nos presenta grave y conmovedora ante nuestra alma, si sabe consolar y levantar á aquel que está sumergido en duelo y pesadumbre!

Alejandro levantó la vista; entónces le pareció que el mismo Eterno le habia contestado: la luna se habia metido en el lejano horizonte, una lijera brisa habia desvanecido las nubes, y grande, brillante vió salir por primera vez la magnífica constelación *de la cruz del Sur!*

Un grito de placer salió de su pecho, que encontró eco en los labios de los marineros, quienes se apresura-

ron á subir á cubierta al saber que la constelacion de la cruz habia aparecido. En la soledad de la mar se saludó á una estrella conocida como á un antiguo amigo, y la brillante cruz del cielo pareció á la tripulacion en aquella vez con la fiebre á bordo, como una señal de salvacion enviada por Dios. Era tambien la misma constelacion que habian saludado los primeros navegantes del siglo XV, como una señal significativa de adelanto, desapareciendo para ellos las estrellas del Norte.

La tripulacion se retiró despues de una corta oracion. Alejandro de Humboldt volvió á quedarse solo.

La noche se habia puesto muy serena, con una atmósfera balsámica, tranquila y agradable, por lo que Alejandro respiró el aire con deleite. Parecia que la fosforescencia del mar esparcia una especie de luz en la atmósfera.

Humboldt se habia sentado sobre un pequeño barril, y no se cansó de admirar la belleza del cielo del Sur, en el cual salian mas y mas constelaciones, despues de algunas noches en que habia estado cubierto de nubes.

Un sentimiento extraño se apoderó de él; las estrellas que habia conocido desde su niñez, habian bajado paulatinamente y desaparecido por completo al acercarse al Sur, y entónces brillaba un nuevo cielo estrellado sobre su cabeza.

Nada mas á propósito que esta circunstancia, para que recordase la inmensa distancia de su patria.

Los grupos de las estrellas de primer orden, algunas nebulosas, que rivalizan en brillo con las de la vía lactea, distinguiéndose por un color intensamente oscuro; todo esto da un aspecto muy original al cielo del Sur. Este espectáculo conmueve la imaginacion aún de aquellos hombres que son extraños á las ciencias, y elevan con trasportes de júbilo sus miradas hácia el cielo estrellado, admirándole como se admira un hermoso paisaje ó una vista magnífica. No se necesita ser botánico para conocer el trópico á la vista del mundo vegetal, y aún aquel que no tiene conocimientos astronómicos y no sabe nada de los mapas celestes de Flamsteed y de Lacailles, conoce que ya no está en Europa, viendo salir en el horizonte la monstruosa constelacion de la nave ó las nubes luminosas de Magallanes. Tierra y cielo..... á todo lo que hay en los países equinocciales se imprime el sello de lo extraño. (4)

¡Oh! cuántos sonidos lejanos hirieron esa noche el oído del que estaba contemplando el firmamento estrellado! Se acordó del tiempo de su juventud en que habia deseado tan ardientemente ver la magnífica constelacion de la cruz del Sur, que en esa misma noche tenia en efecto á la vista, tan luminosa como si estuviera formada de innumerables diamantes; con silencioso placer, como en los dias de la juventud, resonaban en su alma los versos del Dante:

(1) Viajes á las regiones etc.



Io mi volsi a mandestra e posi mente  
All' altro polo, e vidi quattro stelle,  
Non viste mai fuer ch' all prima gente.

Goder pareo lo ciel di lor fiamello  
O settentrional vedovo sito,  
Poi che pirato se di miar quelle!

Pero con estos versos del inmortal Dante se presentó á Alejandro toda su juventud pasada, el recuerdo de sus padres, su hermano, de la hermosa infancia que pasó en Tegel, del tiempo académico con sus amistades juveniles, y..... de su primer amor.

—¡¡Cecilia! exclamó Alejandro, ¿qué habrá sido de tí?  
Y recayó en una profunda meditacion..... horas enteras pasó de este modo.

Ya se notaba el crepúsculo matutino, cuando sintió una mano en sus hombros. Alejandro se sorprendió: era Bonpland, á quien habia fortalecido un largo sueño y se hallaba á su lado ya bueno y sano.

Humboldt le saludó cariñosamente; pero oyó con pesar la noticia de que la fiebre seguia á bordo. La mañana habio traído una brisa algo mas que fresca, que hacia estremecer á Alejandro. Algunas aves del mar pasaban el buque gritando, y aquí y acullá levantaba un tiburón su cabeza de las aguas.

Repentinamente resonó un sonido sordo en golpes pausados.

—¿Qué será esto? preguntó Humboldt sorprendido á un marinero que pasaba delante de él.

—¡La campana mortuoria! contestó el hombre en tono grave.

—¿Y quién ha muerto? preguntó Alejandro congojoso.

—El mas jóven de los pasajeros del buque, contestó aquel. Un jóven asturiano de diez y nueve años.

Alejandro se figuraba que una mano de hielo le tocaba en su corazón, sintiendo á la vez un profundo y sincero dolor. ¿De este modo se habian cumplido las esperanzas de la pobre madre y de Alma que en la lejana patria estaba tambien esperando en su amor? ¿Era este el fruto de una vida tan bella, tan jóven y llena de esperanzas?

—¡Pobre jóven! pensó Humboldt; tu has adivinado esta desgracia, con repugnancia te embarcaste..... ¿y ahora? Ya nos están saludando los aires del Nuevo Mundo!.....Cuba, el objeto de tu viaje, el anhelo de tu madre, el país de tu pretendida fortuna, está muy cerca.....te sorprende una fiebre maligna.....y..... acaso mientras tu madre y tu novia están orando fervorosamente por tí, te sumergen manos estrañas en la húmeda tumba.

Entretanto sonó la campana mortuoria.....los marineros se arrodillaron para hacer una corta oracion..... luego cayó un cadáver amarrado en una tabla á la mar,

toco el agua y luego.....una docena de tiburones se acercan.....sigue un silencio absoluto, mientras en el lejano horizonte sale grandioso y solemne el sol, sobre el inmenso oceano!



## CAPÍTULO VII.

### El Nuevo Mundo.

Es admirable como se demuestra en nuestra vida con frecuencia una coordinacion superior de circunstancias, que nos explicamos mas tarde en el ocaso de nuestra existencia.

Es verdad, que el hombre, por su libre albedrío, es el creador de su destino y de su suerte. Puede por medio de su actividad aumentar y perturbar la marcha del mundo moral, y todo el género humano, desde el mendigo hasta el rey, es por consiguiente en conjunto cada uno segun sus fuerzas, el creador de este mundo moral. El

toco el agua y luego.....una docena de tiburones se acercan.....sigue un silencio absoluto, mientras en el lejano horizonte sale grandioso y solemne el sol, sobre el inmenso oceano!



## CAPÍTULO VII.

### El Nuevo Mundo.

Es admirable como se demuestra en nuestra vida con frecuencia una coordinacion superior de circunstancias, que nos explicamos mas tarde en el ocaso de nuestra existencia.

Es verdad, que el hombre, por su libre albedrío, es el creador de su destino y de su suerte. Puede por medio de su actividad aumentar y perturbar la marcha del mundo moral, y todo el género humano, desde el mendigo hasta el rey, es por consiguiente en conjunto cada uno segun sus fuerzas, el creador de este mundo moral. El

hombre solo desarrolla sus tendencias innatas en él como todas las cosas del mundo visible pero con la diferencia que solo su libre albedrío le hace acreedor al castigo y á la recompensa, así como sus sentidos saben hacer diferencia entre el bien y el mal.

Así sucede en el mundo moral; mas en la marcha de la historia, tiene el hombre que sugetarse aunque no quiera á las circunstancias exteriores, y estos influyen entonces en su destino con determinacion frecuentemente muy original.

¿No habia sucedido á Alejandro de Humboldt, con respecto á sus grandes proyectos de viage, una cosa bastante original? Tambien la enfermedad dominante á bordo del *Pizarro* originó una modificacion de este proyecto, demasiado grave en sus consecuencias. Los pasajeros que hasta entonces aún no habian sido contagiados por la enfermedad; atemorizadas por la malignidad de la fiebre, tomaron la resolucion de desembarcar en el primer puerto que tocasen, y llegar á Cuba y México por otro conducto. Con este fin lograron convencer al capitán, á que anclara en Cumana, puerto situado en la costa noroeste de Venezuela, donde pudieron desembarcar los pasajeros. Esta circunstancia determinó tambien á Humboldt y á Bonpland, á modificar su plan, y á visitar ántes las costas de Venezuela y el Perú, poco conocidas en aquella época. De este modo fué como la enfermedad casual motivó los grandes descubrimientos de Humboldt en

*aquellas regiones y en el Orinoco, hasta los limites de las posiciones portuguesas en el Rio Negro.*

Estos eran puntualmente los países por los cuales se habia entusiasmado Alejandro con Forster y que desde su infancia anhelaba ver y conocer; investigarlos y explorarlos habia sido su deseo y el objeto de su vida.

Al anclar el buque en Cumana, despues de una navegacion de cuarenta dias, contemplaba Alejandro con deleite los grupos de cocoteros que adornaban la costa y cuyos troncos, de una altura de mas de sesenta pies, imprimian al paisaje el carácter de los trópicos. El valle estaba cubierto con arbustos de cacia, caparis y mimosas arbóreas, que semejantes á los pinos de Italia, extendian sus ramas al modo de un abanico. Las hojas de las palmas por su color contrastaban con el azul del cielo, que no enturbió ni el mas ténue vapor. Violentamente subió el sol hasta el zenit, una luz espléndida estaba difundida en la atmósfera, reflejando mágicamente en los cerros cubiertos con toda clase de nopales, mientras en las playas pululaban garzas, flamencos y alcatraces; pelícanos trigueños del tamaño de un cisne de arqueado pescuezo, extendian su largo pico orgullosamente, lo mismo que las alas, y se movian nadando ó andaban pesada y toscamente sobre la playa.

La brillante luz del dia, la intensidad de los colores de las plantas, las figuras maravillosas de los vegetales, el plumaje y la multitud de aves, *todo, todo llevaba el sello grandioso de la naturaleza tropical.*

— ¡Oh qué abundancia de nuevos conocimientos, qué estudios tan grandes se nos presentan aquí! exclamó Humboldt entusiasmado.

¿No se había enriquecido su saber durante la navegación? ¿No se ligaban á sus investigaciones zoológicas y al estudio de las algas las mas importantes observaciones?

Utilizando el material, que le ofrecieron las ciencias, Alejandro había hecho experimentos sobre la temperatura del aire, por haber observado, haciendo abstracción del cambio de las estaciones y del punto relativo de la tierra, una notable diferencia entre la temperatura de la atmósfera del mar y del continente, encontrando en el océano una temperatura generalmente mas alta que la de la atmósfera, y el motivo que no se puede restablecer el equilibrio entre los dos elementos, á causa de los vientos y la absorción del calórico, durante la evaporación del agua, en cuyo caso se absorbe siempre el calor.

Otro estudio muy interesante hizo Humboldt respecto del azul del cielo. Su vista no solo se deleitaba con la magnífica transición del suave verde del mar hasta el hermoso amarillo y encarnado del cielo; no solo se impresionó, como un simple admirador de la naturaleza, instantáneamente á la vista del color azul de la bóveda celeste, sino que meditó profundamente sobre la causa y efectos de este fenómeno, y de este modo fué el primer naturalista que hizo observaciones científicas sobre los colores del cielo en la mar ecuatorial. Después de haber llamado Deluce, en el año de 1763, la atención sobre el

color particular del cielo, investigando sus causas y condiciones, inventó Saussure en el año de 1790 un aparato, que llamó «cianómetro», para indicar por medio de tablas de colores en escala creciente desde el azul mas intenso hasta el mas claro, el grado del azul del cielo en cualquier momento. Humboldt hizo en este viaje una gran aplicación de este instrumento, sacando por el grado del calor la acumulación y la naturaleza de los vapores no transparentes en el aire. Con este objeto observó el color y la figura del disco del sol al salir, reconociendo en ellos la duración del buen tiempo, y el silencio ó la fuerza del viento y como una señal segura de una tempestad cercana, la palidez y el dilatamiento del disco solar. Del mismo aparato se sirvió para medir el color del mar, que por lo general es verde, y encontró tambien cambios que hacen variar con el cielo sereno frecuentemente el color de la mar desde el mas intenso azul de añil, hasta el verde mas oscuro y gris de pizarra, sin la menor influencia atmosférica, encontrándose ademas que la expresion, «el océano refleja el cielo» es una figura enteramente poética, por no estar fundada en la naturaleza, y porque el mar es algunas veces azul, mientras el cielo aparece cubierto con nubes blancas. Fuera de estas observaciones adquirió Humboldt otros conocimientos enteramente nuevos, respecto al grado de humedad en la atmósfera, así como al de la electricidad é inclinación de la brújula.

¿Cuántas nuevas experiencias y aumento de saber le había proporcionado el Nuevo Mundo!

En la noche del segundo día que pasaron en Cumana, dijo el capitán del *Pizarro* á Humboldt y Bonpland:

—¡Bien! señores; ayer os he introducido en la casa de D. Vicente Emparan, gobernador de Portobello y Cumana, y creo que ha sido para vuestra satisfacción; ahora vengo á invitaros para una tertulia de parte del mismo señor.

—Os estamos muy agradecidos, señor capitán, contestó Humboldt con apacibilidad. Ya vuestro consentimiento en anclar en Cumana ha sido una grande complacencia de vuestra parte con respecto á todos los pasajeros y aquí.....

—¡Vaya! le interrumpió el capitán, ¿Porqué no habia de servir gustoso á los hombres de la ciencia? es verdad que yo entiendo poco de erudicion, porque no soy mas que un simple marinero y tengo que hacer bastante con mi *Pizarro*, su curso y tripulacion; sin embargo, se tiene respeto y estimacion á los hombres que inventan siempre cosas nuevas y son muy útiles al mundo por su saber; pero apresuraos, la reunion nos está esperando.

Humboldt y Bonpland obedecieron y pronto se hallaron en camino en compañía del capitán.

—¿Iremos á la casa del gobernador? preguntó el jóven francés.

—No, contestó el capitán, que fumando un puro, andaba al modo de todos los marineros entre los dos viajeros. (Humboldt comparó para sí su modo de andar con el de un pelícano.) No, nadie se halla en su casa por la

noche en este país de dioses, sin embargo os sorprenderéis por el camarote á que os llevaré; añadió el capitán con una sonrisa que brillaba en su rostro cobrizo.

—¿Y no sabremos nada de nuestro capitán respecto de este camarote? preguntó Bonpland con la jovialidad innata en él, y que es tan grata á los viajeros.

Pero el capitán movió la cabeza sonriendo y contestó:

—Nada os diré, ni siquiera por una cubeta llena del mas delicioso *grogg*. Vosotros, las *raias de la tierra* teneis una curiosidad endiablada, pero á nosotros las *raias del agua* se nos enseña á estar callados al andar por meses enteros en el también silencioso mar: Esperad pues, hasta que anclemos.

Los viajeros se sometian riendo.

Llegaron por fin á uno de los barrios de la ciudad habitado por los indios caymas. Apenas se puede describir, cuan sorprendente es para un europeo, que por primera vez tiene á la vista una escena de esta clase. Se le presentan casi como espectros, figuras de hombres y mugeres de color trigüeño, medio desnudos, cubiertos solamente con una corta camisa de género de algodón... tienen los muslos mórbidos y carnosos, los ojos negros y hundidos, sombreados por espesas pestañas, con los pómulos salidos, los cabellos tiernos y lisos; las facciones graves y taciturnas; mientras los niños enteramente desnudos aparecen á los ojos como medio monos, medio diablillos. Y cuán interesante se hace esta escena, recordando los cuadros de fantasía juvenil, desde los cuen-

tos de los viajes de Robison de Campe, hasta las descripciones de Cooper.

Lo extraño, sorprendente y nuevo de esta vista, tiene para el europeo un encanto que no puede espresarse.

Tambien Humboldt y Bonpland sintieron esta impresion, solo que ella se asociaba al interes científico. Apenas pudieron detenerse en buscar desde luego puntos de contacto entre los indios, para sus investigaciones, porque tenian que obsequiar la invitacion del gobernador.

El camino pasó por un monte de nopal á la orilla del rio *Manzanares*, á donde dan sombra los tamarindos, el palo del brasil y otros árboles que se distinguen por su follaje y su flor. Todo el rio estaba cubierto con niños de los indios, que parecian estar allí como en su casa, mientras otros, enteramente desnudos, estaban acostados en la orilla, cavando con empeño en el suelo para encontrar cientopíes, de diez y ocho pulgadas de largo y siete líneas de ancho, sacándolos con júbilo del suelo y comiéndoselos en seguida. (1)

Humboldt y Bonpland sintieron horror viendo esto; mientras el capitan del *Pizarro* prorumpió en una imprecacion de marino.

(1) Creemos que el autor se ha equivocado al decir que los niños comían cientopíes; nos parece que debe referirse á las lombrices de tierra, que son unas pequeñas culebras.

—¡Verdaderos diablos, estos inditos! dijo alega-  
Comerian al fin carne humana, si el gobierno no lo impidiese; pero D. Vicente Emparan es el hombre para eso. A propósito del gobernador, ¿cómo os recibió ayer, al entregarle vuestros pasaportes extendidos por el ministerio real de España?

—Nos recibió con la franqueza y noble sencillez que siempre ha sido peculiar al carácter del pueblo vascoense, dijo Humboldt.

—¡Es en efecto un valiente! contestó el capitan. Antes de ser nombrado gobernador de Portobello y Cumana, se habia distinguido como capitan de buque en la marina real.

—Me parece, dijo Bonpland, pasando la mano sobre la frente, que he leído algo de una persona del mismo apellido.

—Puede ser muy bien, opinó el capitan, El apellido Emparan recuerda un par de marinos del mejor calibre.

—Parientes del gobernador?

—Sus hermanos.

—Y sus hechos?

—La historia de ellos es tan célebre como trágica.

—Referídnosla.

—Despues del último rompimiento entre España é Inglaterra, se batieron ambos hermanos durante una noche en el puerto de Cádiz en sus respectivos buques, por haber tomado cada uno al otro por enemigo. La lucha fué

tan terrible y encarnizada, que casi al mismo tiempo se sumergieron los dos buques. Solo una pequeña parte de ambas tripulaciones se salvó, y los hermanos tuvieron la desgracia de reconocer su equivocacion cuando moribundos ambos, se sumergieron con sus buques en la mar.

—¡Qué fin tan trágico! exclamó Humboldt.

—¿Y qué dijo D. Vicente respecto de vuestros proyectos? preguntó el capitán.

—Se expresó en términos muy benévolos sobre el particular, contestó Humboldt. El opinó, y con razon, que la Nueva Andalucía se conoce en Europa solo de nombre: las ventajas que produjeran nuevos descubrimientos para hacerla conocer, serian provechosas para ambas partes.

—¡Es cierto!

—Tambien confirmó, que las serranías de esta provincia y las orillas de los numerosos rios, ofrecen un vasto campo al naturalista para sus exploraciones.

—¿Y no os ofreció su ayuda y proteccion?

—Lo hizo y se mostró muy bien dispuesto.

—En esto le conozco. Ademas, habeis sido muy bien recomendados por el gobernador español.

—Gracias á la amistad del noble D. Mariano Luis de Urquijo! dijo Alejandro Humboldt con calor.

Los viajeros habian subido una colina, sobre la cual se hallaba un edificio fortificado, que dominaba la ciudad. Era el castillo de San Antonio, que tenia una vis-

ta pintoresca, contrastando agradablemente con la pared oscura de las montañas, cuyas cimas se hallan en las regiones de la nieve eterna.

Mas hermoso era aún el punto que encontraron algunos pasos mas adelante en las ruinas del viejo castillo de San Antonio. La brisa fresca del mar les saludó de un modo agradable, supuesto que hacia un calor tropical, y ante ellos se presentó una vista deliciosa hácia la ciudad y el puerto.

Tambien allí habian de saber luego, en que país tan maravilloso se hallaban.

A lo léjos, sobre la playa de rocas en el estrecho de Araya, se veian las puntas de las altas montañas de la isla Margarita. Hácia el poniente, recordaban los islotes Caracas, Picuito y Boracha, las horribles catástrofes, que destruyeron la costa de Tierra Firme.

Estas islas se presentaban á la vista como obras de fortificacion, y calentando el sol las capas inferiores del aire, de la mar y de la tierra de un modo desigual, aparecieron las puntas de dichas islas, elevadas como por encanto; á consecuencia del fenómeno llamado *Fata Morgana*, lo mismo que los extremos de los grandes cabos de la costa. ®

Bruscamente, y sin crepúsculo, circunstancia propia de aquellas regiones, entró la noche, y así desapareció como por milagro, el fenómeno mencionado, volviéndose á ver las masas de las rocas en el lugar que realmente



ocupaban. El sol, que dá vida á la naturaleza orgánica, parecia por un cambio de refraccion en sus rayos, mover de sus lugares las rocas firmes, y dar un movimiento de oscilacion á las áridas llanuras de arenales (1).

Sorprendidos y con un alto interes, observaban los dos amigos este fenómeno grandioso, hasta que el capitán interrumpió su silencio con las palabras siguientes:

—Señores, ahora ya es tiempo de que vayamos á obsequiar la invitacion del gobernador. Está saliendo la luna y esta es la señal para la reunion. Os traje por aquí para enseñaros la vista de ese fenómeno y la Fata Morgana; además, dentro de diez minutos volveremos, estarán en las orillas del Manzanares.

—¿Es decir, iremos á ver el río? preguntó Bonpland.

—El bienhechor de estas regiones! dijo el capitán. Un río, cuya temperatura en tiempo del flujo baja á 22 grados de calor, mientras el termómetro señala 30 hasta 33°, es en efecto un gran beneficio en un país, donde domina por todo el año un calor insufrible, y que dan ganas de estar todo el día en el agua.

—Por Dios! exclamó Bonpland; ya estoy creyendo en los cuentos de un mundo mágico, y nada extraño será ver en este país los peces paseándose en la tierra y á los hombres viviendo en el agua.

—Bien, señor naturalista, dijo el capitán alegremente, parándose por un momento. Para ver lo último, no te

(1) Humboldt, viaje á las regiones equinocciales, tom. II, pág. 216.

neis que andar muy lejos. Los niños v. g. pasan en efecto la mayor parte de su vida infantil en el agua, como habeis visto (1). Pero, silencio! Hemos llegado al jardín del gobernador, y preparaos á ver realizados uno de vuestros cuentos fantásticos.

Y en efecto, el lugar á donde llegaron, parecia ser la mansion de una hada.

El río Manzanares viene de las altas mesas descendiendo de la pendiente Sur del cerro de San Antonio, corriendo allí tan magestuosamente con sus aguas cristalinas, y sombreados por caobas y erictrinas, gigantes cas, que era un deleite seguir su curso con la vista.

Todo el parque, alumbrado por la luz de la luna, tenia un aspecto alegre, y contrastaba de un modo extraño con las altas cordilleras que se elevaban en el fondo: Aves con un plumaje brillante y magnífico, altas palmas movidas suavemente por la brisa nocturna, una especie de laurel que se hallaba en espesos grupos, sobresaliendo con sus copas á una altura de cien piés, mientras en su follaje resonaban cantos alegres de muchos pájaros.... todo esto daba á la naturaleza un aspecto singular, y grandioso, y de una armonía encantadora é inesperada.

La impresion fué tan imperiosa, que Humboldt y el mismo Bonpland, por naturaleza tan alegre, siguieron callados al capitán.

(1) Hechos positivos. Viajes etc. tom. II, pág. 226.

Pasaron luego por un jardín bien dispuesto, situado en un terreno que tenia un suave declive hácia el rio Manzanares. Una multitud de flores, exuberantes en su figura, color y aroma, como jamás las habian visto los viajeros, les saludaron, y sin embargo, algo de extraordinario les llamó la atención de tal manera, que olvidaron aun á las hijas de Flora.

Era esto un edificio no muy grande, construido en estilo elegante, que solamente consistia en dos pequeños salones, por cuyas puertas podian ver Humboldt y Bonpland.

La vista del primer salon desde luego fué sorprendente para ellos... En los sofás que estaban colocados junto á las paredes, se veian tendidos á lo ménos veinte vestidos completos de señora, en bastante desórden, como si sus bellas dueñas los hubiesen quitado con mucha prisa. Algunas criadas medio desnudas, de la tribu de las *Caymas*, estaban paradas sin moverse y reclinadas en las columnas que sostenian el salon.

—¿Pero con mil demonios, qué significa esto? preguntó con *vehemencia* Bonpland.

—Lo vereis luego! contestó el capitán lacónica y misteriosamente.

—Capitán, dijo Humboldt parándose, no queréis acaso.....?

El capitán prorumpió en una gran carcajada.

—Seguidme! dijo al fin. Estamos en el jardín del gobernador.

Dos criados de color cobrizo y medio desnudos, abrieron la puerta del segundo salon, dejando pasar á los señores.

Mas con asombro notaron allí tambien unos vestidos, con la diferencia que eran de hombres. Antes de que pudieran manifestar su sorpresa, ya uno de los criados les habia quitado los vestidos, entregándoles una camisa corta de algodón, y un par de pantalones blancos tambien del mismo género, con un ceñidor para que se fajaran.

Humboldt y Bonpland, no sabiendo que pensar de todo esto, se detuvieron, cuando el capitán se les presentó en su metamorfosis. Los vestidos muy lijeros, (para ojos y costumbres euro peas no se podian llamar con ese nombre) le venia muy bien. Su ejemplo les animó, y en pocos minutos habian cambiado sus trajes, poniéndose los arriba mencionados. Un criado les presentó luego un puro de la Habana, y otro traje lumbre.

Despues de haber encendido los puros, dijo el capitán:

—Ahora adelante, señores, á la reunion!

Empero Bonpland le contestó diciendo:

—¿Qué vais á hacer, señor? ¿queréis acaso que nosotros nos presentemos así..... y las señoras, cuyos vestidos están allí?

—¡Vaya con miles de estrellas y brújulas! dijo el capitán riendo. No he conocido hasta ahora un francés de vuestro género. ¿Teneis acaso miedo á las señoras?

—No, por Dios! exclamó el jóven con ojos chispeantes; pero.....

—Pero venid y ved ántes! continuó el capitán casi enojado. Es verdad; aquí no estamos en Paris..... costumbres del país..... En una tierra donde el hombre está tan cerca del estado natural, como aquí, no es chocante hacerse soportable la vida de todos los modos permitidos.

Dicho esto, se adelantó el capitán, siguiéndole sus dos compañeros. Se oía ruido de voces y de risas de mucha gente.

Mas qué espectáculo se les presentó entónces!

Ante ellos se hallaba el Manzanares, alumbrado por la luna, y entre árboles de tulipanes cubiertos con numerosas flores.

En medio del río, estaban sentadas sobre sillas que habian traído formando círculo, una gran reunion como de veinte señoras, y el mismo número de señores. Todos pertenecian á las primeras y mas ricas familias de Cumana, que fumando, platicando y chanceando, estaban sentados en medio del río, gozando de la hermosa noche. El gobernador y su esposa hacian los honores. Jóvenes de la tribu de las *Caymas* ó *Zambos*, (1) cubiertas solo con una camisa blanca de género de algodón, sin mangas, servian limonada, confituras, puros y cigar-

(1) Mezcla de negros é indios.

ros; porque también las señoras, vestidas de túnicas blancas que mojadas por el agua, se ajustaban estrechamente á su cuerpo, tenían la costumbre de fumar (1).

Esta escena era para Humboldt y Bonpland tan sorprendente y de tal manera les confundió, que con dificultad guardaron su presencia de ánimo en frente del gobernador y las demás personas. Pasado algun rato tenían que conceder en su interior lo siguiente: que una noche tan magnífica, en un país tan cálido y en una sociedad agradable, jovial y en cierto respecto encantadora, pasada en la corriente refrescante del *Manzanares*, debía ser un goce de que no se tenía ni remota idea en las demás partes del mundo.

Bonpland se hallaba enteramente extasiado, y si la luna no hubiera dado una luz tan clara, habria abrazado en su deleite al capitán, que estaba sentado junto á él y no se movía porque se hallaba muy á gusto.

¡Qué alegres eran en efecto todas esas jóvenes con sus inocentes vestidos! Ellas platicaban segun la costumbre del país: de la sequía general de la estación, de los fuertes aguaceros que habian caído en los distritos vecinos y principalmente del lujo que las señoras de Cumana echaban en cara á las de Caracas y la Habana. No se dejaban interrumpir ni por los pequeños *bavas*, (una especie de lagarto de cuatro piés de largo), porque

(1) Hechos positivos: viaje á las regiones equinociales, tom. II, p. 236.

sabian que estos animales jamas acometen á la gente. Un bullicio general solia causar la aproximacion de algunos delfines, asustando á las encantadoras hijas de Cumana, con los chorros de agua que despedian por las narices.

Muy divertido era entónces ver y oír los gritos, las risas y los brinco, mostrando en tales ocasiones por los vestidos lijeros impregnados del agua y muy ajustados, las formas del cuerpo de cada una de las señoras con una plástica indescriptible.

Bonpland estaba poseido de un gran deleite, y dirigia su atencion á todas partes, aunque una de las sirvientas, una pequeña zambo, que tenia apenas catorce años, le habia hecho una profunda impresion. Era en efecto, un ser encantador. Sus mórbidos y torneados miembros de color mas trigueño que los de los indios *caymas*, eran realzados por la luz de la luna á través de sus lijeros vestidos blancos. Sus miradas eran las de una niña, y sus ojos negros sombreados por largas pestañas, miraban con tristeza; en su modo de ver habia una mezcla de melancolía y de afectos ocultos. Las manos eran pequeñas, de manera que el jóven francés en cada ocasion que la pequeña niña le ofrecia dulces en un platillo de plata, hubiera preferido mejor tomar sus manecitas que las confituras.

Por fortuna se hallaba á su lado su amigo Humboldt, quien le imponia por su apacible y digno continente, lo

que hizo detenerse á Bonpland que fácilmente se apasionaba.

Humboldt platicaba casi siempre con D. Vicente Emparan, que parecia haber tomado mucho interes por él y por las ciencias naturales. Alejandro habia reconocido en el gobernador la primera vez que le vió á un hombre de inteligencia y de buena educacion. Engolfados en una conversacion muy animada, preguntó el gobernador á Humboldt, si creía que el aire atmosférico en los trópicos contenia ménos *ázoe* que en España, ó si la mas violenta oxidacion del fierro en los trópicos, era motivada por el mayor grado de humedad que señala el higrómetro?

El sonido de las palabras *ázoe*, *óxido* de fierro, é higrómetro era para Humboldt lo que para el viajero la palabra *patria*, cuando la oye pronunciar en una tierra lejana despues de una ausencia de muchos años. Alejandro sabia muy bien, que á pesar de las órdenes de la corte de España, y las recomendaciones de un ministro poderoso, tendria que luchar, sin embargo, durante su permanencia en las colonias españolas, con innumerables disgustos y obstáculos, si no conseguia despertar interes en los gobernadores, los verdaderos soberanos de estos vastos territorios. Por este motivo veía con placer, que habia inspirado interes al gobernador Emparan.

Esta tenia buena educacion y era demasiado amante de las ciencias, para hallar extraño y sospechoso, como lo hacian muchos gobernantes de las Colonias, que

Humboldt y Bonpland hubiesen venido de tan gran distancia solo para coleccionar plantas y determinar astronómicamente las alturas de las montañas, y la situación geográfica de algunos puntos. (1)

Sin el menor recelo, el gobernador colmó á Humboldt y Bonpland de finas atenciones aquella noche, prometiéndoles en todos casos su eficaz proteccion y ayuda.

Así llegó la media-noche ántes de que se disolviera la reunion, todos muy satisfechos de haber pasado unas horas tan divertidas.

(1) Humboldt: Viajes etc.

## CAPITULO VIII.

### Amor silencioso.

Las primeras semanas de su permanencia en el Nuevo-Mundo, habian pasado rápidamente para Humboldt y Bonpland.

Habian arrendado una casa ámplia y muy á propósito para hacer observaciones astronómicas, por lo cual se hallaban muy á gusto. Se gozaba en ella, cuando habia brisa en la mar, de un agradable fresco, aunque las ventanas no tenian vidrieras, segun la costumbre del país en aquella época, mientras arbustos llenos de flores odoríferas daban sombra á las piezas á la vez que una hermosa vista.

Humboldt y Bonpland hubiesen venido de tan gran distancia solo para coleccionar plantas y determinar astronómicamente las alturas de las montañas, y la situación geográfica de algunos puntos. (1)

Sin el menor recelo, el gobernador colmó á Humboldt y Bonpland de finas atenciones aquella noche, prometiéndoles en todos casos su eficaz proteccion y ayuda.

Así llegó la media-noche ántes de que se disolviera la reunion, todos muy satisfechos de haber pasado unas horas tan divertidas.

(1) Humboldt: Viajes etc.

## CAPITULO VIII.

### Amor silencioso.

Las primeras semanas de su permanencia en el Nuevo-Mundo, habian pasado rápidamente para Humboldt y Bonpland.

Habian arrendado una casa ámplia y muy á propósito para hacer observaciones astronómicas, por lo cual se hallaban muy á gusto. Se gozaba en ella, cuando habia brisa en la mar, de un agradable fresco, aunque las ventanas no tenían vidrieras, segun la costumbre del país en aquella época, mientras arbustos llenos de flores odoríferas daban sombra á las piezas á la vez que una hermosa vista.

Las ocupaciones no faltaban. Los primeros días los pasaron en el arreglo de los instrumentos, y en excursiones geológicas y botánicas. La diversidad de objetos que atraían la atención de los dos viajeros, era tan grande, que con dificultad pudieron encontrar el camino para estudios y observaciones arregladas.

Mas su paciencia tenia que pasar por grandes pruebas. Cuando todo lo que les rodeaba tenia el mayor atractivo para ellos, llamaron los instrumentos la curiosidad de los habitantes de Cumana, á lo ménos aquella parte con la cual tenían relaciones por D. Vicente de Emparan. Por este motivo eran interrumpidos en sus trabajos casi diariamente; y como el humano y apacible Humboldt, no era capaz de ofender ni siquiera con una palabra á esta gente, que con gran gusto observaba las manchas del sol por un telescopio de *Dolland*, ó veía consumirse dos gases en el tubo del eudiómetro, ó moverse una rana por el contacto galvánico; Humboldt tenia que dar con frecuencia explicaciones, que le hacian sacrificar un tiempo precioso para experimentos repetidos.

Humboldt no pudo jamas dejar de ser humano como naturalista y sabio.

¡Cuán feliz se sentia al estar solo en la azotea de la casa, haciendo observaciones y cálculos astronómicos, para lo cual habia mucho material!

Así estaba observando un halo alrededor de la luna, que le proporcionaba oportunidad de hacer observaciones

é investigaciones muy interesantes, que daban mucho en que pensar á los habitantes de Cumana, que consideraban estos halos como el presagio de un gran terremoto. (La ciudad habia sido destruida casi completamente por un temblor hacia diez años), porque segun la física del pueblo están en relaciones inmediatas todos los fenómenos extraordinarios.

Este fenómeno era bastante hermoso, para cautivar aún la atención de Humboldt. Círculos de diversos colores circunvalaban la luna, purpúreos, amarillos y violeta. Con frecuencia desaparecian por algunos minutos, y luego volvian con mas brillo. Aun Venus tenia algunas veces halos. Eran fracciones de luz en las superiores capas delgadas de vapor.

Tambien Bonpland estaba muy ocupado; participando muchas veces de la observaciones de Humboldt, ocupa sin embargo la mayor parte de su tiempo en excursiones botánicas, y en esto tuvo la suerte de hacer un hermosísimo hallazgo.

Poco despues de aquella reunión en el Manzanares Bonpland habia vuelto á encontrar á la pequeña Zambó, que le habia impresionado. Esto aconteció de ó manera siguiente:

Una de las plantas que mas interesaban al jóven botánico en la flora de Cumana, eran los nopales, que en gran número se encontraban á los alrededores de la ciudad, y de las obras de fortificación.

¿Quién no conoce aún entre nosotros, esas plantas extrañas que se distinguen por su estructura anómala, que consiste en tallos de una figura prismática, y en los cuales sustituyen numerosas espinas á las hojas? Quién no les conoce los centenares de espinas de *cactus*, cuya magnífica flor hace olvidar la figura extraña del tronco, y principalmente porque su contraste constituye cierto atractivo y originalidad?

¿Pero qué son estas plantas de invernáculo en nuestros países, en comparación de aquellas que crecen en los trópicos al aire libre? Una gran parte de ellas llegan á tener una altura de 30 hasta 40 piés, y todo el tronco con sus ramas en figura de candil, por lo regular de una circunferencia de casi 4 piés, tiene el aspecto de un árbol. Un europeo que solo conoce los *cactus* de nuestros invernáculos, ve con admiración en los países tropicales, que el tronco de estas plantas se endurece con la edad, y que resiste muchos años al aire y á la humedad.

Mas no solo de este tamaño se encuentra el nopal: Humboldt y Bonpland fueron sorprendidos cuando se les presentaban en los alrededores bosques enteros de esta planta. Estos bosques llamados tunales son tan impenetrables por sus numerosas y temibles espinas, que se emplean como obras de defensa, así como se crían lagartos en los lagos y fosos de las plazas fuertes. El hombre es en verdad un sér muy inteligente. En

un clima en que la naturaleza orgánica tiene una fuerza creadora tan grande, utiliza aún á los reptiles carnívoros, ó plantas con terribles espinas para su defensa. (1)

Mas nada arredra á un naturalista como lo era Bonpland. A pesar de todos los peligros, que no eran insignificantes; porque con frecuencia buscan un refugio la vivora de cascabel, el coralillo y otras serpientes venenosas, en esos lugares secos y calientes; á pesar de todos los peligros, Bonpland penetró en diversas ocasiones al tunal del castillo, para observar y examinar la construcción de estas plantas originales, sus espinas y su colocación, así como su flor.

Ya era de noche, cuando Bonpland salió con dificultad de esos alrededores peligrosos; habia perilido el camino y veia con sorpresa que habia salido por un punto diverso al que esperaba. Mirando hácia todas direcciones para ver cual de ellas debia tomar, vió repentinamente detras de una cerca de nopales, la hermosa cara de una jóven indígena. Sorprendido se acercó.....era la pequeña Zambo, de catorce años de edad, la misma que habia visto en el Manzanares las noches que allí pasó y cuyas miradas melancólicas y suaves á la vez que apasionadas, habian hecho en él una fuerte impresion. Tambien entónces se hallaba vestido como en aquella ocasion, con una camisa de género de algodón que le

(1) Viaje á las regiones equinociales, tomo segundo pág. 214.



llegaba hasta el muslo superior, de tal manera, que toda la magnífica figura de su hermoso y mórbido cuerpo se ofrecía á sus miradas. Mas en esta vez era también la melancólica y encantadora la tristeza de las facciones y las miradas, que atraían á Bompland hácia ella.

Como era natural se entabló luego entre los dos una conversacion, porque la pequeña Zambo que era sirvienta del gobernador hablaba el español. Esta contó al jóven francés, que cultivava la huerta de su padre en los dias en que estaba libre del servicio en casa del gobernador.

¡Cosa estraña! Si Bompland se habia interesado hasta entónces por las formas y especies estrañas de los tunales, parecia que este interes se habia aumentado notablemente desde esa noche, y en tal grado, que mientras Humboldt hacia sus observaciones astronómicas, Bompland se entregaba aún al estudio botánico en los tunales.

Es verdad que entónces solia descansar de los trabajos del dia en la pequeña huerta de la amable Nunu, y estas horas de descanso que pasaba en plática con la niña, se le eran más y más gratas.

Que le importaban las espinas de los nopales y las terribles mordidas de las serpientes venenosas, ¿y que habia de temer? Aún el hecho de encontrarse con frecuencia en su camino solitario con un jóven Zambo, que como todos los de su tribu, medio desnuda hasta la cintura y armada con un grueso palo, se le ponía en el camino con una cara adusta. Hasta entónces habia sido

suficiente una mirada penetrante fogosa y firme por parte del jóven francés, para que el, Zambo se hiciese á un lado como un leon que gruñe. Sin embargo á Bompland no se le escapaba, que aquel hombre de color le miraba con la espresion de un odio profundo.

Nunu confirmó esta circunstancia, era un rival á quien ella no queria pues era un hombre colérico y malo, por cuya causa habia rechazado todas las proposiciones que le habia hecho para casarse con ella.

El jóven francés no hacia caso de él; pero sintió que en su corazon facilmente inflamable, germinaba y crecia una pasion por Nunu, la cual le inquietaba y mortificaba al reflexionar sobre ella, pero se creia feliz estando junto á Nunu, y sin embargo sus pláticas hasta entónces habian sido casi infantiles, aunque cada uno sentia que amaba, adivinando por instinto que era amado del otro.

Era una noche sin luna, pero las estrellas lucian con un brillo deslumbrador; cuando Bompland estando sentado junto á Nunu en un banquito de la huerta de su padre, le habló de amor con la espresion propia de su carácter francés. Su aliento era fuego.....pero Nunu no le contestaba. Temblaba en sus brazos, y parecia mas triste y mas melancólica que nunca.

Repentinamente se oyó un ruido tras ellos. Ambos

(1) Las muchachas de las tribus de indios se casan generalmente á la edad de doce años.

se estremecieron al escucharlo. Se restableció el silencio.....y sin embargo, Bonpland, creía haber visto una figura negra que desapareció repentinamente. Se levantó, sacó una pistola de su bolsa que por precaución llevaba siempre consigo en sus escursiones, y recorrió toda la huerta. No era nada, no había ni una huella de un ser viviente.

El joven volvió á sentarse junto á la niña.

—Nunu! dijo atrayéndola hácia él. Siento palpar tu corazón junto al mio; siento que estás temblando. ¿Qué es lo que te hace estremecer?

—Nunu tiembala! dijo la niña en voz baja; como la flor de fuego cuando le llega el primer rayo del sol. Sabes acaso por qué?..... No lo sabes; pero el rayo la hace feliz, tiembala de dicha y abre la corola de fuego.....

—Nunu! dijo cariñosamente el joven. Te voy á explicar, por qué la flor de fuego tiembala al primer rayo del sol. Tú sabes que conozco algo las flores, y por consiguiente, su vida, su lenguaje y su esencia.

La niña movió entonces sus tupidas cejas negras, arrojando al joven miradas tan hechiceras, tímidas é intensas, que Aimé se sentía atraído mágicamente hácia ella. Quien dijo con voz apenas perceptible y con expresión de timidez:

—La cara pálida es pues un piache (1).

(1) Significa en la lengua de los *Caimas* hechicero, médico.

—Sí! contestó Aimé, besándola, y él quiere enseñar á su niña morena, lo que ha aprendido de las flores.

—Puede hablar, dijo la chica. Nunu le escuchará gustosa.

—¿De veras, ángel mio? exclamó Aimé, queriéndola atraer hácia él. Pero Nunu se levantó preguntando:

—Y ¿por qué tiembala la flor de fuego al salir el sol?

El joven inclinó su boca al oído de Nunu, diciéndole en voz baja:

—Porque ama al sol, y éste al primer rayo matutino, le imprime un ardiente beso de amor.

Aimé sintió que Nunu se estremecía. Suavemente la volvió á atraer hácia él, dándole un beso en sus labios... ella se volvió á estremecer, se reclinó y dijo:

—¿Soy acaso la mujer de la cara pálida?

—¡Vaya! exclamó Aimé; no me amas?

Nunu guardó silencio.

—¿No sientes el amor? volvió á preguntar el joven francés. No sientes siquiera lo que hace estremecer á la flor de fuego?

—¡Piache! dijo conmovida la niña, con aquella melancolía simpatizadora que era peculiar en ella y á las de su tribu al emitir la voz..... Piache conoce las flores y su lenguaje..... pero no conoce el corazón de la Zambo.

—¿Por qué no? preguntó Aimé sorprendido.

Nunu guardó silencio por mucho rato. Luego dijo en voz baja:

—Voy á contar algo al amigo de la cara pálida, y luego dirá si Nunu sabe lo que es amor.

—¡Habla, mi dulce gacela! exclamó Aimé extasiado. Escucho tus palabras.

Nunu se deslizó suavemente de los brazos del jóven. Luego dijo:

—La madre de Nunu era una negra..... su padre era un Dacota, de muy léjos, donde el lago Minisota descansa en un bosque espeso. Allá, mucho ántes que la planta del hombre blanco haya pisado los bosques, que el Gran Espíritu ha dado á los Dacotas, reflejando el lago sole al hombre pintado de cara y á la muchacha de color oscuro, vivia entre los jóvenes guerreros de la tribu de Dacota *uno*, cuya mano era mas firme en la lucha que los de su tribu, y en la persecucion su pié era ligero como el del ciervo. Por eso le llamaban «la flecha volante» y grande era su fama entre amigos y enemigos. Desde muy jóven habia ido en una canoa, hecha de corteza de abedul, sobre el padre de los rios hasta el territorio de sus enemigos los Natchez. Siendo jóven colgaban en la puerta de su cabaña mas cabelleras, que en la de cualquiera otro valiente de la tribu. Era hermoso como el sol, alto y fuerte, y de sus ojos brilladores se manifestaba el valor y la resolucion.

Nunu habia acompañado estas palabras con una mirada orgullosa hácia su amigo, como si quisiera decir:

¿y no anuncian tambien tus miradas el valor y la resolucion?

Con voz tranquila y en un tono casi elegiaco, continuó:

—Así volvió la primavera, y los jóvenes guerreros de la tribu, se fueron á la profundidad del bosque, en donde está el conaro y el liquidámbar, allí donde corren el tigre y el ciervo veloz. «La flecha volante» habia descubierto las huellas de un magnífico venado. Muchas veces se habia acercado éste á Dacota, que estiraba ya el arco, pero siempre habia conoeido el animal astuto al enemigo y se le habia escapado.

Entónces la «flecha volante» se entusiasmó más y más, y se propuso no dejar la huella del venado hasta haberlo alcanzado, aunque huyese hasta el territorio de los Ojibway, enemigos mortales de su tribu.

«Así pasó el dia, y el Dacota siguió al venado, léjos, muy léjos en los bosques, y cuando llegó la noche, se halló en las orillas del gran rio, el «padre de los rios», viendo al venado refugiarse sobre el yelo que nadaba en el rio, é intrépido brincar de un témpano á otro, hasta que llegó á la orilla opuesta.»

«Pero tampoco la «flecha volante» conbió el miedo. Sin pensar en el peligro á que se exponia por la corriente, y en otros mayores aún, que le esperaban en la orilla opuesta en el país de los Ojibways, persiguió el jóven guerrero al venado, pasando el rio. Pero «el gran

espíritu le protegió, justamente cuando el sol desapareció detras de las colinas, llegó «la flecha volante» á la otra orilla, viendo desaparecer al animal entre los arbustos.

«El Dacota se hallaba entonces en el territorio del enemigo de su tribu. ¿Podria saber acaso si el ojo de un Ojibway estaba observándole, ó el cuchillo de una piel colorada le acechaba?»

—«Todo estaba en silencio, continuó Nunu con congoja; tranquilo y pacífico, como ahora en este lugar, y ni un ruido llegó á sus oídos, sino un suave murmullo. «La flecha volante» escuchó, pero no estaba cierto si el murmullo provenia de una voz humana, ó de un pequeño riachuelo que venia de las rocas, y que estaba al pié de ellos. Con tiento y sin hacer el menor ruido, avanzó como el jaguar que acecha á su víctima, y muy pronto pudo conocer los sonidos de una voz, que cantaba en el idioma de los Ojibways, una cancion. Al voltear repentinamente la esquina de una roca, vió la puerta oscura de una cueva de la cual salia el riachuelo, y allí cerca una niña de la tribu de los Ojibways, que meditabunda y casi triste estaba reclinada en la pared de la roca, tirando piedras al agua con la punta de su pié, cantando una cancion. Su figura era hermosa, cual la de un jóven venado, y su voz agradable como la de un *aurivane* cuando llama á la hembra desde el follaje de las *magnolias*. Ella agradó á «la flecha volante» que la miró estupefacto, y su corazon se llenó de amor.»

«Tocó su pié con descuido con una piedra que se cayó al rio. La hija del Ojibway alzó la vista, pero apenas vió al guerrero Dacota, cuando prorumpió en un grito y se fué huyendo.»

«Pero «la flecha volante» conoció el peligro que le amenazaba, si la jóven daba aviso á los de su tribu de su presencia. Con rapidez como el viento, pasó un bosque de Cocoteros, la siguió, la alcanzó y volvió con ella, llevándola en sus brazos al lugar donde la habia encontrado.»

«Con resignacion y sin proferir una palabra, se sometió á la fuerza, pero cuando ambos se hallaron dentro de la cueva, la dejó libre el guerrero y le dijo:

—«La flecha volante» no hace la guerra á las mujeres, sino solo se bate con los valientes. El animal que huye ante el cazador, le ha traído aquí. El está solo aquí. ¿La hija de los Ojibways dirá á los guerreros de su tribu, que «la flecha volante» se halla aquí, solo y sin proteccion?»

—«El ojo matutino,» contestó la niña, no ha visto al venado huir. ¿Por qué viene el Dacota al territorio de los Ojibways? Viene como enemigo?»

—«La flecha volante» no conoce la palabra mentiral contestó el Dacota. Ha hablado.»

«Entonces bajó la niña tímidamente la cabeza, y dijo temblando, con una expresiva mirada hácia el jóven:

—«El ojo matutino» lo cree. No dirá nada á su pueblo. El guerrero Dacota puede ir en paz.

—«La cabaña de «la flecha volante» está una jornada de aquí al Oeste; dijo el jóven; sus piés están cansados. ¿Puede descansar, aquí hasta que salga el sol?

«La niña consintió diciendo:

—«Los Ojibawys no van de noche á la cueva. El guerrero de Dacota puede dormir aquí tranquilamente.

—¿Y «el ojo matutino» no dirá nada á su pueblo?

—«Tampoco la hija del gefe de los Ojibwasy conoce la mentira; fué su contestacion orgullosa.»

«El Dacota dió un paso atras, y ella se iba á retirar cuando le volvió á hablar con algun embarazo.»

—¿Se halla la hija del Ojibway frecuentemente en este lugar?

Ella se volvió, fijando en él sus miradas por largo rato, examinándole. Luego dijo con voz apagada y temblorosa:

—«Si el guerrero de Dacota es sincero, puede saber, que visita frecuentemente este lugar, despues de haberse metido el sol.

Nunu se detuvo un momento, como suponiéndose ser la hija del Ojibway: ¿Notó ella acaso que el hombre blanco le tenia en sus brazos atrayéndola hácia su corazón? Ella acaso sin saberlo, y pensando en el relato ó agobiada por sus propios sentimientos, se replega-

ba como una paloma que teme al halcon, al jóven que se hallaba á su lado, y consintió que este le imprimiera un beso en su mejilla, cubierta de un carmin subido.

Una ligera brisa susurraba en los ramales del gigantesco Curucay, debajo del cual estaban ellos sentados, mientras la blanquizca resina que corría en abundancia por la corteza del árbol (y que los pueblos de la India empleaban como incienso en sus templos,) hacia respirar un perfume fuerte y delicioso, casi embriagador.

Repentinamente se estremeció Nunu, como si hubiese oido un ruido ó visto á un espectro. Mas Aimé nada notó; todo quedó en silencio, solo el *Pipra* índico hacía oír sus gorgoros melancólicos.

—¿Y esperó en vano «el ojo matutino á «la flecha volante?» preguntó al fin Aimé á la pequeña Nunu.

—«La flecha volante» estaba sentado desde aquel tiempo solo delante de la puerta de la cabaña, pensando en la cueva del país de los Ojibways. Mas cuando se había deshecho el hielo; que traí la primavera del frio Norte, por el calor del sol, tomó el jóven guerrero su canoa de abiedul, pasó con ella el padre de los rios, para ir por la orilla opuesta en la sombra de las ondinas y bosques de miles de años, hasta llegar á aquel lugar en donde «el ojo matutino» le esperaba con ansia. Ambos se veían allí dos veces al mes. La primera vez, cuando la debil hoz de la luna aparecía, como un pequeño niño

que solo espera el brillo de las estrellas para entregarse al sueño; y la segunda, cuando la luna se elevaba en todo su brillo magestuoso en el cielo.

«Repetidas veces habia suplicado «la flecha volante» á la niña que le siguiera á la cabaña de su pueblo, entónces «el ojo matutino» se entristecia. Ella amaba al jóven Dacota, pero su padre era jefe de los Ojibways que odiaba mortalmente á los de la tribu de Dacota; ¿podria acaso abandonar á su padre? ¿podria ofenderlo tan cruelmente?

«Tambien la vigilaba otro jóven, jefe de su tribu «el halcon de guerra», con el ojo de los celos; porque la amaba y de buena gana la hubiese llevado al Wigwam, pero «el ojo matutino» no le queria, pues tenia el alma del jaguar, y en su corazon, el veneno de la serpiente de cascabel.

«Una noche dirigió el ojo matutino sus pasos hácia la cueva, aprovechando de las sombras oscuras de los árboles que se hallaban á la orilla del rio. La brisa que reinaba era refrescante, y las primeras estrellas comenzaban á brillar. La luna semejaute á una pálida niña se ocultaba detras de las nubes. Todo se hallaba en silencio, solo se oía el murmullo del riachuelo y el ruido de las pequeñas serpientes en el suelo. La hija del Ojibway pensaba en el amante, meditando como seria su cabaña lejana, y si ella una vez allí tendria deseos de volver al «Wigwam» de su propio pueblo.

«El lejano canto de un tordo interrumpió sus ensueños. Con placer levantó el rostro, porque conocia demasiado este canto.

«El ojo matutino» no se habia engañado, mas brilló su rostro y con mas fuerza pulsaba su corazon..... porque.... allí veia el bote de abedul de su querido amigo, que venia tranquilo por el gran rio.

Sin hacer ruido, llegó «la flecha volante» á la orilla y pronto estaban sentados ambos en la cueva.

«¡Ayl no vieron una figura con cara siniestra, que al entrar ellos á la cueva, habia ocultádose en la oscuridad, dirigiéndoles sus ojos chispeantes, llenos de odio y furor.

Nunu se calló por un momento y suspiró, despues continuó su relato con ese tono elegiaco, propio á las mas tribus de indios en su modo de hablar y de cantar; principalmente cuando están relatando mitos y recitando canciones; y en esta ocasion era muy adecuado al lugar y á la relacion, de manera que conmovia al mismo Bonpland.

«Habia pasado una hora; la luna se habia metido, una neblina se extendia por el horizonte y se hacia mas densa; las estrellas perdieron su brillo y desaparecieron. Entónces salieron de la cueva el Dacota y la niña, con los brazos enlazados. ®

—«La «flecha volante» ha quedado fiel al «ojo matutino», dijo el jóven Dacota. El la ama y necesita verla, como la yerba necesita de la lluvia en el verano. ¿No quiere ir con él á su cabaña?

—«La niña guardó silencio, y estaba muy conmovida.

—«Los guerreros de Dakota, continuaba el joven, no hacen la guerra á las mujeres de los Ojibways. Las cabañas estan abiertas para ellas. La «flecha volante» esta aquí con su canoa, ¿quiere seguirle la hija del Ojibways?

«La niña guardó aún silencio; mientras estaba jugando muy pensativa con el cinturón del guerrero.

—«El país de los Dacotas es grande y hermoso, contiene el joven Dakota, y sus guerreros son numerosos y valientes. La hija del Ojibway vivirá allí pacíficamente y con honor. La «flecha volante» sabe que sería su muerte si le encontrasen aquí, pero también sabe que el «ojo matutino» le ama, y por eso el Dakota no teme al peligro. ¿Le seguirá?

«Un sonido semejante al bramido del viento, se oía en aquel instante, las ramas de los árboles se movían y una lluvia de hojas marchitas les caían encima; después volvía á quedar todo en silencio.

—«El «ojo matutino» quiere las cabañas de su pueblo y á su padre, al anciano jefe. El guerrero de Dakota sabe que posee su corazón; ella ama á la «flecha volante» y está pronto..... á seguirle.

«Apenas habia concluido estas palabras, cuando un hombre salía de la oscuridad.

«Con una sola mirada reconoció Nunu al de los ojos chispeantes al «halcón de guerra,» vió su cuchillo diri-

girse al pecho del Dakota, y arrojándose con la rapidez de relámpago en sus brazos, recibió el golpe mortal. Con un suspiro cayó muerta á sus piés.

Entonces se trabó una lucha terrible; como dos tigres que se disputan la presa, se precipitaban los dos guerreros uno sobre otro, y aunque el brazo de la flecha volante se hizo pedazos al caer, buscó y encontró su cuchillo el corazón del «halcón de guerra.

Sin aliento, y por la lucha desesperada casi sin conocimiento se levantó el Dakota mirando á su derredor. El viento se habia calmado, la neblina desaparecido y las estrellas brillaban con todo su resplandor. Mas delante de él estaba el cadáver de la amada. El ojo matutino se habia apagado, se arrodilló ante ella, le llamó por su nombre.....ninguna respuesta. Puso sus manos entre su pecho...su corazón ya no palpitaba, la sangre teñía el agua del riachuelo; procuró levantarla.....en vano.....su brazo estaba hecho pedazos y agotadas sus fuerzas.

Con profundos suspiros, que el mas fuerte dolor puede exhalar, cayó junto al cadáver. No hacia caso que sus piés estuviesen metidos en el agua del riachuelo, ni que las nubes se juntaran y corrientes de una lluvia fria cayesen sobre él durante las horas de la noche.....El primer rayo del día le encontró aún tendido junto al cadáver de la amada, que todavía en la muerte era hermosa.

«Repentinamente le despertaron de su dolor y aturdimiento unos gritos salvajes. Con trabajos se enderezó mirando á su derredor. Un grupo de guerreros de los Ojibway, se hallaba delante de él y á su cabeza el anciano jefe, chispeantes de furor los ojos.

— «¿Que conduce el Dacota al país de los Ojibways? le preguntó con una voz siniestra y con la mirada de la serpiente.

El joven arrojó otra mirada á las frias facciones de la querida niña, luego señaló con el dedo el cadáver de su perversario, y dijo tranquilamente y sin miedo:

— «La «flecha volante» no teme á la muerte.

En el instante siguiente resonó de una veintena de labios el grito salvaje de guerra.....y.....traspasado por las flechas de los Ojibways.....cayó sin vida el Dacota.

Nunu guardó silencio por mucho rato, Aimé la estrechó muy conmovido contra su corazón. Repentinamente se oyó el silbido de una flecha entre las dos cabezas rozando los cabellos del joven

— «¡Una flecha! gritó Nunu levantándose espantada.

Aimé también se había levantado violentamente, precipitándose con pistola en mano hacia el punto de donde había salido el flechazo.

¡En vano! Buscó en todos los arbustos.....no encontró á nadie. Pero cuando volvió al lugar donde había

estado sentado junto á Nunu, esta había desaparecido.....solo una flor de fuego encontró allí.

Aimé la levantó y le imprimió un beso, porque.....la flor le indicaba claramente..... que ella le amaba.



tos de mimosos. ¡Qué son ellos comparándolos con nuestras luciérnagas europeos! La impresión que hacen es nada respecto de esta vista encantadora. Ved, ved; no se os figura que el espectáculo que ofrece la bóveda celeste, se repite ahora sobre la tierra, sobre las aguas del río, en todo el bosque y en la inmensa llanura?

—Así es! dijo Bonpland con tono monótono; quien apenas había oído lo que dijo Humboldt, y ménos había prestado atención á este magnífico espectáculo.

También Humboldt guardó silencio sumergido en la contemplación de la noche deliciosa; pues por grande que fuera la multitud de saber que había aumentado su cerebro, considerando con génio profundo aún el fenómeno mas insignificante de la naturaleza; conservó siempre un vivo sentimiento por toda belleza natural, y muy lejos del parecer de la mayor parte de los sábios, que esclusivistas orgullosos de saber, y llenos de amor propio, creen, que el saber y la investigación de la naturaleza, excluyen todo goce de la misma.

El espíritu de Alejandro sobresalía como un gigante entre esos pigmeos esclusivistas que forman la aristocracia del saber. Tenía una naturaleza incorruptible, y con todo su inmenso saber no dejaba de ser humano; considerando su sabiduría y los conocimientos como un don y adorno del hombre, como una magnífica flor y fruto de su inteligencia.

La vista de la naturaleza le proporcionaba siempre un goce positivo, elevado independientemente á la com-



### La cabaña del indigena en el monte de nopal y el zapatero de Araya.

—¡Qué noche tan deliciosa! dijo Humboldt, dirigiéndose á Bonpland, mientras el bote en que se había embarcado para hacer una excursión á la península Araya, se deslizaba suave y silenciosamente sobre el río de Manzanares. Oh! estas noches de la América Central, son en verdad deliciosas! Ved, Bonpland, estas innumerables enjambres de insectos relucientes, (*Elater noctilucus*), que llenan el espacio semejante á millones de estrellas, brillando en el suelo, cubierto con *sesuvio* y en los arbus-

petencia de sus fuerzas. En este impulso interior habia para él una fuerza misteriosa, que ejercia una influencia elevada y vivificante en su espíritu, cuando comenzaba á cansarse por el peso de sus trabajos; tranquilizaba su ánimo, al estar conmovido dolorosamente y su alma cuando alguna vez le dominaban pasiones, á él, en otras ocasiones tan reposado y filósofo. Conoció perfectamente y con una claridad filosófica, por origen de este gozo puro y sencillo de la naturaleza: el sentimiento instintivo de un orden superior y de una regularidad en todo lo existente; la conciencia de que en las particularidades del organismo se refleja siempre la generalidad, y la certidumbre victoriosa, de que un lazo comun y eterno ligaba á toda la naturaleza viviente. (1)

Tambien esa noche estaba Alejandro de Humboldt gozando de la naturaleza, y en verdad, le dió bastante motivo para esta clase de goces, el país de sus ensueños y de sus deseos mas ardientes que se habian cumplido.

Cuando un viajero ve por primera vez los bosques del Sur de América, se le presenta la naturaleza en un aspecto sorprendente. Sus alrededores son poco á propósito para recordarle las descripciones que han hecho viajeros célebres de las riberas del Mississippi de la Florida y otras regiones templadas del Nuevo Mundo. Pero en

(1) Cosmos: part. 1.<sup>a</sup> pág. 6 y siguiente.

el Sur de América, siente el viajero á cada paso que no se encuentra en el extremo, sino en el centro de la zona tórrida. No sabe lo que causa mas su admiracion, si el silencio sublime de la soledad ó la belleza de cada una de las formas diferentes unas de otras, ó aquella frescura de la vida vegetal, que distingue el clima de los trópicos. Se puede decir que el suelo cubierto de abundantes plantas no tiene bastante lugar para el desarrollo de ellas. En todas partes están cubiertos los troncos de los árboles con una alfombra verde y densa.

Quien quisiera trasplantar con cuidado las plantas de cochinilla, de pimienta y otras que nutre una sola higuera americana, podria cubrir con ellas una gran porcion de terreno. Las mismas enredaderas que se arrastran en el suelo, suben tambien á los árboles y extienden sus vástagos hasta una altura de cien piés.

¿No era esto bastante á un Humboldt, para entregarse á un goce tranquilo y á serias reflexiones?

Fero las escenas se cambiaban una tras otra. En el momento en que el bote bajaba al rio, pasando por los ingenios, se distinguian una multitud de lumbreras. Humboldt lo hizo notar á Bonpland, que meditabundo y triste, estaba sentado en la proa del bote. ®

Preguntados por Alejandro los dueños del bote, que eran de la tribu de los Caymas, que significaba aquello, le informaron que eran luminarias que encendian los negros de los ingenios inmediatos.

Columnas de humo se elevaban hasta las puntas de las palmas, dando al disco de la luna un brillo rojizo.

Era la noche de un domingo, y los esclavos bailaban con frenesí al son de una música monótona.

Lo característico en los pueblos africanos, de raza negra, es una perpetua movilidad y jovialidad. Después de haber trabajado el pobre esclavo toda la semana, día por día, desde la salida del sol hasta su puesta, le gusta más bailar los domingos que descansar.

Humboldt, al ver este espectáculo, se entristeció, porque una alma tan grande y noble como la suya, no podía comprender la codicia en que se funda el tráfico escandaloso de hombres, la esclavitud; aquella codicia despreciable que está en contradicción abierta con los deberes del hombre, el honor nacional y las leyes de la humanidad, y que no se deja perturbar en sus despreciables especulaciones, á pesar de la maldición y el desprecio de todo el mundo,

Y sin embargo ¿no se debía dar gracias á la naturaleza por haber dotado á estos pueblos de una indolencia y propensión hácia los placeres salvajes? Pues por esto se suaviza en algo su vida llena de dolor y sufrimiento.

Humboldt habló sobre este tema con Bonpland; pero este, tan platicador otras veces, apenas respondió. Se había acostado sobre una piel grande de jaguar, que se hallaba estendida sobre el barco, para que los viajeros pudieran descansar de noche, y allí parecía poseído de un gran dolor.

Humboldt se le acercó, se sentó á su lado y le preguntó con verdadera solicitud, la causa de su tristeza.

Bonpland trató al principio de atribuir su mal humor á una indisposición corporal, pero Alejandro no quedó satisfecho con esto.

Con mucho cariño suplicó á su amigo el que le comunicara la causa de su molestia. ¿Quién le hubiera podido resistir?

La noche era muy silenciosa, el corazón del amigo que palpitaba junto al suyo, no por pura curiosidad, sino para sobrellevarle; para consolarle, era tan grande, tan noble, tan sincero. Por este motivo Bonpland no se pudo rehusar por más tiempo, y contó á Humboldt todas sus relaciones con Nunu: de que modo le había conocido, sus visitas en la pequeña huerta, su amor, su último encuentro con ella cuando le contó la leyenda india de la «flecha volante» y del «ojo matutino»..... y que desde aquella noche había desaparecido.

Al principio Humboldt no manifestó aprobación á estos amores ¿á que conducían? Pero tuvo mucha lástima por su amigo, en cuyas venas corría al fin la sangre ardiente de un joven.

¿Pero Nunu qué se había hecho?

Tampoco el gobernador lo supo, su esposa estaba muy afligida porque Nunu había sido la favorita que le había deleitado por muchas noches con sus cuentos; pues la niña era conocida de todos por la gracia que tenía de contar cuentos.

D. Vicente Emparan solo habia sabido, que un ancian y un jóven habian estado cerca de su casa; probablemente eran el padre y el pretendiente de Nunu. Ademas se habian tomado todas las providencias; para buscarla, por que era propiedad del gobernador.

La compasion de Humboldt hácia Bonpland se aumentó al comprender que el amor de este para con Nunu no era un pasatiempo, como lo habia creído al principio; pero Aimé demostró en esta ocasion verdadero sentimiento y sincero dolor, tanto que Humboldt cambió de opinion. Acaso era todo excéntrico en Bonpland, conforme al carácter nacional, lo mismo que su intencion de querer comprar á la jóven para educarla á su gusto..... pero en esta ocasion sufrió mucho, su corazon se afligió por creer que perdía la felicidad de su amor. ¿No era esto suficiente para que el alma noble de Humboldt hiciera todos los esfuerzos en consolar á su amigo?

No hay mejor bálsamo para tales heridas, que la conciencia, de que un fiel y compasivo amigo haya sufrido golpes semejantes del destino. Aunque las heridas no cicatricen luego, el malestar que causan se hace soportable si se sufren con un amigo. Y esa silenciosa noche el avance pausado del bote, que se movia sobre las aguas casi inmóviles del rio sin hacer el menor ruido, así como el brillo de las estrellas, que inspiraba confianza; y el sentimiento que liga á dos amigos que están juntos en

un país lejano..... ¿no debía todo esto unir sus corazones y estrecharlos más?

¡Ay! el hombre debe tener al ménos un corazon amigo que sienta con él en la dicha y en el dolor, si en medio de la creacion regocijada no quiere hundirse en la soledad mas penosa de la existencia!

Alejandro de Humboldt estrechó la mano de su amigo, y le dijo:

—«La circulacion mas ó menos violenta de la sangre, ejerce indefectiblemente influencia sobre el ánimo, y se debe tener en cuenta al juzgar á otros, que una de las mas bellas cualidades del hombre y un don del cielo que le distingue de las otras criaturas del universo, es la circunstancia de que pueda detener y dominar siempre todo influjo del exterior por fuerte que sea, por medio de la fuerza de la voluntad. Creedme, amigo mio, lo que vos experimentais, me ha pasado tambien á mí, y aun en mayor grado. Tambien yo he sufrido como vos lo que ahora sufris, y sin embargo, he logrado restablecer mi reposo, y elevarme á la perfecta independencia y firmeza de un hombre libre.»

En seguida, en el silencio de la noche, contó Alejandro á su amigo lo que no hubiera confesado á nadie en su patria: su amor por Cecilia.

Bonpland escuchó con interes su relato, y el ejemplo de su amigo le llevó hasta un desprendimiento viril. ¿Qué era su amor en comparacion con el de Alejandro

Casi se avergonzó; esto y la secreta esperanza de encontrar en esta excursion á Nunu, le hizo volver á su á antiguo carácter.

Al siguiente dia pareció Bonpland ser el de antes. Mas que todo, venció á los tristes recuerdos, la sed de saber y la tendencia hácia la investigacion. El apasionado francés hacia todo con pasion y para moderar su dolor le era benéfico el trabajo intelectual.

Las colinas de Araya y sus alrededores, la multitud de nuevas plantas que allí encontró, así como las operaciones geodésicas, que emprendió en union de Humboldt, le proporcionaban suficiente distraccion. Y aunque la imágen de Nunu no desaparecia en su corazon, y no acallaba el dolor por su pérdida, el trabajo lo moderó, y le avivaba la esperanza de volverla á ver un día.

Esta esperanza le acompañaba á cada paso, precisamente cuando se dirigia hácia las rancherías de los indios. Los zambos libres vivian esparcidos entre estos, de manera que no hubiera sido difícil encontrar allí la huella de Nunu.

Muchas dificultades tenia que vencer, pero esto era provechoso para Bonpland, porque le distraian del objeto de sus dolores y daban á su actividad una nueva direccion.

El camino que les conducia por cordilleras y veredas á la playa del mar, era bastante molesto. Al penetrar mas en el interior, comenzaron á encontrar vívoras de cas-

cabel y tigres, (felis onza) algunas veces tan grandes como el tigre real.

Pocos dias ántes habian matado uno de estos animales á la entrada de una aldea de indios, Maniquares. El tigre habia quitado durante la noche una tabla de una caballeriza, y como no pudo entrar adentro de ellas, quebró de un solo golpe el hombro de una vaca. Al bramido de este animal acudieron los indios; uno de ellos cargó un fusil con tres balas y le mató de un solo tiro. Media diez piés desde la punta de la cola hasta el hocico.

Los viajeros necesitaban por consiguiente, caminar con mucho cuidado, paciencia y perseverancia varonil; porque el sol era tan fuerte, y el suelo reflejaba el calor con tanta intensidad, que solo podian caminar con mucha lentitud. Tambien equivocaron el camino, á pesar de su guia, de manera que tuvieron que andas dos veces parte de lo que habian andado.

Humboldt y Bonpland se hallaban muy cansados, y ya comenzaba á anoecer. Al fin creyeron distinguir á lo lejos una aldea de indios. Se volvieron á reanimar ..... mas y mas se acercaban á las masas oscuras..... ya estaban muy cerca..... cuando los dos prurumpieron en un grito de doloroso desengaño..... se encontraron al frente de un monte de nopal.

Para rodearlo no alcanzaban ya sus fuerzas; penetrar en él no era posible; ni aun el guia que habia sido contratado conocia el camino: no sabian que hacer. Además,

oían los aullidos del jaguar y el silbido de las víboras de cascabel. También se presentaban el hambre y la sed, pues ni Humboldt ni Bonpland habían tomado alimento alguno, por haber enviado á otro sirviente que habían contratado, que llevaba los comestibles á un punto, al cual creyeron haber llegado en la misma noche.

Les esperaba una noche penosa, llena de peligros... cuando repentinamente percibieron sonidos extraños. Ambos viajeros se pusieron en acecho..... era una canción mística, cantada en lengua española con una voz de falsete que se oía del interior del monte de nopal.

Humboldt y Bonpland se miraban estupefactos.....

La canción continuaba.

Con un trino extraño acabó la estrofa.

Solo en los labios de Bonpland apareció una lijera sonrisa, á pesar de su mal humor.

—¡Por Dios! dijo: esto es maravilloso. ¿Qué hace Saul entre los profetas? ¿Cómo ha llegado una alma piadosa á este monte lleno de tigres y serpientes venenosas?

Otra vez se oía la canción.

—Será un misionero, dijo Humboldt. De todos modos vamos á ver si podemos llegar hasta él.

—Descargaré mi pistola de bolsa, dijo Aimé con vivacidad; y ya tenía preparada la arma para tirar.

Humboldt le detuvo.

—Dejad esto, amigo; dijo con moderación.

—¿Por qué? preguntó con impaciencia el jóven francés.

—Porque nos pudiera perjudicar mas que sernos útil.

—No comprendo.....

—A mí me parece que el cantor oculto, es mas bien un hombre pacífico que un valiente. Es fácil que el tiro le aterrorice y que huya ántes de que podamos encontrarle.

Se repitió el trino del final del segundo verso.

—¡En efectol dijo Aimé bajando la pistola; creo que teneis razon. La voz no parece ser de un valiente. ¿Pero de qué modo nos acercáremos al hombre para hacernos notar de él?

Comenzó la tercera estrofa.

—Vamos á examinar el monte mas de cerca. Si hay un hombre en su interior, es fuerza que haya por donde entrar.

—Pero es fácil que la entrada esté al lado opuesto.

—Puede ser; pero nada nos cuesta buscarlo á este lado.

Ambos viajeros comenzaron entonces á buscar la entrada; lo mismo hizo el guia.

Adentro seguía el canto.

—¡Albricias! dijo Bonpland, he allí una entrada aunque estrecha y peligrosa..... pero bastante para poder entrar?

El canto había cesado..... Humboldt, Bonpland y el guía, no reflexionaron por mucho tiempo y agachándose demasiado, se metieron por el portillo estrecho.

Hubo muchos rasgonas en los vestidos, muchos piquetes dolorosos de las espinas del nopal; pero que importaba esto á los viajeros, que además de la necesidad apremiante, eran llevados por la originalidad de esta aventura.

Repentinamente se ensanchó el camino y se encontraron con sorpresa en una grande playa circular que estaba cercada á su alrededor con las plantas de pintura original de los órganos, que formaban en parte el monte. En medio de esta playa había una cabaña. Todo estaba en silencio..... nada se apercibía que indicara el lugar de los cantos místicos.

La hambre, la sed y el cansancio no incitan al hombre par abuscar aventuras: Una frugal cena, una agua fresca y un lugar donde descansar la noche, era todo lo que deseaban los viajeros, y que tuvieron la fortuna de encontrar.

En la cabaña había una familia india, que los recibió con mucha hospitalidad, tan comun en aquellos países. Les ofrecieron gustosos pescado, plátanos y cosas seme-

juntas, y lo que fuera de esto se prefiere en los trópicos á todo lo demás: excelente agua. Sobre pieles de tigre durmieron luego en el resto de la noche.

Al levantarse fortalecidos Humboldt y Bonpland al dia siguiente, ya había salido el sol. Se sorprendieron al ver que la cabaña en que habían pasado la noche, hacia parte de una multitud de otras, situadas junto á unas salinas. Eran los restos de una grande aldea que había rodeado ántes el castillo de Araya, en aquella época ya en ruinas. El monte de nopal formaba un espacio de baluarte, en forma de semicírculo de bastante extension. No léjos de las ruinas del castillo, había otras de una antigua iglesia, enterradas en la arena ó cubiertas con arbustos.

Despues de haber sido destruido en el año de 1712 el castillo de Araya, los indígenas que vivian en sus alrededores, emigraron poco á poco á Maniquarez, Cariaco y un barrio de Cumana. Unos pocos habían quedado por el carillo que tenían á sus hogares. Entre estos se hallaba la familia de indios, que recibió con tanta hospitalidad á los dos viajeros. Pobre en extremo, vivia esta gente solamente de la pesca y de unas pocas cabras; pero muy contenta, de manera que lo fué muy extraña la pregunta de por qué no tenían huertas para cultivar legumbres y otras cosas?

—Nuestras huertas, contestaron, están al otro lado del golfo, llevamos pescado á Cumana y con el producto de

su venta compramos lo que necesitamos: juntamos coco y yuca. [*Yatropha manihot L.*]

—Necesidades muy modestas, exclamó Humboldt al oír esta respuesta, dirigiéndose á Bonpland. ¿Qué se diría en nuestro país de esto?

Pero Aimé no había oído sino á medias: iba á visitar los pocos restos de la aldea con el objeto de ver si descubría las huellas de Nunu. Humboldt por su parte preguntó por el hombre que había oído cantar la noche anterior. El dueño de la cabaña le señaló otra en las cercanías, con señales de estimación por su dueño á quien Humboldt tenía deseo de conocer.

Al acercarse á la cabaña indicada, que consistía en algunas estacas afianzadas en el suelo, cubiertas con hojas de palmas, se ofrecía á su vista un espectáculo muy extraño.

Delante de la cabaña, que no se distinguía en nada de las indígenas, estaba sentado sobre los restos de las ruinas en una magnolia, un anciano de color blanco, y de un exterior muy estenuado.

Unos pocos cabellos blancos cubrían su cráneo, la mirada de sus ojos muy salientes tenía algo de estúpido, y sin embargo, algo que parecía decir á todo el mundo: «mírame bien, porque en mí esta representada la sabiduría humana.» Con esto armonizaba perfectamente la expresión de una independencia seria de sus facciones, y cierta gravedad que indicaba el origen español, que se notaba en todos sus movimientos. Naturalmente forma-

ba este indestructible orgullo un contraste notable con las mejillas hundidas por los cuidados, y el miserable vestido, que con las piernas desnudas, consistía en un camisa vieja de color gris, y un par de pantalones también muy usados.

Este buen hombre era zapatero, que había tenido la feliz ocurrencia de querer ejercer su profesión en un lugar en donde ningún mortal llevaba ni zapatos ni otros calzados.

Al acercarse Humboldt, estaba ocupado el zapatero de Araya con un trabajo en apariencia muy bélico. Con la gravedad de un filósofo alemán y la grandeza de un rey de España, estaba sentado estirando la cuerda de un arco y haciendo flechas, no sintiendo la aproximación de un extraño.

—Buenos días, anciano, le saludó Humboldt.

El sábio oráculo de la aldea (porque esto era en efecto) pues sabía que se formaba la sal por la influencia del sol y de la luna llena, conocía los presagios de un temblor, las señales en las puntas en donde se encontraba el oro y la plata y las plantas medicinales, que clasificaba en *calientes y frías* (1); el sábio oráculo dijimos, levantó su vista al escuchar el saludo de Humboldt en la lengua castellana, pero lo hizo tan reposado y lleno de dignidad, como si quisiera demostrar que á él, el hombre de saber, nada podía sorprender.

[1] Plantas irritantes y calmantes, *esténicas* y *asténicas* segun el sistema de Brown. Viajes á las regiones, tom. I pág. 339.



Después de una larga é investigadora mirada, que hubiera hecho honor á un gran inquisidor, saludó y dió la bienvenida al extranjero.

Humboldt comenzó á interesarse por este hombre original y le dijo:

—Buen anciano, muy temprano comenzais vuestras trabajos, según parece.

—«Mano trabajadora dominará,» contestó el zapatero en tono sentencioso, aunque ni su figura ni lo que le rodeaba indicó que esta palabra de la escritura se había de cumplir en su persona.

—¡Oh! contestó Humboldt, supongo que no tenéis intenciones ambiciosas! ¿ó intentais acaso salir con arco y flecha, para conquistar el mundo?

—Solo quiero matar pájaros, contestó el hombre con calma.

—¿Pero, por qué no hacéis mejor uso de la pólvora y del plomo, y de una arma de fuego? preguntó Alejandro.

—¿Por qué? repitió el zapatero, notándose en sus facciones cierto orgullo hermanado con tristeza. En efecto es una vergüenza que la pólvora europea sea aquí tan cara, que un hombre como yo necesite servirse de las armas de los indios.

—¿Pero qué os incita á cazar? preguntó Humboldt, ¿no sois zapatero?

—De profesion, sí, y de nacimiento castellano, dijo el viejecito, con gravedad y orgullo, además, para esta

gente soy todo; pues soy juez, sacerdote y médico en una persona, nada emprenden de importancia en diez leguas en el rededor, sin que se me pida consejo, á mí, el zapatero de Araya.

—Me alegro mucho de haber encontrado luego á mi llegada al Nuevo Mundo á un hombre tan sábio, que nos puede ayudar con sus consejos y sus experiencias.

—Puedo decir con la escritura, «el Señor me ha dado una lengua sábia,» dijo el zapatero con la gravedad de un Salomon. ¿Sois acaso médico ó minero? en ese caso os puedo ser útil, pues conozco todas las plantas *frias y calientes*, y sé además donde se encuentran la plata y el oro.

—¿Si sabéis en donde se encuentran estos metales en el seno de la tierra, por qué no los sacáis?

—«No juntareis tesoros sobre la tierra, que el moho y la polilla destruyen,» contestó el zapatero con gravedad.

—Veo con sorpresa que sois tambien filósofo.

—«La sabiduría es un don de Dios.»

—Pues no es malo hacerse agradable la vida. Os ha de faltar mucho en vuestra edad.....

—Señor, le interrumpió el zapatero, no necesito más de lo que poseo. Mi arco me procura pájaros para comer; es verdad que con pólvora y plomo mataría mas, y esto sería mas digno de un hombre como yo... pero tambien, paso sin ellas. Pescado da el mar con abundancia; plátanos y cocos tengo en Camana, tenemos aquí buena

agua en abundancia, y esta cabaña me proporciona sombra en el día y abrigo en la noche.

—¡Hombre feliz! exclamó Humboldt, aunque sabia muy bien que se ocultaba tras de esta sencillez y contento candoroso, un carácter lleno de pereza.

—¿Y no tenéis ningún deseo? preguntó Humboldt.

El zapatero reflexionó un instante, después levantó su cabeza, que parecía la de una momia y dijo con dignidad:

—Tengo uno.

—¿Y cuál es?

—Deseo tener un asno muy fuerte, que sea capaz de traer una buena carga del embarcadero hasta aquí. (1)

Una sonrisa se notó en los labios de Humboldt: este era por consiguiente el deseo más grande de este hombre. ¡Oh! ¡Cuán diferentes son las aspiraciones de los hombres! ¡Cuán diferentes las ideas de felicidad y dicha.... ¡Cuán modestos son los deseos de muchos!

—¿Y quién sois? preguntó luego el zapatero de Araya á Humboldt, con la misma mirada y en el mismo tono, con que el profesor de una universidad habla á un estudiante, pobre, recién llegado, que le pide el permiso de tomar parte gratuitamente en sus lecciones orales.

—No soy más que un viajero que trata de investigar y conocer las innumerables maravillas de la naturaleza,

(1) Hecho positivo. Viajes etc., tom. I., pág. 140.

con que Dios ha bendecido estas regiones, contestó Humboldt con una sonrisa apacible y á la vez sarcástica.

—Muy bien, dijo el castellano con gravedad; habeis encontrado en mí al hombre que necesitáis. Ya comprendo..... os habrán informado en Cumana del zapatero de Araya que llaman allí «el filósofo de la montaña.» ¡Vaya!..... ya comprendo, no es más que envidia porque conozco los depósitos de oro que no quiero descubrirles; pero á vos no solo os los descubriré, sino que os los enseñaré personalmente, porque, señor, me habeis caído en gracia..... sois amable y modesto y sabeis estimar el mérito.

Humboldt se inclinó sonriendo.

—Pero, señor, ¿sabeis lo que es la verdadera riqueza de estas comarcas?

—Sí, y no me equivoco, dijo Humboldt; esta isla junta con las de Margarita, Cubagua, Coche, Punta-Araya y la desembocadura del río de la Hacha, ha sido célebre desde el siglo XVI, por la pesca de perlas, tanto como lo eran en la antigüedad, según Strabo y Plinio, el golfo de Persia y la isla de Taprobana.

Estas palabras hicieron un efecto sorprendente en el zapatero de Araya, pero no perdió por eso su calma y su gravedad.

—Me alegro, dijo, que hayais sabido algo de estas cosas.

—Habiéndome ocupado de esto ántes de emprender mi viaje á los países que intentaba visitar, he sabido que las perlas de esta costa, han servido á los indígenas desde tiempos muy remotos, como artículo de lujo. Los españoles que desembarcaron por primera vez en tierra firme, vieron collares y brazaletes de perlas hechos por los indígenas. Las Casas y Benzoni refieren con cuanta crueldad se trataba á los indígenas que se empleaban en la pesca de perlas.

El zapatero prestó mas atencion.

—Si Las Casas era amigo vuestro y os ha contado todo eso, dijo el zapatero en tono sério, debo conocerlo, porque seguramente ha estado aquí conmigo, y todo lo que acabais de decir lo ha aprendido de mí. No puedo retener en la memoria los nombres de todas las personas que me visitan.

—Por esta vez, amigo mio, os equivocais, dijo Humboldt riendo.

El zapatero movió la cabeza con la dignidad de un senador romano, cruzando los brazos y poniendo una pierna desnuda encima de la otra. Después dijo:

—Recuerdo ahora el nombre «Las Casas.»

—No es fácil, opinó Humboldt; Las Casas vivía en el siglo XVI, y fué obispo de Chiapas.

—Justamente..... un español, dijo el zapatero, y el orgullo de que era un español, le hizo olvidar fácilmente la derrota que acababa de sufrir.

Tampoco Humboldt tenia la intencion de poner en evidencia al anciano, que se creia feliz en tenerse por un sabio. Solo deseaba saber en que estado se encontraba la célebre pesca de perlas en Araya.

—La pesca ha sido aquí ántes muy abundante, dijo. Al principio de la conquista se pescaban solo en la isla de Coche, 1,500 marcos de perlas, y el quinto que recaudaban los empleados ascendia á 1,500 ducados. Por término medio se enviaban anualmente perlas á Europa, por valor de 800,000 pesos, hasta que á fines del siglo XVI disminuyó la pesca y al fin acabó completamente.

—¡Sí! dijo el zapatero con aplomo, como si hubiera estado presente. Los animales que dan las perlas, fueron ahuyentados en aquel tiempo por el ruido de los remos de los muchos buques que arribaban.

—Creo que lo que decís no es cierto. Las conchas de perlas se hacian más y más raras, por haberlas arrancado á millares, á causa de la ignorancia, y de este modo impedían su propagacion.

El zapatero movió la cabeza con señal de desaprobacion; pero el modesto viajero, que parecia poseer buenos conocimientos, no se dejó intimidar y dijo con mucha calma:

—La cosa es muy sencilla, muchos de los buques llevaban en dos ó tres semanas mas de 25,000 conchas. El

animal vive solamente nueve ó diez años, y las perlas no comienzan á aparecer sino al cuarto.

El zapatero quedó estupefacto; pero volvió á mover la cabeza.....

—Entre diez mil conchas, continuó Humboldt, hay frecuentemente solo una que tenga perlas de valor. Abrian todas las que encontraban dejando podrirse los animales á millares en la playa. ¿Y ahora?

—Todo ha concluido, contestó el zapatero; solo yo soy el que aún posee perlas.

Y con estas palabras se levantó con mucha seriedad y orgullo, tomando la direccion de su cabaña.

Alejandro de Humboldt lo seguia con la vista sonriendo y tuvo que confesar que el zapatero habia sido la figura mas interesante que habia encontrado en su viaje.

Pronto volvió el castellano.

Una sonrisa de orgullo se notaba entonces en las facciones generalmente muy serias de este anciano. Sin decir una palabra sacó de una bolsa de color un par de perlas muy pequeñas y muy turbias, poniéndolas contra la luz con el orgullo de un rey que se coloca la corona en la cabeza.

—¡Amigo mío! dijo á Humboldt, os hago un regalo con estas perlas. Recibidlas de la mano del zapatero de Araya y anotad en vuestra cartera, que un pobre zapatero, pero hombre de color blanco y de sangre noble castella-

na, os ha podido regalar lo que al otro lado del océano es una gran preciosidad.

Humboldt no queria recibir este regalo, que se le ofrecia de tan buena voluntad.

—No, dijo el zapatero con gravedad. Sé bien lo que dice Job. «Se debe apreciar mas la sabiduría que las perlas.» Es verdad que nada vale la vanidad humana; y ante el Señor son polvo las coronas, y se considera como podredumbre el oro y los tesoros. Por este motivo desprecia el sábio las vanidades del mundo, y se contenta con su propio corazon. Por eso vivo aquí, á pesar de ser un hombre blanco y de la noble sangre de Castilla, como un simple indio, entre perlas y oro, de manera que puedo decir con el libro de la sabiduría: «Con sencillez la he aprendido y generosamente lo comunico» y con Sirach: «No te avergüences de estar contento, sea que poseas mucho ó poco»..... Si volveis á Europa, contadle á todo el mundo, que al otro lado de los mares vive un hombre modesto con su sabiduría y pródigo en su pobreza; un pobre zapatero en Araya, que os puede servir de modelo en vuestra vanidad ó insensatez, que posee perlas y las regala, que conociendo los depósitos de oro, los enseña á su hermano, que ha venido á visitarlo y á oír sus consejos.

Dichas estas palabras, entregó el español á Humboldt las perlas; y éste las admitió por no ofender al anciano.

Al sacar éste otro objeto de la bolsa de cuero, lo hizo aún con mas gravedad que ántes. Sus ojos saltaban

de sus órbitas; sus blancas cejas se fruncian y la frente mostraba aquellas arrugas que indican siempre una atención fija.

—Pues ahora vereis y oireis cosas maravillosas.

Humboldt, de muy buen humor, estaba ansioso de saber lo que esto significaba.

—Amigo, dijo el zapatero: no todos los que vienen aquí tienen la fortuna de encontrar á un hombre que conozca los secretos de la naturaleza, y le descubra sus mas grandes maravillas.

Y alzando la mano como para hacer un juramento, continuó:

—Aquí en mi mano tengo una de esas grandes maravillas.

—¿Y qué es? preguntó Humboldt lleno de curiosidad.

—A la vez animal y piedra.

Involuntariamente se asomó una sonrisa incrédula en los labios de Humboldt.

—No riáis, exclamó el español con mucha gravedad; porque el salmista dice: «aunque no lo creen, soy sin embargo para muchos un prodigio.»

—Enseñadme, pues, vuestra maravilla, suplicó el naturalista.

El zapatero puso algo sobre su mano extendida, y que Humboldt conoció luego por una cosa formada de tierra caliza.

—¿Y qué hay con esto?

—Esta es la cosa maravillosa; dijo el zapatero con aire solemne; la que es á la vez animal y piedra: se llama *piedra de los ojos*.

—¿*Piedra de los ojos!* repitió Humboldt. ¿Y por qué se llama así? ¿Y por qué ha de ser animal, estando formado de tierra caliza?

Una mirada de lástima y de reproche dirigió el español á Humboldt; luego dijo pausadamente y con tono de importancia:

—Galater, capítulo V. dice: «El que trate de llevaros por mal camino, sobrellevará su juicio, sea quien fuere.»

—Bien, contestó Humboldt; estoy dispuesto á instruirme.

La frente del sabio zapatero se serenó algo, y dijo:

—Así me gusta, por eso voy á deciros de qué se trata. Se encuentra este sér maravilloso en la arena, donde no se muere; pero si se pone en una superficie plana, y se le echa zumo de limon, demuestra que es animal y muere.

Otra vez asomó la misma sonrisa incrédula á los labios de Alejandro.

El zapatero no hizo caso, y prosiguió:

—Poniéndoselo en el ojo, se mueve el animal y extrae todo cuerpo extraño que se halle por casualidad en

aquel. Con esto he curado á centenares de enfermos. ¿Quereis que os introduzca unos granos de arena en un ojo para hacer la prueba?

—Gracias, dijo Humboldt; creo que puede extraer un cuerpo extraño del ojo, pero no por eso es animal, sino una formación de piedra caliza, como he dicho ántes.

—¿Por qué se mueve entónces? preguntó el anciano con desprecio.

—Porque el zumo del limon causa efervescencia en las partes calcáreas, y el ácido carbónico que se desarrolla, le mueve.

Esta explicacion no era del agrado del *sabio* anciano. Se encogió de hombros con una expresion despreciativa, como queriendo decir: «No arrojéis las perlas entre los cerdos,» y ya iba á decir alguna palabra descortés, cuando apareció Bonpland que volvía de su excursión. Alejandro no necesitó preguntarle sobre el éxito de ella, porque el semblante sombrío del jóven francés, anunciaba claramente que no habia encontrado ni siquiera un indicio para seguir las huellas de la zambo.

Humboldt ya iba á despedirse del viejo, á quien temia haber ofendido. Para contentarle le preguntó sobre diversas cosas de los alrededores, pidiéndole consejo con respecto á las exploraciones.

En el acto habia desaparecido todo el enojo del zapatero de Araya. Habia comprendido que el modesto viajero debia ser un gran sabio, y la circunstancia de pedirle este consejo, le llenó de satisfaccion.

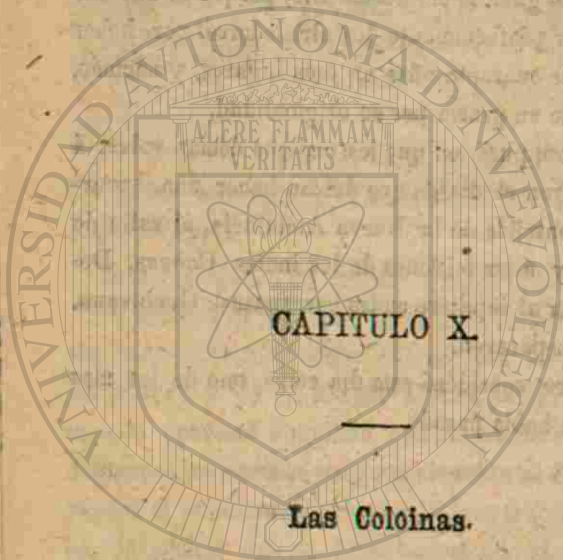
Habló mucho sobre varias cosas de aquellas comarcas, y se ofreció á acompañar á los viajeros para llevarlos á los depósitos de oro de Cuchivano, como dijo secretamente al oido de Humboldt.

Este aceptó gustoso el ofrecimiento, porque el anciano debia conocer perfectamente los alrededores, por haber vivido mas de cuarenta años en esos lugares, y además, le habia caído en gracia por su originalidad.

Convinieron, pues, en que los viajeros debian volver á Cumana; fijaron el dia en que debian hacer una excursión á las montañas de la Nueva Andalucía, al valle de Cunanacoa y á las misiones de los indios Caimas. Debian encontrar al zapatero en las harrancas de Cuchivano.

Al fin se separaron.

El zapatero consideró este dia como uno de los mas dichosos que habia pasado.



—¿Me preguntais si me gusta la vida en este país? dijo D. Vicente Emparan á su huésped, Alejandro de Humboldt, que pasaba esa noche de una magnífica luna en el rio Manzanara, en compañía del gobernador de Portobello y Cumana y de otras personas. Ambos estaban sentados fumando puros de la Habana.

El gobernador continuó:

—La vida en este país tiene mucho de agradable, pero también tiene su lado contrario. El que trate de

llevar solamente una vida *sensual*, con tal que no le falten los medios pecuniarios, puede vivir aquí como un sibarita. Pero si se tiene necesidad de una vida intelectual, se hace sentir luego cierto vacío, que tiene mucho de penoso y mortificante.

—Me lo figuro, contestó Alejandro de Humboldt, y acaso adivino la causa de ello. Es acaso ménos la falta de una vida científica ó intelectual, que al fin se pueda procurar por una actividad propia, que la absoluta de un fondo histórico, y de todas las tradiciones importantes que es peculiar á estas comarcas.

—Así es, dijo el gobernador. No hubiera dado jamás importancia á esta falta, insignificante en apariencia, si no la hubiera experimentado por mí mismo.

—El hombre pensador y, que tiene sentimientos profundos, carece en efecto por esta circunstancia, de los goces que dá la imaginación.

—Hay más, contestó el gobernador. Esta falta demuestra su influencia en los lazos, mas ó ménos fuertes, que ligan al colono al suelo en que vive. Los lazos nobles todos faltan..... hay aquí solamente uno..... y este es el egoísmo.

—Esto desaparecerá en el dia en que la América tenga su historia.

—Sí; cuando... exclamó el gobernador; en la China y el Japon todo pasa por una nueva invención lo que existe hace dos mil años; aquí en las colonias europeas,

parece muy antiguo un acontecimiento que data trescientos años mas allá del descubrimiento de la América. Esto es puntualmente lo que acabais de decir: le falta el fondo histórico y con él, la conciencia elevada, los sentimientos que ennoblecen moral é intelectualmente, á una nación que ocupa un lugar distinguido en la historia.

—Es verdad, dijo Alejandro de Humboldt. Entre los antiguos, v. g. los fenicios y los griegos, pasaban las tradiciones y la conciencia histórica de la nación, de la madre patria á las colonias, trasmitiéndose de generacion en generacion, y ejerciendo continuamente un gran influjo sobre el espíritu, las costumbres y la política de los colonos. El clima de aquellas primeras colonias de ultramar era casi igual al de la metrópoli. Los griegos en la Asia menor, no se enagenaban los espíritus de los habitantes de Argos, Atenas y Corinto, reconociendo al contrario la procedencia de ellos con orgullo. La uniformidad en las costumbres y usos antiguos, contribuyó mucho para fortalecer una union, que se basaba en intereses religiosos y políticos. Frecuentemente ofrecian las colonias las primicias de sus cosechas, en los templos de las divinidades de la metrópoli, y cuando por un suceso desgraciado se apagaba el fuego sagrado en los altares de Estia, enviaban de Jonia á la Grecia mandándole traer de los Pritaneos. En todas partes de la Cirinaica como en las orillas del mar de Mäotis, se conservaba las antiguas tradiciones de la metrópoli y otros recuer-

dos que hablan poderosamente á la imaginacion, gravitaban en las mismas colonias, que tenian sus bosques sagrados, sus divinidades protectoras, su círculo local de mitos; ellos tenian lo que da vida y duracion á las poesias de los tiempos mas antiguos, sus poetas, cuya fama derramaba brillo aún á la metrópoli.

—De estas ventajas y de muchas otras carecian las colonias modernas, contestó D. Vicente de Emparan. Las mas de ellas han sido fundadas en países donde el clima, los productos naturales, la vista del cielo y el paisaje, difieren mucho de los de Europa. Aunque el colono pone nombres á las montañas, rios y valles, que recuerdan los pasajes de la patria; estos nombres pierden muy pronto su atractivo y no significan nada para las generaciones venideras. En medio de una naturaleza extraña, resultan otras costumbres y nuevas necesidades; paulatinamente desaparecen los recuerdos históricos, y los que se conservan, no se ligan semejantes á imágenes de fantasía, ni á lugares determinados, ni á épocas fijas. La fama de D. Pelagio y del Cid Campeador, ha penetrado hasta las montañas y bosques de América; de cuando en cuando se mencionan estos nombres gloriosos por el pueblo, pero les considera como seres de un mundo ideal del crepúsculo del tiempo de los mitos.

—Segun mi opinion, dijo Humboldt, influye en mayor grado mas que la separacion de la metrópoli, el nuevo



cielo, el clima enteramente diferente y la configuración del suelo.

—Teneis razon, contestó el gobernador. La navegacion ha hecho en los últimos tiempos progresos tan grandes, que la embocadura del Orinoco y la del Rio de la Plata parecen estar mas cerca de España, que en los tiempos antiguos el Fasis y el Tarteso de las costas de la Grecia y de la Fenicia. Tambien se debe observar que en los países que están en igual distancia de Europa, se han conservado mucho más las costumbres y tradiciones europeas, en la zona templada y en las cordilleras del Ecuador, que en los bajíos de la zona tórrida. La semejanza de los paisajes contribuye en cierto grado, á conservar relaciones íntimas entre las colonias y la metrópoli. Esta influencia de causas físicas sobre las circunstancias de comunidades recién establecidas, se hace mas notable precisamente entre las costumbres de pueblos del mismo origen, cuya separacion se ha verificado hace poco tiempo. Viajando por el Nuevo Mundo se cree encontrar mas tradiciones y recuerdos mas vivos que en la metrópoli, en todas aquellas partes donde el clima permite el cultivo del trigo. En este respecto se asemejan Pensilvania, Nuevo-México y Chile con las mesetas altas de Quito y la Nueva España, en donde se encuentran los pinos y los encinos.

—A esto se debe agregar algo mas, dijo Alejandro de Humboldt. Entre los antiguos, estaban ligados con lazos indisolubles, la historia, las ideas religiosas y el

carácter físico del país. Para olvidar el paisaje y las revoluciones civiles de la metrópoli, debia haber renunciado el colono la creencia de Dioses, trasmitida por sus antepasados.

El gobernador mostró aprobacion á lo que habia dicho su hésped, tomó otro puro del platillo que le presentó el criado, lo encendió y dijo:

—Suenan casi herótico, pero es una verdad que entre los nuevos pueblos, la religion ha dejado de tener un color local.

—El cristianismo ha ensanchado el círculo de las ideas, dijo Humboldt, pues ha enseñado á todos los pueblos que son miembros de una sola familia, lo que es hermoso y bueno, pero con esto ha debilitado la conciencia nacional, lo que es malo.

—¡Es muy cierto! exclamó el gobernador, que miró á su alrededor, para asegurarse que nadie podia escuchar sus opiniones demasiado liberales para un buen católico y empleado español, pero toda la reunion estaba divirtiéndose y Bonpland escuchaba taciturno la conversacion.

El gobernador continuó de la manera siguiente:

—Efectivamente, los pueblos de diverso origen, idioma y modo de pensar, le han proporcionado al cristianismo puntos de contacto, y esto se vé claramente en nuestras misiones. Los indios caimas, payaguas, amarizanos, tobas, otomacos y cristianos españoles, ¿no es esta una mezcla de agua y de fuego, de dia y de noche? Si, por con-

siguiente, las naciones esparcidas en nuestras colonias han puesto los cimientos de la civilización, han recibido por otro lado las ideas cosmogénicas y religiosas, una preponderancia notable sobre los recuerdos puramente nacionales. Aun hay más: las naciones americanas han sido fundadas casi en su totalidad en países, en que las generaciones anteriores han dejado apenas una huella de su existencia. Al Norte del Rio Gila, en las orillas del Missouri, en las llanuras que se extienden al oriente de los Andes, no pasan las tradiciones mas allá de un siglo. En el Perú, en Guatemala y en México, existen efectivamente restos de edificios, de pinturas históricas y de escultura, que son testigos de la civilización antigua de los indígenas; pero en toda una provincia se encuentra apenas un par de familias, que tenga una idea clara de la historia de los Incas, y de los principios mexicanos. El indígena ha conservado su idioma, sus trajes y su carácter popular, pero al perderse el uso del quipos (1) y de la pintura simbólica á causa de la introducción del cristianismo y otras circunstancias, se han perdido también paulatinamente las tradiciones históricas y religiosas. Por otra parte mira el colono de origen europeo con desprecio á los pueblos sometidos. Se ve puesto en medio de la historia antigua de la metrópoli y la de su

(1) Vestido de varios colores, y con diversos nudos, que usaban los antiguos habitantes del Perú, para recordar acontecimientos notables.

país natal, y una le es tan indiferente como la otra; en un clima, en que, con la poca diferencia entre las estaciones, se le pasa la conclusión de los años casi imperceptiblemente, se entrega por completo al goce de lo presente, y raras veces arroja una mirada á lo pasado.

—Pero ¡qué contraste ofrecen la historia monótona de los establecimientos modernos, con las imágenes vivificantes de la legislación, las costumbres y tormentas políticas de las colonias antiguas! dijo Humboldt. La educación intelectual diversamente coloreada por una forma diferente de gobierno, despierta no raras veces los celos de las metrópolis. Por esta feliz emulación, se desarrollaban de un modo grandioso las artes y la literatura en Jonia, Grecia Mayor y Sicilia; pero hoy en el día no tienen las colonias ni literatura ni historia propias. Las colonias del Nuevo Mundo no han tenido casi nunca vecinos poderosos, y las circunstancias sociales no se han transformado sino paulatinamente. Sin vida política, han tenido estos estados comerciales y agricultores, solo una parte muy pasiva en las grandes revoluciones del mundo.

—Convenidos, dijo Empan. La historia de las colonias modernas no contiene sino dos acontecimientos notables: su fundación y su separación de la metrópoli. La primera es rica en recuerdos, que se ligan esencialmente á los países habitados por los colonos, pues en lugar de presentar cuadros del progreso pacífico, de al industria y del desarrollo de la legislación; no nos cuenta esta historia sino injusticias y crueldades. ¿Qué atractivo pueden

tener aquellos tiempos extraordinarios, durante los cuales los españoles bajo Carlos V desarrollaban mas valor que fuerza moral, empañando el honor de caballero así como la gloria militar con el fanatismo y la sed de oro? Los colonos de temperamento dócil, se han desprendido por su situación de las preocupaciones nacionales y de este modo saben apreciar en su verdadero valor los hechos de la conquista. Los hombres que se distinguían en aquella época eran europeos, guerreros de la metrópoli. En los ojos del colono son extranjeros, pues tres siglos han sido suficientes para disolver los lazos de la sangre. No cabe duda que entre los conquistadores ha habido hombres honrados y de corazones nobles, pero desaparecen en la masa y no pudieron escapar del anatema general.

—¿Y qué estado guardan pues los indígenas en las colonias? preguntó Humboldt.

—Al principio del siglo XVI, contestó el gobernador, se trató como sabeis, á los habitantes desgraciados de las costas de Carupano Macarapan y Caracas, lo mismo que se trata actualmente á los de la costa de Guinea. Ya se establecian las Antillas, introduciendo allí las plantas del Viejo Mundo, cuando en Tierra Firme no se pensaba aún en formar un establecimiento en regla y segun un plan determinado. Los españoles visitaban la costa, solo para procurarse por medio de la fuerza ó por el cambio, esclavos, perlas, granos de oro y palos de tinta. Con el celo aparente de la religion, se creia elevar esta insaciable codicia á una esfera superior. De este modo con-

tinuaban las antiguas injusticias. El tráfico con los indígenas de color de cobre condujo á las mismas crueldades que el de negros, y tuvo tambien las mismas consecuencias, de manera que vencedores y vencidos se volvieron salvajes. Desde luego se hicieron mas frecuentes las guerras entre los indígenas; se llevó á los prisioneros á la costa, vendiéndolos á los blancos, que los engrillaban en sus buques.

—Apénas es creible, exclamó Alejandro dolorosamente conmovido, ¿cómo se puede obrar de este modo bajo el suave cetro del cristianismo? Y sin embargo, eran los españoles en aquella época y mucho despues, uno de los pueblos mas civilizados de Europa. Se habia esparcido una imágen de la magnificencia con que florecían las artes y la literatura en Italia, sobre todos aquellos pueblos, cuyas lenguas tienen el mismo origen que la del Dante y Petrarca. Con este poderoso desarrollo intelectual, con un vuelo de la imaginacion de esta clase, se deberia creer que se hubiesen morigerado las costumbres.

—Por supuesto, dijo el gobernador; pero aquí la sed de oro, llevará casi siempre al abuso de la fuerza.

—En verdad, los hombres han desarrollado en todas las épocas de la historia, el mismo carácter. El gran siglo de Leon X, se presentó en el Nuevo-Mundo con una crueldad, como se veia solo en los siglos de la mas grande barbarie, pero no se admira el horrible cuadro de la conquista de América, si se reflexiona lo que pasa

en la época presente en las costas occidentales de Africa á pesar de las bendiciones de una legislación humanitaria. (1)

El semblante de D. Vicente se entristeció, y dijo:

—El tráfico de esclavos había cesado completamente en Tierra Firme, gracias á las máximas de Carlos V, puestas en práctica; pero los conquistadores continuaron sus correrías en el país, causando la guerra en pequeño que degradó á la población americana, alimentó el odio nacional y sofocó por mucho tiempo el gérmen de la civilización. Al fin, los misioneros predicaron palabras de paz bajo la protección de la autoridad civil. Era deber de la religión dar algún consuelo á la humanidad por los horrores que se cometían en su nombre; ella tomaba la palabra por los indígenas ante los reyes, se oponía á las crueldades de los dueños de prebendas; ella reunía tribus nómades en pequeñas comunidades que se llaman misiones y que son provechosas al desarrollo de la agricultura. De este modo se han formado paulatinamente, pero con un desarrollo homogéneo, y segun un plan determinado, aquellos grandes establecimientos frailescos, aquel gobierno singular que tiende al aislamiento y somete á esos religiosos países, cuatro ó cinco veces mas grandes que la Francia.

[1] Viaje á las regiones equinocciales, tom. II pág. 278.

Bonpland que hasta entónces no había tomado parte en la conversacion, al oír hablar de misioneros, dijo:

—Es de suponerse que estos establecimientos deben servir para contener el derramamiento de sangre, y poner los primeros cimientos para un desarrollo social.

—Y sin embargo, han estado opuestas á toda idea de progreso, contestó el gobernador: El aislamiento llevado al extremo ha tenido por consecuencia: *que los indios quedaron lo que eran ántes, cuando sus cabañas diseminadas no se hallaban aún reunidas al rededor de la casa del misionero. Han aumentado en número, pero no se ha ensanchado su esfera intelectual.*

La imaginacion de Bonpland vagabá por las misiones buscando á Nunu.

El Sr. Emparan continuó:

—Los pobres indios han perdido con esto su fuerza de carácter y su natural viveza, que en todos los grados del desarrollo humano, son los nobles frutos de la independencia. Se ha sometido todo á reglas invariables, aún los trabajos mas insignificantes de sus hogares, y de este modo se les ha hecho *obedientes*, pero tambien *estúpidos*. Tienen asegurada su manutención, y sus costumbres son mas morigeradas; pero *les oprime el encogimiento y la eterna monotonía del régimen de los frailes, indicando su continente taciturno y concentrado, con cuánta repugnancia han sacrificado su independen-*

cia al reposo. El gobierno de los frailes en el interior de los claustros, priva al Estado de brazos útiles; y aunque algunas veces calma las pasiones, suaviza el dolor y favorece la contemplación; sin embargo, trasplantado á los desiertos del Nuevo-Mundo, y aplicada á todas las relaciones de la vida social, ejerce una influencia perjudicial, tanta mas cuanta mayor sea su duración. Deprime de generación en generación el desarrollo intelectual, estorba el tráfico entre los pueblos, rechaza todo lo que eleva el alma y ensancha el círculo de imaginación. Por todos estos motivos, permanecen los indios de las misiones en un deplorable estado de retroceso, á que debe dársele el nombre de barbarie. (1)

Nuevas visitas interrumpieron la conversacion. El gobernador se despidió con mucha urbanidad. Alejandro de Humboldt quedó muy satisfecho de la conversacion, porque se habia impuesto de ciertos detalles interesantes de las colonias.

Mucho sentia Humboldt que la pesadumbre por la pérdida de Nunu, siguiera agobiando á su amigo Bonpland. Muy profundo debia ser este sentimiento, y Alejandro lo respetaba porque lo creía verdadero.

Mas, ¿cómo procurarle alivio en su dolor? Acaso se podia hallar la niña en las misiones inmediatas de los indios. Era una cosa convenida de antemano por los

(1) Viaje de Humboldt á las regiones equinocciales etc., tom. II, págs. 284 hasta 287.

dos amigos, visitar estos lugares que tanto interes científico ofrecian. Objetos de mucho atractivo ocuparian allí la atención de los dos viajeros. Debian pisar en esos lugares los primeros bosques importantes de la América-Central; visitar las misiones, y conocer tribus que apenas habian salido del estado natural..... salvajes, pero no bárbaros..... limitados intelectualmente, no porque olvidan la naturaleza, sino porque se encuentran aún en el estado infantil natural. ¿No distinguió tambien Colon desde el cabo Paria, por primera vez, el continente americano? ¿No fueron esos mismos valles, un dia desolados, ya de los aguerridos y antropófagos caribes, ya de los civilizados y mercantiles pueblos de Europa? ¡Cuánto interes no se ligaba á estas regiones!

Y para Bonpland, la esperanza..... á lo ménos la posibilidad de volver á encontrar allí á Nunu.

Humboldt le sorprendió en la misma noche con la resolución de emprender en uno de los dias siguientes, la excursion á la sierra de la Nueva-Andalucía, el valle de Cumanacoa y las misiones de indios; esto se podia verificar inmediatamente, habiendo sido hechos los preparativos con mucha anticipacion.

Era una hermosa mañana del mes de Setiembre, cuando ambos emprendieron su viaje para visitar á los indios de Caymas.

Dos acémilas estaban cargadas con el comestible, los instrumentos y el papel necesario para disecar las plantas. En varios cajones se hallaban empacados un sextante, una brújula de inclinacion, otro aparato para averiguar la declinacion magnética, varios termómetros y un higrómetro de Saussure.

Humboldt y Bonpland, lijeramente vestidos, provistos de armas de fuego, cuchillos de monte y una hachita, llevaban puestos sombreros de paja con faldas muy anchas, y un par de pistolas al cinto.

Hacia un fresco agradable. El camino que seguia la margen derecha del *Manzanares*, pasaba frente á un monasterio de capuchinos, situado en un pequeño bosque. Cuando llegaron á la cima de una pequeña cuesta, gozaron de una magnífica vista sobre el lago, y una llanura cubierta de *bava* [*Zygophyllum arboreum* Jacq], divisando en lontananza las elevadas montañas de Brigantín.

Pronto cambió el paisaje de aspecto; el camino se dirigia hácia el Noreste, pasando por el santuario de la «Divina Pastora,» sobre una llanura desprovista de árboles, que en época muy remota habia servido de lecho al mar. Allí habia nopales, arbustos de *tribulus*, y la hermosa *euforbia* color de púrpura. Empero los viaje-

## CAPITULO XI.

### Un paraiso.

Con qué interes arregló Bonpland entonces todo lo necesario para el viaje. Habia vuelto á ser el de ántes; la palidez que cubria su rostro en las últimas semanas, cedió á un color mas fresco..... y su melancolía á la jovialidad acostumbrada en él. Le reanimaba la dulce esperanza de volver á encontrar á Nunu, así como el deseo de instruirse, y su anhelo por la investigacion.

Humboldt mismo se alegró al ver el cambio que se habia operado en su amigo, y esperaba con ansia la hora de la partida.

ros deseaban ver los bosques vírgenes, cuya vista sobresalía á todo lo que habian podido imaginar.

¡Qué paraíso se les presentó entonces!

Nuevas formaciones de rocas comenzaban, y con ellas un nuevo tipo de la vida vegetal. Todo tenia un carácter grandioso y pintoresco. El terreno, lleno de manantiales, estaba cruzado en todas direcciones por arroyuelos deliciosos. Árboles de una altura colosal, se elevaban semejantes á torres enverdecidas, hácia el azul del cielo, cubiertos de enredaderas. Sus cortezas de color negruzco por el calor del sol, contrastaban de un modo singular con el verde claro de los *potos* y *dracontias*, cuyas hojas brillantes tenian no raras veces la longitud de algunos piés.

Y sin embargo, ¡qué era todo esto en comparacion de las demás imponentes y magníficas formas de plantas!

Bonpland y Humboldt se hallaban á la vista de estas maravillas de la naturaleza con una especie de santo entusiasmo.

Se notaban sobre todo, las palmas, la mas alta y noble de las figuras vegetales; las que por su esbeltez y gallardía han sido consideradas siempre por los pueblos como acreedoras al premio de la belleza. El tronco de ellas tenia algunas veces una altura de 180 hasta 200 piés. (1)

(1) Humboldt contó hasta 27 especies de palmas en el Sur de América.

A las palmas se asocian el plátano, los *escitamineas* y *musaceas* de los botánicos; troncos bajos pero jugosos, casi herbáceos, en cuya punta se elevan hojas delgadas, rayadas y sedeñas. Ellas forman enlazadas con otro follage, el adorno de los terrenos húmedos. Y ¡qué significacion tan importante tienen estas plantas en aquellas zonas! Su fruto sirve de alimento á todos los habitantes de la zona tórrida. Así como los cereales harinosos del Norte, acompañan los platanares al hombre desde los tiempos mas remotos de su cultura. Los mitos asiáticos remontan el origen primitivo de esta nutritiva planta tropical al *Eufrates*, ó al pié del Himalaya en la India. Mitos griegos mencionan las vegas de *Enna* como la patria feliz de los cereales. Estos, esparcidos por la cultura sobre todo el Norte de nuestro globo, forman extensas campiñas uniformes, mientras los platanares son unas plantas bellas y magestuosas para la vista del colono en los trópicos.

Junto á los platanares se observan las diversas especies de malvas, representadas por las *esterculia*, *hibiscus*, *lavatera* y *ocroma*. Troncos bajas, pero muy jugosos; hojas grandes y lanudas ó ceñidas, cuya figura semeja á la de un corazón, con flores de color purpú-

"Fleas de la naturaleza", de A. de Humboldt. [Plantas equinociales] Ptes. I. pág. 5. Humboldt de *distributione geographica plantarum*, págs. 218 y 240, en cuya obra se dan noticias de 137 especies de palmas.

reo. A este grupo de plantas pertenece el *taobal*, [*Adansonia digitata*], que tiene con una altura de 12, un diámetro de 30 hasta 40 piés, y que probablemente es el monumento mas antiguo de nuestro planeta. (1)

Tambien las *mimosas* adornan aquellas regiones. ¡Cuán pintoresca es la extension de sus ramales, igual á un paraguas! No se puede presentar á la vista cosa mas hermosa que el intenso azul del cielo tropical, resplandeciendo á través de las hojas interpolados de las *mimosas*.

A esto se debe agregar el adorno maravilloso de los bosques; las *orquídeas*, los *potos*, y unas especies de *lirios*, el *aloe* y las *lianas*.

La vida entera de un pintor no alcanzaria para imitar todas las especies de *orquídeas*, que adornan los valles y profundas barrancas de la cordillera de los Andes en el Perú.

Y finalmente, las *Lianas*, este hermoso adorno de los bosques tropicales, que ya bajando de las puntas de altas *Sivietenias*, ya extendiéndose de un árbol al otro como cables de mástil y guirnaldas, sirviendo de asilo á una multitud de pequeños papagayos (*cotorras*, *psittacula passerina*) así como á los monos; mientras el gato montés sube en ellas con una agilidad asombrosa al

(1) Adanson encontró troncos de una altura de 10 hasta 13 piés, y de una circunferencia de 77.

acercarse los viajeros. Además, pasaba á la vez, una manada de venados, mientras muy cerca de Humboldt, jugaban dos Agutis. (*Dayprosta Aguti*.)

El *cardenal*, uno de los pájaros mas hermosos de la América del Sur, con plumaje, color gris, cabezas encarnadas y penacho del mismo color, se deslizaba por las ramas pareciendo escuchar gustoso el canto del *Trubigal* (*Xanthornus auranticus*). Todo estaba en movimiento, desde el suelo hasta las puntas de los árboles, y sin embargo, dominaba sobre el conjunto un silencio, que conmovia el corazon.

Humboldt y Bonpland se paraban con frecuencia, estupefactos; el deleite se pintaba en sus rostros, sus corazones palpitaban más, y hubieran querido arrodillarse para dar gracias á la eterna fuerza primitiva, con himnos entusiastas por esta vista, esta creacion de maravillas.

—¡Oh naturaleza! naturaleza! exclamó Humboldt vencido de sus sentimientos, solo el que ha estado aquí, ha podido arrojar una mirada en tu *sanctum sanctorum*! Solo el que ha estado aquí te ha podido reconocer en la múltiple significacion de la palabra, á tí, eterna é infinitamente grande, que se presenta ya como el total de lo existente y de lo que existirá, ya como una interior fuerza motriz, ya como la imagen misteriosa y originaria á todos los fenómenos, revelándose al sentido humano como algo terrestre que se le parece..... Aquí en los numerosos círculos vitales de la formacion orgánica reco-



trocemos verdaderamente nuestro hogar. Allí, donde el seno de la tierra desarrolla en el bosque vírgen la abundancia inconmensurable de sus miles y miles de formas, sus brillantes flores é innumerables frutos; allí, donde nutre una multitud de diversos géneros de plantas y de animales; allí se nos presenta su imágen con la fuerza imponente de una magnitud divina.

¡Cuántas ideas y sentimientos no se aglomerarían entonces en Humboldt y Bonpland! Allí, donde el espacio es mas estrecho, alcanzó la diversidad de impresiones de la naturaleza su maximum. En vista de estas maravillas pudieron penetrar mas las leyes eternas de la naturaleza. La magnitud de las masas que se les presentaba y que constituye el carácter individual de esas regiones, les elevó á un sentimiento adecuado que les conducia á una poderosa revelacion de lo eterno.

—Bonpland, dijo Humboldt muy conmovido. Jamás se ha presentado con mayor claridad ante mi alma como ahora, el modo con que resultó en el corazon del hombre lo que llaman religion! Lo que se presenta en algunos individuos de ingenio como un rudimento de la filosofia natural, como una contemplacion racional, es en los pueblos una susceptibilidad instintiva. *En esta senda, en lo intenso y vivo de sentimientos secretos, está comprendido el estímulo para el culto, para toda religion: la santificacion y veneracion de las fuerzas conservadoras imponentes y destructoras de la naturaleza!* Oh, cuánto siento yo mismo en este gran momento, que la naturale-

*ta no es un agregado muerto, sino la santa y eternamente creadora y original fuerza del universo, que engendra todas las cosas de sí misma y las produce activamente.*

Tambien Bonpland manifestó entonces á su modo por una exclamacion casi excéntrica, su sorpresa. Su pequeña excursion habia contribuido mucho á aumentar sus conocimientos, así como sus colecciones de plantas... en gran número se le presentaban nuevas é interesante figuras en la sombra de los bosques vírgenes. Se quedó como estático, y solo la palabra *misiones* le hacia moverse.

Así y de este modo seguian entre las sombras de los bosques, mirando de tiempo en tiempo el cielo que les parecia de un azul mas subido y negruzco, por tener el verde de la vegetacion tropical, generalmente un matiz muy fuerte de moreno.

Grupos de rocas esparcidas estaban cubiertas con helechos; de las ramas de los árboles colgaban, afanzados artificialmente, innumerables nidos, en forma de botellitas, para proteger los huevecillos contra la codicia de los monos.

Eran obras de la admirable industria de la *Oriola*, pájaro cantor semejante al tordo, cuyo canto se mezclaba con los gritos fastidiosos de los papagayos y de las guacamayas. Estas, de un magnífico plumaje, volaban de dos en dos, mientras los papagayos, propiamente dichos iban en parvadas de algunos centenares. Sus gritos eran tan agudos que no se oia el ruido de las corrien-

tes, que se precipitaban de las alturas de los cerros. (1)

Los dos viajeros avanzaban hasta el grupo del cerro llamado el *imposible*, que separa la playa poblada de árboles, de las grandes llanuras ó sabanas, á las orillas del Orinoco. Allí pasaron la noche en un monasterio aislado. Indios y mulatos iban y venian con sus mulas cargadas de productos de las sabanas para llevarlos á Cumana. El punto situado aisladamente era hermoso. Se divisaba desde allí con claridad la punta del cerro del Bergantin, así como la costa de Araya, y mas léjos, la majestuosa mar. A los piés del convento se extendia un inmenso bosque, colgando de las puntas de los árboles las lianas coronadas con largos manojos de flores, semejante á una alfombra colosal, cuyo color oscuro hacia resaltar mas la luz del sol, al ponerse.

Todo esto recordaba á Humboldt las noches que habia pasado en el San Gotardo.

En muchos puntos del cerro se observaban incendios. Las llamas rojizas, envueltas en inmensas nubes de humo, presentaban un magnífico espectáculo.....

Los habitantes habian quemado los bosques para mejorar el pasto.

Humboldt, que habia pasado la noche en el campo para determinar la latitud geográfica del lugar por medio del paso por el meridiano, de la estrella Fomalhaults, observó esas quemazones con sorpresa, y con una especie de

[1] Viajes de Humboldt, Tomo II, pág. 303.

congoja; porque sabia que con mucha frecuencia las causaban los indios en los bosques por el desuido de no apagar la lumbre, en que hacian su comida. En un caso semejante hubiera estado expuesto tambien el convento..... y..... ya el pensamiento de ver desaparecer un bosque vírgen, le despedazaba el corazon.

Ocupado todavía en este pensamiento, se le presentó Bonpland muy excitado.

—¿Qué hay? preguntó Alejandro.

—¡Vienen los zambos! dijo Bonpland casi sin aliento.

—¿De dónde lo sabeis? preguntó Humboldt.

—Los indios llaneros lo han dicho.

—¿Hay en esto algo de extraordinario?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Han encontrado á un viejo zambo junto con un jóven.

—Pero Aimé, dijo Alejandro, no os dejéis vencer tan fácilmente de vuestra pasión.

—No sabeis.....

—Sé, amigo mio, lo que sentís, deseáis y esperáis. Pero..... os suplico..... decidme, hay algo en esto que os dé motivo para sacar una consecuencia?

—Puede ser el padre de Nunu y su pretendiente.

—Puede ser.....

—Un mulato, que está allí dentro del convento, que vos conocéis, es el mismo á quien curé hace poco en Cumana de una mordida de vívora; este mulato dijo que habia visto á dos zambos juntos con una muchacha,

que.....

—¿Y?

—¡Oh! es para volverse loco!.....

—¿Qué hay pues!.....

—Que estaba amarrada como una esclava!

—Esto es, en efecto, un indicio! dijo Humboldt, y vuestra sospecha está fundada.

—¡Oh, que vengan!

—¿Y qué intentais hacer?

—Mataré á esos perros, si no me entregan en el acto á Nunu.

—Bonpland, dijo Humboldt despues de algunos minutos de reflexion; ¿sabeis en lo que estaba pensando?

—En qué? preguntó Bonpland pistola en mano, y dirigiendo su vista hácia el camino por donde debian venir los zambos.

—He reflexionado, amigo mio, que no es extraño que la pasion sea capaz de hacer cometer necedades aún al hombre mas juicioso del mundo.

Bonpland guardó silencio.

—¿No me habeis oido, Aimé? preguntó Humboldt con amabilidad.

—Sí! contestó el jóven francés distraido; estaba escuchando.....

—Intentais en efecto.....

—¡Silencio, silencio! dijo Bonpland con voz baja. Si no me equivoco.....

—¡Calma, calma, digo yo tambien! continuó Humboldt. Pero calma interior.

—Era una ilusion! dijo Bonpland.

Humboldt habia dejado solos sus aparatos, y acercándose á su amigo, le puso la mano sobre el hombro.

—Aimé, le dijo, con ese tono amable, que desde su juventud conquistaba todos los corazones, y en el mismo con que habia reconvencido á su tiempo á Beeskow, haciéndole volver á la senda de la virtud. Aimé, ¿creis que os estimo y quiero?

El sonido de esta voz surtió su efecto como por encanto. Bonpland, bajando la pistola, dijo:

—Sí, lo creo!

—¿Creis así mismo, que desco vuestra felicidad?

—Estoy convencido de ello.

—Entónces, tomad el consejo de vuestro amigo, que tiene mas experiencia y mas edad que vos.

—Hablad.

—Despues de haber sabido por vos lo que os contó el mulato, me parece que vuestra sospecha no está infundada. Pueda ser que los dos zambos sean los raptos de Nunu; pero si lo son, me concedereis, reflexionando tranquilamente, que al encontraros con ellos, no confesarán, si quereis emplear la fuerza, á donde hayan llevado á Nunu, ó en qué parte la tienen oculta.

—Entonces los mataré! tengo para esto la autorizacion del gobernador.

—Y ¿qué se ganaría con esto, aun haciendo abstracción del crimen, que mi amigo no cometería?

—Son ladrones..... asesinos..... Nunu es propiedad del gobernador!

—Qué de excusas por el que odia. Pero dejemos esto..... Yo mismo quisiera que encontrárais á la que amais sinceramente, segun me he convencido; pero esto solo se podrá conseguir por medio de la astucia, pues estos salvajes son muy astutos.

—¿De qué modo se podrá hacer?

—No creo que vengan al convento.

—¿Por qué no?

—Son pobres diablos desnudos, estos zambos.

—¿Se perdería, pues, la huella?

—Creo que no.

—No os comprendo.

—Si no visitan el convento, sea por pobreza ó por astucia, pasarán seguramente la noche en sus alrededores, por la seguridad que les ofrecen contra los animales feroces.

—¿Y entónces?

—Instruiremos al mulato que os ha visto hace poco junto con Nunu. El os está agradecido y nos servirá de muy buena gana. Se acercará á los zambos con cualquier pretexto, y les regalará aguardiente á nuestras expensas. Vos os ocultareis en las inmediaciones, y escuchareis, porque el aguardiente les hará hablar. Así

ganaremos más por medio de un ardid de guerra que por la fuerza.

Bonpland guardó silencio reflexionando. Debía confesar que Humboldt tenia razon, y que su fogoso temperamento le hubiera hecho cometer una necedad.

—¡Así sea! dijo al fin, algo avergonzado. Vos teneis siempre razon con vuestra imperturbable calma. ¿Pero de qué modo combinaremos la cosa? Los zambos pueden llegar de un momento á otro. ¿Quereis tomar á vuestro cargo el mulato?.....

—Sí!

—Entónces me emboscaré para ver lo que hacen los dos bribones.

—¡Bien! dijo Humboldt. Uno de vuestros criados quedará cuidando los aparatos; porque no puedo comenzar mis observaciones ni calcular, sino hasta media noche. Hasta esa hora, creo, sabrémos á qué atenernos.

Una hora despues de esto, tres hombres, de color trigüeño, y desnudos hasta la cintura, estaban sentados, platicando junto á una luminaria una en baranca cerca del convento. La lumbre no se podia distinguir desde el monasterio, porque la cubria una roca alta, y además, lo impedian los robustos árboles de los alrededores.

Una iguana, amarrada á uno de los árboles, colgaba hácia la lumbre para asarse, pues esta especie de lagartijos, son uno de los platos favoritos de los indígenas en aquellas regiones.

—¡Convenido! dijo el mulato en mal español, que es

la lengua en que se dan á entender las diversas tribus, si no hablan el idioma de los *Caimas*..... Yo..... dar aguardiente..... zambos convidar mulato comer iguana..... buen asado.....

—Ser así dijo el viejo zambo.....

Por un gran rato guardaron silencio.....

El jóven zambo continuó de tiempo en tiempo dando al asado un movimiento oscilatorio, despues de haberlo colgado á una rama.

Los tres estuvieron acostados en el suelo, boca abajo, con la cabeza apoyada en los codos, dirigiendo los ojos á la lumbre, con una triste indiferencia en sus facciones.

Pasó así media hora, durante la cual la botella de aguardiente iba de mano en mano. Al fin quedó el asado al gusto de los tres.

Sin proferir una palabra, el jóven zambo sacó un machete de la cintura, cortó con él el asado que pendia del árbol, partiéndole en tres partes. Cada uno de ellos se engulló entónces la suya con gran prisa.

La vista de este espectáculo tenia para Bonpland; que estaba oculto detrás de un árbol, algo de salvaje, y sin embargo mucho atractivo, de manera que deseaba en su excitacion ser pintor para poder reproducir este cuadro pintoresco.

Despues de haber comido el asado, se volvieron á acostar los tres boca abajo, y la botella de aguardiente volvió á pasar de una mano á otra.

Hubo otra pausa.

—Buena noche ésta..... comenzó el mulato; comer buen asado con zambos..... pero tambien mulato dar buen aguardiente.

—Buen aguardiente! repitió el viejo zambo con una mirada codiciosa hácia la botella.

El mulato se la dió..... el viejo tomó un buen trago,

—¿A dónde ir zambos? preguntó el mulato. Mulato ir Cumana, llevar cueros á Cumana.

—Zambos ir San Thomas; dijo el viejo secamente.

—San Thomas muy léjos! continuó el mulato..... Conocer tambien..... tambien estado allá..... Gran puerto..... mucho, mucho buque..... llevado maíz para llaneros..... ¿Tener zambos tambien maíz?

El viejo movió la cabeza.

El mulato volvió á ofrecer la botella. Con una mirada escudriñadora de su parte observó á los zambos, en cuyos ojos comenzó á notarse el efecto de la bebida; y sin ser apercebido, sacó otra botella llena de aguardiente, que habia ocultado detrás de un arbusto.

—¿Zambos no traficar con maíz! dijo el mulato con ironía. Saber bien! zambos tener buen comercio.

Los dos hombres miraron al mulato siniestramente; luego dijo el viejo con gran acentuacion:

—¿Zambo no tener comercio?

El mulato estaba riendo.

Las facciones del zambo eran mas siniestras.

—Mulato saber! Mulato haber visto á zambos.

—Mulato ser hablador, dijo el viejo friamente.

—No ser hablador; pero zambos hacer comercio.....  
hacer comercio de gentel.....

Un relámpago salió de los ojos del jóven zambo. Iba á coger el puño del machete que llevaba en la cintura.

El mulato destapó la botella, tomó un trago y la pasó al jóven, que luego, dejando el machete, apuró la botella.

Hubo otra pausa, durante la cual quedó casi vacía la segunda botella. Las miradas de los zambos se nublaron, y sus facciones tomaron un aspecto verdaderamente salvaje. El mulato supo bastante..... habia comenzado la embriaguez.

El mulato sacó entonces, sin ser observado, su machete de la vaina de cuero, á fin de tener en todo caso una arma preparada para defenderse. Luego volvió á comenzar la conversacion, diciendo:

—Zambo poder ganar mucho; tener buen amigo en mulato: mulato llevar zambos á llaneros..... ser ricos, muy ricos los llaneros.

—Mulato..... ser hablador, repitió el viejo con la lengua trabada. ¿Cómo zambos poder ganar?

—Llaneros tener esclavos..... muchos esclavos..... bonitas esclavas..... pagarlas bien.....

—Zambos no tener esclavos.....

El mulato rió y dijo:

—No esclavos..... esclavas!

Otra vez empuñó el jóven zambo el machete; pero tambien el mulato tenia el suyo á la mano. Sin embargo, dijo riendo y con gran calma:

—Bonita esclava..... llaneros comprar por mucho, mucho dinero.

—Llaneros ser perros, dijo entonces lleno de cólera el jóven, pero con lengua estrapajosa. Azotar pobres esclavos..... azotar hasta morir!..... Zambos matar llaneros..... acuchillar.....

Y con ademanes salvajes hizo vibrar el machete encima de su cabeza.

El mulato le tendió la botella para calmarlo; pero con trabajo pudo llevarla á la boca.

—Zambos no ser amigo de mulato, continuó éste. Y mulato haber dado buen aguardiente.

—Zambos ser amigo..... buen amigo..... buen aguardiente..... dijeron entonces los dos zambos, ya enteramente ébrios.

—No ser amigo..... no decir donde estar esclava....

—No esclava!

—Mulato haber visto zambos..... jóven esclava.....

—No esclava..... dijo el viejo; ser hija.....

—¿Hija? repitió sorprendido el mulato. No ser hija..... no amarrar hija.....

—Mala hija..... tartamudeó el viejo.

Bonpland escuchaba con mucha atencion.

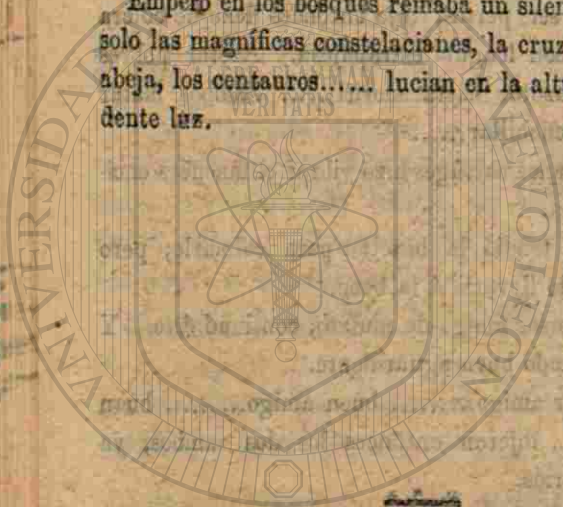
Ya iba á continuar el viejo, cuando se le cayó á

Bonpland la pistola que tenia en la mano y..... se descargó.

El tiro resonó en los bosques..... cuando se disipó el humo, habian desaparecido los zambos.....

El mulato estaba sin vida, tendido en el suelo.

Empero en los bosques reinaba un silencio de muerte; solo las magnificas constelaciones, la cruz, la corona, la abeja, los centauros..... lucian en la altura con esplendente luz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO XII.

### El capuchino y la mision de San Fernando.

A una jornada del hospicio en donde habian pernoctado Alejandro y Bonpland, distinguieron como á una legua de distancia, la mision de *San Fernando*.

¡Cómo latia el corazon de Bonpland! Aunque la fatal explosion de la pistola habia interrumpido la confesion del viejo zambo; sin embargo, creia haber encontrado ya las huellas de Nunú; porque estaba casi seguro de que su padre la habia llevado á las misiones. ¿Acaso seria á San Fernando á donde se dirigian en

Bonpland la pistola que tenia en la mano y..... se descargó.

El tiro resonó en los bosques..... cuando se disipó el humo, habian desaparecido los zambos.....

El mulato estaba sin vida, tendido en el suelo.

Empero en los bosques reinaba un silencio de muerte; solo las magnificas constelaciones, la cruz, la corona, la abeja, los centauros..... lucian en la altura con esplendente luz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPÍTULO XII.

### El capuchino y la mision de San Fernando.

A una jornada del hospicio en donde habian pernoctado Alejandro y Bonpland, distinguieron como á una legua de distancia, la mision de *San Fernando*.

¡Cómo latia el corazon de Bonpland! Aunque la fatal explosion de la pistola habia interrumpido la confesion del viejo zambo; sin embargo, creia haber encontrado ya las huellas de Nunú; porque estaba casi seguro de que su padre la habia llevado á las misiones. ¿Acaso seria á San Fernando á donde se dirigian en



aquel momento? Aimé estaba impaciente por llegar á la mision. Con respecto al mulato, le habia salido la aventura mejor de lo que parecia al principio. La bala habia rozado solamente la parte carnosa de un brazo; pero el susto le habia tendido en el suelo. Aimé, como médico, habia vendado luego la parte ofendida, y por su buen tratamiento le resultó la ventaja de que el mulato se le ofreciera como criado. Humboldt habia consentido. El mulato habia encomendado sus mulas cargadas con cueros, á otro arriero que iba para Cumana, dándole una pequeña gratificacion.

Una vereda muy angosta llevó á la pequeña caravana á una extensa y húmeda llanura.

En la zona templada se hubieran formado con esta humedad, praderas cubiertas con inmensas alfombras de césped; allí pululaban las plantas acuáticas, de la especie *Canné*, entre las cuales sobresalian como reinas las magníficas flores de *costus*, de *talias* y de *heliconias*. Estas plantas jugosas miden una altura de ocho hasta diez piés, y se encontraban tan compactas que formaban bosques enteros.

Todo esto llenó de admiracion á Humboldt y á Bonpland; pero lo que les llamó la atencion en un grado superior, fué un bosque de bejuocos.

—¡Cielos! exclamó Humboldt; ¿puede haber cosa más bella é imponente que esta especie de *gramineas* de una altura de mas de cuarenta piés?

—Teneis razon, contestó Bonpland! Ved como la forma y posicion de las hojas le dan un aspecto lijero que forma un agradable contraste con su esbelto tallo.

—Tambien es gracioso el movimiento del tronco liso y brillante, al menor soplo del viento.

—¿Cómo llaman á esta planta en este país? preguntó Bonpland al mulato.

—«Jagua», amo! contestó este. Caymas llamarlo *guadua*.

—Es *Arundo donax*, dijo Aimé. Lo hay tambien en la Europa meridional; pero lo que crece allá, no tiene comparacion con esta planta colosal. El bejuco de las Islas Orientales, los *calumets des hauts*, bambú ó *Nastus alpina*, de la isla de Borbon, el *guaduas* del Sur de América, acaso aún las *Arundinarias* de las orillas del Mississippi, pertenecen á este grupo de plantas. Pero... ¡con mil diablos! se interrumpió Bonpland; tengo mojado todo el cuerpo, como si hubiese estado con D. Vicente de Emparan en el Manzanares.

—Lo mismo me sucede á mí, dijo Humboldt.

—Pero ¿qué significa esto?

—¿Podeis acaso preguntar? ¿No sentís como si hubieseis estado en un baño de vapor?

—Sí por cierto.

—La evaporacion con los rayos del sol es aquí tan fuerte, que estamos completamente empapados. (1)

El aire era apenas respirable como el de un invernáculo calentado con estufa, por lo que se apresuraron los viajeros á llegar á la mision situada en un terreno ménos húmedo.

Ambos lados del camino estaban cubiertos con masas compactas de bejuco, que conducian á una elevaba llanura. Allí estaba *San Fernando*, la primera mision que visitaban Humboldt y Bonpland en América.

En las colonias españolas significa la palabra *mision*, ó *pueblo de mision*, cierto número de casitas situadas al rededor de una iglesia, en la cual un misionero está encargado del culto. Las aldeas de indios que están bajo la vigilancia de curas, se llaman *pueblos de doctrina*.

—¡Alabado sea Dios! dijo Bonpland; allí está la mision, delante de nosotros.

En efecto, divisaron un reducido número de cabañas de indios, muy apartadas unas de otras, construidas con ramas de árboles y estacas; todas iguales en forma y construccion, y tiradas á cordel, de manera que formaban callecitas muy bien alineadas, que se cruzaban bajo un ángulo recto.

La construccion uniforme, el aspecto silencioso, aéreo,

(1) Viaje etc., entrega II., pág. 304.

casi melancólico de los habitantes, todas familias de la tribu de los caimas; su mirada tímida, su encogimiento, todo ello indicaba el espíritu y el gobierno frailesco que dominaba allí. Ninguna familia poseía su huertita junto á su cabaña, como la tenian los indios de Cumana; pero tanto más se distinguía el *conuco* de la comodidad. En esta huerta tenian que trabajar, como en todas las misiones, los adultos de ambos sexos, en horas determinadas, por mañana y tarde.

El producto de esta huerta, aunque algunas veces de mucha consideracion, no les pertenecía á ellos, sino á la *Iglesia*.

Los vestidos de los indios de la mision, eran de la misma clase que los de los indios Caymas. Tambien allí llevaban, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, la camisa corta y sin mangas; y para que se pusieran los indios este abrigo insignificante, tuvieron que emplear los misioneros todo su poder y autoridad. Lo usaban en la calle y en la Iglesia, pero apenas llegaban á sus cabañas, se desnudaban. Tan profundamente está enraizada en el hombre de color cobrizo el amor á la libertad é independencia, y es característico en todas estas tribus semi-salvajes la tenacidad de conservar sus antiguas costumbres y usos.

Las niñas no llevan vestido alguno.

En las mujeres y niñas, notaron los viajeros algo de lánguido y melancólico en sus miradas, que contrasta agradablemente con la expresion dura y salvaje

de su boca; el pelo, lo llevaban en dos largas trenzas; no tenían pintada la piel, y no llevaban á causa de su pobreza, mas adorno que el de brazaletes y collares hechos de concha, huesos de aves, etc. Tanto los hombres como las mujeres, tenían una constitucion musculosa, pues el cuerpo mostraba casi siempre formas mórbidas.

La pequeña caravana llegó á San Fernando, y como llevaba recomendaciones del Síndico de Cumana, se dirigió directamente á la iglesia, en donde el edificio del misionero se distinguia claramente de entre las miserables chozas de los indios.

Era una casa de un solo piso, de aspecto alegre, construida al estilo moderno, rodeada de corredores, que estaban cubiertos con enredaderas, en tanta abundancia, que ofrecian un lugar bastante fresco y muy ameno. Arboles frondosos daban á todo el edificio y á sus alrededores una sombra muy agradable en aquellos climas; un manantial de agua muy cristalina, aumentaba considerablemente lo fresco, tan apetecible en aquellas regiones de calor tropical.

En un gran sillón de madera colorada, estaba sentado un padre capuchino, de figura obesa. Era el padre misionero de San Fernando.

Al acercarse Humboldt y Bonpland con sus criados y mulas, cargadas con sus aparatos y equipaje, estaba ocupado el padre con dos indios, [que le habian traído una vaca, de manera que no notó á los viajeros.

Esta circunstancia les proporcionó la oportunidad de observar al digno monje.

Ya debía ser hombre de edad, pero su cara redonda y bien conservada, con sus facciones bondadosas que indicaban el mayor contento, sus ojos pequeños, pero vivos y alegres, desmentian casi lo que indicaban sus cabellos blancos. En él debía haberse burlado el buen humor de la soledad, y tampoco parecia exagerarse en la abstinencia, á lo menos así lo indicaba su gran robustez. No habia ni indicios de la melancolía mística de esa vida aislada de cláustro, como se cree que en Europa, la llevan los pobres misioneros. Tampoco tenia traza de ocuparse mucho en la conversacion de los paganos; mas bien parecia que el buen hombre preferia pasar el dia entero cómodamente en su sillón entre el fresco agradable de talias y heliconias.

En aquel momento, á lo menos, no le preocupaban ni la conversacion de los paganos ni los asuntos de la mision. Negocios mas importantes reclamaron su especial atencion: una vaca que le habian llevado, debía de ser matada al dia siguiente, y para esto estaba dando las órdenes á dos indios habitantes de la mision (1).

Concluido este importante asunto, y despues de haber vuelto á poner sus manos sobre el vientre, observó á la pequeña caravana que acababa de llegar y que se

1) Viajes, etc. tomo 2. ° pág. 307.

detuvo pocos pasos, de donde estaba sentado el misionero.

Humboldt creyó en esta ocasión ser recibido con una mirada siniestra por parte del padre, porque sabía por D. Vicente Emparan, que la mayor parte de los misioneros, odiaban la visita de un extranjero, que observa el régimen interior de esos establecimientos; de manera, que con el pretexto de conservar la disciplina del convento y el cuidado de la moralidad de sus subordinados, no permiten á ningún blanco del estado laico, permanecer mas que una noche en las misiones.

Mas en este caso no sucedió así. El padre capuchino era vividor, y por este motivo le agradó sobre manera ver la visita inesperada, que le podia dar muchas é interesantes noticias del mundo, y principalmente de *Europa*, y con la cual podia platicar sobre la guerra y la paz, sobre encuentros y sitios ..... cosas que mucho le entusiasmaban (1).

No por eso se levantó; pero sus pequeños ojos se mostraban contentos; con un movimiento de cabeza dió la bienvenida á los forasteros, y despues de haber visto superficialmente la recomendación del gran síndico y del padre guardian de su convento de Cumana, así como la del secretario de Estado de Madrid, dió la bienvenida á Humboldt y á Bonpland con verdadera cordialidad, dando órdenes á los criados, de tener cuidado de las mulas y

(1) Viajes. etc., tom. II. pág. 307.

el equipaje, y de traer sillas y algun refresco para los viajeros.

De este modo se habian instalado estos sin encontrar resistencia en la casa de los misioneros de San Fernando; y en verdad, la tranquilidad en el punto hermoso y fresco en donde estaban sentados junto al padre, delante de una mesa cubierta con pan de maíz y fruta, les venia bien, despues de haber caminado tanto con un calor muy sofocante. Ambos se sintieron como en el paraíso, y solo las muchas preguntas impertinentes del misionero platicador, interrumpian en algo este goce.

El buen padre los consideró como dos periódicos vivientes. No pudo saber bastante sobre su buena patria, la España y Aragon; sobre la guerra con los ingleses y las relaciones con Francia; pero no manifestaba un profundo interes en todo esto; sino por el contrario, recibió las noticias con inocencia infantil, y se alegró de ellas, como si escuchara cuentos de célebres bandidos.

Lo confesó francamente, y lo halló muy en orden, por estar asentado todo el año en su sillón en un lugar tan aislado de lo demás del mundo exterior.

La gratitud de Humboldt por su buen recibimiento le dió la paciencia de satisfacer la curiosidad del padre; mientras Bonpland se habia ausentado, sin ser observado, para tener informes de Nunu, lo que hacia con mucha cautela.

Despues de haber satisfecho la curiosidad del padre, tomó la conversacion mas interés para Humboldt.

Preguntó al misionero respecto del modo de vivir de sus subordinados, y éste le contestó de buen humor.

—Bien, el modo de vivir de ellos es tan monótono como puede ser. El arte de nuestro gobierno es el de un relojero, una vez dada la cuerda al reloj, anda, y para que no se pare se le vuelve á dar. A las siete de la noche aquí todo el mundo se recoge, en cambio á las cuatro de la mañana llama la campana á la gente al trabajo; primeramente se trabaja en el *conuto* de la comunidad, porque las primeras y mejores fuerzas pertenecen á la Santa Iglesia. Despues de haber trabajado toda la comunidad en beneficio de la mision, vá cada uno á cuidar de sus negocios propios, hasta que en la tarde se les vuelve á llamar para reunirse en la huerta de la comunidad; los domingos y días de fiesta hace valer la Iglesia sus derechos. Así pasa un día como el otro, con la mayor exactitud, y en esta regularidad férrea, que hace imposible algun deseo de independencia, es como se les acostumbra á preservarse de lo superfluo; he aquí todo nuestro arte para amansar indios.

—¿Y no contribuyen á eso tambien las suaves y humanas máximas del cristianismo? preguntó Humboldt.

—¡Oh, por supuesto! contestó el padre; la disciplina eclesiástica nos sirve para mucho.

—¿Y lo entienden bien?

—¿Entender? repitió el padre admirado. ¿Qué queréis decir con esto respecto de los indios?..... Además, la Iglesia exige solamente la fé. Con la fé se salva, y con

esto todo está hecho. Estoy contento si consigo que estos diablos se pongan una camisa y no anden desnudos como Adan y Eva, que oigan misa todos los domingos, y que no huyan á los bosques.

—¿Por manera que será difícil detenerlas en las misiones?

—Muy difícil, en efecto: el demonio de la barbárie está en todo su sér..... no hay gente mas terca que estos indios. Tienen adomas de su cabaña en la aldea, cada uno en un conuco, junto á un manantial, ó á la entrada de una barranca muy aislada, otra choza de poca extension, cubierta con palmas y hojas de plátanos, y aunque viven allí con ménos comodidad que en la mision, prefieren estar en ella.

—Es decir que tienen un instinto irresistible para huir de la sociedad, dijo Humboldt, y volver á la vida del desierto, es decir á estar independientes.

—Sí, y con todos los demonios del desierto, dijo el padre con exaltacion, los niños mas chicos huyen con frecuencia de sus padres, manteniéndose cuatro ó cinco días en los bosques de pura fruta, de raices y otras cosas. Pero hablando del andar en los bosques, ¿no me habeis dicho todavía, con qué objeto estais aquí?

Humboldt no pudo ménos que sonreir por el salto tan repentino de las ideas del digno padre. Despues dijo:

—Pensaba que lo hubiérais sabido en las cartas de recomendacion que os presentamos.

El misionero, puestas las manos en el abdomen, con la expresion de un gran bienestar en sus facciones y una sonrisa en los labios, movió la cabeza.

—Allí está anotado, aseguró Humboldt.

—Era demasiado largo para mí, dijo el capuchino.

—Pues bien! dijo Humboldt de buen humor, mi amigo y yo somos naturalistas.....

—¿Qué cosa? preguntó el misionero.

—Naturalistas! repitió Humboldt.

—Es decir: médicos y buscadores de oro?

—Lo primero en parte, pero no lo segundo.

—No comprendo entónces lo que pudo haberos motivado á emprender un viaje tan largo y penoso. ¿No os iba bien en vuestros hogares?

—¡Oh, sí! dijo Humboldt, con una sonrisa

—Entónces no puedo comprender como habeis podido dejar vuestra patria, continuó el misionero estirándose con mucha flema en su sillón, y arrojando una mirada cariñosa á la mesa, ricamente provista y á sus alrededores.

—Ved, dijo, yo me encuentro muy bien aquí, en donde está mi hogar. Trato bien á los indios, veo progresar la mision, dejando casar á las muchachas á la edad de trece años, (su sonrisa fué mas satírica)...... tengo muy cerca el manantial de una agua deliciosa y de excelente

calidad, como no hay mejor en toda la Nueva-Andalucía; plátanos sabrosos en abundancia, higos, palmas, tan bueno como lo mejor de vuestras legumbres; leche y miel como en el país prometido; caza, tanta como la deseo, porque mis inditos trigueños se consideran felices si les mando á cazar en el nombre de la Santa Iglesia y de la mision; ¿cómo me habia de venir pues la idea de viajar por pura curiosidad, como vosotros lo haceis?

Humboldt sonrió y dijo:

—No viajamos por curiosidad.

—Pero por la Santísima Virgen, ¿porqué buskais tantas penalidades?

—Para investigar en cuanto cabe en nuestras fuerzas, la naturaleza, en sus elevaciones y profundidades.

El misionero miró admirado á Humboldt.

—¿Investigar la naturaleza? repitió incrédulo, ¿y para que sirve esto?

La reposada y digna apacibilidad, que mostraba siempre Humboldt, se reflejaba entónces en sus miradas y facciones. Habia en aquel momento algo de magestuoso en todo su continente y un entusiasmo que expresaba su contento interior, brillaba en sus ojos, cuando dijo:

—Así como la historia universal procura presentar las relaciones verdaderas y originarias de los acontecimientos, y resuelve muchos problemas en el destino de los pueblos y su progreso intelectual, ya retenido, ya ace-

lerado; del mismo modo buscamos por medio de la investigación científica de la naturaleza en sus diversos fenómenos, desvanecer una parte de las contradicciones que á primera vista ofrecen en sus efectos las fuerzas de la naturaleza que se combaten. Tratamos de procurarnos, con un verdadero é incansable anhelo, una vista general y extensa del gran conjunto de la naturaleza. Una contemplación general y extensa de esta clase, eleva en nosotros la idea de la dignidad y majestad de la misma naturaleza; ejerce una influencia purificadora y tranquilizadora en nuestro espíritu, porque anhela, por decirlo así, á hacer que desaparezca la desconcordancia de los elementos por medio de descubrimientos de grandes y eternas leyes..... de las leyes que dominan en los delicados tejidos de las materias terrestres, en la pequeña célula de las plantas, que se pueden conocer solo por el microscopio, como en el archipiélago de las estrellas nebulosas de la mar solar de la vía lactea, y en el vacío horripilante de desiertos, *que carezcan de mundos*. Una contemplación general y extensa, nos acostumbra además á considerar cada órgano por sí como parte del conjunto infinito, reconocer en la planta, en el animal y en el hombre, ménos el individuo ó la especie aislada que la forma de la naturaleza combinada con el conjunto de la formación. Esta contemplación *ensancha por consiguiente de un modo satisfactorio nuestra existencia intelectual*, y nos pone en contacto con todo el universo,

aunque nos encontremos en el interior de los bosques vírgenes ó en la horrible soledad de las llanuras y de las subanas. Y:..... *para el naturalista se ensancha y se renueva sin cesar el secreto originario de todo lo existente en la diversidad y en el cambio periódico de las cosas vitales*. Se conoce que no faltará el universo al audaz conquistador científico, ni en el continente, ni en la profundidad de la mar, ni en la inmensidad del cielo, aún despues de millones de años. (1)

Dicho esto, guardó Humboldt silencio por un gran rato, pero en sus ojos se notó el entusiasmo y en sus facciones habia algo que recordaba á los profetas.

El misionero no sabia lo que le habia pasado. Puestas las manos sobre su abdomen, y en sus facciones una expresión de admiración, no pudo comprender absolutamente lo que acababa de decir su huésped. Una sonrisa incrédula se notó en el ángulo de sus labios.

En el mismo instante trajeron los creados los aparatos de Humboldt que habian desempacado, por haberlo así ordenado Bonpland.

El padre los miró con sorpresa.

—¿Qué cosas tan extrañas son estas? preguntó.

Humboldt le explicó su objeto y el modo de usarlo.

Entónces se volvió á notar otra sonrisa, pero en esta vez algo burlona en las facciones del padre que dijo:

(1) Estas son ideas que escribió mas tarde Humboldt en el "Cosmos" parte 1.<sup>a</sup> págs. 22 y 23.

—Por Dios y todos los Santos! Sois unos verdaderos locos! Lo que estais haciendo no es mas que un juguete inútil. Para satisfacer vuestra curiosidad, para hallar alguna planta ó medir un cerro en América, abandonais vuestra patria y vuestras comodidades, exponiéndoos á grandes riesgos, peligros y contratiempos?..... ¡Oh que locura!..... Yo por mi parte os digo: de todos los goces de la vida, *exceptuando el sueño, es lo mas delicioso un buen pedazo de carne de res.*

En aquel momento sonó una campana de la iglesia, llamaban á misa.

El padre misionero se levantó con mucho trabajo del sillón, y con un profunda suspiro, por ser perturbado de su reposo, de un modo tan desagradable.

—Así nadie pueda vivir en paz, dijo para sí. Luego dió mas órdenes á sus criados respecto de la matanza de la vaca, saludó apaciblemente á sus huéspedes y se alejó.

(1) Historia. Viajes, etc., Tomo I pág. 374.

### CAPITULO XIII.

#### La barranca encantada.

Luego que se fué el monje, Humboldt no pudo contener una sonrisa de compasion, y dijo para sí: «La sensualidad se demuestra siempre cuando falta el trabajo intelectual,» y con mas celo emprendió sus trabajos.

Se habia propuesto determinar geográficamente el lugar de la Mision; pero ántes quería conocer las costumbres de los indios Caimas, visitándoles en sus chozas. A muy pocos encontró en ellas, pero de algunas salia humo, señal de que se encontraban allí sus moradores.



—Por Dios y todos los Santos! Sois unos verdaderos locos! Lo qué estais haciendo no es mas que un juguete inútil. Para satisfacer vuestra curiosidad, para hallar alguna planta ó medir un cerro en América, abandonais vuestra patria y vuestras comodidades, exponiéndoos á grandes riesgos, peligros y contratiempos?..... ¡Oh que locura!..... Yo por mi parte os digo: de todos los goces de la vida, *exceptuando el sueño, es lo mas delicioso un buen pedazo de carne de res.*

En aquel momento sonó una campana de la iglesia, llamaban á misa.

El padre misionero se levantó con mucho trabajo del sillón, y con un profunda suspiro, por ser perturbado de su reposo, de un modo tan desagradable.

—Así nadie pueda vivir en paz, dijo para sí. Luego dió mas órdenes á sus criados respecto de la matanza de la vaca, saludó apaciblemente á sus huéspedes y se alejó.

(1) Historia. Viajes, etc., Tomo I pág. 374.

### CAPITULO XIII.

#### La barranca encantada.

Luego que se fué el monje, Humboldt no pudo contener una sonrisa de compasion, y dijo para sí: «La sensualidad se demuestra siempre cuando falta el trabajo intelectual,» y con mas celo emprendió sus trabajos.

Se habia propuesto determinar geográficamente el lugar de la Mision; pero ántes quería conocer las costumbres de los indios Caimas, visitándoles en sus chozas. A muy pocos encontró en ellas, pero de algunas salia humo, señal de que se encontraban allí sus moradores.

Los Caimas en lo general son de pequeña estatura, de cuerpos rechonchos, de anchas espaldas, los miembros redondeados y mórbidos, y en general de color trigueño. Sus facciones no tienen nada de salvajes, pero algo de sério y taciturno. Los ojos negros, hundidos y sombreados con tupidas pestañas. Humboldt fué agradablemente sorprendido por el orden y la limpieza que había en todas las cabañas. Sus papas, sus ollas llenas de yuca (*Yatropha manihot L.*) ó de maíz cocido; sus arcos y flechas, mostrándose en toda la limpieza, sobre todo en sus cuerpos, porque tanto los hombres como las mujeres y los niños, se bañaban todos los días, según el reglamento de la misión.

En lo demás encontró Humboldt, respecto de las mujeres, mucha semejanza con las otras tribus de indios. Su destino era el trabajo, unido á las penalidades y las tribulaciones. Ellas tenían precisamente que desempeñar las tareas del día, con excepcion, cuando se trataba del servicio de la misión en el conuco de la comunidad, tomando entónces tambien parte los hombres, en honor y provecho de la Santa Madre Iglesia, y de la misión.

Humboldt observó con frecuencia, al volver los Caimas por la noche del campo, que los hombres colgaban por lo regular el arco, la flecha y el machete en la cintura, mientras les seguian las mujeres con una pesada carga de plátanos, por lo regular con un niño en los brazos, y llevando otros dos en las espaldas.

Y sin embargo..... mas soportable se hace el trabajo á estos hijos de la naturaleza, en comparacion de las clases pobres y aún de los aldeanos de Europa.

En nuestros países cubre el trigo, la cebada y el centeno inmensos terrenos; en todas partes donde las naciones se mantienen de los cereales, están en contacto las tierras cultivadas, con los edificios correspondientes. En la zona tórrida, en donde el hombre pudo apropiarse plantas que le proporcionan cosechas mas ricas y mas tempranas, corresponde en esos países la inmensa fertilidad de los terrenos al calor sofocante de la atmósfera. Un pequeño pedazo de tierra, en el cual hay platanares, yucas, raíces ó maíz, mantiene con abundancia á una numerosa poblacion.

Estas consideraciones, respecto de la agricultura de la zona tórrida manifiestan la íntima conexion que existe entre la cantidad de terrenos cultivados y el progreso social. Por grande que sea la abundancia de los comestibles que produce la riqueza del suelo y la fuerza productiva de la naturaleza orgánica, siempre se detiene por ello el desarrollo de la civilizacion de los pueblos. En un clima moderado y uniforme, no conoce el hombre otras necesidades que las de los alimentos. *Solo cuando se hace valer esta necesidad, se siente animado para el trabajo, y se comprende fácilmente, porque en el seno de la abundancia, en la sombra de los platanares y otros árboles frutales, no se desarrollan tan violentamente las facultades intelectuales, que bajo un cielo frio, en la re-*

gion de los cereales, donde nuestra generacion está en una lucha eterna con los elementos.

Esta circunstancia, que merece toda nuestra atencion, imprime un sello original al aspecto fisico de los países tropicales, y al caracter de sus habitantes; ambos conservan por eso en todo su ser algo de rústico; como es adecuado á una naturaleza, cuya fisionomía originaria no ha sido borrada aún por medio del arte. Sin vecinos, casi sin contacto con la gente, aparece cada familia de colonos como una tribu aislada. Este aislamiento detiene el progreso de la cultura, que solo se puede desarrollar proporcionalmente al número de la reunion de gente, y cuando se estrechan y multiplican los lazos entre ellos; mientras el aislamiento desarrolla y fortalece en el hombre el anhelo á la libertad; nutre ese sentimiento rígido de independencia que ha distinguido siempre á las naciones de América (1).

Por lo demás, todo el modo de vivir en las misiones estaba arreglado al modo de un convento. Todo se hacia segun reglas fijas é invariables que se observaban con gran severidad. Nada tenian que pensar, sino que creer y obedecer; para esto se les habia asegurado á los habitantes de la mision su sustento. La religion era una mezcla de mitos y usos cristianos y paganos, junto con un estricto culto exterior que no comprendian; y de pocas fórmulas.

(1) Viajes de Humboldt, etc. tomo 2.º pág. 203.

Humboldt ya habia vuelto de su paseo á las esbafias, y no poseido de una gran admiracion por la actividad intelectual de los misioneros; estaba haciendo los preparativos para medir geoméricamente la altura del gran cerro de piedra caliza, que habia en los límites del Norte de la mision, cuando Bonpland se acercó con pasos violentos.

—Era verdad! le dijo éste á Humboldt; desde lejos con cara risueña. Nunu ha estado aquí; hemos encontrado su huella. Pronto la volveré á ver.

Alejandro de Humboldt sonrió y pensó para sí: «Todos los hombres son un juguete de las pasiones. He aquí uno muy exaltado; mientras el buen padre misionero, siguiendo á su pereza y sensualidad, casi siempre está sentado en su sillen.

Sin embargo, Humboldt queria y estimaba á su amigo Aimé demasiado, para no participar de sus pesares y gustos. Por eso le preguntó Humboldt al llegar:

—¿Teneis, pues, noticia de la muchacha?

—Ha estado aquí con los dos zambos.

—Y ya se ha ido?

—Sí.

—¿A dónde?

—A la barranca encantada de Cuclivano.

—Allá donde debemos encontrar al zapatero de Araya.

—Y le hemos prometido hacerle saber cuando podamos estar allá.

En efecto: y casi hubiera olvidado la promesa. Mandaré á nuestro mulato para que le avise. Ahora decidme lo que habeis sabido respecto de Nunu.

—Los niños y los locos dicen la verdad, dijo Bonpland. Pensando en este proverbio, platiqué con unos muchachas inditas de edad de diez á doce años de edad; (sus padres estaban en el campo,) les regalé un par de brazaletes de corales, y con esto les inspiré confianza. Les pregunté en seguida, si no habian visto á dos zambos con una niña. Pero, ¡Dios mio! qué trabajo me costó hacerme entender de ellas! El español de nuestro mulato es castizo, en comparacion de esa gerigonza.

—El padre ya nos lo habia dicho, le interrumpió Humboldt, que no se podia formar una idea, con cuanta dificultad aprendian los indios el español [1].

—Bien, continuó Bonpland. Algunas perlas produjeron su efecto.

—Como en nosotros, dijo Humboldt sonriendo.

—En efecto, fueron excelentes maestros, de manera que pudo al fin descifrar de la gerigonza, que los perros zambos estuvieron aquí hace poco, y confiaron á una familia de su raza que vive en la misión, una muchacha de catorce años de edad poco más ó ménos.

—Y ¿qué más?

—Esta gente es muy astuta. El suceso en el convento la ha hecho seguramente recelosa. La misma

(1) Viajes de Humboldt, etc. tomo 3.º pág. 210.

noche volvieron, y ántes que llegáramos á San Fernando, habian desaparecido con la muchacha.

—¿Y supieron las niñas á dónde se han dirigido?

—No, solo una de ellas que parecia ser la mas grande, y manifestaba sentir ya le amor, se puso muy pensativa. Guardó silencio por mucho rato, pero repentinamente pronunció las palabras *Cuchivano*, y *Cuchivano* repitieron las demás, alejándose corriendo como ciervos espantados.

—¿Y no habeis tomado otros informes?

—Por supuesto, pero nadie queria decir nada.

—¿Tampoco la familia de los zambos?

—Esta familia ha huido, y se estará probablemente oculta en los bosques, hasta que nos hayamos ido. Solo supe, respecto de la palabra *Cuchivano*, que los indios entienden por ella una cueva, con la cual relacionan cosas de brujería.

—Tal vez de ahí provendrán los cuentos fantásticos sobre el oro de nuestro zapatero, opinó Humboldt.

Al volver el padre capuchino de la iglesia, le preguntaron Humboldt y Bonpland si sabia algo de Nunu; pero el capuchino dijo que no sabia lo mas mínimo.

Sin proferir una palabra, se volvió á sentar en su sillón, silencioso y sonriendo escuchó las preguntas de Bonpland; movió la cabeza negativamente, y dijo que nada sabia.

Tampoco supo dar un consejo, porque la vaca ántes mencionada llamó toda su atencion, á lo ménos á cada

momento daba instrucciones á uno de los caimas, respecto del modo de matar dicho animal. Por la que hace á la barranca de Cuchivano, confirmó lo que habian dicho los indios; aún él mismo parecia tener la creencia de que en dicha barranca habia algo de hechicería. Fuegos extraños que salian de la tierra se veian allí con frecuencia durante la noche; tambien habló algo de oro.

Humboldt y Bonpland se convencieron de que tenian que obrar por sí mismos, y que tenian que visitar forzosamente aquella barranca, tanto por ver si encontraban á Nunu, como por concurrir á la cita que les habia dado el zapatero de Araya para aquel sitio, y despues de cerciorarse de la exactitud de sus suposiciones, de encontrar allí, segun las indicaciones del capuchino, uno de los muchos volcanes del Sur de América.

El mulato, que conocia perfectamente el terreno, fué enviado á Araya, para que avisara al zapatero, mientras los dos amigos se ocupaban con empeño en operaciones geodésicas y exploraciones científicas en las inmediaciones de la mision, para poder emprender tan pronto como fuera posible, el viaje á la barranca encantada.

Bonpland trabajó con mas celo que nunca. Humboldt lo estimaba por esto en mayor grado; porque veiz que por los asuntos de su amor, no olvidaba jamas, el gran problema de la empresa que habian emprendido.

Al fin, concluyeron sus trabajos.

Era una mañana espléndida del mes de Setiembre, un lunes, cuando emprendieron su marcha. El padre ya habia tomado asiento en su sillón, y delante de él se hallaban todos los habitantes de la mision. Repartia los trabajos para toda la semana; regañaba á los perezosos; reanimaba á los que mas empeño tomaban, regalándoles algunas imágenes de santos, y dictaba algunos castigos pesados. Con todo esto se notaba en sus facciones cierta bondad y benevolencia, que aún los mismos que habian de recibir los castigos, esperaban luego ser tratados con indulgencia.

Concluida esta ceremonia, en la cual no se dejó interrumpir el misionero, se despidieron de él Humboldt y Bonpland.

Se notó que la partida de los viajeros causó sentimiento al monge, pues con sus pláticas le habian ayudado á pasar el tiempo; sin embargo, no le conmovió mucho la despedida.

Con las manos sobre el abdómen, é inmóvilmente sentado en su sillón, se despidió de ellos tan cordialmente como los habia recibido. Luego se notó en sus labios una sonrisa burlona, por los tontos que jugueteaban inútilmente con la naturaleza..... sus cejas se bajaron pesadamente..... y volviendo á caer de nuevo en su sueño matutino..... olvidó extranjeros..... mundo..... mision..... y vida!.....

Los viajeros llegaron pronto á la cordillera á que

pertenecía el cerro de Cuchivano. El *Turiniquiri*, inmenso cerro de rocas, restos de una antigua región de la costa, se elevaba en medio de espesos bosques. Todos los alrededores estaban llenos de barrancas.

Una de ellas era la de Cuchivano.

Cusjada de árboles, cuyas ramas no tenían bastante espacio para extenderse, parecía como un inmenso foso, resultado de un hundimiento. En el fondo de ella se oía el ruido de un gran arroyo, llamado el río *Juaqui*; cuyo conjunto formaba un cuadro pintoresco é imponente á la vez.

Los viajeros se detuvieron. Grande fué su sorpresa al ver salir, como lo aseguraban los indios, llamas al pié de una inmensa pared de rocas que medía una altura de cinco mil piés. Se hallaban sobre un volcán, y no extrañaban que los indios atribuyesen á este fenómeno extraordinario para ellos, ideas de hechizos y milagros.

Humboldt meditaba sobre si el fuego que salía de las hendiduras del cerro, provenía del gas hidrógeno, ó si había causas mas profundas, cuando sintió una mano sobre sus hombros. Se volvió sorprendido, y vió la cara seria del zapatero de Araya.

—Dios y la Santísima Virgen sean con vos; dijo en tono solemne y con la gravedad de un verdadero español.

Humboldt y Bonpland volvieron el saludo; pero no pudieron contener una sonrisa burlona al ver esta extraña figura.

—Bien! dijo Humboldt, me alegro que hayais cumplido con vuestra promesa.

—Dios es testigo de todos los pensamientos, dijo el zapatero; conoce todos los corazones, dice la escritura. ¿Por qué no había de cumplir mi palabra, principalmente en este caso, cuando mi consejo puede ser útil á mi hermano?

—Teneis, pues, la intencion de llevarme á las minas de oro? preguntó Humboldt, aunque dudaba mucho que el buen hombre conociera una veta de este metal.

Las facciones del zapatero habían tomado un aspecto muy sério al oír las palabras de Humboldt. Con ademán solemne llevó el dedo índice de la mano derecha á la boca insinuando reserva, pues no quería que se descubriera el secreto.

En efecto, era difícil para Humboldt hacer comprender al buen hombre, que Bonpland era su compañero en todo, y que también sus criados tenían que acompañarle.

El zapatero insistió en que solo á Humboldt, y cuando más á Bonpland enseñaría las vetas de oro, pero un suceso imprevisto dió diferente curso al asunto.

—¡Amol ¡amol gritó el mulato; ¡tígral ¡tígral!

—¿Dónde? preguntaron Humboldt y su amigo á la vez, tomando sus armas en la mano y preparándolas á fin de estar listos para defenderse.

—No haber visto, contestó el criado; pero olfatearlo.....

En efecto, todos percibieron un olor singular y desagradable que el viento llevó hácia ellos.

—¿Y qué significa esto? preguntó Bonpland excitado.

—Excremento de tigre, exclamó el mulato con los ojos demasiado abiertos. Tener cuidado..... mala bestia..... tigres.....

Y machete en mano, adelantó algunos pasos con mucha precaucion á semejanza del tigre, que en acecho, está pronto á lanzarse sobre su víctima.

Repentinamente gritó:

—¡Aquí estado!..... ¡aquí estado!.... poco tiempo.... Y señalaba un lugar en la yerba.

Humboldt y Bonpland avanzaron tambien. En efecto, los restos de un puerco espin comido por un tigre, indicaron claramente que éste debia estar muy cerca.

—¡Bien! dijo Bonpland con los los ojos chispeantes de placer, tendrédmos una caza de tigre.

Humboldt mandó luego al mulero que avanzara con las mulas hácia un conuco situado no muy léjos de la barranca. Los criados recibieron pistolas; el mulato llevaba su machete en la mano; pero el zapatero de

Araya, pálido como la muerte, no podia hacer ya objecion alguna contra el acompañamiento.

—¡Adelante, hácia la barranca encantada! dijo Humboldt con resolucion, teniendo él y Bonpland preparadas sus armas.

El zapatero hubiera preferido estar en su choza de Araya; pero no dió á conocer su miedo. Pálido, pero altivo como un rey, se adelantó; solo Humboldt se apercibió de que rezaba.

—Amo, dijo entónces el mulato á media voz, al bajar la pared de rocas; si venir tigre, dejar mulato..... mulato conocer tigre..... dar con machete.....

—¿Pero no será mejor matarle con un tiro? preguntó Bonpland.

—Mulato tener gusto matar tigre.

—¿Y tu vida?

—No acertar mulato..... tirar amo.....

—¿Y estás cierto de que acertarás?

—Mulato estar seguro..... cazar frecuentemente tigre..... Este tigre..... gran tigre.

—¿De qué lo inferes?

—En el conuco, informados.....

—Es cierto, interrumpió el zapatero de Araya, con una voz que dió á conocer la angustia de su alma. El mozo tiene razon. Al pasar esta mañana por el conuco, donde descansamos un rato, oimos decir al propietario

que un tigre le había comido la noche anterior un caballo. El animal se llevó su botín a la luz de la luna, poniéndole debajo de un colosal árbol de Ceiba. A los gemidos del caballo, despertaron los esclavos en el patio.

A media noche salieron á perseguirlo, armados de lanzas y machetes; pero desgraciadamente no lograron darle alcance.

¿De dónde venía?..... y ¿de dónde amenazaba el peligro?

El mulato se deslizó por entre los piés de Humboldt y Bonpland.

— Amo quedar parado, dijo á media voz; dejar buscar mulato.

Era interesante ver entónces como la figura amarillenta del mulato se deslizaba por el bosque como una serpiente, mirando á todas partes como un perro de caza: buscando con los ojos, y levantado el machete sobre su cabeza.

Reinaba un profundo silencio entre los que componían la caravana, los que inmóviles y conteniendo el aliento estaban listos para tirar.

Así pasaron algunos segundos...

Repentinamente dió el mulato un leve grito que los otros interpretaron como una señal para avanzar, lo que ejecutaron con mil precauciones y sin hacer el menor ruido.

Adelantaron algunos pasos, y descubrieron al mulato que estaba en observacion, oculto detrás de un tronco de árbol, y que les hacía señas con la mano para que llegaran hasta él.

El tronco era bastante grueso para ocultarlos á todos. Luego vieron á una distancia de cuarenta pasos un gran tigre.

Era un magnífico ejemplar, amarillento en los hombros, con manchas negras en los costados. El tigre estaba tendido sobre su botín que seguramente eran los restos del caballo que había robado el día anterior en el conuco.

El mulato, ansioso de luchar con el tigre, dijo:

—Dejar ahora mulato..... los demás quedarse aquí.....

Pero Humboldt le detuvo diciéndole:

—¿Estás loco? ¿O quieres acaso jugar con tu vida?

El mulato no le entendió, una risa salvaje de triunfo animaba sus facciones, mostró su machete y avanzó hácia el tigre, que comiendo su botín, se lamía de cuando en cuando el hocico ensangrentado, dejando oír un sordo ahullido de satisfacción.

Humboldt había asido de un brazo al mulato y no lo soltaba.

—Déjanos matar desde aquí el animal con un tiro, sin necesidad de que peligre ninguna vida humana.



Humboldt y Bonpland se disponían á hacer fuego.

En el mismo instante oyeron un ruido sobre sus cabezas. Involuntariamente levantaron la vista; era el zapatero de Araya que se habia subido al árbol, y cuya figura escuálida estaba sentada con gravedad en una rama, justamente como un dia D. Quijote en su Rosinante.

Por grave que fuese la situación, todos sonrieron; pero la sonrisa desapareció, cuando oyeron un terrible rugido.

Asustado el tigre habia levantado la vista y mirado á sus enemigos.

Sonaron dos tiros..... nuevo rugido..... El tigre estaba herido, pero no mortalmente.

Luego le vieron arrojar espuma por la boca, chispeantes los ojos..... dispuesto á caer sobre la víctima..... La cabeza y parte del cuerpo casi tocando el suelo; levantada la parte trasera y la cola.

Con la expresion de un furor implacable, buscaba el irritado animal á su víctima.

Repentinamente flamearon sus ojos con más furia..... habia visto al mulato, que se le acercaba arrastrándose como una serpiente.

Humboldt y Bonpland le miraban con espanto. Volvieron á cargar sus armas, pero aún no acababan, cuando el tigre con un prodigioso salto se arrojó sobre el mulato.

—Está perdido, exclamó Humboldt, pálido y lleno de horror.

Por violento que fuese el salto del tigre, mas lo fué el mulato introduciéndole el machete en el pecho y atravesándole el corazón. Siguió un rugido que retumbó en la barranca y que hizo estremecer á Humboldt y á Bonpland. Luego salieron chorros de sangre de la herida, hocico y narices de la fiera..... y cayó para no levantarse jamas.

Todos respiraron.

El mulato se levantó del suelo, mostró el contento de la victoria en su fisonomía, y poniendo el pié en la nuca del tigre ya muerto, dijo:

—Mulato matar bien..... con un solo golpe morir tigre.....

—Eres un hombre atrevido, dijo Humboldt acercándose con Bonpland; pero semejante atrevimiento pudo haberte costado la vida.

—Ved! dijo el mulato lleno de alegría. Mulato no tener miedo..... arriesgar gustoso vida por amo..... amo ser muy bueno!.....

—Solo la vida del justo es agradable al Señor, dijo en este momento una voz solemne, detras de Humboldt. Era la del zapatero de Araya, que habia bajado del árbol al ver muerto al tigre.

—Solo la vida del justo es agradable al Señor, repitió con gravedad, como si él mismo hubiera dado la

muerto al tigre. He visto matar á muchos animales en que mas de una piel colorada ó amarilla perdió la vida.

—¿No son acaso los indios, hombres como nosotros? preguntó Humboldt en tono de reproche.

—Apenas! dijo el oráculo, y ya iba á demostrar á Humboldt y á su amigo, que solo los blancos tenían per padres á Adán y á Eva, mientras las pieles coloradas, amarillas y trigueñas, tenían su procedencia de los grandes monos del interior de los bosques vírgenes, cuando afortunadamente Bonpland manifestó con energía la necesidad de continuar el camino hácia la barranca.

Pensaba en Nunu con palpitaciones del corazón.

Estaba allí?..... La encontraría?..... No pudo haber ahuyentado el tigre á los fugitivos, ó acaso los tiros?.....

Este último pensamiento le preocupó mas que todo.

¡Oh Dios! si ella adivinase que estaba tan cerca, y fuese llevada por los dos hombres!.....

Al fin partieron, solo el mulato no se fué sin haberle quitado al tigre muerto la magnífica piel, como trofeo de su victoria.

—Bonita cama para amo! dijo repetidas veces; bonita cama..... mulato llevar buena cama.

La caravana se volvió á poner en marcha.

Pasaron una vereda angosta, que estaba á la orilla de un barranco, cuya profundidad era de mas de 300 piés, como se ven con frecuencia en la Suiza. Muy á menudo

no sabian los viajeros en dónde poner el pié. La bajada era tan trabajosa, que procuraron varias veces detenerse de los tallos de las lianas, que colgaban en todas partes de los árboles, como grandes reatas.

—¡No hagáis esto! exclamó el zapatero en tono sentencioso; y cuando le preguntó Bonpland la causa de esta advertencia, contestó con Salomon: «El que esté parado, vea que no caiga!..... estas plantas se parecen á los malos amigos, están sueltas en las ramas, que enredan, cuyo jugo chupan; pero sus tallos tienen por junto un peso considerable, y apoyándose en ellos, en un terreno resbaladizo, se corre el peligro de arrancar todo, y con ello caer en el abismo.

Por lo demás, los dos naturalistas no pudieron cargar con las plantas que á cada paso encontraban.

Las *caneas*, las *heliconias*, con la flor purpúrea, las *costus*, y otras plantas de la familia de las *Amoneas*, tenían allí una altura de ocho hasta diez piés. Su verde claro, su brillo semejante al de la seda, contrastaban visiblemente con el matiz moreno de los helechos de los árboles.

El zapatero de Araya estaba allí en su elemento. La expresion de su semblante recordaba la lechuza de Minerva. Era enteramente amor propio y sabiduría.....  
cada pulgada..... amor propio y sabiduría!

Ya hacia con su cuchillo cortaduras en los troncos de los árboles, llamando la atencion de los viajeros, sobre

la belleza de la madera colorada y amarilla, que un día, según su opinión, sería apreciada mucho de los ebanistas y torneadores de Europa; y ya les enseñaba plantas raras, que según su opinión, no se encontraban en ninguna parte del mundo, sino exclusivamente en la barranca de Cuchivano. Así, v. g., señaló una planta con una flor compuesta, que tenía una altura de 20 pies. Humboldt y su amigo reconocieron en ella *Eupatorium laevigatum*, la llamada «rosa de Belveria» (*Brownea racimosa*) célebre por su magnífica flor de color purpúreo.

Otra planta, que según el zapatero, no se encontraba sino en la barranca de Cuchivano, era el conocido *drago*, una especie de *croton*, cuyo zumo se emplea para fortalecer las encías.

Repentinamente, al ensancharse un poco la vereda, á lo largo de un arroyo que salía de la barranca, se detuvo el zapatero.

Su fisonomía había tomado la expresión del mayor grado de sabiduría.

Humboldt creyó estar delante de un sacerdote del oráculo de Delfos.

—¿Qué hay aquí de extraordinario? preguntó Bonpland con impaciencia, pues tenía prisa de llegar á la cueva.

Mas el zapatero puso el dedo índice de la mano derecha con solemnidad, sobre los labios imponiendo silencio, y haciendo luego la señal de la cruz, dijo:

—En el nombre de la Santísima Virgen, pasamos la barranca de Cuchivano! En el nombre de la Santísima Trinidad exorcizo los espíritus malignos! En el nombre de la salvación eterna, descubrí, capas del precioso oro!

Humboldt sonrió.

—¿Creeis de veras encontrar aquí el oro? preguntó al zapatero.

—No lo creo, dijo éste como ofendido: lo sé positivamente que aquí hay vetas de oro.

—Y yo lo dudo mucho, contestó Humboldt.

—Por qué? preguntó el oráculo enojado.

—Las piritas de las vetas de cuarzo de los granitos, tienen algunas veces ley de oro, dijo Humboldt con mucha calma; pero aquí tenemos marga pizarrosa, y nada justifica suponer que haya oro en esta formación.

El zapatero había escuchado esto sin decir una palabra, pero consideró la expresión de Humboldt, con respecto á su saber propio, tan confusa y sin sentido, que no creyó digno darle alguna contestación por su parte. Tampoco notó en su santo celo que el impaciente francés se había ido. En cambio sacó una cosa singular del ceñidor en donde le había ocultado hasta entonces.

Era una varita; la ramita de un arbusto cualquiera.

Con mucha solemnidad tomó los dos extremos de ella en la mano, de manera que los dedos los tenía dirigidos hácia arriba, y la superficie exterior de la mano hácia abajo.

El horcón de la varita estaba, según la regla, parado entre las dos manos, precisamente á un pié de distancia del pecho del zapatero.

Una sonrisa se asomó á los labios de Humboldt, quien conoció desde su juventud la preocupación que reina en el respecto de la *varita adivinadora*.

—¿Y qué significa esto? preguntó luego, arrepentido de haberse detenido por este hombre en sus trabajos.

—¿Lo que esto significa? repitió el zapatero sin dejarse perturbar en lo más mínimo. Esta es una *varita adivinadora*, que en mis manos enseña indefectiblemente el lugar en donde el oro se halla oculto en la tierra.

—Mi buen hombre..... le interrumpió Humboldt; pero el zapatero no le dejó continuar, diciendo:

—Esto no entendeis. Esta varita se ha cortado como debe ser, el Viernes Santo, ántes de salir el sol, con la cara dirigida hácia el medio día, y todavía húmeda del rocío de la mañana. Ella indica por consiguiente donde se halla el oro.

—Pero, amigo mio.....

—Ha sido cortada, contestó el zapatero con calma y firmeza, con la sentencia mágica, cerca de la cueva encantada de Cuchivano.

—Pero.....

—Con la sentencia siguiente:

Dios te saluda, tu noble rama,  
Vengo por el mandato de la Virgen:  
Con Dios Padre te busco,  
Con Dios Hijo te encuentro,  
Con la fuerza de Dios Espíritu Santo  
Te rompo tu altiva asta;  
Conjurándote á la vez  
A que me enseñes cerros y valles,  
Donde en su brillo rojo  
Descansa el oro en la profundidad,  
Enseñame esto, con la certeza  
De que María quedó virgen  
Cuando parió á Nuestro Señor (1).

Humboldt se había ya impacientado é iba á protestar enérgicamente contra esta extravagancia tan vulgar, cuando el español hizo resonar un grito imperativo.

... La varita comenzó á temblar en sus manos.

—Ved, ved, señor! dijo entonces el hombre con aire de triunfo, ella siente ya el oro.

—O se mueve bajo la influencia de vuestros nervios irritados, dijo Humboldt con calma.

(1) Esta exhortación se usa todavía hoy en muchos puntos de Europa, al cortar la *varita adivinadora*, porque la superstición que se liga á ella no está vencida aún en su totalidad.

—¡Oh, no, no! contestó el pretendido buscador de oro con la expresión de un fanático. Ved..... y ahora..... ahora *se mueve*: uno, dos, tres.....

Así continuó contando hasta que la varita se hubo inclinado hacia el suelo veintiocho veces en sus temblorosas manos.

—¡Oro! ¡oro! gritó; lo había dicho..... ¡oro!..... tres golpes significan mercurio, seis bismuto y azufre, diez fierro, doce plomo, catorce estaño, quince cobre, veintiocho plata y veintiocho oro!

—Pero, mi buen hombre, dijo Humboldt con apacibilidad; ¿no veis que os engañais?

Pero el zapatero no escuchó nada de lo que le dijo Humboldt. En su éxtasis se había arrodillado mirando con los ojos desmesuradamente abiertos á un pequeño pozo, é inclinándose hacia él, exclamó repetidas veces:

—¡Esta es la mina de oro de Cuchivano..... ¡oh!..... ¡Santísima Virgen!..... ¡cómo brilla!.....

Humboldt se acercó al español temiendo que hubiese perdido el juicio.

La pretendida mina de oro de Cuchivano, no era otra cosa que un agujero que se había cavado en una de las capas de marga, que contenía piedras calcáreas. (1)

(1) Viaje á las regiones etc. tom. II., pág., 380.

Pero..... en efecto..... brillaba algo como oro. Un hombre como Alejandro de Humboldt no podía dejarse engañar por este fenómeno. Ya sabía lo que era: *pirita*, que abunda en las capas de marga de la cal alpina.

En efecto, tiene este metal mucha semejanza con el oro por ser de un color amarillo, y no se conoce á primera vista que es cobre en lugar de oro (1).

Humboldt nada consiguió al querer explicar de un modo tranquilo y afable la naturaleza de aquel mineral al zapatero de Araya, que había llegado por su pretendido saber y su hallazgo, á cierto grado de éxtasis.

Al intentar demostrarle que solo se podía sacar de esta pretendida mina de oro, alumbre y sulfato de fierro..... el zapatero sostuvo con tenacidad su asercion de que las pruebas eran de oro!..... puro y maciso oro..... y..... según la varita adivinadora..... debían estar ocultos allí grandes y ricos depósitos de este precioso metal.

(1) Pirita (FeS<sub>2</sub>) se encuentra en parte cristalizada, en parte en hojitas ó granos. Tiene color amarillo de oro, de bronce y también moreno etc. y un brillo metálico. Peso específico, 4,5 hasta 3,1. Se le puede emplear para sacar el azufre, reverberándolo. El residuo dá vitriolo de fierro ó sulfato de fierro.

—¿No quereis, pues, entrar á la razon? preguntó Humboldt, cansado al fin de tantas demostraciones.

Pero el español se puso de pié con aire sério y altivo, diciendo con desprecio:

—A quien Dios lo ha dado no lo quitará el hombre. Ya os he dicho que el zapatero de Araya no necesita ni oro ni perlas; ha regalado ambas cosas á sus dos blancos huéspedes: Si están ciegos, pueden dejar el oro; pero lo cierto es, que un día despues de un gran temblor de tierra, llevó el agua tanto oro consigo, que unos hombres que vinieron de muy lejos y que no se sabia de dónde eran, establecieron aquí lavaderos de oro.

—Y qué se han hecho esos hombres y sus lavaderos de oro? preguntó Humboldt.

—Han desaparecido durante una noche, despues de haber juntado una inmensa cantidad de oro, dijo el zapatero.

—¡Mi buen hombre! dijo Humboldt con buen humor; creo muy bien que hayan desaparecido durante una noche, pero no *porque habian encontrado oro*, sino..... porque se desengañaron.

Mas entónces Humboldt habia ofendido gravemente el amor propio del zapatero de Araya. La fisonomía de monia del castellano, tomó la expresion de una gravedad y altivez, que hubieran hecho honor á Felipe II, en cuyos dominios no se metia el sol,

Ocultó silenciosamente su varita adivinadora en su cefidor; luego alzó su calva cabeza y dijo:

—«Aparta tu vista, para que no veas hácia las doctrinas inútiles!» dijo el cantor real en su salmo 119. Así me dirijo á mi hogar de donde he venido. Os daba oro..... tesoros..... no los quereis tomar..... dejadlos!..

Y en efecto, el hombre ya se iba, cuando Humboldt le dijo:

—A lo ménos, separémonos en paz, y tomad por un recuerdo.....

Pero el zapatero le interrumpió, diciendo:

—El interes es hijo de Satanás. Dejadme partir á mi hogar, de dónde he venido; pero no olvidéis, cuando hayais regresado á Europa, al zapatero de Araya; y no os arrepintais despues de haber sido tan nécios y de no haber dado crédito á sus palabras.

Dicho esto, desapareció por una de tantas barrancas de la costa.

Humboldt le siguió con la vista, casi con emocion; cuando se volvió, estaba Bonpland delante de él agitado y sumamente pálido.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Humboldt sorprendido.

—Nunu ha estado aquí esta noche! contestó Bonpland en tono de desesperacion; pero se la han vuelto á llevar.

—¿Cómo lo habéis sabido? volvió á preguntar Humboldt

—Porque encontré esto en la cueva, dijo Bonpland con el corazón oprimido, enseñando á su amigo una *flor de fuego*, no marchita aún.



#### CAPITULO XIV.

##### En las llanuras.

Al pié de la gran roca de granito, que resistió en la edad primitiva de nuestro planeta á la irrupcion del agua, al formarse el golfo de las Antillas, comienza una inmensa llanura. Dejando atrás los valles montañosos de Caracas y el lago de Tacarigua, rico en islotes y en el cual se reflejan los árboles vecinos; dejando atrás las praderas, adornadas con el suave verde de la caña de azúcar de Taiti, ó por las primeras sombras de los arbustos del cacao; descansa la vista en el Sur sobre

—¿Cómo lo habéis sabido? volvió á preguntar Humboldt

—Porque encontré esto en la cueva, dijo Bonpland con el corazón oprimido, enseñando á su amigo una *flor de fuego*, no marchita aún.



#### CAPITULO XIV.

##### En las llanuras.

Al pié de la gran roca de granito, que resistió en la edad primitiva de nuestro planeta á la irrupcion del agua, al formarse el golfo de las Antillas, comienza una inmensa llanura. Dejando atrás los valles montañosos de Caracas y el lago de Tacarigua, rico en islotes y en el cual se reflejan los árboles vecinos; dejando atrás las praderas, adornadas con el suave verde de la caña de azúcar de Taiti, ó por las primeras sombras de los arbustos del cacao; descansa la vista en el Sur sobre



páramos que subiendo aparentemente, limitan el lejano horizonte.

De la abundancia lozana de la vida orgánica, entra el viajero sorprendido á un desierto sin vegetacion. Ni una colonia, ni una roca se eleva en el espacio inmenso. Solo aquí y acullá se encuentran bancos quebrados de una superficie de doscientas millas cuadradas, notablemente mas altos que las partes inmediatas. Los indígenas llaman á estos fenómenos *bancos*, casi adivinando en el espíritu del idioma el estado antiguo de las cosas, habiendo sido estas elevaciones, en efecto, bajíos, y las llanuras fondo de un inmenso mar mediterráneo.

Con frecuencia una ilusion recuerda durante la noche, imágenes de épocas lejanas, porque cuando al subir y bajar violentamente alumbran las estrellas principales la orilla de la llanura, ó si se refleja su imagen en la capa inferior de los vapores, se cree tener delante al océano. Como éste, lleva la llanura al sentimiento de lo infinito; mas apacible es á la vez la vista de la superficie clara del mar, en el cual cabrillean las olas fácilmente movibles; pero muerta y sin movimiento se extiende la llanura, como la costra desnuda de una roca.

La naturaleza ofrece el fenómeno de estas grandes llanuras, en todas las zonas; en cada una de ellas tienen un carácter particular, una fisionomía que está determinada por la diferente configuracion del suelo, por el clima y por la altura sobre el nivel del mar.

En el Norte de Europa se pueden considerar como verdaderos páramos, los países cuyas llanuras se extienden desde la punta de Jutlandia, hasta la desembocadura del Schelde, cubiertos de una sola especie de plantas; pero como páramos, de corta extension, comparándolas con los llanos y pampas de la América del Sur, ó con las praderas del Missouri y rio de Cobre, en donde corren el bisonte y la pequeña almizclera.

Una vista mas grandiosa y extensa, ofrecen las llanuras en el interior de Africa. Parecidas á la vasta superficie del mar Pacífico, han querido explorarlas en la época actual: son partes de un mar de arena, que separa hácia el Oriente regiones fértiles, ó las encierra en forma de islas, como el desierto cerca de las montañas basálticas de Harbisch, en donde el oasis de Siwah, fértil en dátiles, y las ruinas del templo de Amonian señalan el antiguo punto de una formacion anterior al hombre. Estas superficies desiertas, no humedecidas ni por la lluvia, ni por el rocío, no desarrollan en el seno ardiente de la tierra, el gérmen de la vida vegetal; porque se elevan en todas partes columnas de aire caliente, disuelven los vapores y ahuyentan las nubes. Manadas de gacelas, lijeros avestruces, sedientas panteras y terribles leones, recorren el espacio inmenso en lucha desigual. De otro género son las llanuras del Sur de América.

Desde las cordilleras de la costa de Caracas se extienden las llanuras hasta los bosques de Guayana; desde las montañas de Mérida, en cuyas serranías es objeto de

una superstición religiosa la laguna de Oran, por parte de los habitantes, hasta el gran Delta, que forma el Orinoco en su desembocadura. Las llanuras se extienden al Suroeste, semejantes á un brazo del mar, al otro lado de la orilla del Meta y Vichata, hasta las fuentes poco conocidas del *Guaviare*, ó hasta el solitario cerro, que las tropas españolas bautizaron, en el juego de su fantasía, con el nombre de El Páramo de la Suma Cruz.

Este páramo ocupa un espacio de mas de 40,000 leguas cuadradas. Su extensión es tan inmensa, que en sus límites del Norte tiene arbustos de palma, y al lado Sur está casi cubierta con nieve eterna. El «touyon», parecido al *casobar*, es propio de estas *pampas*, así como las manadas de perros silvestres, que viven en chozas subterráneas, acometiendo algunas veces á la gente, con cuya defensa luchaban sus antepasados. *Agutis*, pequeños ciervos, armadillos, que parecidos á las ratas inquietan á las liebres en sus agujeros subterráneos; manadas de *chiquires* perezosos, algalias, que infestan el aire; el gran león sin melena, tigres, que cargan con facilidad con un toro; estas y otras especies de animales corren por las llanuras desprovistas de árboles.

Por sí solas no hubieran podido estas llanuras atraer á ninguna tribu de pueblos nómades, que prefieren los alimentos vegetales á los demás, si no encontrasen allí de cuando en cuando, una especie de palma, la *mauricia*. Muy conocida es la utilidad que se saca de este árbol. El solo mantiene en la desembocadura del Orinoco

á la nación de los Guaraunas, que en tiempo de aguas, cuando el Delta está inundado, viven en hamacas, suspendidas de un árbol á otro.

Estas chozas, suspendidas en el aire, están cubiertas con leña. Sobre la base húmeda, mantienen las mujeres la lumbre para su uso doméstico, lo que ofrece un interesante espectáculo al que pasa en canoa y ve subir las llamas en el aire, separadas del suelo.

Los Guaraunos, deben pues la conservación de su independencia física y aún moral, al terreno suelto de cenagal, sobre el que corren con ligereza, así como á la necesidad que tienen de vivir en los árboles, donde no es fácil que lleve el entusiasmo religioso á los misioneros americanos.

La *mauricia* no solo proporciona habitación segura á los Guaraunos, sino tambien varios alimentos. Antes de estar en flor, y solo en esta fase de metamórfosis vegetal, contiene la médula del tronco una materia harinosa parecida al sagú, y que lo mismo que la raíz de yuca se seca en capas delgadas. El jugo fermentado del árbol, es el vino embriagador y dulce de los Guaraunas. La fruta parecida á las agallas del pino, proporciona alimentos de diversas clases, segun se come, ó despues de la formación completa del azúcar que contiene, ó mas antes en un estado harinoso. Así encontramos en la escala inferior de la inteligencia humana, la existencia de toda una tribu ligada á un solo árbol.

Mas adelante de las llanuras se encuentran, á distancia de jornadas enteras, chozas construidas con carrizos y correas, y cubiertas con pieles. Manadas innumerables de reses, caballos y mulas silvestres, hacen sus correrías en el páramo. La propagacion inmensa de estos animales del antiguo Mando, es tanto más admirable, cuanto que son muchos los peligros con que tienen que luchar en aquellas regiones.

Cuando bajo los rayos perpendiculares del sol, que raras veces se cubre con nubes, se convierte en polvo el zacate carbonizado, se abre el suelo endurecido, como si hubiese estado conmovido por fuertes temblores; pasando por él corrientes de aire en direcciones encontradas, cuya lucha acaba en un movimiento circular, ofrecia esta llanura una vista extraña. La arena se eleva en forma de embudo, á tal altura, que parece tocar el suelo con sus puntas, por el aire enrarecido, y acaso por el centro del torbellino, cargado con electricidad, semejante á las trombas marinas, que teme tanto el pescador experimentado. El horizonte se acerca repentinamente, y parece hacerse más estrecho el páramo, así como se contrista el ánimo del viajero. La tierra polvosa y caliente que está suspendida en un círculo de vapor nebuloso, aumenta el calor sofocante de la atmósfera. En lugar de fresco se aumenta el calor por el viento seco de Oriente.

Así mismo desaparecen paulatinamente los pantanos, que protegen la *mauricia* contra la evaporacion. Así

como en el Norte glacial mueren algunos animales de frio, así dormitan allí el lagarto y el boa muy enterrados en el suelo reseco. En todas partes la sequía anuncia la muerte, y en todas partes persigue al sediento, en combinacion con los rayos de refraccion de la luz, el fantasma de la superficie del agua movida por las olas. Envueltos en densas nubes de polvo, y atormentados por el hambre y la sed, corren los caballos y las reses, éstas dando bramidos, y aquellos con la cabeza levantada parece quieren descubrir por la humedad de la corriente del aire, la aproximacion de un pantano aún no enteramente seco.

Las mulas, mas astutas y mas pausadas, procuran satisfacer la sed de un modo diferente. A una planta esférica, el nopal de melon, que encierra en su capa espinosa una médula con jugo, quitan estos animales las espigas y aun con riesgo de espinarse, chupan el jugo refrescante.

Aunque al calor ardiente del dia sigue el fresco de una noche con alguna duracion, no pueden gozar todavía del reposo las reses y caballos, porque entonces los vampiros les chupan la sangre, ó se les cuelgan en la espalda, en donde causan heridas graves que sirven de refugio á mosquitos, tabanos y otros insectos. De este modo llevan los animales una vida penosa, cuando por el ardor del sol desaparece el agua.

Entrando al fin, despues de una larga sequía, el tiempo benéfico de las aguas, cambia como por encanto la escena en las sabanas. El azul intenso del cielo hasta

entonces sin nubes, se hace mas claro. Apenas se reconoce durante la noche el espacio oscuro en la constelacion de la cruz del Sur, y se apaga el brillo suave fosfórico de las nubes de Magallanes. Aún las estrellas zenitales brillan con una luz vibradora. En el Sur aparecen en lontananza nubes aisladas, y los vapores se expanden como neblina sobre el zenit. El lejano trueno anuncia la lluvia vivificante.

Apenas está humedecida la superficie de la tierra, cuando se cubre el páramo odorífico con gran diversidad de plantas. Las mimosas, saludan al sol cuando sale abriendo sus hojas, así como el canto matutino de los pájaros, y la flor de las plantas acuáticas. Caballos y reses pacean alegremente; entre el alto zacate se oculta el tigre, acechando á los animales y agarrándolos de un gran salto igual al tigre asiático.

Si entonces crecen paulatinamente los rios, que están en los montes de las llanuras, como el Aranea, el Azuire y el Payara; la naturaleza entonces obliga á los mismos animales, que por una parte del año se mueren de sed, á vivir como anfibios; una parte de la sabana aparece como un inmenso mar de agua. Las yeguas se retiran con sus potros á los bancos superiores que sobresalen como islas encima del agua. Todos los dias se hace mas estrecho el espacio. Por falta de pasto múdanse los animales á un corto espacio, alimentándose con escasez de las yerbas que sobresalen en la superficie del agua.

Muchos potros se ahogan, á otros los devoran los lagartos.

En la vasta naturaleza viven tambien muchas especies de hombres. Separados por la diversidad de las lenguas, unos son aun nómades, otros extraños á la agricultura, comiendo hormigas, goma y tierra; la hez de la humanidad (como los Otomacos y Yarmos); otros se han establecido y viven de frutas que ellos mismos han cultivado. Son mas juiciosos y mas morigerados en sus costumbres, que los *Maquiritaros* y *Makos*. Grandes territorios entre el Cassiquiare y el Atabapo están habitados solo por tapiros y monos sociables, pero no por hombres. Imágenes grabadas en rocas, demuestran que aun en estos desiertos ha reinado en tiempos remotos una civilizacion superior. Ellas, así como la forma de idiomas declinables, que pertenecen á los movimientos indestructibles de la humanidad, demuestran el cambio de los destinos de los pueblos.

Pero si en las llanuras, los tigres y los lagartos luchan con caballos y reses, vemos al contrario, en sus playas, llenas de bosques, en los desiertos de la Guayana, luchar al hombre con el hombre. Con horroroso apetito beben allí pueblos enteros la sangre de sus enemigos; otros los estrangulan, otros en apariencia sin armas, les asesinan con gambete de mar, impregnado de veneno. Las hordas mas débiles, al pisar la playa arenosa, hacen desaparecer con las manos las huellas que dejan sus tímidos piés.

De este modo se prepara siempre el hombre de la escala mas inferior de la brutalidad, una vida penosa. Así persigue al viajero en el vasto globo, sobre mar y continentes, como al historiador por todos los siglos, la imagen monótona, desconsoladora de la enemistad de nuestra esfera.

Por este motivo, el que en la lucha no decidida de los pueblos desea el sosiego intelectual, dirige gustoso sus miradas hácia la vida tranquila de los vegetales, ó hácia la acción interior de la fuerza de la naturaleza, ó entregado al instinto innato, que hace millares de años está en el pecho del hombre, mira hácia las estrellas, que en una armonía no interrumpida concluye su objeto eterno (1).

Esto sucedió entonces con Humboldt.

Desde la visita de la barranca de Cuchivano, habían pasado algunos dias, en que habían andado mucho; dias de nuevas operaciones geodésicas, exploraciones y descubrimientos; dias en que buscaban en vano á la infeliz Nunul.

Los viajeros habían perdido enteramente la huella de los zambos fugitivos. Bonpland ya se había resignado á no volver á ver á Nunul; pero era hombre que sabia encerrar en su pecho el dolor, como debe hacerlo todo aquel que sufre golpes inevitables del destino. Silencio.

(1) Humboldt; vistas de la naturaleza. parte 1., = pág. 1.-23.

so y grave, siguió á Humboldt aconsejándole que no se desviara de su plan primitivo de viaje.

Los dos amigos se dirigian hácia el convento de *Caripe*, el lugar principal de las misiones de *Caimas*. Se propusieron subir á los cerros Cocollar y Turiniquiri.

Primeramente pasó la vereda, leguas enteras al Este por la mesa alta de *Cumanacoa*, el antiguo fondo de mar, y se dirigió hácia el Sur. Pasaron por la pequeña colonia de los indios, *Aricagua*, situada en un punto muy hermoso, rodeado de colinas y poblado de árboles.

Desde allí sube el terreno. No es fácil describir los goces de un viaje científico de esta clase. Veintidos veces tenían que pasar los viajeros el *Pututucar*, un río de una rápida corriente, lleno de montañones de piedras calcáreas.

Llegado á las cumbres del cerro Cocollar, ya no vieron ni bosques ni árboles. Se les presentó una gran mesa alta, cubierta de zacatonos.

Solo las mimosas con la corola hemisférica, y un tronco de 3 á 4 piés, interrumpian la monotonía de las sabanas..... las sabanas de que tanto habían oído y leído Humboldt y Bonpland..... pero que tenían entonces por primera vez ante su vista.

En medio de esta sabána había una hacienda aislada. Allí se detuvo Humboldt con su pequeña caravana; allí se quedó, siendo bien recibido del propietario rústico y afable, por tres dias, y allí fué donde, sentado frente á

á la casa, en las altas horas de la noche, se entregó á contemplaciones y pensamientos filosóficos.

¡Cuán solitario era este lugar! y cuán aislado se sentía Humboldt en este momento!

Allí no se veía nada..... nada mas que la sabana.

Pero ¡qué aire tan fresco y agradable, y qué noche tan hermosa!

Bonpland y el dueño de la casa, que habian estado sentados junto á Humboldt, para gozar del fresco de la noche, la magnificencia de la naturaleza..... se quedaron dormidos.

Singular destino que á un hombre solo habia llevado hasta allí!

El dueño afable de la casita, habia llegado un día con una tripulacion que debia establecer en la costa del golfo de Pavía, cortes de madera para la marina española.

En los grandes bosques que hay al rededor del mar de Antillas, intentaron escoger los troncos mas grandes para enviarlos anualmente al astillero de Caraquez, cerca de Cádiz.

Pero los hombres blancos, no aclimatados, tenian que sucumbir, á causa del trabajo penoso, á los ardores del sol, y al aire malsano de los bosques. El mismo aire, que está impregnado del perfume de las flores, hojas y maderas, trae el gérmen de la disolucion á los órganos del cuerpo humano.

Se presentaron fiebres malignas; murieron los carpinteros de la marina real, y los sobrestantes del nuevo establecimiento y el golfo llamado por los españoles, *el golfo triste*, fué la tumba de los marinos europeos.

El habitante de la casa aislada, habia tenido la rara fortuna de escapar de este peligro. Despues de haber visto morir á los suyos, se retiró muy léjos de la costa malhadada, hasta el cerro de Cocollar.....

Sin vecindad..... solo y aislado..... en pacífica posesion de un terreno en la sabana, de 8 leguas..... disfrutaba allí de independencia como la proporciona el aislamiento, y de aquel humor alegre, propio de hombres sencillos, que despues de largas luchas y golpes del destino, logran crear por sus propias fuerzas, nuevos medios de existencia.

Singular destino!..... Humboldt reflexionó sobre esto. Destino duro..... pero siempre preferible al del Prior de San Fernando.

Por un largo rato permanecié allí sentado, pensando y contemplando.

Al fin dijo poniéndose en pié:

—Nada es comparable á la influencia de una tranquilidad majestuosa, que la que ejerce la vista del cielo estrellado en este lugar solitario. ¿No es esto un inmenso jardin de mundos, que se nos presenta en toda su inmensidad? ¿No hay acaso tambien allí, como en nuestro pequeño globo, un *desarrollo de eterno progreso?*

Humboldt se detuvo contemplando, despues continuó:

—Así como observamos en nuestros bosques la misma especie de árboles en todos los grados de su crecimiento y sacamos de esta contemplación, de esta coexistencia, la impresión de un desarrollo progresivo de la vida; así conocemos también en el gran jardín de mundos de allí arriba, los más diversos grados de una formación paulatina de astros. El proceso de la condensación, que enseñaba Anaxímeno y toda la escuela Jónica, parece verificarse casi ante nuestra vista. ¡Cuán grande es este objeto de la investigación para nuestra fuerza de fantasía..... Lo que ejerce tanto atractivo en las diversas esferas de la vida, y en todas las fuerzas interiores del universo, es ménos el reconocimiento del *ser*, que el de *lo que ha de ser*..... aunque esto sea solo un nuevo estado de lo que existe ya materialmente.

Así había guardado silencio durante una hora. Reflexionó respecto del *contenido* de las *especies* del universo, la *repartición de la materia*..... de la materia condensada y convertida en cuerpos celestes, que hacen una rotación circular.

Su gran espíritu se trasportó entre los millones de soles y mundos de lo infinito.

Vió de la neblina planetaria formarse estrellas..... vió exhalaciones..... el gran número de estrellas fijas... El mar de sol en la vía lactea..... grandes masas de cometas errantes en órbitas excéntricas en el universo.

Meditando sobre todo esto..... repentinamente sensaciones extrañas y desagradables le hicieron volver de aquellos pensamientos á la realidad.

Se le hizo más dificultosa la respiración..... se le figuró que había desaparecido el fresco agradable de la noche, y sustituídolo una temperatura más elevada.

En efecto..... así fué; el horizonte parecía cubierto de bruma, aunque pocos momentos antes, el cielo había estado sereno.

¿Cuál era la causa de este fenómeno extraordinario?

Nada se veía ..... nada se percibía..... dominaba un silencio sepulcral en la sabana, que es lo característico de aquellas regiones.

En aquel espacio sin fin, no se propaga el sonido; solo puesto el oído sobre el suelo, se percibe el tiro de una arma, el galope de los caballos, el trote del búfalo.

En ningún punto puede propagarse el sonido, porque en todas partes le absorben las nubes y millares de puntas de zacate. En silencio parte el animal; en silencio huye ante el enemigo; en silencio éste le acomete, y solo herido dá un grito de dolor, ó de rabia, de que él mismo se espanta.

¡Cosa extraña!..... ese silencio magestuoso que acababa de deleitar tanto á Humboldt y le había llenado de sentimientos elevados..... este mismo sentimiento le oprimía entonces el pecho como el peso de una montaña. Le asaltó un pensamiento de angustia, que hasta entonces había sido desconocido para él.

Se paró con la esperanza de facilitarse la respiración..... en vano.

Se le figuró ver un ligero humo, esparcido por el aire.

Alejandro miró atemorizado, hácia la casa, creyendo que ésta se quemaba; pero nada extraordinario ocurría en ella.

Más, el humo se aumentó..... y una capa muy densa empezaba á oscurecer las estrellas.

Aún mas caliente y sofocante se hizo el aire..... algunas veces era como si se convirtiese en una corriente de fuego.

Esta misma corriente se dirigía hácia la casa, de manera que provenia del lado hácia el cual Humboldt tenía vuelta la espalda.

—¿Qué será esto? se preguntó, dirigiéndose al otro lado de la casa. Allí se detuvo estupefacto: una ráfaga de color rojo, que se extendía en el horizonte sobre un inmenso espacio, coloreaba todo el cielo.

Esta luz se hizo mas brillante, mas extensa, mas grande.....

Aumentóse el calor sofocante.

Repentinamente le pareció á Humboldt que temblaba la tierra.....

Pensó en un terremoto; pero lo que sintió no fueron movimientos de oscilación, ni de trepidación del suelo.... fué..... un estremecimiento del mismo suelo, como si se acercasen algunos regimientos de caballería.

Toda la sabana estaba en movimiento. Alumbrada

por la ráfaga roja, que iba en aumento, se movía el zacate alto, igual al mar enfurecido; pero la causa de esto no pudo haber sido el viento..... Se veían como millares de cabezas.....

—¡Justo cielo! exclamó Humboldt; ¿serán acaso indios?.....

En aquel momento hacia un calor sofocante..... El cielo estaba ennegrecido de humo..... Olas de fuego se esparcían sobre la llanura, y Humboldt ya pudo notar cierto movimiento en las llamas.

Un pensamiento horroroso le vino á la mente.

Se acercó á Bonpland y al dueño de la casa para despertarles. Estos se levantaron asustados; pero mas lo fueron cuando sentían temblar la tierra, y percibían un ruido extraño, como si miles y miles de caballos se acercaran corriendo.

En efecto, se percibía un ruido espantoso, como si se hubiesen abierto las puertas del infierno.

Bonpland y el dueño de la casa no habían tenido tiempo suficiente para ponerse en pié, cuando por los lados de la casa pasaban corriendo masas oscuras, con la velocidad del viento, y en tan precipitada fuga, que en los primeros momentos nada se podía distinguir.

Pero pronto conocieron lo que era: manadas pertenecientes al dueño del rancho, reses y caballos, mezclados con búfalos, lobos, venados, ciervos y aun fieras.

Terribles relucían los ojos de los búfalos, que, inclinando las cabezas casi hasta el suelo, rugían terrible-



mente, dejando atrás una huella de espuma que les salía de la boca y narices. Sobre ellos brincaban los caballos, aterrorizados; huían los tigres para salvarse de una muerte segura; tan grande fué el terror de miles de animales, que, como ciegos, corrían hácia un abismo, en que centenares de ellos encontraban la muerte.

Todo esto vieron Humboldt y sus compañeros, medio aturdidos y medio sofocados por el humo, mientras la multitud de animales pasaba con una violencia aterrorizadora, hasta que el dueño de la casa, que había ido al interior de la misma, se presentó pálido como la muerte, exclamando:

—¡Salvaos, salvaos! la sabana está quemándose.

Entonces observaron los demás, que todo el horizonte estaba cubierto de llamas.

Era un inmenso mar de fuego, que se propagaba con una rapidez indecible.

Lo que había parecido á Humboldt, pocos momentos ántes, como una ráfaga de luz á una distancia de muchas millas, era entonces una inmensa columna de fuego, que se propagaba con la velocidad del rayo.

—¡Salvaos, salvaos! repitió el dueño de la casa, sacando algunos caballos que tenía en la caballeriza. ¡Pronto! amarrad las mulas á las colas de los caballos, y huid.

El momento era tan angustiado, que Humboldt, Bonpland y los criados, obedecieron sin perder tiempo.

—¡Ides ahora! volvió á decir el de la casa, ó sois per-

cidos; pues dentro de media hora, todo esto estará convertido en cenizas.

—Pero ¿á dónde hemos de ir, ó qué dirección tomamos? preguntó Humboldt, que había montado ya en su caballo.

—Detrás de los animales, contestó el otro: el instinto los lleva seguros; pero tomad siempre la izquierda, porque á la derecha está la barranca.

—¿Y vos? preguntó Humboldt horrorizado, al ver que el hombre no había hecho preparativos para irse.

—¡Idos! volvió á decir éste.

—¿Y vos? repitió Humboldt.

—«Me quedo,» contestó con mucha calma el de la sabana; no vuelvo á cambiar mi modo de vivir, ni mi mansión. Aquí, donde he estado feliz, quiero morir. Adios, dentro de media hora estaré con mi casa y mi propiedad convertido en un monton de cenizas.

—¡Señor! exclamó Humboldt horrorizado; pero no pudo continuar. Ya se acercaban las llamas como lenguas del infierno, y los caballos, llenos de sudor y espantados, y que ya desde ántes no podían sujetarse, no se detuvieron, y corrían á todo escape en pos de los demás animales.

En el mismo instante pasaban dos figuras humanas montadas á caballo; el de adelante traía una mujer en los brazos.

—¡Nunul! exclamó Bonpland.

Mas la aparición había pasado como un rayo.

Quando salió el sol..... la sabana se hallaba convertida en un inmenso monton de cenizas.

gendorf en Franconia, con la única diferencia de que, en lugar de encinos y pinos, hay ceibas y palmas de todas clases.

De las rocas que circundan al valle de Caripe, en forma de círculo y cuyas pendientes, hácia el Sur, forman perfiles de una altura de mas de mil piés, salen innumerables manantiales de agua.

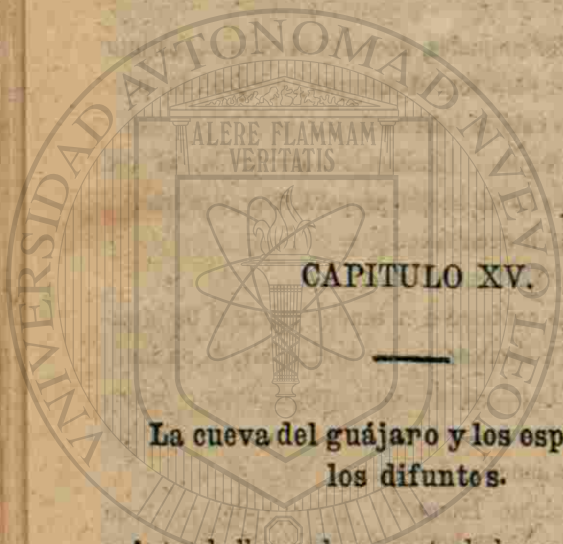
Estos, formando cataratas, brincan de roca en roca y salen, en lo general, de grietas ó gargantas estrechas. La humedad que producen, hace crecer los árboles, y los indígenas que gustan de la soledad, construyen sus conucos en las mismas gargantas.

Platanares y plantas de melones están allí, juntos con helechos; pero, precisamente esta mezcla de plantas cultivadas y silvestres, dá á estos puntos un singular atractivo.

En los costados de las montañas, desprovistas en lo general de toda vegetacion, se divisan desde léjos los puntos de donde proceden los manantiales, por la multitud de yerbas que á primera vista parecen estar adheridas á la roca, para descender en seguida á los valles, siguiendo las ondulaciones que forma el arroyo. (1)

Allí, en el asilo de la paz, habian encontrado Humboldt y Bonpland una buena acogida, despues de las horas de angustia en la sabana, pues los monges del claus-

(1) Viajes de Humboldt, tomo 2.º pág. 349.



### La cueva del guájaro y los espíritus de los difuntos.

Antes de llegar al convento de los capuchinos aragoneses, hay una arboleda de durazno, y en sus cercanías, en medio de una gran plaza, está una cruz de palo de Brasil, rodeada de asientos, donde se sientan los monges viejos y enfermos, rezando el rosario en el profundo silencio de la naturaleza.

El convento está edificado junto á una inmensa y casi perpendicular pared de rocas. Apenas se puede imaginar una situacion mas pintoresca, que recuerda los valles del Conde de Derby y las altas montañas de Mug-

tro los trataron con muchas muestras de la mas generosa hospitalidad. Humboldt fué alojado en la celda del guardian ausente, y teniendo el claustro un patio interior con corredores, como todos los mas conventos españoles, habia bastante lugar para colocar los aparatos y demás utensilios que, por fortuna, habian quedado casi intactos, á pesar de la precipitada fuga efectuada en la sabana, y aun allí mismo podia hacer Humboldt las observaciones astronómicas.

Bastante necesitaban Humboldt y Bonpland un asilo de esta clase y un recibimiento tan hospitalario como disfrutaron en efecto, para descansar de las fatigas consiguientes á aquella corrida de la sabana, con el objeto de salvarse del incendio.

Con gran pesadumbre recordó Humboldt la horrible muerte del hombre de la sabana, que les habia tratado con tanta benevolencia, y que, despues de muchos vaivenes y tormentos en la vida, creia haber encontrado en aquella soledad un asilo seguro para su vejez; miéntras á Bonpland inquietaba la aparicion, en que se figuraba haber encontrado á Nunu y á los dos zambos.

Pero ¿no pudo haber sido obra de su fantasía exaltada lo que creía haber visto en aquellos momentos de terror? Humboldt á lo ménos era de esta opinion.

De todos modos, era muy provechoso para ambos amigos el haber encontrado en el convento un gran número de jóvenes frailes, recién llegados de Europa, con el objeto de repartirse en los diversos conventos. Entre

ellos habia algunos que no carecian de conocimientos científicos. Además, encontró Humboldt en la celda del guardian, una regular biblioteca, que contenia, entre otras obras, el *Teatro Crítico* de Feijoo y las *Cartas Edificantes*; tambien el *Tratado de Electricidad* del abate Roller. Así mismo, habian traído los monges recién llegados una traduccion al español de la *Química de Chaptal*, cuya obra pensaban estudiar en la soledad, á la cual se habian consagrado por toda su vida.

Nada de intolerancia observaban los viajeros en los conventos de las misiones. Los monges de Caripe supieron muy bien que la patria de Humboldt era la Alemania protestante. Con las recomendaciones de la corte de Madrid, no habia motivo para hacer de esto un secreto; pero jamas menoscababa la menor señal de desconfianza, ni una pregunta indiscreta, ó cualquier intento de controversia religiosa, la impresion benéfica de la hospitalidad que ejercian los monges con tanta benevolencia en favor de sus huéspedes. (1)

No solo para descansar de sus fatigas aprovecharon Humboldt y Bonpland su permanencia en el convento, sino que ambos no olvidaron un momento el gran objeto de sus viajes, y á pesar de lo fatigados que se encontraban, hacian dia y noche innumerables observaciones.

Despues de haber levantado el plano del lugar, y determinado su situacion geográfica, hicieron observa-

(1) Hecho positivo. Viajes etc., tomo 2º pág. 251.

ciones termométricas por todo el valle de Caripe y las alturas limítrofes. Bonpland investigó la Flora de aquellas regiones, colectando multitud de plantas, mientras Humboldt se dedicó al exámen de la Fauna.

Lo que llamó fuertemente la atención de este último, fueron los cafetales en las inmediaciones del convento. Solo en los conucos de la comunidad había cinco mil arbustos, que prometían dar una buena cosecha, y en pocos años esperaban los monges aumentar este número hasta el triple.

El espíritu reflexivo de Humboldt reconoció en todo esto, que la gerarquía clerical desarrolla su actividad en la misma dirección en todas partes, donde se trata de los principios de la civilización, y que los conventos que no habían llegado aún á la opulencia, tanto en el nuevo continente como en la Galia, en la Siria como en la Europa del Norte, influían ventajosamente en el cultivo de la tierra y en la introducción de plantas extrañas; pero allí, donde la riqueza ha despertado la codicia y el deseo de dominar, desaparecería muy pronto esta benéfica influencia. Por lo que respecta á los monges de Caripe, trataron á los indígenas con humanidad, y por esta circunstancia éstos se mostraban adictos á la misión.

Bonpland, que desde la desaparición de Nunu no había recobrado su alegre humor de ántes, propuso un día á Alejandro que hiciesen algunas excursiones, con la esperanza de encontrarla.

—¿Y á dónde queréis que nos dirijamos? preguntó Humboldt.

—¿No habeis oido mencionar la cueva del Guájaro?

—Sí, porque es lo primero de que se habla en estas comarcas.

—Esta cueva, dicen los indígenas, es la mansion de los difuntos. Creo que la cosa vale la pena de investigarla.

—En efecto, teneis razon.

Al día siguiente emprendieron la marcha, para visitar esta célebre cueva. Algunos monges é indígenas de la misión, acompañaron á los dos naturalistas á esta expedición.

Era un hermoso día del mes de Setiembre. La sierra del Guájaro en donde se hallaba la cueva, saludó á los caminantes en lontananza; la entrada de la cueva se halla á tres millas de distancia del convento, en la misma sierra.

Una vereda angosta pasa al principio por una hermosa llanura alfombrada de césped; despues llegaron los viajeros á un rio, que segun dijeron los monges, tenia su origen en la misma cueva del Guájaro, por lo que se podria llamar este rio, el Aqueronte de los indios.

El camino era muy molesto, porque se tenia que andar, durante una hora, ó por dentro del rio que no era muy profundo, ó por entre el mismo rio y una pared de rocas perpendicular, en un terreno muy resbaladizo. Numerosos derrumbes de tierra, troncos atravesados en

el camino, que no dejaban pasar las mulas sino con mucho trabajo, y las enredaderas que habia en gran número en el suelo, aumentaban sobre manera las dificultades de la marcha.

Pero todo lo venció la perseverancia y el valor de la caravana.

El paisaje se hacia más y más grotesco é inculto. Las altas masas de rocas se acercaban mas, formando una garganta muy estrecha, por la cual corría un pequeño riachuelo.

Repentinamente pareció que las inmensas masas de rocas iban á caer encima de los caminantes. Las rocas se acercaban por muchos lados, hasta que, formando una sola masa, cubrian de este modo el cielo completamente. La vereda iba á la orilla del riachuelo, haciendo las mismas ondulaciones y con las curvas mas cortas. Los alrededores, envueltos en este crepúsculo mágico, estaban cubiertos con una verde y espesa alfombra de plantas. El rio habia desaparecido como por encanto, pasando por debajo del suelo que pisaban los viajeros, con aquel ruido subterráneo que hace una impresion lúgubre y siniestra. Repentinamente, al formar un ángulo agudo la roca, volvió á ser visible el rio y, ante los viajeros, se presentó la *inmensa boca de la cueva del Guájaro*.

Esta vista tenia algo de grandioso, aún para Hum-

bolt, que conocia los cuadros pintorescos que presentan los Alpes. (1)

Los viajeros se detuvieron sorprendidos y llenos de admiracion.

Una cosa semejante no habria esperado el mismo Humboldt; que conocia las cuevas del Pico de Derbyshire, en donde acostado en una cama, se pasa debajo de una bóveda, de dos piés de alto, un rio subterráneo. Tambien habia visto la hermosa cueva de Treshemien-shiz en los Carpatos; lo mismo que las cuevas del Harz y de Franconia, que sirven de sepuleros á los huesos de tigres, hienas y osos tan grandes como nuestros caballos. El sabia que la naturaleza obedece en todos las zonas á leyes invariables, tanto en la reparticion de las especies de rocas, como en la figura exterior de las montañas, y aún en las grandes revoluciones que ha sufrido la costra exterior de nuestro planeta.

Despues de estas analogías que se repiten frecuentemente, debia suponer que la cueva del Guájaro no seria muy diferente de las que habia visto en sus viajes anteriores; *pero la realidad excedió á todo lo que habia esperado.* (2)

Aunque todas las cuevas tienen, segun su formacion y por el brillo de la estaláctitas una semejanza sorprendente en su conjunto, con respecto á su naturaleza anor-

(1) Viajes de Humboldt etc., tomo II., pág. 286

(2) Viajes etc., tomo II., 356.

gánica tenía en este caso la boca de la cueva del Guájaro un especial carácter por la exuberancia de su vegetación tropical.

Con munificencia se abría esta cueva en el perfil perpendicular de una alta y árida roca.

La entrada, hacia el Sur, formaba una bóveda de ochenta pies de ancho y setenta de alto, de manera que tenía una quinta parte de la altura de las columnas del Louvre en París. Pero lo que imprimía á primera vista á este espectáculo el sello de la majestad, era que en la roca, encima de la gruta, se ostentaba como una inmensa corona, un grupo de colosales árboles. El mamey y el genipa con sus hojas anchas y brillantes, elevaban sus ramas hacia las nubes, mientras las del curbaril y de la erictrina se extendían formando una espesa bóveda con su verde follaje.

Los potos con sus tallos jugosos, oralis y orquideas de una estructura rara y fantástica, con la flor amarilla de manchas negras y de tres pulgadas de diámetro, crecían en todas las grietas de las rocas; mientras las enredaderas, movidas ligeramente por el viento, se enlazaban delante de la entrada, formando un ligero tejido. (1)

—¡Cielos, qué munificencia! exclamó Bonpland repetidas veces. Ved, Humboldt, como entre estos tejidos de flores se ostenta la bigonia violeta, junto al dolicos,

(1) Descripción literal. Viajes etc., tomo II., pág. 351.

color de púrpura, y con ambos la magnífica solandra, cuya flor, color de naranjo, tiene un tallo carnoso de cuatro pulgadas de largo. Es la primera vez que se nos presenta en la naturaleza.

Humboldt atendió con gusto á la exclamación de su amigo, cuyo rostro pálido había cambiado en otro más fresco, rebozando de alegría. También la ciencia es una amada, y tenía la predilección en el corazón viril de Aimé y en su atrevido espíritu de investigación.

Aimé olvidó todo en aquel momento..... el mundo, la vida y el amor, por la multitud de plantas que allí se presentaban.

Esta magnificencia de plantas no solo adornaban el exterior de la cueva del Guájaro, sino también el interior, en contraste con las del Norte.

Humboldt y Bonpland vieron con sorpresa que, las orillas del riachuelo que penetraba al interior de la cueva, estaban pobladas de magníficos ejemplares de liconias, de una altura de diez y ocho pies; de platanares y palmas de Praga, juntas con especies de Aruma.

Maravillosa era la vista de la vegetación tropical, presentada por la luz crepuscular que dominaba en la cueva. Había algo de mágico en ello. ¿Conducía acaso este río con sus estrechas márgenes, ricamente pobladas de plantas, á un fantástico palacio de espíritus?..... ¿O era éste la entrada á las tranquilas regiones de las almas de los difuntos? .....

Los viajeros penetraron cuatrocientos treinta pies al

interior de la cueva con la luz del crepúsculo, faltando ya la cual, tuvieron que encender bujías.

Mas ¡qué nuevas escenas se presentaron entónces! Terribles gritos se percibieron. ¿Serian acaso los de las harpías, enemigas de los hombres, ó los de los pájaros negros de la Estigia del Tártaro?.....

Los dos amigos se detuvieron llenos de sorpresa. Aunque les habian informado que allí habitaban millares de guájáros, no habian esperado lo que tenian á la vista.

Miles y miles de estos pájaros revoloteaban al derredor de las cabezas de los viajeros, haciendo un ruido infernal: parecidos á los zopilotes, y del tamaño del halcon, tenian como manojos de seda cerca del pico. (1) Su plumage era de color azul gris, con pequeñas rayas y puntas negras; sus cabezas, alas y colas, tenian grandes manchas blancas, en forma de corazon.

Humboldt y Bonpland escuchaban con sumo interes los informes que les daban los indígenas y monges, respecto de estos pájaros, que solo salian al anochecer, principalmente con la luz de la luna.

Las enormes estaláctitas, de formas extrañas, que cubrian los oscuros salones; el rio, que corria en la os-

(1) Humboldt. Viajes etc., tomo II., pág. 359. *Stentorius* (pájaro de grasa) Humboldt, *recherches d'observations de zoologie et anatomie comparée*. (Ensayos y observaciones zoológicas, y anatomía comparada.)

curidad, con sus cristalinas aguas; la luz de las bujías; el continuo cambio de luz y sombra; el vuelo de los grandes pájaros, al derredor de las bujías y de las cabezas de la gente; todo esto, junto con los graznidos de los guájáros, que resonaban en la bóveda de las rocas, como viniendo de la profundidad y causando un eco céntuplo, todo esto, repetimos, causó una indescriptible impresion en el ánimo de Humboldt y Bonpland.

Aun las facciones de los monges y de los indígenas, á quienes no cogia de nuevo este fenómeno, demostraban el terror.

Habia algo de fantástico en toda esta escena.

A una altura de sesenta ó setenta piés, vieron con la luz de las hachas encendidas, multitud de nidos en forma de embudos, suspendidos en los agujeros de la bóveda.

Cuanto mas penetraban en la cueva, mas terrible resonaban los graznidos de estos animales.

Uno de los monges dijo al oido de Humboldt:

—Cada año, en el dia de San Juan, visitan los indios la cueva, y destruyen los nidos que encuentran en ella. En tales ocasiones matan generalmente muchos miles de la cria, para extraer la grasa. Las aves, que se mantienen de granos, y no están expuestas á la luz del dia, teniendo á la vez poco movimiento, engordan mucho, como enseña la experiencia. Se sabe cuánto influye en esto la oscuridad y el reposo. Los pájaros nocturnos, en Europa, son flacos, porque no se alimentan de granos, como los guájáros, sino de lo que cazan. En tiempo de la

cosecha de la manteca, como dicen aquí, construyen los indios chozas de hojas de palma á la entrada de la cueva. Allí sacan, en la lumbre, la grasa de los pájaros y la conservan en ollas de barro, para su consumo. Esta grasa, conocida con el nombre de manteca de guájaro es semi-líquida, trasparente y sin olor. Se puede conservar todo el año, sin que se haga rancia. En la cocina del convento de Caripe, no se usa otra manteca que ésta, y seguramente habreis notado, que la comida condimentada con ella, no tiene olor ni sabor desagradables.

—Es extraño, dijo Humboldt, que esta especie de pájaros no haya sido destruida en su totalidad, con el transcurso del tiempo.

—Esto habria sucedido seguramente, contestó el monje, si no existieran algunas circunstancias que contribuyen á su conservacion. Los indios no penetran muy al interior de la cueva, por causa de la supersticion. Tambien es probable, que los guájaros habiten igualmente en las cuevas adyacentes, que son impenetrables para los hombres. Acaso siempre se puebla la cueva principal con colonias que emigran de aquellos pequeños agujeros del suelo, porque hasta ahora no ha disminuido mucho el número de los guájaros. Se les ha llevado, de poca edad, al puerto de Cumana: allí vivian algunos dias sin comer algo, porque rehusaban el grano que se les presentaba. Si se abre el estómago y el buche de los pájaros chiquitos de la cueva, se encontrará allí una especie de grano seco, que se conoce con el nombre de «semilla

de guájaro.» Es un remedio eficaz contra las fiebres y calenturas intermitentes. Esta semilla la reunen con cuidado, y la dan á los enfermos de Cariaco y otras regiones, donde reinan las calenturas.

La caravana, regentada por Humboldt y Bonpland, y guiada por cuatro indígenas, con hachas encendidas y amarradas en estacas, se preparaba para internarse mas á la cueva, cuando Alejandro de Humboldt se sintió detenido por el brazo.

El mulato, con sus facciones espantadas, se hallaba detrás de él.

—Amo, le dijo, mulato suplicar amo no ir mas adelante.

—¿Porqué no? preguntó Humboldt.

—¡Oh!..... no ser bueno ir adelante en la cueva del Guájaro.

—Pero ¿por qué motivo?

—Mulato tener motivo..... mucho motivo..... buen motivo.

—Entonces dílo.

—Hasta aquí vivir guájaros..... amo poder andar... matar pájaros..... sacar manteca.

—Todo esto ya lo sabemos.

—No saber amo lo que hay adelante.....

—¿Y qué hay allí?

—¡Oh! exclamó el mulato, extendiendo ambas manos, con la cara llena de espanto..... allí ser terrible.....

—Pero ¿por qué pues?



—Vivir almas..... malas almas de indios muertos.  
Humboldt sonrió.

—¡Oh, no reír amo!..... no ser bueno reír aquí..... ser aquí horroroso..... No andar donde almas de malos indios.

También los indígenas, que llevaban las hachas encendidas, instaron que no fueran mas adelante.

—No seáis preocupados, dijo Humboldt. Fuera de los guájaros, nadie vive allí. Dejadnos explorar con calma esta cueva maravillosa.

Pero el mulato se opuso á que Humboldt se internara más, diciendo:

—Amo, mulato con gusto salvar amo de tigres..... pero no poderlo de almas de difuntos.

—Tampoco habrá necesidad de ello, dijo Humboldt con afabilidad. No iremos con el objeto de hacer daño á las almas, sino para explorar.

—Hombres no ver nada, donde no mirar ni *Zis*, ni *Nuna* (1), ni ir con guájaros á la muerte (2). Solo haber *piaches* é *imorones* (3) gustar allí *Ivoroquiama* (4).

—¿Quién es *Ivoroquiama*?

—¡Oh! maligno espíritu; jefe de espíritus malos.

Humboldt volvió á sonreír, y dirigiéndose á Bonpland y á los monges, dijo:

(1) *Zis* significa sol; *nuna, nuna*, la luna.

(2) Ir con los guájaros, significa en el idioma de los Caimas, morir.

(3) *Piaches* (hachiceros); *imorones* (envenenadores); *Ivoroquiama* (jefe de los espíritus malignos.)

—En todas las zonas se parecen los mitos mas antiguos de los pueblos; principalmente aquellos que se relacionan con las fuerzas que gobiernan al mundo, con la mansion de las almas, despues de la muerte, y con la recompensa de los justos, y el castigo de los malos.

—¿Y amo insistir ir mas adelante?

—Sí contestó Humboldt con firmeza. Tú puedes quedarte si quieres.

—¡No! dijo el mulato con tristeza, mulato no quedar. Ir amo, mulato ir tambien.

Pero se presentó un nuevo obstáculo. Los indios que llevaban las hachas, no querian ir mas adelante. Humboldt les ofreció dinero..... en vano. Se necesitaba de toda la autoridad de los monges para que los indígenas se comprometiesen á avanzar hasta el punto donde el terreno empieza á subir rápidamente, y el rio subterráneo forma una pequeña catarata.

Allí se hizo muy estrecha la cueva. Su altura no llegaba á cuarenta piés, aturdiendo completamente los graznidos de los pájaros, cuyas alas rozaban de continuo las cabezas de los invasores, á causa de que iba disminuyendo la capacidad de la cueva. Molestaba de tal manera el humo de las hachas, construidas de corteza de árboles y de resina, que á todos dolian los ojos y se hacia mas dificultosa la respiracion.

Con esto se acabó la buena voluntad de los indígenas, á quienes su miedo les hizo adoptar el pretexto de que no era posible ir mas adelante.

—Pues bien, dijo entonces Bonpland, cuya sangre francesa estaba hirviendo de cólera, al ver la cobardía de los indígenas. Avanzaremos, pues, solos.

Y con esto quitó á uno de los indígenas la hacha, y se iba á internar mas á la cueva, cuando al mismo instante quedaron como petrificados todos los de la caravana..... pues á pesar de los graznidos de los guájaros, se oía un grito «socorro,» del interior de la cueva.

—¡Amo, amo! gritó el mulato; tener misericordia, no ir adelante. .... gritar espíritus malignos.

Y se echó al suelo, boca abajo, como los demás indígenas.

—¡Cosa extraña! dijo Humboldt.

Algunos de los monges se habian puesto pálidos como la muerte.

—¡Un grito de socorro! dijo Bonpland; si esto acaso...

Ya habia dado su rifle á uno de los monges; y sacando violentamente las pistolas de la cintura, y tomando en la mano izquierda una bujía, se precipitó hácia el interior de la cueva, sin esperar siquiera á Humboldt.

Este, apenas tuvo tiempo de seguirle.

La vereda, á un lado del riachuelo, se habia estrechado más y más, y estaba cubierta con montones de piedras que obstruían el paso, por lo cual se hacia muy difícil avanzar.

En vano recomendaba Humboldt á su amigo, que anduviera con precaucion, á quien á pocos momentos habia perdido de vista, por la circunstancia de que la cue-

va tenia un recodo en aquel punto, y Humboldt se habria quedado en completa oscuridad, si no lo hubieran seguido con una hacha encendida.

Sorprendido se volteó..... era el mulato, que venia temblando de piés á cabeza.

Se oyó un tiro, que encontró un eco céntuplo en todos los ángulos de la cueva.

—¡Amo, amo! gritó el mulato, que apenas podia sostenerse en pié por el miedo: esto ser Ivoroquiama.....

Humboldt no contestó; pero tampoco se empeñó en avanzar más, porque se le vino encima una gran bandada de guájaros, que hacian un ruido infernal, mientras el humo de la pólvora llenaba toda la cueva.

Después de haberse disipado un poco este humo, se apresuró Humboldt á llegar al recodo de la cueva, en donde se habria podido creer, á primera vista, en la supersticion de los indios, respecto de las almas de los difuntos; pues Bonpland luchaba allí con dos figuras desnudas, y su hacha tirada en el suelo, medio apagada, alumbraba la escena con una débil é insegura luz.

¿Eran hombres, ó eran demonios aquellos con quienes luchaba?

—¡Los zambos! exclamó Humboldt.

—¿Zambos? repitió el mulato, y esta palabra le devolvió, como por encanto, toda su presencia de ánimo y valor.

Con la velocidad del rayo se puso al lado de Humboldt, y con su vista perspicaz se convenció de que en

efecto eran los zambos, con los cuales luchaba Bonpland.

En aquel momento cayó uno de ellos, era el viejo, que arrojaba sangre por una herida, mas el otro seguia luchando de muerte con Bonpland.

La hacha se apagó.

Humboldt avanzó pistola en mano; pero no pudo arriesgar un tiro, porque los dos combatientes se tenian abrazados y cambiaban de posicion á cada momento, de manera que una bala podria haber matado á uno y otro.

Ya se habia acercado á los combatientes, cuando estos se cayeron al suelo; pero en el mismo instante se acercó á ellos una tercera persona..... era el mulato. Humboldt se quiso acercar mas..... pero se le cayó el hacha de las manos en el riachuelo, y se apagó..... Un grito de espanto..... un ruido en el agua..... y todo quedó en silencio.

En el mismo instante vió Humboldt caer delante de sí, una figura humana.

—¿Nunu? exclamó.

—¡Está perdido! dijo una voz de mujer; pero fueron las únicas palabras que pudo articular, porque cayó desmayada.

me se iban por el río, como si fuera un río...

estaba en el río, y se iba hacia el río...

estaba en el río, y se iba hacia el río...

estaba en el río, y se iba hacia el río...

estaba en el río, y se iba hacia el río...

estaba en el río, y se iba hacia el río...

estaba en el río, y se iba hacia el río...

estaba en el río, y se iba hacia el río...

## CAPITULO XVI.

### Conato de homicidio.

Habian pasado algunas semanas despues de la visita á la cueva del Guájaro; semanas de gusto y alegría para Bonpland..... porque habia vuelto á encontrar á Nunu, y pudo al fin llamarla suya.

La salvacion de los tres habia sido casi un milagro.

Despues de aquel momento horroroso, en que se apagaban las dos hachas en la cueva, y caian los dos combatientes en el río, luchando á muerte, mientras á los piés de Humboldt caía Nunu desmayada..... despues de aquel momento, habia llamado Humboldt á

efecto eran los zambos, con los cuales luchaba Bonpland.

En aquel momento cayó uno de ellos, era el viejo, que arrojaba sangre por una herida, mas el otro seguia luchando de muerte con Bonpland.

La hacha se apagó.

Humboldt avanzó pistola en mano; pero no pudo arriesgar un tiro, porque los dos combatientes se tenian abrazados y cambiaban de posicion á cada momento, de manera que una bala podria haber matado á uno y otro.

Ya se habia acercado á los combatientes, cuando estos se cayeron al suelo; pero en el mismo instante se acercó á ellos una tercera persona..... era el mulato. Humboldt se quiso acercar mas..... pero se le cayó el hacha de las manos en el riachuelo, y se apagó..... Un grito de espanto..... un ruido en el agua..... y todo quedó en silencio.

En el mismo instante vió Humboldt caer delante de sí, una figura humana.

—¿Nunu? exclamó.

—¡Está perdido! dijo una voz de mujer; pero fueron las únicas palabras que pudo articular, porque cayó desmayada.

me se iban por el río, como si fueran barcos...

estaba en el momento de irse, cuando...

estaba en el momento de irse, cuando...

estaba en el momento de irse, cuando...

estaba en el momento de irse, cuando...

estaba en el momento de irse, cuando...

estaba en el momento de irse, cuando...

estaba en el momento de irse, cuando...

## CAPITULO XVI.

### Conato de homicidio.

Habian pasado algunas semanas despues de la visita á la cueva del Guájaro; semanas de gusto y alegría para Bonpland..... porque habia vuelto á encontrar á Nunu, y pudo al fin llamarla suya.

La salvacion de los tres habia sido casi un milagro.

Despues de aquel momento horroroso, en que se apagaban las dos hachas en la cueva, y caian los dos combatientes en el río, luchando á muerte, mientras á los piés de Humboldt caía Nunu desmayada..... despues de aquel momento, habia llamado Humboldt á

Bonpland repetidas veces, pero en vano; nada se oía por el ruido del agua y el graznido de los pájaros.

La situación de Humboldt era entonces en extremo crítica.

¿Se había ahogado su amigo y compañero de viaje?  
¿O había conseguido salvarse, nadando?

Estos pensamientos se agolparon en la mente de Alejandro, atormentándole; no pensaba en sí mismo, y sin embargo, era su situación sumamente peligrosa.

Aún tenía en sus brazos á Nunu. ¿Qué hacer con ella en la oscuridad en que se hallaba? ¿Cómo volver con los demás, por esa vereda estrecha y llena de estorbos? A cada paso podía caer en el río con su preciosa carga.

¿O debía quedarse quieto, hasta que viniera auxilio?

Pero, ¿quién había de darlo?..... ¿Los monges?..... Ellos no tendrían la menor sospecha de lo que había sucedido, pues aun en el caso de que hubiesen oído el tiro de Bonpland, era de presumirse que le atribuyesen á la intención de matar pájaros. Y si no..... si los monges adivinasen el peligro..... ¿hubieran tenido acaso el valor de auxiliar á los que se encontraban en él?

A cualquiera otro que á Humboldt hubieran llevado á la desesperación estas circunstancias; pero su temperamento reposado y sereno en los peligros, distaba mucho de perder, por un solo momento, la presencia de ánimo.

Pronto había tomado la resolución de volver con los

demás de la caravana, para ver despues como auxiliaria á Bonpland.

Llevando debajo del brazo izquierdo á Nunu, y apoyándose con el derecho en las rocas, había emprendido la retirada.

El cuidado por Bonpland, le hacia horas los minutos. Con esto, la completa oscuridad en que se hallaba, el graznido de los guájaros, cuyos ojos brillaban siniestramente en la oscuridad..... bajo tales circunstancias apenas se podía tomarles por mal á los indios, que colocasen allí la morada de los espíritus malignos.

Lo peor para Humboldt era que la carga se le hacia mas y mas pesada..... El cuerpo inanimado de la desmayada, cargaba como un cadáver de gran peso en su brazo. Ya había pensado descansar un poco, y volver él solo con los demás, cuando vió á lo lejos una luz.

—Al fin vienen, exclamó Alejandro respirando, y agotaba sus fuerzas apresurándose á llegar á donde veía el punto luminoso.

Se acercaban, y al fin pudo distinguir la cara amarillenta del mulato.

—¡Amo! ¡amo! exclamaba éste con alegría, al ver á Humboldt.

—¿Dónde está tu amo? fueron las únicas palabras que éste pudo articular.

—¡Amo estar salvado!..... había gritado el criado.

—Alabado sea Dios! había exclamado Humboldt, como uno que se acaba de escapar de la muerte. Luego

habia hecho señas al mulato para que cargara á Nuna en sus brazos, siguiéndole á él con pasos vacilantes.

Al llegar al fin á la catarata, los recibieron con gran júbilo.

Aimé estaba aún sin conocimiento, en los brazos de dos monges, pero ileso y vivo.

¿De qué modo habia escapado de ese peligro inminente?

Cuando los tres combatientes se hallaban dentro del rio, se soltaban mutuamente, por instinto, para salvar la vida, nadando.

La oscuridad servia para separarlos; pero les perjudicaba en sus movimientos, porque no veian las rocas que sobresalian del agua, y se golpeaban las cabezas en ellas á cada momento. La cabeza dura del mulato, podia resistir á estos golpes, pero no la del jóven francés.

—¡Ayo, ay! gritó el mulato, ¿dónde estar ay?

—¡Aquí! contestó Bonpland quejándose, porque su cabeza acababa de chocar con una de las estaláctitas que habian caído al rio y sobresalian en él.

—¡Ayo dejar delante mulato, gritaba el criado, y al sonido de la voz se acercaba Bonpland.

Repentinamente dió un grito de dolor.

—¡Socorro! era la única contestacion, porque aturrido de un fuerte golpe, ya iba á caer en el rio, cuando por fortuna se habia acercado el mulato y pudo asir el cuerpo de Bonpland. La cuera ya se ensanchaba, y el rio se hacia menos profundo, por lo que le era fácil al mulato ponerse en pié, con un esfuerzo cargar el cuer-

po de Bonpland en las espaldas, y de este modo salvarle.

Pronto habia llegado el valiente criado hasta la catarata, en donde los monges y los indígenas esperaban con ansia la vuelta de Humboldt y Bonpland.

Todos se volvieron, como en triunfo, hácia la entrada de la cueva, donde los esperaba una comida espléndida, preparada de antemano por órden de los misioneros, y muy á propósito para recobrar las fuerzas, despues de tantas fatigas, así como su buen humor.

¡Cuán fácil y gustoso olvida el hombre los males pasados, en presencia de lo bueno! Ante una hora de felicidad desaparecen de nuestra memoria semanas de dolor y de pesar!

Nunu fué enviada á un convento de monjas, con el fin de educarse ahí, mientras que Bonpland, en union de Humboldt, volviese de sus viajes del interior de América, para conducirle despues, como su esposa, á Europa.

Humboldt se habia propuesto el siguiente plan de viaje: despues de visitar á Carácas, la sierra de San Pedro y de los Tequis, Victoria y los valles de Aragua, tomar luego el camino de la costa de Puerto-Cabello, y explorar las vastas llanuras del territorio del Orinoco. Cumana habia de ser el punto de salida de la expedicion proyectada.

Era esto una travesía como de mil doscientas leguas, por países casi enteramente desconocidos en aquella época, y rodeados de miles de peligros y dificultades, de manera que otro hombre de ménos energia de carácter

y espíritu de investigación que Humboldt, habría retrocedido ante semejantes obstáculos.

Como era natural, se necesitaban muchos preparativos para una expedición tan larga y penosa, y, además, Humboldt, tuvo que reunir y ordenar, ántes de emprender el viaje, multitud de apuntes relativos á sus observaciones y descubrimientos hechos en sus anteriores excursiones, mientras Bonpland, por su parte, tuvo el trabajo de hacer las descripciones de multitud de plantas, descubiertas por él, y arreglar su «herbarium.»

Pero, aun mas grande fué la tarea científica de Humboldt, al ordenar un sinnúmero de observaciones astronómicas, geológicas, mineralógicas, zoológicas, termométricas y geográficas.

Los preparativos del viaje se habian concluido, y dentro de breves dias iban á emprenderlo. Para despedirse de Nunu; se fueron ántes al convento, en donde la habian puesto para educarse.

—Pero ¡qué cambio se habia verificado en ella por su nuevo traje! El sencillo vestido blanco le venia muy bien, y aun Humboldt la encontró hechicera; pero, ante todo, le habia obligado á profesarle estimacion el amor profundo y fiel que abrigaba para con su amigo. Un carácter tan firme y tan decidido como el de Alejandro, gustaba de otros semejantes, y su gran perspicacia le indicaba que Bonpland habia encontrado en Nunu un carácter de esta clase.

Despues de haberse despedido de ella, dejó solos á los

dos amantes, esperando á Bonpland en la huerta del convento.

Es de admirar, que el lenguaje mas íntimo del amor, sea igual en todas partes del mundo; en los pueblos mas civilizados de Europa y las tribus salvajes del Nuevo-Mundo; en el polo norte y bajo del Ecuador..... Aquí, como allá, no tiene *palabras*, sino *miradas*..... pero estas miradas hablan demasiado!..... Séres superiores al hombre, tendrían por lenguaje la luz.

Aimé habia atraído hácia sí á Nunu, por medio de miradas ardientes.

Al fin, abrazándola con ternura, la dijo:

—Adios Nunu: dentro de algunos meses nos volveremos á ver.

¶ Pero Nunu le abrazó con mas pasión, como si no hubiera querido dejarle; un profundo dolor se pintaba en sus miradas, y sus ojos se llenaban de lágrimas. Aimé comprendía lo que pasaba en ella.

—No me reproches, mi dulce bien, que te deje ahora, la dijo con ternura. Empezar estos viajes es el problema de mi vida; una vez cumplidos mis compromisos con mi amigo, y despues de haber terminado tu educación bajo el cuidado de las señoras de este convento..... entónces vendré por tí, tú serás mi esposa, y jamás nos volveremos á separar.

Nunu movió tristemente la cabeza.

—¿Cómo, dijo Aimé sorprendido, acaso lo dudas?

—No, no dudo en la palabra y amor del blanco amigo, contestó Nunu con timidez; pero la zambo tiene recelo. ....

—¿Por qué?

—¡Oh, el viaje tan largo! Tribus salvajes viven en el Orinoco, y bestias feroces en sus boques.

—No temas nada, amor mio, iremos con cuidado.

—Y entonces.....

—Entonces volveré contigo como un día «la flecha volante» con «el ojo matutino.»

Nunu se estremeció diciendo:

—¿Para qué este recuerdo del amigo blanco á su Nunu? ¿no sabe acaso lo que sucedió á «la flecha volante?»

—Bien lo sabe; pero no me acecha ningun *haleon de guerra*.

—¿Y el zambo? dijo Nunu.

Bonpland quedó sorprendido. Había algo de siniestro y aún cierta certidumbre en esta observacion y en el tono con que la expresó, al grado de estremecerse instantáneamente.

—Acaso habrá muerto, dijo al fin Bonpland.

Nunu movió la cabeza.

—Los peces en el rio de la cueva del Guájaro, estarán comiendo sus restos.

Nunu volvió á mover la cabeza.

—¿No lo crees?

—A la catarata no llegó ningun cadáver.

—Las rocas pueden haberle detenido en el rio.

—¿Estaba muerto el zambo cuando cayó al rio?

—No.

—Entonces vive aún, y el blanco amigo debe tener recelo. El zambo es malo y vengativo.

—Pues bien, exclamó Bonpland; no le temo, solo recelo una cosa.

—¿Y qué recela mi amigo.

—Que Nunu no me ame tanto como yo á ella.

—Entonces mi amigo tiene mala memoria, dijo ella con tristeza.

—No, no la tiene, exclamó Bonpland, abrazándola con ternura. Pero, ¿continuará Nunu siéndome fiel en lo sucesivo?

—Lo será siempre, contestó ella; tanto como la luna al sol, como lo fué «el ojo matutino» á «la flecha volante.»

Y abrazó á su amado con el ardor de que solo son capaces los habitantes del Ecuador.

Bonpland no podía desprenderse de ella, porque le faltaba el valor.

Pasó un largo rato sin que profiriesen ambos una sola palabra. Repentinamente se levantó Nunu, imprimió un prolongado beso en los labios de Bonpland y..... desapareció detrás de la puerta del refectorio.

Al dejar Humboldt y Bonpland el convento de Santa María, tomaron el camino por la orilla del golfo, en donde el primero intentó observar el flujo, que en aquella region del mar no pasa de doce á trece pulgadas.

Eran las ocho de la noche y hacia un calor sofocante, porque aún no empezaba la brisa.



La conversacion entre los dos naturalistas se hizo más y más interesante; hablaron entre otras cosas del flujo y reflujo, del viaje proyectado al Orinoco, y del eclipse de sol, que debia tener lugar al siguiente dia, y que Humboldt tenia que observar.

Llegando á la playa solitaria, entre el desembarcadero y los suburbios de Quaiquiris, oyó Alejandro repentinamente un ruido de pasos por detrás. Volteando con violencia, no pudo ménos de prorumpir en un grito de horror, al ver á un hombre alto, de color trigüeño, y desnudo hasta la cintura, llevando en su mano una *macana*, (1) con ademan amenazador.

Humboldt le reconoció luego: era el jóven zambo que se habia llevado á Nunu y luchado á muerte con Bonpland en la cueva del Guájaro.

Pero, como ver y reconocer fué casi instantáneo, se puso el zambo, de un brinco, detrás de los dos amigos, levantando su *macana*, con ademan furioso.

—¡Bonpland, el zambol gritó Humboldt, haciéndose á un lado con horror..... pero ya era tarde..... el desgraciado Bonpland habia recibido un terrible golpe en las sienes..... Un grito ..... un vértigo..... y Aimé cayó exánime. (2)

(1) *Macana* es un palo de figura cónica que usan los indios del Sur de América.

(2) Hecho histórico. Viajes etc., tomo 1.º pág. 509.

—¡Bonpland! ¡Bonpland! gritó Humboldt fuera de sí, arrojándose sobre el cuerpo de su amigo, que inundado de sangre, no daba señal alguna de vida.

El conato de homicidio pareció haber tenido éxito..... y haber concluido con una preciosa vida, llena de esperanzas.

Cuando Humboldt, derramando lágrimas de dolor y de indignacion, levantó la vista, habia desaparecido el agresor.

FIN DEL TERCER TOMO, Y DE LA PRIMERA PARTE  
DE LA SEGUNDA SECCION.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

DE LA PRIMERA PARTE DE LA SEGUNDA SECCION.

**Humboldt y Bonpland.**

**EDAD VIRIL DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT.**

**AL OTRO LADO DEL OCEANO.**

<u>Cap.</u>	<u>Pág.</u>
Capítulo I.	Un rayo de esperanza ....
Capítulo II.	Nuevo desengaño ..... 2
Capítulo III.	Otra vez el desengaño .... 3
Capítulo IV.	El atalaya del Hércules.... 4
Capítulo V.	En alta mar..... 6
Capítulo VI.	Una noche maravillosa..... 81
Capítulo VII.	El Nuevo Mundo..... 91
Capítulo VIII.	Amor silencioso..... 111
Capítulo IX.	La cabaña del indígena en el monte de nopal, y el Zapatero de Araya..... 132

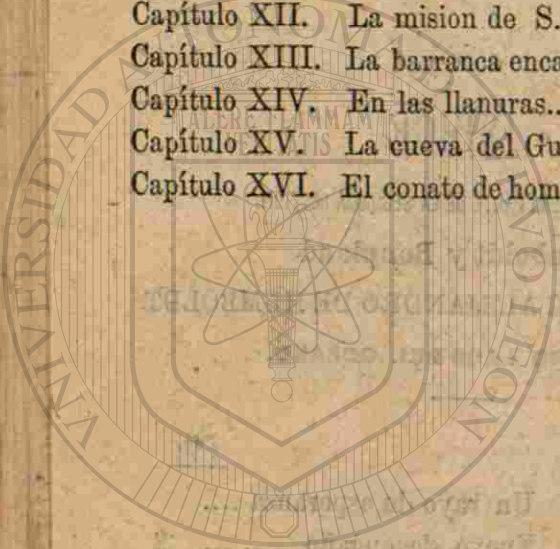
INDICE.

<u>Cap.</u>		<u>Pág.</u>
Capítulo X.	Las colonias.....	160
Capítulo XI.	Un paraíso.....	174
Capítulo XII.	La mision de S. Fernando.	191
Capítulo XIII.	La barranca encantada.....	209
Capítulo XIV.	En las llanuras.....	237
Capítulo XV.	La cueva del Guájar.....	256
Capítulo XVI.	El conato de homicidio.....	275

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L



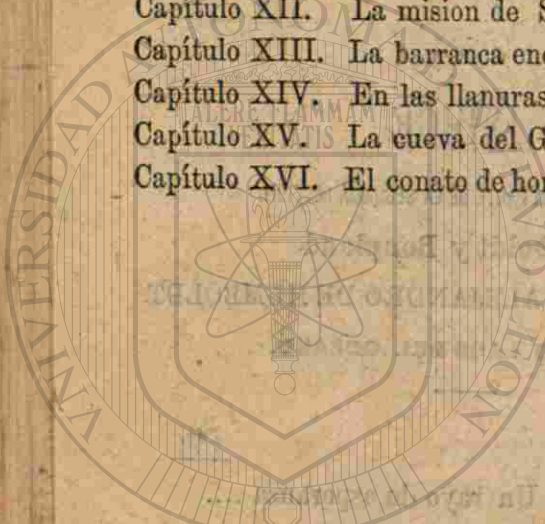
INDICE.

<u>Cap.</u>		<u>Pág.</u>
Capítulo X.	Las colonias.....	160
Capítulo XI.	Un paraíso.....	174
Capítulo XII.	La mision de S. Fernando.	191
Capítulo XIII.	La barranca encantada.....	209
Capítulo XIV.	En las llanuras.....	237
Capítulo XV.	La cueva del Guájar.....	256
Capítulo XVI.	El conato de homicidio.....	275

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

NOVELA HISTORICO-BIOGRAFICA

POR

HERIBERT RAU

Traducida del alemán por

**I. EPSTEIN.**

REVISADA POR

Manuel María Romero.

CON ILUSTRACIONES.

TOMO IV.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE ISIDORO EPSTEIN.

Callejon de Betlemitas núm. 8.

1873.



ALVARO DE HEREDIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

HERBERT RAU



TOMO 17

SEGUNDA SECCION

AL OTRO LADO DEL OCEANO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



SECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS



SEGUNDA PARTE.

HUMBOLDT Y BONPLAND.

LA EDAD VIRIL DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO I.

### Catástrofe en cincuenta segundos.

¡Qué paraíso eres, maravilloso país tropical del Nuevo-Mundo!

Si bajo el hermoso cielo meridional tiene aun sus atractivos un país sin vejetacion por la luz y transparencia de la atmósfera, tanto mas lo tendrán tus bosques y campiñas, tus cerros y valles, provistos de una exuberante vegetacion.

¡Oh! Allí no solo *alumbr*a el sol, sino que *colora* los objetos con gran magnificencia, y les dá un perfume mágico, haciendo mas armoniosos los colores, sin disminuir lo trasparente del aire; modera los efectos de la luz, y



derrama sobre toda la naturaleza cierto reposo, que se refleja en nuestra alma.

Mas ¡todas las cosas del mundo tienen sus dos lados!

Ahí ¡qué belleza de paisaje, qué magnificencia en los fenómenos de la naturaleza, qué esplendidez en los colores, qué inmensa fertilidad del suelo, y qué clima tan delicioso!

Entre innumerables flores se singulariza la *Brownea*, que los indígenas llaman rosa del monte, de una altura de cincuenta á sesenta piés, con doscientas hasta quinientas flores purpúreas en un solo ramillete.

El suelo se halla cubierto de piñas, hemímeris, polígolas, etc.; una especie de enredadera de diez hasta doce piés forma ligaduras en los troncos de los árboles. Ahí se ven coqueros, platanares, caña de azúcar, plantíos de café, añil y cacao. La belleza de los bosques, es indescriptible. Perfumes embalsaman el aire, y el mayor es el de la vainilla, cuya planta cubre los troncos colosales de las higueras índicas. Pero..... ¡la misma atmósfera que esparce estos perfumes, es á la vez la mensajera de la fiebre amarilla! ¡Debajo de la magnificencia de las flores, están en acecho el tigre y multitud de serpientes venenosas!

¡Los rios caudalosos, cuyas aguas cristalinas convidan á refrescarse, ocultan colosales lagartos, é inmensas bandadas de insectos no dejan reposar ni de día ni de noche!

Ahí se extiende el magnífico llano de Chacao, á cuya entrada se eleva la floreciente ciudad de Caracas, mag-

nífica capital de la Provincia de Venezuela, con una poblacion de cincuenta mil almas.

¡Qué riqueza... . qué abundancia..... qué vida!..... ahí tambien los hermosos valles de Apogua, á quienes sus habitantes llaman el paraíso del Nuevo-Mundo.

Mas..... ¡todo en nuestro globo presenta sus dos faces! y..... no hay luz sin sombra!

Un dia caloroso y sofocante pesa sobre Caracas.

Ni una brisa, y el cielo nublado.

Es juéves santo, y una gran parte de la poblacion se halla en las iglesias.

Entónces..... repentinamente, como un rayo que se desprende de un cielo sereno..... un formidable é inesperado golpe conmueve la tierra..... es tan fuerte, que los edificios mas sólidos vacilan, y las campanas de las iglesias se hacen resonar. Un terror pánico se apodera de toda la poblacion; pero nadie tiene aún idea exacta de lo que realmente acontece..... inmediatamente al primer golpe, se sucede otro mas fuerte. Semejante á un líquido hirviente, se mueve el suelo en ondulaciones. Gritos de terror en el aire. Ruidos subterráneos, semejantes al del trueno, se perciben del interior de la tierra. ¡Otro golpe!..... y siguen otros en direccion opuesta, de Norte á Sur, de Oriente á Poniente.

¡Ay de tí, Caracas! ¡Ay de tí, paraíso de la tierra!

Nada puede resistir á estos movimientos de arriba á abajo; de estas oscilaciones encontradas, aunque de una duracion solo de segundos.

Como una ciudad construida con cartas de naípe, fué derribado Caracas. ¡Horroroso destino!..... *Doce mil personas sepultadas bajo sus escombros.* Solo cuatro mil encontraron sus tumbas bajo las bóvedas de las iglesias.

Las torres de los templos de la Trinidad y Altagracia, que tenían una elevación de ciento cincuenta piés, y cuyas naves estaban sostenidas por columnas de diez á doce piés de diámetro, se convierten en escombros de cinco ó seis piés de altura. Como casi todos los edificios, habia desaparecido el cuartel de S. Carlos, en donde habia un regimiento de tropa de línea, listo para el acompañamiento de la procesion, que iba á tener lugar, cuyo regimiento quedó sepultado en su totalidad, bajo los escombros de este gran edificio.

*¡Y todo esto habia sucedido en ménos de cincuenta segundos!*

¡Qué cuadro de miseria y de lamentaciones indescripibles presenta la noche que sigue á esta terrible catástrofe: la gruesa nube de polvo que habia en los primeros momentos sobre los escombros, oscureciendo como una neblina el aire, ha descendido.

El terremoto concluye; ya no se siente movimiento alguno de la tierra: la noche mas bella y mas tranquila, tan espléndida como solo las hay en los trópicos, domina sobre la tierra. La luna llena, alumbra con su luz de plata las cimas circulares del cerro de la Silla. En el firmamento anuncia la brillante cruz del Sur, la paz y el re-

poso..... pero..... el suelo está cubierto de muertos y moribundos.

Madres, teniendo en sus brazos los cadáveres de sus hijos, se esfuerzan en vano para volverles la vida; niños gritan á sus padres; millares de personas, con la desesperación en sus semblantes, recorren las calles, buscando á sus padres, hermanos, esposos ó amigos.

A cada paso un escombros, y cada escombros cubre una tumba.

Y..... ¡dichosos los que han muerto!

¡Oid, oid, por todos lados los quejidos desgarradores de los moribundos que se retuercen de dolor, bajo los escombros que los cubren!

Mas de dos mil desgraciados gritan allí con desesperación. Pero falta herramienta para quitar los escombros. Es necesario sacar con las manos á los que viven.

No hay mas asilo que el que ofrecen las hojas secas de los árboles. Ningun socorro, de pronto, por donde se extiende la vista: camas, vendajes, instrumentos quirúrgicos, todo lo indispensable, se hallaba sepultado bajo las ruinas. Falta todo absolutamente, aun los alimentos y el agua, porque el temblor ha destruido los tubos de conducción, y derrumbes de tierra han secado las fuentes.

Y todo esto..... ¡en ménos de cincuenta segundos!

Sobre las alas de los calientes aires tropicales, se mece un nuevo espíritu maligno.

La multitud de muertos, que entraron luego en putrefacción, amenaza la existencia de los que sobreviven,

por la peste que se anuncia; y haciéndose imposible enterrar con prontitud tantos miles de cadáveres, se resuelve quemarlos.

Con este fin, se levantan hogueras y ..... los funerales duran día y noche, por largo tiempo.

La miseria y el dolor se pintan en todos los semblantes.

El pueblo, en medio de su desesperacion, recurre á las ceremonias religiosas, para aplacar la ira del cielo... pero..... entre tales actos, progresa mas la demencia.

Unos organizan procesiones, llenando los aires con sus plegarias, en forma de cánticos. Otros, medio dementes, se confiesan en alta voz en la calle. Muchos, que hacia bastantes años vivian en concubinato, piden á la Iglesia su bendiccion nupcial; hijos encuentran á sus padres, que ántes se habian negado á reconocerlos; hombres, á quienes nadie les habria hecho cargo de algun fraude, prometian la restitucion; familias que habian vivido mucho tiempo enemistadas, se reconciliaban, en vista de la desgracia. Pero tambien se hacian valer el odio, la venganza, la dureza de corazon y la inhumanidad, porque almas bajas pierden mas fácilmente en la desgracia, la generosidad que la energía, y el anatema aparente suele despertar en mayor grado las pasiones.

Y con Caracas, se destruyeron casi enteramente, las ciudades siguientes: Guayra, Mayqueta, Antimano, Baruta, La Vega, San Felipe y Mérida, porque un terre-

moto que habia sido capaz de convertir en un monton de escombros, y en ménos de cincuenta segundos, ciudades como Caracas, no podia estar limitado á un corto radio. Sus efectos destructores se extendieron, por consiguiente, sobre las provincias de Venezuela, Varinas y Maracaibo. Tambien se sintió en el reino de la Nueva-Granada, desde los promontorios de la Sierra Alta de Santa Marta, hasta Santa Fé de Bogotá, y la Honda del rio de la Magdalena, á una distancia de trescientas leguas de Caracas, así como en las cordilleras, en las sabanas, en Casanare, en los valles de Aragua, en Victoria, Maracaibo, Valencia y Porto-Cabello.

*De este modo están colocadas juntas, en aquellas regiones del Eden, la luz mas espléndida con la sombra mas profunda..... junto á la mágica flor..... la muerte y la destruccion.*

¿Y Humboldt?..... Este gran naturalista, que ántes de su partida de Cumana, experimentó allí un temblor, habia previsto, mucho ántes, la suerte que tuvo despues la desgraciada ciudad de Caracas.

Muchos años ántes de esta catástrofe, dijo: que se debia recelar que con el tiempo sufriera la provincia de Venezuela grandes terremotos. (1)

Y lo pudo decir muy bien, porque su espíritu profundamente observador, habia llegado á la certidumbre de que en el interior de nuestro globo dominaban aque-

(1) Viaje á las regiones equinocciales etc., tomo 2º pág. 6 hasta la 15

llas grandes fuerzas misteriosas, que siempre están en agitación, y las cuales, elevando cerros y formando valles, han dado su forma, desde el principio, á la superficie de nuestro planeta, y cuyos efectos aún se experimentan todavía por los terremotos y los volcanes, en forma de erupciones de vapores, de ardientes escorias de nuevos minerales volcánicos y manantiales de agua caliente, y al fin, de terribles terremotos que se propagan con la velocidad del golpe eléctrico.

¡Estas mismas fuerzas fueron las que te cavaron á tí también, Caracas, una ancha tumba..... en ménos de cincuenta segundos!

## CAPITULO II.

### Ascencion al Cerro "de la Silla."

Mas, Caracas existia aún, en la época que Humboldt la visitó en su viaje al Orinoco.

Tampoco la suerte le habia separado de su fiel amigo y compañero de viaje Bonpland, como pareció, á consecuencia del golpe que el vengativo zambo le infirió en la cabeza, de que resultaron algunas heridas graves, y de que sanó pronto, debido á su buena naturaleza. Sin embargo, padeció algunos meses de vértigos, que

llas grandes fuerzas misteriosas, que siempre están en agitación, y las cuales, elevando cerros y formando valles, han dado su forma, desde el principio, á la superficie de nuestro planeta, y cuyos efectos aún se experimentan todavía por los terremotos y los volcanes, en forma de erupciones de vapores, de ardientes escorias de nuevos minerales volcánicos y manantiales de agua caliente, y al fin, de terribles terremotos que se propagan con la velocidad del golpe eléctrico.

¡Estas mismas fuerzas fueron las que te cavaron á tí también, Caracas, una ancha tumba..... en ménos de cincuenta segundos!

## CAPITULO II.

### Ascencion al Cerro "de la Silla."

Mas, Caracas existia aún, en la época que Humboldt la visitó en su viaje al Orinoco.

Tampoco la suerte le habia separado de su fiel amigo y compañero de viaje Bonpland, como pareció, á consecuencia del golpe que el vengativo zambo le infirió en la cabeza, de que resultaron algunas heridas graves, y de que sanó pronto, debido á su buena naturaleza. Sin embargo, padeció algunos meses de vértigos, que

hacian temer, á él y á Humboldt, que se hubiese lastimado el cráneo. (1).

Pero afortunadamente resultó infundado este temor, desapareciendo completamente los síntomas que habian dado lugar á él.

Durante la enfermedad de Bonpland, le habia cuidado Nunu, en union del mulato, y hasta despues de su completo restablecimiento, emprendieron su viaje al Orinoco.

El principal objeto que se propuso Humboldt, al visitar á Caracas, fué subir al cerro de la Silla. Nadie habia llegado á la cima de esta eminencia, por lo cual era difícil encontrar guias, los que al fin consiguió, mediante la bondad y esfuerzos del Gobernador.

Esta expedicion tuvo lugar el 22 de Enero de 1800, habiéndose agregado á ella otras diez y seis personas, que acompañaron á Humboldt y Bonpland, atraidos por la novedad.

El camino era penoso; pero las bellezas de la naturaleza compensaban abundantemente las fatigas. Se necesitaban tanto el valor como la perseverancia, y estas qualidades no las poseen todos, aunque se vanaglorien de ellas.

Así se agregó á la expedicion un jóven capuchino,

(1) Hecho positivo. Viaje á las regiones equinocciales etc., tom. 1.<sup>o</sup> pág. 509.

Además, Alejandro de Humboldt por el Dr. Klenke: pág. 59.

de constitucion robusta, y que era á la vez profesor de matemáticas. Nadie manifestó *antes* de la partida, mas valor; nadie se vanagloriaba de mas fuerza, audacia y perseverancia que él; nadie habló con mas interes sobre la importancia de esta expedicion que el jóven monge. Aún habia prometido á sus compañeros quemar cohetes en el punto mas elevado de la silla, para anunciar á todos los habitantes de Caracas, el éxito de esta grande é importante empresa.

Pero..... el buen monge perdió el valor, la fuerza y la perseverancia, aún mas ántes que los mismos criollos, porque ya á medio camino se quedó fatigado y temiendo no poder superar las dificultades que se presentarian; prefirió, pues, observar con un anteojo la subida de Humboldt y sus compañeros, quienes fueron recompensados con profusion de sus trabajos y peligros al llegar á la cumbre del cerro.

Lo mismo que siete meses ántes en el Pico de Tenerife, unió Humboldt tambien en el cerro de la Silla, el goce de la sorprendente vista en la cumbre con la actividad intelectual de investigacion científica y de un ingenioso modo de ver los detalles, combinándolos con el grande é inmenso conjunto.

En efecto, ¡qué vista ofrecia esta altura extraordinaria y vertiginosa!

Sumergidos en silenciosa admiracion, contemplaban Humboldt y Bonpland el magnífico y esplendoroso paisaje en que predominaba todavía una naturaleza vírgen,

libre de los caprichos de los hombres y del yugo de la civilización, aunque ya estaban habituados á ver paisajes casi tan grandes como la Francia, como un hermoso y extenso desierto, y contemplar un mundo en que solo existen plantas y animales, sin que se haya aún recibido sonido alguno de alegría y de pasiones humanas..

Grandes, muy grandes fueron las dificultades que tuvieron que vencer, para llegar á una altura, que se juzgaba inaccesible; pero ya las preveían, y el mismo hecho de haberlas vencido, indica, que el que está animado de un verdadero amor al estudio de la naturaleza y de su elevada dignidad, no se desalienta por nada, cuando se trata de una perfección futura del saber humano.

—¡Bonpland! exclamó Humboldt, como despertando de profundas meditaciones, estamos muy distantes de la época en que pudiera ser posible concentrar todas nuestras contemplaciones en la unidad de la idea de la naturaleza, y aún se debe dudar de que esta época llegue jamás. La complicación del problema, y la inmensidad del universo, del Cosmo, casi destruyen la esperanza de ello; pero aunque no podamos alcanzar el todo, nos queda la solución parcial del problema, *la tendencia hacia el conocimiento de los fenómenos del mundo, que es el objeto superior y eterno de toda investigación de la naturaleza.*

Así estaba parado Humboldt á la orilla de un precipicio, de una profundidad de mas de ocho mil piés, en-

vuelto instantáneamente en una neblina, y no dejó este punto hasta que la precaución le obligó á pensar en la vuelta.

Después de haber cumplido las observaciones físicas, descendió con sus compañeros, llegando á las diez de la noche á una garganta, donde tenia que pasar por una vereda peligrosa, haciéndose mas difícil su situación por haberse retirado secretamente los guías, en busca de un punto cerca de las rocas, donde poder pasar la noche; de manera que Humboldt y Bonpland tuvieron que cargar ellos mismos con los instrumentos, después de haber estado en pié cerca de quince horas, y casi sin interrupción; la vereda pedregosa y el duro césped habian lastimado sus piés de tal manera, que les salía la sangre, porque el suelo resbaladizo les obligaba á quitarse las botas y descalzlos, descender el cerro.

En todo esto se manifestó el verdadero carácter de Humboldt: aquella perseverancia sorprendente y valor á toda prueba, que no retroceden ante ningun peligro ni obstáculo, sino que se dejan guiar esclusivamente por el interés de la ciencia y el anhelo de adquirir experiencia en la vida. (1)

La originalidad de aquella region llena de interés, y el deseo de conocer la configuración del suelo y sus riquezas naturales, fueron las que no le hicieron retro-

(1) A. de Humboldt. *Un monumento biográfico* por el Dr. Klenko pág. 64 y 65.

ceder ante ninguna distancia ni peligro, para viajar al salir de Caracas por los extensos y poco frecuentados llanos del Orinoco y del río de las Amazonas.

En esta travesía pasó igualmente, por los cerros de los Taquos, las aguas calientes de Mariara, situadas á las orillas de la laguna de Valencia, así como por los llanos del Calabozo, en la parte oriental de la provincia de Varinas, hasta San Fernando de Apure y el río de igual nombre.

Grandes fueron los resultados de este viaje para la ciencia.

Lo que cualquiera otro viajero no hubiera gozado sino con los sentidos, ó dejado desapercibido por ser un objeto aislado, ó admirádele superficialmente como un fenómeno extraño ó raro, era para Humboldt parte constitutiva del universo, del gran conjunto, al cual daba el nombre griego de «Kosmos» (1), y que distinguía justamente su mirada inteligente, mas que cualquier otro mortal, con una claridad admirable.

(1) Kosmos era en la significacion mas antigua solo: *orden* figuradamente *orden*. Pitágoras llamó así por primera vez al conjunto del universo á causa del orden que domina en él. También Aristóteles designa bajo el nombre de *Kosmos*, el mundo y el orden del universo. Mucho mas ántes de que Humboldt pensara escribir el *Kosmos*, se servía de esta expresion para indicar el gran orden del mundo, de lo existente y de lo que se forma, del universo, de la gran masa que llena el espacio del mismo universo. (*Kosmos*, tomo I, págs. 64 y 76.)

En esto consistía principalmente la grandeza y el ingenio de Humboldt, así como era el motivo de su carácter reposado y constante buen humor, de sus conocimientos y actividad científica.

Los dos viajeros, despues de haber salido de los ingenios de Turiamo, pasaron por una llanura, donde multitud de esclavas trabajaban bajo el látigo de los capataces, lo que motivó una conversacion muy animada entre los dos amigos y el mulato, sobre la naturaleza y el carácter de los negros, de cuya suerte desgraciada tenia Humboldt bastante compasion.

Mas el mulato parecia no tenerla, porque sostenia que los negros no merecian otra suerte mejor.

—Amo no conocer negros, dijo éste en su mal español, negres ser mal hombre.

—Pero haces mal en decir esto, dijo Humboldt; los negros son hombres y se les debe tratar como tales.

—¡Vaya! exclamó el mulato, amo oir cuento de negros..... amo pensar diferente.

—Cuenta, pues, luego diré mi opinion.

—Amo conocer la isla Caracas..... no ciudad Caracas..... isla Caracas..... haber allí muchas cabras..... cabras silvestres..... tener buena carne .....

—Ya lo sé, dijo Humboldt, porque hemos estado allí.

—Isla ser solitaria. Los flamings pescan solos allí.... solo un hombre blanco estar allí con su mujer y tres hijos..... pero mujer é hijos mueren.....



— Suerte desgraciada, principalmente en un punto tan aislado como aquel.

— Hombre blanco compra negros..... dos negros. Tener muchas cabras, y mucho, mucho maíz. Pero negro ser mal hombre..... matar hombre blanco.

— Esto era en efecto un crimen.

— Negros cometer muchos mas crímenes.

— ¿Cuáles?

— No saber Gobernador quien matar hombre blanco. Flamingo no decir nada y ningun hombre ver.

— Te comprendo, dijo Humboldt; los dos asesinos escaparon del brazo de la justicia, y era difícil encontrar pruebas para un crimen cometido en un lugar solitario.

— Amo decirlo, contestó el mulato, pero el gobernador poner mucho dinero por cabeza de asesino.

— Ya me figuro lo que sigue.

— Saber amo lo que ser ahora uno de perros negros... en Cumana.

— No.

— Pero negro ser verdugo.

— ¿Cómo?

— Ir con gobernador... confesar todo..... tambien decir del otro negro..... no haber verdugo en Cumana... pero negro ser libre..... ser verdugo.....

— Comprendo, dijo Humboldt con repugnancia. Indultaron al asesino, con tal de que fuera el verdugo de su cómplice. Conozco este uso bárbaro en este país.

— ¿Y hombre negro no ser perro?

— No, dijo Humboldt seriamente, porque del mal que hacen unos pocos, no se puede culpar á toda una raza. Apenas se puede creer que haya hombres tan brutales para comprar su vida á tal precio y estrangular con sus manos, como verdugos, al que han traicionado el dia anterior.

Unos gritos lastimosos, ofendiendo á los oidos, interrumpieron este diálogo.

Todos se voltearon: estos gritos eran de una esclava, á quien estaban flagelando en un plantío de cacao de los alrededores, de tal manera que la sangre le corria por todo el cuerpo. A pesar de esto, querian obligarla á que continuara sus trabajos, y como esto le era difícil, por los dolores que sufría, se le estaba repitiendo el mismo castigo por el capataz.

Humboldt se estremeció; tanto se revelaron sus nobles sentimientos contra aquel acto inhumano, que ya iba á hacer reproches al capataz, cuando Bonpland le detuvo, no porque tuviese menos compasion con la esclava, sino porque previó que este brutal hombre se burlaría del amigo, y castigaria doble y maliciosamente á la esclava.

Humboldt conoció lo justo de esta observacion. Sin embargo, cedió con repugnancia á las súplicas de Bonpland, para desistir de su intento y continuar el viaje expresándose fuertemente contra esta violacion de las leyes de la humanidad.

Había anochecido, cuando llegaron á un valle hermosísimo, que representaba la imágen de la paz y de la abundancia.

Por todas partes se extendían los plantíos de algodón; el centro del valle formaba una pequeña laguna en una colina, y en frente de ella se veía una hermosa casa, rodeada de una arboleda de «Bálsamo Amyris elato.»

Humboldt tenía cartas de recomendación para el dueño de esta pequeña Jauja, D. Alejandro Gonzalez, y por este motivo se dirigieron los viajeros á la habitación de este propietario.

Una negra, de edad de mas cien años, estaba sentada delante de una pequeña choza, construida de tierra y carrizos. Se sabía que aquella era su edad, por ser una esclava criolla, y parecía tener aún buena salud.

—La tengo en el sol, decía su nieto, porque el calor conserva su vida.

Humboldt y Bonpland se sonrieron, porque el remedio era demasiado fuerte en el día, cuando los rayos solares caían perpendicularmente sobre su cabeza.

A un lado de la colina había multitud de chozas semejantes, que eran las habitaciones de los esclavos casados. Delante de la puerta de todas, había bracero con tumbre para hacer la comida. En un edificio, semejante á una caballeriza, se hallaban tendidas en el suelo mas de cien pieles de res, sobre las cuales dormían los esclavos solteros.

Los dos naturalistas se ocupaban en contemplar estas miserables habitaciones, cuando les sorprendió un terrible rugido que parecía venir de miles de gargantas, y no de muy lójos.

—¿Qué es esto? gritaron los dos simultáneamente.

—Amo, contestó el mulato, ser Araguaté..... estar allá en el bosque..... tener pronto lluvia.

Humboldt y su compañero comprendieron que el ruido procedía de numerosas manadas de monos (*Limia ursina*) que se hallaban sobre los árboles en el cercano bosque.

Ya muchas veces habían observado con asombro estos animales singulares, pasar con grande lentitud de árbol en árbol.

Detrás de un mono macho venían siempre muchas hembras, cargando en sus espaldas á alguno de sus chiquelos. Cuando no se hallaban juntas las ramas de los árboles vecinos, se colgaba el macho, con la estremidad de su cola, en la rama de un árbol, poniendo en oscilación el cuerpo hasta que podía agarrar una rama del árbol vecino. En seguida, y en el mismo punto, efectuaban igual maniobra los demás, por el orden sucesivo, según su colocación.

Sus gritos ladinos y penetrantes, efectuados por todos simultáneamente, producían un ruido tan fuerte, que sin duda se oían leguas á enteras.

Cuando Humboldt y Bonpland habían llegado á la casa de la colina, les esperaba una noticia muy desagrada-

ble para ellos, y que se reducía á que D. Alejandro Gonzalez se hallaba ausente, y que su jóven esposa disfrutaba, hacia pocos dias, de las delicias maternas, cuyas circunstancias colocaron á los dos amigos en una situacion embarazosa, porque no sabian donde poder pasar la noche y ponerse á cubierto de la lluvia. Todavía estaban discutiendo sobre esto, cuando una parienta de la jóven esposa les invitó, en nombre de esta señora y con la mayor amabilidad, que pasasen á su casa.

Por todos lados se empeñaban en dar muestras de hospitalidad á los dos extranjeros, apresurándose á servirlos y á prepararles una buena cena, evitando todo aquello que pudiera molestarles.

La jóven madre se hallaba fuera de sí, al saber que Humboldt, en su vuelta del Rio-negro para el Orinoco, debería pasar por Angostura, donde se hallaba su marido, y le encargó que le avisase haber nacido su primogénito.

En estos países considera la gente á los extranjeros, como los mensajeros mas seguros. ¿Y qué mejor modo podia haber elegido la jóven madre, que vivia casi aislada de todo el mundo, para hacer llegar á los llanos, á su esposo querido, la noticia de su dicha?

Cuando Humboldt y Bonpland iban á partir al siguiente dia, se les enseñó el niño primogénito de la familia, pues aunque la noche anterior le habian visto dormido, el amor maternal no se dió por satisfecho, sino hasta que le vieron despierto.

Ellos ofrecieron describir minuciosamente sus facciones al padre; pero á la vista de sus libros é instrumentos, se inquietó la jóven señora, juzgando que en un viaje tan largo, y con tantos negocios, seria fácil que Humboldt y Bonpland olvidasen qué clase de ojos tuviera su hijo.

¡Cuán apreciable es una hospitalidad de esta clase!

¡Cuán preciosa es esa expresion natural del amor maternal y de una confianza como ésta, que es rasgo característico de los tiempos mas remotos!

Se continuó el viaje con indecible gusto, y la fatiga física excitaba la facultad intelectual. Humboldt observaba, en todas ocasiones, la intensidad de la fuerza magnética; hizo experimentos con el electrómetro de Volta; efectuó medidas barométricas; determinó geográficamente todos los puntos que le parecian importantes, y coleccionó los tesoros de la ciencia en el reino animal y vegetal, así como en lo relativo á la geografía y meteorología, juntamente con multitud de otros ramos científicos.

Mas, siempre nuevas maravillas de la naturaleza se presentaban á los viajeros.

Descendiendo de Porto-Cabello á los hermosos valles de Araguay, y acercándose al ingenio de Bárbula, repentinamente empezó á brincar y gritar el mulato, de un modo extravagante: sus gesticulaciones eran tan chuscas, y su regocijo tan excesivo, que Humboldt le preguntó sonriendo la causa.

—¡Amo, amo! exclamó el mulato, chispeando su ojos de alegría, ¡palo de vaca!..... ¡palo de vaca!..... allí estar palo de vaca!..... Ojo de mulato ser buen ojo.... Ver desde muy léjos palo de vaca..... Tener leche, leche deliciosa..... beber con pan de maíz y de yuca.

Y volvió á brincar de gusto, como un niño, estregándose las manos.

No era ménos la alegría de Humboldt y Bonpland, aunque de otra especie, y procedente de otras causas.

Palo de vaca llaman los españoles criollos al árbol *Calactodendron utile Kunth*. Este fenómeno tan notable en el reino vegetal, de que tanto habian oido hablar los viajeros desde su llegada al Nuevo-Mundo, y principalmente de que producía una leche aromática, deliciosa y nutritiva; era natural que estuviesen ansiosos de ver este fenómeno, tanto mas cuanto que los jugos vegetales, parecidos á la leche, que habian conocido hasta entónces, tenían sabor amargo y desagradable, y algunos de ellos eran venenosos. Pero la excesiva alegría del mulato, que muchas veces habia tomado esta leche, demostraba de antemano la realidad de su aserto.

En efecto, el hecho los sorprendió sobremanera.

Era la caída de la tarde, cuando llegaron á la hacienda de Bárbula. Allí vieron ese hermoso árbol. Una multitud de criollos y de negros iban y venían. Muchos tenían ollas llenas de leche, que llevaban á sus casas. Otros, sentados bajo del árbol, se reían y chanceaban, bebiendo la leche con el pan de maíz ó de yuca. Otros,

que habian satisfecho ya su apetito, bailaban al derredor del mismo «árbol de leche», como le llamaban allí, mientras un número considerable de esclavos y de esclavas, se aglomeraban cerca de las cortaduras hechas en el tronco del árbol, de donde salía en abundancia una sustancia espesa, parecida á la leche.

Los dos naturalistas probaron esta leche, y la encontraron, en efecto, deliciosa y aromática como bálsamo. Solamente lo espeso y pegajoso de ella, desagradaba algo al europeo.

El administrador de la hacienda se habia acercado, entre tanto, al saber la llegada de los viajeros, asegurando que los esclavos engordaban mucho, en la época en que tomaban esta leche, y que se podían conocer, en el color de las hojas, los árboles que tenían mas jugo.

Humboldt se admiraba de todo esto, y confesó que los muchos fenómenos notables que habia observado en el trascurso de su viaje, no le habian causado la impresion que este último. (1)

Era muy natural que esto sucediera, porque todo lo que se relaciona con la leche y los cereales, es de intereses para el hombre pensador, en razon de que el género humano necesita de estos elementos para subsistir.

(1) Viajes á las regiones equinocciales, tomo II., págs. 101 hasta 117.

Sabemos que el almidón de los cereales, que han sido objeto de admiración religiosa en muchos pueblos antiguos y modernos, está contenido en las semillas y raíces de las plantas; pero la leche nutritiva, nos parece como producto exclusivo de la organización animal, y esta impresión la recibimos desde nuestra niñez, de donde resulta la sorpresa, al ver el árbol mencionado. Lo que allí poderosamente nos impresiona, no son bosques hermosos ni caudalosos ríos ó montañas con nieve eterna: ¡no!..... un par de gotas de jugo vegetal nos trae, ante nuestra imaginación, toda la fuerza y abundancia de la naturaleza. Junto á una pared de roca, desnuda y árida, crece un árbol con hojas secas, parecidas á una piel curtida, las espesas raíces de ese árbol, apenas penetran en la roca. Muchos meses del año carece de humedad; las ramas parecen secas y sin vida; pero si se hacen cortaduras en el tronco, sale una leche nutritiva. Al salir el sol, es mas abundante esta fuente vegetal, y á esa hora vienen, de todos lados, los negros y los indigenas, con grandes ollas para proveerse de este líquido, que á poco rato se hace espeso y toma un color amarillento. Unos lo beben allí mismo, y otros lo llevan á sus hijos. Es como si se viera á un pastor repartiendo entre los suyos la leche de su rebaño.

Esta es la impresión que hace este árbol á la imaginación del viajero, cuando lo ve por primera vez.

*La investigación científica, demuestra que las cualidades físicas de las materias animales y vegetales, están*

*en íntima relación.* Y esta investigación quita al objeto que nos ocupa el aspecto maravilloso. Nada hay aislado en la naturaleza; materias químicas, que se creía que existían solamente en los animales, las hay también en las plantas. *Una liga común, une á toda la naturaleza orgánica.*

Mucho ántes que la química descubriese pequeñas partículas de cera en el pólen de las flores, en la albúmina de las hojas y en la materia blanquizca de las cerezas y de las uvas, fabricaban los habitantes de los Andes de Cuindiu, velas de la capa gruesa de cera con que está cubierto el tronco de una palma. (*Ceroxylon andicola*.) No hace mucho que se descubrió en Europa en la leche de almendras, el *caseum*, que es la parte constitutiva del queso; pero hace siglos que, en las montañas de la costa de Venezuela, se considera como un alimento sano y nutritivo la leche de un árbol y el queso que se separa de este jugo vegetal.

Si el palo de vaca es de este modo, un prototipo de la inmensa abundancia de la naturaleza en países cálidos, nos recuerda á la vez las fuentes numerosas que producen, bajo este magnífico cielo, el descuido y la pereza del hombre. Mungo Park nos ha dado á conocer el *árbol de manteca* en Bambarra, el que, como asegura Decantolle, pertenece á la familia de los Zapoteas, lo mismo que el palo de vaca. El plátano, el árbol del sagú, la Mauricia en las orillas del Orinoco, son árboles de pan; lo mismo que los *rimas* del mar del Sur. Las

frutas de la *Crescencia* y *Lecitis*, sirven de ollas; de la flor de muchas palmas y de algunas cortezas de árboles se hacen sombreros y vestidos sin costura. De los nudos, ó mejor dicho, de las capas interiores del tronco del bambú, se construyen chozas y otros utensilios necesarios para el mobiliario de los indígenas. Con una vegetación tan exuberante, y con frutas tan variadas, se necesitan motivos muy poderosos para que el hombre se dedique al trabajo, despierte de su apatía y desarrolle sus facultades intelectuales. Esta circunstancia aprovecha á los países y á las naciones ménos favorecidas por la naturaleza. Con la necesidad del trabajo, se desarrolla la tendencia á meditar, y por ella..... la ocasion de cultivar la inteligencia..... resulta una vida doblemente útil, la física y la intelectual.

### CAPITULO III.

#### Agar en el desierto.

Humboldt y Bonpland habian penetrado hasta las llanuras del Orinoco; pasaron el rio Uritucu, en donde hay muchos lagartos, y buscaron un sitio donde pasar la noche.

En lo general les servia para este caso el campo raso, teniendo por techo el firmamento con sus innumerables estrellas; pero en aquella vez habrian deseado encontrar aunque fuera una choza de indios, para pasar la noche, porque temian á los lagartos que se hallaban próximos.

Tampoco era muy agradable el rugido del tigre y de otras fieras, despues de que aquel mismo dia Hum-

frutas de la *Crescencia* y *Lecitis*, sirven de ollas; de la flor de muchas palmas y de algunas cortezas de árboles se hacen sombreros y vestidos sin costura. De los nudos, ó mejor dicho, de las capas interiores del tronco del bambú, se construyen chozas y otros utensilios necesarios para el mobiliario de los indígenas. Con una vegetación tan exuberante, y con frutas tan variadas, se necesitan motivos muy poderosos para que el hombre se dedique al trabajo, despierte de su apatía y desarrolle sus facultades intelectuales. Esta circunstancia aprovecha á los países y á las naciones ménos favorecidas por la naturaleza. Con la necesidad del trabajo, se desarrolla la tendencia á meditar, y por ella..... la ocasion de cultivar la inteligencia..... resulta una vida doblemente útil, la física y la intelectual.

### CAPITULO III.

#### Agar en el desierto.

Humboldt y Bonpland habian penetrado hasta las llanuras del Orinoco; pasaron el rio Uritucu, en donde hay muchos lagartos, y buscaron un sitio donde pasar la noche.

En lo general les servia para este caso el campo raso, teniendo por techo el firmamento con sus innumerables estrellas; pero en aquella vez habrian deseado encontrar aunque fuera una choza de indios, para pasar la noche, porque temian á los lagartos que se hallaban próximos.

Tampoco era muy agradable el rugido del tigre y de otras fieras, despues de que aquel mismo dia Hum-

boldt habia matado á una enorme boa, que media veinte piés de largo. Los guías advertian, además, que no sería prudente dejar á los perros beber agua en el rio, porque muchas veces salian los lagartos, atraidos por el olor de los perros, para devorar lo que podian.

Por fortuna encontraron una especie de choza que servia al dueño de un ingenio cercano, D. Miquel Cousin, para pasar allí la noche cuando cazaba, segun dijeron los guías.

En el acto se descargaron las mulas, y despues de haber tomado los viajeros una frugal cena, trataron de dormir. Humboldt y su compañero se sirvieron como de lecho, de la piel del tigre que habia matado el mulato en la cueva de Cuchivano; extendiéndola sobre una banca de palo; pero aunque muy cansados, no pudieron dormir, porque apenas cerraban los ojos, cuando sintieron un revoloteo sobre sus cabezas, ocasionado de una multitud de grandes murciélagos de la familia de los filostomenas, llamados vampiros. Los viajeros tuvieron que estar en vela toda la noche, por causa de estos repugnantes animales, que no se retiraron sino hasta el amanecer.

Apénas lograban entónces dormir un rato, cuando sintieron fuertes golpes, por lo que Humboldt y Bonpland entablaron el siguiente diálogo.

- Nada se ve.....  
 —¿Será temblor?  
 —¡No!

—Los golpes son de otra clase.

—Se repiten.

—La tierra se mueve.

—¿Y el ruido?

—Hola, ya se desprenden y saltan terrones de abajo para arriba.

Los dos amigos se levezaron en su lecho improvisado.

—¡Diablo! exclamó en este momento Bonpland, parece que el ruido proviene de debajo de este banco.

—Levantémonos, pues, y veremos lo que hay, dijo Humboldt.

Peró en el mismo instante se multiplicaban los terrones que se desprendian del suelo; se aumentaban los golpes, y ante la vista horrorizada de los dos amigos se abrió el suelo debajo de la banca, apareciendo un gran lagarto.

Una exclamacion de sorpresa y de horror, se escapó de los lábios de los dos naturalistas.

Peró este lagarto, despues de haber acometido á un perro que se hallaba en la puerta de la choza, y al cual no pudo hacer daño, se metió en el rio.

Vueltos en sí de aquella sorpresa los dos amigos, examinaron el pavimento de su dormitorio improvisado, y encontraron la explicacion de esta rara aventura. Habia en el suelo una hoquedad bastante profunda. El terreno estaba formado de lodo seco, en donde el lagarto habia pasado su época de letargo, durante el verano.



El ruido de los hombres y de los animales, y acaso tambien el olor del perro, le habian despertado. La choza estaba junto á un estanque, el cual la inundaba una parte del año, y quizá, durante la inundacion, se introdujo el lagarto debajo de la misma choza, por la parte húmeda y blanda, quedando allí en letargo, aun despues de haberse retirado las aguas.

Con frecuencia encuentran los indios, en estado de letargo, inmensas boas, que llaman ujis ó serpientes de agua, las que solo se despiertan irritándolas ó arrojándoles agua.

La seca y el calor ejercen, por consiguiente, en los animales y vegetales, el mismo efecto que el frio.

Los árboles se despojan de las hojas en un aire muy reseco. Los reptiles, principalmente los lagartos y boas, por su naturaleza perezosa, abandonan con dificultad los charcos que han encontrado durante la abundancia de aguas. Cuanto mas se resecan esta especie de lodazales, tanto mas se entierran estos animales en el lodo, siguiendo la humedad, que les conserva la flexibilidad en la piel y en las escamas. En este estado de reposo entra el letargo, en el cual no están enteramente aislados del aire, pues el que se introduce por las aberturas, es suficiente para sostener el proceso de respiracion en la familia de los lagartijos, que tienen pulmones sumamente anchos y que no hacen movimiento alguno, al estar suspensa casi toda funcion vital. La temperatura del lodazal, expuesta continuamente á los ra-

vos solares, importa probablemente, por término medio, cuarenta centígrados. Cuando en el Norte de Egipto, donde la temperatura no baja de trece grados en el mes mas frio, habia todavía cocodrilos, que caían en letargo, á causa de esta temperatura, lo mismo que nuestras ranas, salamandras, golondrinas y marmotas, durante el invierno. Habiendo por consiguiente casos de letargo en los animales con sangre caliente, lo mismo que en los de sangre fria, no es extraño que en ambas clases haya tambien letargo en el verano. Igual á los cocodrilos del Sur de América, están entorpecidos los erizos, en Madagascar, durante tres meses del año.

La permanencia de los viajeros en aquellos puntos, habia sido corta: continuaron el viaje, llegando á inmensas llanuras donde raras veces pisa la planta de los hombres civilizados.

Estas llanuras parecian unirse al cielo, y el grande é inmenso desierto se presentaba á la vista, por una ilusion óptica, como una gran laguna cubierta con plantas acuáticas. Estando repartidos en el aire los vapores con desigualdad, y no siendo uniforme la baja de temperatura en las capas superiores del aire, se presentaba el horizonte, en ciertas direcciones, con límites claros y determinados, y en otras como haciendo ondulaciones, confundiendo á la vista cielo y tierra. Por entre la bruma y las capas de vapor, se veian en lontananza muchos troncos de palma, que, desprovistos de sus

puntas verdes, aparecian como mástiles en el lejano horizonte.

La vista uniforme y monótona de estas llanuras, tiene algo de grandioso; pero tambien de triste y desalentador. Es como si la naturaleza se encontrara yerta; apénas que aquí y acullá se ve la sombra de una nubecita, que, pasando por el zenit, anuncia la estacion de aguas que se aproxima. La primera vista de estas llanuras, no sorprende acaso ménos que la de la cordillera de los Andes.

Y en todos estos extensos páramos, pacian los animales, enteramente libres. Desde la desembocadura del Orinoco hasta el lago de Maracaibo, habia lo ménos, un millon doscientos mil búfalos y reses, ciento ochenta mil caballos, noventa mil mulas. Entre esta multitud de caballos, búfalos y reses, se veian pacíficamente manadas de venados, con la piel cenicienta y manchas blancas, que los indígenas llaman matabanis, y son tan mansos, que miraban tranquilamente á los viajeros con sus grandes ojos negros. Los terrenos estan sin acotar. Hombres desnudos hasta la cintura, y armados solamente con una lanza, recorren á caballo estos llanos, para tener á la vista los semovientes y hacerles retroceder cuando se alejan demasiado, así como para marcar, con un fierro candente, á los que no tienen todavía la marca del dueño. Estos hombres de color, llamados peones llaneros, son en parte libres ó libertos, en parte esclavos. Pero en ningun lugar está el hombre tan constantemen-

te expuesto á los rayos del sol tropical, como en estos puntos, en los cuales estos sirvientes no se mantienen de otra cosa, que de carne secada al aire, estando continuamente á caballo.

Nuestros amigos encontraron en un rancho á un negro, viejo esclavo, que en ausencia del propietario llevaba el mando. Miles de cabezas de vaca habia en el agostadero, y sin embargo, no podian conseguir una gota de leche. Se les ofrecia en títumus, especie de guajes, una agua corrompida de color amarillento, que habian recogido de un pantáno en las cercanías. Los habitantes de estos llanos son tan desidiosos, que no hacen depósitos de agua, ni un pozo siquiera, á pesar de que se encuentra el agua á diez piés de profundidad, en unas capas de conglomerato, ó piedra arenisca, rojiza. Despues de haber sufrido una mitad del año las inundaciones, se sufre en la otra mitad, por desidia, la falta absoluta y penosa de agua. El viejo negro aconsejó á los viajeros que cubriesen una olla con un pedazo de género de lino, y de este modo bebiesen agua por una especie de filtro, que les evitaba el mal olor, y tomar las partículas finas de barro suspendidas en el agua. Humboldt y su amigo no sospechaban tener que emplear este medio por meses enteros. Tambien el agua del Orinoco contiene muchas partes de tierra, y aun dá mal olor en los puntos donde hay cocodrilos muertos en los bancos de arena, ó melio ocultos en el lodo.

Apénas se descargaba el equipaje y se colocaban los instrumentos, cuando se dejaban libres las mulas, para que se proporcionasen agua en la sabana, en pequeños charcos que encontraban, llevadas por su instinto.

Para sufrir ménos el calor del dia, caminaban de noche Humboldt y Bonpland. Su objeto mas próximo, era alcanzar la pequeña ciudad de Calabozo, situada en medio de la sabana. El aspecto del paisaje era siempre el mismo. No hacia luna; pero la multitud de estrellas nebulosas alumbraban, descendiendo á una parte del horizonte. El magnífico espectáculo de la bóveda de estrellas, en toda su inmensa extension; la brisa fresca de la noche, el movimiento de los pastos, en los puntos donde se elevan á cierta altura, todo esto recuerda el alta mar. La ilusion se hacia mas completa cuando, saliendo el sol, se reproducia su imagen por la refraccion, y desaparecia á poco su aplanamiento, ascendiendo rápidamente hácia el zenit.

Con frecuencia se imaginaban ver fuego en el horizonte, y con horror recordaban la terrible quemazon de la sabana, que habian presenciado; pero lo que tomaban por fuego, eran estrellas que estaban apareciendo y cuya imagen se aumentaba por los vapores.

Al fin llegaron á Calabozo. Allí, Humboldt fué sorprendido agradablemente, al encontrar una máquina eléctrica completa, con grandes discos para electrofor, baterías eléctricas y electrómetro; en una palabra, con

un aparato tan perfecto, como lo poseén los naturalistas en Europa.

Y estos instrumentos eran fabricados por un hombre que jamás habia visto uno de esta clase, porque nadie le habia informado sobre el particular, y solo habia leído la obra de Sigaud de la Fond, sobre los fenómenos de la electricidad, y las memorias de Franklin. Este hombre se llamaba Cárlos del Pozo, que al principio habia construido máquinas eléctricas cilíndricas, utilizando para esto grandes campanas de cristal, quitándoles antes el cuello. Hacia pocos años habia conseguido de Filadelfia dos discos de cristal, por medio de los cuales podia construir una máquina que producía efectos eléctricos en mayor escala. Se puede figurar fácilmente cuántas dificultades tendria que vencer, despues de haber leído las primeras obras sobre la electricidad y tomado la audaz resolucion de procurarse, por sus propios esfuerzos, todos aquellos aparatos que se describen en las obras mencionadas. Hasta entónces habia gozado él solo de la sorpresa y admiracion que manifestaban aquellas personas poco instruidas, que jamás habian salido de los llanos, al presenciar los experimentos con estas máquinas.

La permanencia de Humboldt en Calabozo, proporcionó á Pozo una satisfaccion extraordinaria al conocer á un hombre tan instruido, capaz de comparar sus aparatos con los que se usaban en Europa y que ya tenia una gran fama en la ciencia.

Pozo expresó vivamente su alegría, al ver por primera vez aparatos que no había construido él y que parecían ser imitación de los suyos. Humboldt le enseñó el efecto sobre los nervios de las ranas, mediante el contacto de dos metales heterogéneos. Los nombres de Galvani y de Volta no habían penetrado todavía en aquellos grandes desiertos.

¡Cuán interesante es pensar en ver á estos dos hombres frente á frente! El uno, el rey de la ciencia, abandona su hogar, patria y amigos, así como la perspectiva de obtener altos empleos, etc., para ver países desconocidos, satisfaciendo su viva tendencia hácia la investigación de los conocimientos humanos y la exploración de estos países remotos. Provisto de todos los elementos materiales é intelectuales para alcanzar este objeto, le vemos allí, á dos mil millas distante de su patria, ante un hombre sencillo á quien faltan todos los conocimientos preparatorios y los medios para perfeccionarse, supliendo su ingenio y talento natural aquella falta, para procurarse una entrada al imperio de la ciencia.

Humboldt no pudo dejar de tenerle mucha estimación, y el sencillo habitante de aquel lugar aislado en los llanos y desiertos, consideró su encuentro con este gran viajero como uno de los sucesos mas hermosos de su vida.

Además de las máquinas eléctricas de Pozo, conocieron allí tambien, Humboldt y Bonpland, poderosos apa-

ratos eléctricos de seres animados que habían deseado conocer é investigar desde su llegada á América.

Con aquel entusiasmo que incita á la investigación, se había ocupado Humboldt diariamente, hacia años, de los fenómenos de la electricidad galvánica. Poniendo capas de metal unas encima de otras, alternando con pedazos de carne musculosa, ú otras sustancias húmedas, había construido, sin saberlo, verdaderos aparatos de Volta, y por este motivo era natural que se informase, desde su llegada á Cumana, de los peces conocidos bajo el nombre de anguilas eléctricas, este fenómeno tan extraordinario.

Pero hasta entónces había visto pocos peces tembladores, como les llaman los españoles. Con la apatía de los indígenas y el poco valor que tiene el dinero para hombres de pocas necesidades, era difícil encontrar uno que se hubiera tomado el trabajo de llevar á los naturalistas un pez de esta clase.

Grande fué, pues, su contento al saber que muy cerca del punto de Calabozo, entre las haciendas de Morichal y las Misiones de arriba y de abajo, había verdaderos guinnotas, ó anguilas temblorosas.

—¡Esto es magnífico! exclamó alegremente, y en el acto mandó hacer los preparativos para la pesca de estos animales.

En una hermosa mañana se emprendió la expedición á la Mision del Rastro de abajo. Desde allí los llevaron los indígenas á un arroyo, que forma en la estación del ca-

lor un pantano, rodeado de árboles frondosos, cubiertos de flores aromáticas.

—¡Amol exclamó el mulato al llegar allí. Aquí agua de tembladores.....¿Cómo querer pescar?.....indios tener raíces.....tener Barbasco.

—No creo que será bueno, dijo Bonpland. He examinado esta planta que llaman barbasco, es la raíz de *Piscidia Erythrina*.

—Entonces no podemos hacer uso de esta planta, contestó Humboldt. Esta raíz embriagaria á los animales y no podíamos hacer experimentos con ellos.

—¿No se podría pescar con redes? preguntó Bonpland.

—No poder esto, contestó el mulato despues de haber tomado informes con los indígenas. Tembladores ser como serpientes..... moverse rápidamente..... ver la red..... enterrarse profundamente en el lodo.

—¿De qué medio nos valdremos, pues, para conseguir el objeto? preguntó Humboldt, temiendo que no se pudiera lograr.

—*Embarbasco* con caballos, dijo uno de los indios.

—¿Pescar con caballos? dijo Humboldt á Bonpland, sorprendido.

Pero en el mismo instante montaron los guías en sus caballos, y se alejaron con rapidez, dirigiéndose hácia el llano.

Los dos amigos estaban llenos de curiosidad al ver lo que sucedia.

Pero apénas habian pasado diez minutos, cuando se les presentó un nuevo y sorprendente espectáculo. Los indios volvieron tan rápidamente como se habian alejado, precedidos de unos treinta caballos que habian reunido en la sabana.

Estos animales, criados libremente en el campo, presentaban un aspecto imponente. Tenian las narices infladas, el encuentro ancho y fuerte, los ojos vivos, revelando fogosidad.

Los indios, gritando y silbando, procuraban introducirlos al agua.

Aumentó en estos momentos lo interesante de la escena.

El ruido no acostumbrado, los gritos de los indios, y el pataleo de los caballos dentro del agua, puso en movimiento á las anguilas y las excitó á atacar á los invasores. Multitud de ellas aparecieron en la superficie para desaparecer luego y comenzar su lucha con los caballos debajo del agua. (1)

Fué un cuadro muy pintoresco y original el que se presentó entonces á la vista de los dos naturalistas.

Al rededor del estanque, sombreado por una magnífica arboleda, se veian las figuras bronceadas de los indios, armados con harpones y otates. Algunos de ellos habian subido á los árboles, cuyas ramas se extendian hasta la superficie del agua, y toda esta gente parecia

(1) Viajes de Humboldt y Bonpland, tomo II, pág. 173 hasta 186.

una legion de espíritus malignos, porque tan luego como los caballos intentaban salir á la orilla, espantados por sus enemigos invisibles de quienes recibian golpes electricos, los hacian volver al agua con gritos y empujones.

Pero las colosales anguilas tembladoras, inquietas por los perturbadores de su reposo, y moviéndose en el agua con la velocidad del rayo, se colocaron debajo de la bodega de los caballos, infiriéndoles repetidos golpes con sus baterias eléctricas.

Cada golpe hacia reparar y amedrentar á los caballos, y aun algunos de ellos habian sucumbido á estos golpes invisibles, que recibieron en la parte mas sensible de sus miembros, al grado de precipitarse al fondo del estanque, por falta de fuerzas para sostenerse en la superficie del agua.

Otros, resollando fuertemente, con la crin erizada y el terror en sus ojos inmóviles, se volvian á levantar, buscando el modo de salir del agua. En vano, porque los indios los obligaban á retroceder. Sin embargo, algunos se escaparon, ganando la orilla; pero, tropezando á cada paso, caian en la arena agotadas sus fuerzas por el cansancio, y aturdidos por los golpes de las anguilas.

— Todos los caballos se morirán probablemente, dijo Humboldt entonces, sorprendido del triunfo que obtuvieron las anguilas, entre las cuales habia varias que medían hasta seis piés. En efecto, algunos de los caballos habian muerto; pero por mas que gritaba Humboldt pa-

ra que dejaran salir á los que quedaban vivos, no lo oian los indios, á causa del fuerte ruido que producía el combate.

Paulatinamente fué cambiando la escena.

El calor de la lucha desigual disminuyó. Las anguilas debilitadas desaparecian, porque necesitaban de reposo y de alimento para reponerse de las pérdidas sufridas en sus fuerzas orgánicas.

Los indios aseguraron, que si se dejaban los caballos por dos dias en el estanque, donde habia muchas anguilas, ya no se moriria ningun caballo.

Mediante el cansancio de las anguilas, los caballos comenzaban á sosegarse y á manifestar menos temor. Aquellas, asustadas, se refugiaban en las orillas del estanque, donde los indios las pescaban con sus harpones.

En pocos momentos fueron recojidas vivas cinco de ellas, y puestas á la presencia de Humboldt.

El diámetro del cuerpo de las guimnotas, media tres pulgadas cinco líneas. Su color era verde olivo, en la parte superior, y en la inferior amarillento con matices de colorado. Dos hileras de manchas amarillas corrian diametralmente sobre su espalda, desde la cabeza hasta la cola. No tenian escamas, y la piel estaba cubierta con lodo, que es buen conductor de la electricidad, segun Volta, y aun mejor que el agua.

El órgano eléctrico lo encontró Humboldt por toda la extension de la cola, desde la garganta hasta la columna vertebral, consistiendo en capas acumuladas en colum-

nas, cuya posición era oblicua á la superficie de la piel.

Humboldt y Bonpland hicieron experimentos con ellos, durante cuatro horas, y al acabar sentían mucha debilidad en todo su cuerpo y un cierto malestar, á consecuencia de la grande excitación del sistema nervioso.

Y sin embargo, ya los animales habían perdido mucha parte de su fuerza. A los primeros golpes de una fuerte anguila tembladora, no se podría exponer un hombre sin gran peligro. (1)

Antes de dejar estos puntos, esperaba á los viajeros otra aventura original.

Los llanos se habían convertido, en la parte meridional, en un verdadero desierto.

Una que otra palma, bastante separadas, era lo único que se veía en algunos puntos. El termómetro señalaba, desde por la mañana hasta que el sol se ponía, una temperatura de treinta y cuatro á treinta y cinco centígrados.

Cuando mas sosegada parecía la atmósfera, mas frecuentemente se veían envueltos los viajeros por torbellinos de polvo, producidos por las pequeñas corrientes de aire muy á la superficie de la tierra.

Era al anochecer cuando el mulato, que conducía los animales de carga, hizo alto repentinamente, gritando.

—¡Amo, amo!

(1) Viajes de Humboldt á las regiones equinociales &c. tomo 2º, pág. 106 hasta 117.

—¿Qué es lo que hay? preguntó Humboldt, distinguiendo un objeto á los piés del mulato.

—¡Oh, oh!..... articuló el mulato, con ademán triste.

—¿Qué es, pues, le preguntó Bonpland, es acaso víbora?

—No ser cascabel, contestó el criado. ¡Oh...oh!....

Excitados por la curiosidad, se acercaron los dos amigos, viendo con sorpresa, tendida en el suelo, á una jóven indígena enteramente desnuda y que parecía tener una edad de doce á trece años. (1.)

La sed y el cansancio debían haber producido en ella una completa paralización de todas sus fuerzas. Ojos, boca y narices, se hallaban cubiertos de polvo, y su respiración era apenas perceptible.

En vano se esforzaron los viajeros para volver completamente á la vida á esta pobre Agar, víctima del desierto, que no podía articular palabra.

Junto á ella había un cántaro acostado, con la mitad lleno de arena.

—Agua, exclamó entonces Humboldt.

Afortunadamente había un guaje lleno, cargado en una de las mulas, y el mulato, que se mostró muy compasivo, se apresuró á llevarlo.

Humboldt lavó la cara de la jóven, y Bonpland le introdujo en la boca algunas gotas de vino.

(1.) Hecho positivo.

Entonces, exclamó el mulato:

—¡Oh..... oh! ..... volver en sí..... muchachita volver en sí..... ser Tamanacos..... ser extraviada del camino..... abrir ojos.....

Y brincó de alegría.

En efecto, volvió en sí la muchacha paulatinamente. Al principio estaba atemorizada por la mucha gente que había; pero pronto se calmó, y no comprendiendo el español, se entendió con el mulato en el idioma de los Tamanacos.

—¿Y qué dice? preguntó Humboldt al criado.

—Muchas horas acostada aquí, contestó éste. Venía de Uritucu..... haberla despedido amo..... haber estado enferma..... no poder trabajar mas..... ¡Oh!..... ¡mal amo éste!.....

Segun esta relacion, sus amos en Uritucu, la habian despedido por serles ya inútil, á causa de enfermedad.

—Montadla en una de las mulas, dijo Humboldt, movido de compasion.

Quería llevarla á Uritucu, y despues tomarla á su cargo.

Pero la muchacha no consintió.

Indiferente para los sufrimientos, como toda su raza, y sin cuidarse de lo futuro, insistió en su resolucion de ir á una de las misiones de indios, cerca de Calabozo.

Habiendo sido en vano todas las instancias para que acompañara á los visgeros, la dejó Humboldt algunos

alimentos y un cántaro con agua, deseándole que llegara pronto á su destino, y antes de que montara á caballo, emprendió la jóven su marcha.

Pronto una nube de polvo hizo que la perdieran de vista.





En la quinta del Gobernador de la Provincia de Varinas, en San Fernando de Apure, reinaba un gran silencio (1). El calor excesivo que afuera hacia, se sentía allí ménos, porque el Gobernador, marques del Toro, habia elegido la situacion de la quinta con acierto, así como dirigido su construccion de tal manera, que no molestaban los rayos del sol ni los mosquitos.

(1) San Fernando del Apure (al río de Apure) no se debe confundir con la Mision de San Fernando, ántes mencionada, ni con San Fernando de Atabapo, de que mas adelante se hará mención.

El río Apure pasaba junto á la colina en que se hallaba edificada la hermosa quinta, rodeada de árboles frondosos de liquidámbar, mientras las aguas que se desprendian de las montañas de granito, situadas detrás de la finca, recorrian, por medio de tubos, casi toda la finca, formando en algunos puntos pequeñas fuentes que contribuian para esparcir, por todas direcciones, un fresco agradable.

Esto tenia lugar principalmente, en el cuarto que habitaba D.<sup>ca</sup> Arabela, hermana del Gobernador. Era una gran pieza elevada, que formaba un cuadrilátero oblongo. El agua recorria en cruz, formando en el centro una fuentecita. Las ventanas estaban adornadas de tejidos muy finos para impedir la entrada á los mosquitos, dejando á la vez libre circulacion á la luz y al aire. Además, purificaba la atmósfera en aquel lugar una brisa fresca, que venia casi continuamente de las montañas circunvecinas, alejando de allí los insectos molestos.

Pero lo que daba á esta habitacion un atractivo particular, era el adorno de las paredes que estaban entapizadas con maderas finas color de oro, lisas como un espejo, y esparciendo á la vez un aroma muy agradable. Muebles muy bien contruidos, que habian llevado de la Habana, estaban colocados al derredor, entre ellos un precioso escritorio y dos estantes de libros, conteniendo éstos las obras mas selectas de los poetas españoles, italianos, ingleses y franceses. Era esto un tesoro raro,

que no poseía, en aquella época, ninguna de las Provincias del Sur de América.

Arabela había sido educada en Madrid, bajo la dirección del Padre Acosta, hombre de talento y de instrucción, que la acompañaba cuando el marqués fué nombrado Gobernador de la Provincia de Varinas, y que continuaba aún siendo su confesor y su amigo. Ella profesaba mucho amor á la ciencia, especialmente á la poesía, y aun estudiaba las matemáticas, bajo la dirección de su maestro, mientras su gusto por la naturaleza se mostraba, por la circunstancia de que mantenía una multitud de animales raros.

En lugar de cuadros que sirven entre nosotros para adorno de las paredes, había bonitas jaulas de bejuco, que contenían los pájaros mas raros, casi todos originales del Brasil.

Dos hermosos papagayos, de color verde y cabeza amarilla, se mecían alegremente en grandes aros, hablando y gritando. También había dos pequeños monos, que andaban libremente en la pieza.

Uno de ellos era Tití, del Orinoco (*Simia sciurea*) á quien los indios Maipures llaman Bititeni, muy bonito animal. Tenía la cara blanca y una mancha negra sobre la boca y la punta de la nariz. Lo demás del cuerpo era color de oro, y su joven ama le apreciaba mucho, por la circunstancia de que su cara parecía la de un niño, y tenía la misma expresión de inocencia, juntamente con

la risa y continuos cambios de placer y de dolor. (1)  
Cuando lo regañaba su ama, se llenaban sus ojos de lágrimas.

El animalito era tan instruido, que si le preguntaba Arabela ¿dónde está tu ama? brincaba á una de las consolas, mirando ya á la marquesa, ya al espejo, hasta que ella se acercaba y se reproducía su imagen.

Antes había tenido la marquesa algunos de estos *Titis*, que poseían la cualidad de ponerse tristes, cuando bajaba la temperatura dos ó tres grados, y se acercaban unos á otros para calentarse.

En aquella época, como hemos dicho, no le quedaba mas que uno, los demás se habían muerto; pero siempre tenía una compañera, una *viuda de luto*, como llaman los misioneros á los pequeños monos de Saymirir, por su color. Era un pequeño animalito de pelo negro, de mucho brillo, la cara blanquisca, algo azulejo. Las orejas bien formadas, tenían doblada la parte superior: en el pescuezo tenía una línea blanca, de una pulgada de ancho: los piés eran negros, como todo el cuerpo; pero las manos blancas, de manera que el pequeño animal parecía en efecto, hallarse vestido de luto, con un velo blanco, así como corbata y guantes del mismo color.

A todos estos animales monos y pájaros, quería mucho Arabela, que era tan amable como hermosa.

(1) Viaje á las regiones equinociales, tomo II, pág. 265.

Su esbelto talle daba á su bien formado cuerpo, á pesar de su constitucion robusta, un aspecto encantador y delicado. Todo en ella era belleza y armonia, mientras la apacible expresion de su rostro contribuia mucho á moderar aquel orgullo peculiar á las españolas, que se demuestra más ó ménos en todo: en las facciones, en la figura, en las maneras y aún en los movimientos, siendo el tipo del carácter de su nacion.

Arabela mostraba en todo su aspecto exterior, solamente lo noble de esto. Jamas era ofensivo este orgullo, á excepcion de los casos en que se juzgaba herida en su amor propio. Entónces parecia enteramente otra, oponiendo una frialdad altiva al que la ofendia. En tales casos parecia, en su pureza virginal de corazon, á un querubin con la espada desnuda. En efecto, tenia que resguardar un paraiso, y éste era..... su virginidad en toda su pureza.

Y en la expresion de esta inocencia consistia principalmente el atractivo de su sér, reflejándose aquella en todo: en los ojos, admirablemente formados, con las cejas dulcemente arqueadas y sus largas y sedosas pestañas; en la pura é inocente mirada, y la frente tambien arqueada con suavidad. Sus negros rizos rodeando su hermosa cabeza, contribuian igualmente mucho á dar mayor realce á sus atractivos. Una noble y aristocrática sencillez en sus vestidos, perfeccionaban su aspecto exterior.

A estas cualidades físicas correspondia perfectamente la parte moral é intelectual. Arabela tenia un carácter sencillo, pero firme á la vez. Huérfana de madre desde muy jóven, la obligó el destino á apoyarse primeramente en su padre, despues en el hermano y por último en su digno maestro, el padre Acosta. Por esta circunstancia habia adquirido cierta firmeza viril y un carácter resuelto, hermanado con la verdadera dignidad femenil.

La naturaleza ha dicho á la mujer: «se bonita si puedes; prudente si quieres; pero es indispensable ser estimada.» Esta estimacion es siempre la consecuencia de la dignidad femenil y ésta era el tesoro de Arabela. Se habia podido mover en los círculos aristocráticos de la civilizada Europa, y no se hubiera atrevido á acercarse á ella ningun pensamiento que no fuera estrictamente moral. Con jovialidad é ingenio y sin ser importuna, podia acercarse á todo el mundo; amable con todos sin rebajarse por esto en nada. Con esto era sumamente franca, pero no se dejaba sorprender y arrebatar jamas de las conmociones de su corazon.

Todo lo recibia con amor, como una niña; pero nunca olvidaba por esto hacer uso de la razon. Poseía ingenio y talento, sin tener la pretension de querer lucir estas cualidades.

Arabela escogia con predileccion y conservaba con gusto aquello que un gran genio habia concebido y presentado en un lenguaje noble. Le gustaba ver inter-

pretados sus pensamientos. Por este motivo se presentaba á su fantasía frecuentemente, lo que tiene de hermoso la poesía; por esto la cultivaba, venerando á los poetas.

El Gobernador su hermano, reunia en San Fernando de Apure, en su casa, lo mas escogido de la sociedad, como lo habia hecho en Varinas, pues aunque San Fernando era un lugar relativamente pequeño, habia en las cercanías muchos plantíos de caña de azúcar y de algodón, cuyos propietarios pertenecian á las primeras familias del país y con quienes el Gobernador llevaba buenas relaciones. Eran éstas las de D. Juan de Reinaga, D. Antonio Enriquez y D. Francisco Sanchez.

De estas familias se componia el círculo que el Gobernador reunia en su casa, al llegar Humboldt y Bonpland; que en su expedicion tocaron á San Fernando, teniendo cartas de recomendacion de D. Vicente de Emparan Gobernador de Cumana, para el marques del Toro. Un gentilhombre español, D. Nicolas Soto, tambien estaba allí de visita.

Este, pariente lejano del marques y desde hacia dos meses el huésped del último, habia llegado de Cádiz con el objeto de perfeccionar sus estudios y satisfacer su deseo de viajar. Dueño de una inmensa fortuna, anhelaba conocer países lejanos, así como sus habitantes y sus costumbres.

Soto era un jóven bien parecido, aunque no un tipo de belleza, y á pesar de sus riquezas, habia recibido una

buena educacion, adquiriendo bastantes conocimientos. Por este motivo no le gustaba ser militar, aunque tenia un grado en el ejército español. Su ingenio, buenos modales y jovialidad, encantaban á todos los que entraban en relaciones con él.—¿Por qué no habia de suceder lo mismo con el marques y su hermana?

Don Nicolas habia llegado con la intencion de permanecer en San Fernando, solo quince dias; pero habian pasado dos meses sin que pensara dejar la casa hospitalaria del marques; tanto le habia agradado al jóven español la familia de aquel.

Arabella por su parte, no descaba tampoco que se fuera.

Ella, apenas de una edad de diez y ocho años, habia conocido hasta entónces, muy pocos jóvenes del mérito de Soto, y era natural que éste le agradara; Soto por su parte la amaba con pasion, desde los primeros quince dias de su permanencia en la quinta. El Gobernador y el padre Acosta notaron desde luego este amor naciente, y como no le vieron con desagrado, siguió desarrollándose paulatinamente entre los dos jóvenes; así como de un boton de rosas resultan aromáticas flores.

El padre Acosta que conoció muy pronto en Soto un jóven instruido y de buen carácter, se alegró mucho de este amor, que debia hacer feliz á su discípula. Su principal anhelo era, por consiguiente, influir en que el amor de Arabela se desarrollara de un modo tan noble y tan bello como posible. Por este motivo le gus-

taba tratar frecuentemente este asunto en sus conversaciones con Arabela.

Una mañana habia pasado en leer la *Luisiada* de Camoen, cuando el Padre Acosta que estaba presente, exclamó con entusiasmo al llegar á cierto pasaje de esta obra:

—¡El amor es lo mas elevado y lo mas noble en la tierra!

Arabella se ruborizó involuntariamente y el Padre lo observó. Sonriendo tomó la mano de su discipula, la miró con afabilidad y dijo:

—No debes ruborizarte al oír esta verdad, hija mia, aunque lo confirme tu corazón.

Arabella se puso mas colorada aún.

—Padre mió!... balbuceó, haciendo muchas caricias á Tití..... ¡padre mió!

—¿Qué pues? dijo el sacerdote con una sonrisa afable.

—¿Sabeis?.....

—Que eres una niña excelente con un corazón muy sensible. ¿Por qué habia de quedar, pues, este corazón extraño al amor?

Arabella, inclinando su cabeza aún mas profundamente, dijo con voz apenas perceptible:

—¿Y vos no desaprobais, pues, mis sentimientos?

—¡No por cierto! exclamó conmovido el padre. El que puede amar es fuerte; el que puede amar es justo;

el que puede amar es casto; el que ama es capaz de emprender y de sufrir todo. El alma de los que de veras aman, es como un sagrado templo, donde arde sin cesar el incienso en que hablan todas las voces de Dios, y se encuentran todas las esperanzas de la inmortalidad.

—Es cierto, exclamó Arabella, y sus miradas expresaban el entusiasmo de que estaba poseida. Siento en mi corazón..... que el amor *puede hacer muy dichoso*.

—Dios te dé esa felicidad, dijo el Padre Acosta, besando la frente de la niña. ¿Y no quieres decirme el nombre de aquel á quien tu corazón ha escogido?

—Vos le conocéis bien.

—Deseaba saberlo de la boca de mi querida discipula.

—Decid mejor, de la boca de vuestra hija: porque siempre habeis sido para mí un verdadero padre.

—Sí, lo he sido, dijo el Padre Acosta con la expresión de una verdad que convence, y con profunda conmoción. Por esto pregunto como padre .....

—Pues bien, dijo Arabella con voz apenas perceptible, es como sabeis, el joven Soto, á quien amo. ¿Consentirá mi hermano en este amor? añadió con timidez.

—Ciertamente! contestó el sacerdote. El joven Soto es de buena familia, instruido, de talento, y que es lo mas importante, un hombre de carácter. Además, el Gobernador tu hermano, sabe muy bien, que el hombre está creado para el amor, y que no lo siente como tal en la significación mas noble de la palabra, sino hasta el día

que conoce que ama verdaderamente. Antes de conocerlo, se le parece como si buscara algo; está inquieto, excitado y voluble en sus pensamientos; pero desde el momento en que ama, ha alcanzado la base de su destino, y con la felicidad entra el reposo en su corazón.

—¿No es pues un pecado, dijo Arabela radiante de alegría, cuando os confieso, padre mio, que no pudiera vivir sin este amor?

—¡No, hija mia! contestó el padre Acosta, dirigiendo una mirada afable á la niña; es lo mismo que si dijeras no puedo vivir sin respirar. En la vida moral como en la física, es preciso respirar. El amor es la respiración del alma. Ella necesita para conservarse sana y fuerte, del amor, de la aceptación de sentimientos de otra alma, para devolverlos al corazón amado con mas intensidad. Sin este doble objeto recíproco falta al hombre el aire para respirar, hablando moralmente, él sufre y..... se muere.

—¡Oh Padre mio! exclamó Arabela estrechándole las manos. Cuán bueno sois, y cómo sentís todo tan profunda y verdaderamente!

Un suspiro salió del pecho del Padre Acosta: luego dijo con una sonrisa melancólica:

—El amor es un bien común de la humanidad; los ricos gozan de una buena mesa, y Dios ha tenido cuidado de que aún para los ménos afortunados haya alguna compensación. Pero dejémos esto. Dime mejor, hija mia, ¿ya sabe Soto de tu amor?

Arabela guardó silencio por unos instantes, luego arrojó una mirada franca hácia su amigo paternal, y dijo con inocencia:

—Creo que lo sabe; pero yo no se lo he dicho.....

—Esto se arreglará, contestó el Padre Acosta. El te hará su declaración. El amor es una flor tan delicada, que con cierto sagrado recelo, se debe dejar su desarrollo á la misma naturaleza. Pero ¿sabes, hija mia, que este amor me quita un gran cuidado?

—¿Y cuál, padre mio?

—Que hubieras entregado tu corazón á D. Manuel Sanchez, hijo del gran propietario de la hacienda del «Diamante.»

—¡Oh! contestó vivamente Arabela, esto nunca sucedería. No me gusta de ninguna manera D. Manuel.

—Y tampoco merece tu amor, contestó el Padre Acosta con mucha gravedad. Es un jóven de muchas pasiones, orgulloso, vengativo, y tan cruel para con los esclavos como su mismo padre.

—¿Será cierto?

—Lo sé de positivo. El Padre Romano, que está de capellan en la hacienda del Diamante, me lo ha dicho, hace poco: que el jóven Sanchez, no piensa en otra cosa que en inventar nuevos tormentos para los esclavos de su padre. No le satisface mandarlos azotar con el terri-

ble manati, (1) hasta que caen muertos, no!..... se dice que hace algunos meses ántes de nuestra llegada, aconteció un caso muy terrible.

—¡Me haceis estremecer!

—D. Francisco Sanchez, el padre de D. Manuel, habia comprado poco tiempo ántes á un esclavo de la tribu de los Caribes. Es verdad, los esclavos de esta tribu son los mas tercos.....

—¿Quién lo puede tomar por mal? le interrumpió Arabela. Ellos fueron un dia los dueños del país desde las Antillas hasta el Orinoco. Ahora no solo se les ha despojado casi enteramente de la herencia de sus padres, sino que los venden como esclavos donde los encuentran.

—Es muy triste, en efecto, dijo el padre Acosta, pero aún mas triste es, si hombres que se dicen civilizados y quieren ser cristianos, olvidan toda humanidad y las máximas del cristianismo, de tal manera, que se convierten en verdaderos tiranos para con sus desgraciados prójimos.

—¿Y qué hizo D. Manuel Sanchez?

—Se dice, que al caribe que trató de fugarse y que volvieron á aprehender, le mandó suspender de los piés á un árbol y de las manos á otro, y despues

(1) Esta especie de látigo de piel de vaca de marina, es terrible para los esclavos. La piel de este animal, de un grosor de una y media pulgada, se corta en tiras y se seca. Cada azote quita no solo la piel del cuerpo, sino corta la carne como con cuchillo.

azotar con el látigo al desgraciado hasta que cayó desmayado.....

—Dios mio, ¡qué inhumanidad!

—Despues dejó al pobre esclavo suspenso en el árbol; al dia siguiente le encontraron muerto, y en parte comido por los tigres.

—Esto es abominable, exclamó Arabela llena de indignacion; y se levantó con tanta vehemencia, que el pequeño Tití se refugió asustado en un rincon del cuarto. No ha de volver á visitarme; pues hasta ahora solo he tolerado sus visitas por su hermana.

Y se paseó con grandes pasos y con cierto orgullo en todo su continente, en la pieza.

El padre Acosta la miraba por algunos instantes con satisfaccion, y luego dijo con calma:

—No cometas ninguna imprudencia, hija mia. Tu noble indignacion contra las malas acciones me dá mucha satisfaccion, pero harias mal en excitar el enojo á un sujeto tan malo, como lo es D. Manuel Sanchez, en contra tuya, tu hermano y el jóven Soto. Nada remediarias con esto, y ¿quién puede calcular hasta dónde alcanzaria la venganza de estos hombres? Debes oponer á sus obsequios una fria dignidad, pero evitar todo choque abierto.

En aquel momento se oyó una hermosa voz. Las facciones de Arabela tomaron un color purpúreo. El padre es pmo en pié sonriendo maliciosamente.

—¿Ya os quereis ir, padre mio? preguntó la marquesa con voz vacilante.

—Sí, hija mia, contestó el sacerdote. Creo que pronto entrará otra visita mas grata para tí.

—¡Oh, padre mio! exclamó la jóven abrazando á su viejo y fiel maestro con efusion. Nunca encontraré mejor amigo que vos!

El padre sonrió diciendo:

—Acaso uno mas jóven; pero que no te será ménos fiel y te querrá mas que yo.

—¡Oh! exclamó Arabela, si supiera.....

—No será tarde! dijo el Padre Acosta, besándola en la frente. Esperar, anhelar y creer, hace mas dichoso que saber.

Y luego, con una mirada de bondad paternal salió del cuarto.

Nada hay que haga á un sér femeníl mas amable, que un humor alegre. El reviste con tal encanto á la niña, á la jóven y á la mujer, que conquista á todos los corazones. Aunque otras cualidades pueden tambien cautivar nuestro corazon, la jovialidad inocente de una mujer nos impresiona mas y nos embriaga. En el acto sentimos que es una fuente que rejuvenece. Por eso es, que tanto repugnan la trialdad, el mal humor y, ante todo, los caprichos de una mujer, porque es una verdad probada, que ménos molesto seria vivir al lado de un temperamento frio, que al lado de una mujer caprichosa. Miétras que una jóven de esta clase es hermosa y ob-

sequiada, considera aquellas cualidades negativas como positivas, por parte de sus adoradores; pero solo de ellos, porque todo el mundo sabe que los caprichos perturban de un modo triste, la hermosa paz de la vida, aun del hombre mas jovial, y al fin le hacen sucumbir; cuando, al contrario, una jovialidad pura, posée la fuerza maravillosa de unir, compensar y ennoblecer los temperamentos mas heterogéneos.

Así sucedió con Arabela y el jóven Soto, en quien la jovialidad de la primera influyó de un modo encantador. Daba gusto ver á los dos jóvenes chancear y reir alegremente, en cuyas ocasiones se coloreaba frecuentemente el bello rostro de Arabela, no porque el jóven se hubiera permitido algunas libertades, de que estaba muy distante, sino porque ella conocía que era amada. Y no podia tomar la conversacion de ambos un giro que ruborizaba á la timidez juvenil, aunque lo deseaba el amor.

En efecto..... el jóven español no solo deseaba una declaracion, sino que al fin se la hizo.

El pequeño Tití se habia sentado en las piernas del jóven, y le miraba con una expresion de cariño tan graciosa, que incitó á los dos jóvenes á la risa. Soto lo acarició con sus manos, miétras Arabela se puso encendida.

—¿Qué teneis? la preguntó el jóven alegremente.

Arabela se encendió mas, luego contestó:

—Me alegró que Tití os quiera tanto, porque esto habla en vuestro favor.



—Me haceis una gracia singular.

—Esto lo debeis agradecer á Tití.

—¿Por qué?

—Tití es conocedor de la gente.

—Me atemorizais.

—¿Tendreis acaso motivo para ello? No lo creo.

—Acaso podría leer en mi corazón cosas, que.....

—Fuera de chanza, le interrumpió Arabela, encendiéndose de nuevo; hay un maravilloso instinto en este animalito. Puedo estar segura de que aquel á quien hace cariños, es un *buen hombre*. Y si, al contrario, se le acerca uno que sea malo, se refugia generalmente en algun rincón, y contesta á sus caricias enseñando los dientes.

—¡Vaya! exclamó Soto, riendo. Entónces Tití es un verdadero oráculo.

—Hablo seriamente, contestó la jóven. Tengo abundantes pruebas para ello, aunque no puedo explicármelo.

—De manera, mi Sr. Tití, dijo el jóven dirigiéndose á éste, que se hallaba todavía sentado en sus piernas, que tengo que dar las gracias á vuestra merced, por la buena opinion que teneis de mí.

El mono miró atentamente al jóven con sus grandes ojos.

—¿Podreis decirme acaso tambien, mi Sr. Tití, continuó el jóven alegremente; quién es la mejor señorita del mundo?

Fuese por casualidad ó porque habia mirado el jóven á Arabela al decir estas palabras; apénas habia concluido su pregunta, cuando el animalito brincó á los hombros de la jóven, abrazándola cariñosamente con las manos.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamó el jóven español.

—¡Mientel baluceó Arabela, ocultando en la piel de su favorito su rostro encendido.

—No seais tan injusta con Tití, dijo el jóven. Vos misma acabais de decir que teneis pruebas de la infalibilidad de los juicios de Tití. Además, podeis creer que soy de la misma opinion del animalito, y me he convencido hace mucho tiempo de que la Srita. Arabela del Toro, es la mejor y mas amable jóven de ambos hemisferios.

—¡Señor mio!.....

—Ojalá pudiera manifestároslo como Tití.

—¿Cómo?

—Bien..... estrechándoos en mis brazos.

—Sois descortes, contestó Arabela con una turbacion encantadora. Hablemos de otra cosa. Hoy en la noche recibirá mi hermano visitas que.....

El jóven Soto habia arrimado su silla junto á la de Arabela. Suavemente puso su mano sobre la de ella, y dijo:

—¿Acaso os disgustaria descansar sobre este corazón que palpita ardientemente por vos, mas que todos los del mundo?

—¿Olvidais que tengo un hermano y un amigo paternal?

—Puede ser que os profese yo la misma fidelidad y estimacion que estos dignos señores; pero una cosa no pueden ofrecerme: el amor ardiente que yo siento por vos.

El jóven, despues de haber pronunciado estas palabras, habia caido de rodillas, cubriendo de ardientes besos las manos de Arabela, que temblaban entre las suyas.

El corazón de la jóven palpitaba con tanta fuerza, que apenas podia respirar, y su rostro se cubrió de rubor. No encontró palabras que contestar, y su satisfaccion interior se dió á conocer por un torrente de lágrimas.

—¡Arabela! exclamó entonces el jóven; sí, ha llegado el momento de revelaros que os amo, y sus ardientes miradas buscaban las suyas. No me rechazéis. y confesadme francamente si puedo esperar ser correspondido.

Arabela no pudo contestar, porque le faltaba entereza, siendo tal la turbacion que le produjo el ardiente amor que sentia en su ánimo, que el cielo y la tierra habian desaparecido para ella en semejantes momentos. La dicha y el deleite brillaban en sus miradas al encontrarse con las del jóven.

¡Oh! en aquel momento conocieron ambos que se amaban con ardor. Y sin embargo, volvió á preguntarla el jóven:

—Arabela, mi dulce amor, ¿me amas?

Entonces inclinó su hermoso rostro hácia Soto, diciendo con voz apenas perceptible:

—¡Sí!.....

Pero afuera, detrás de plantas muy tupidas, estaba una figura alta, en traje sacerdotal, era el Padre Acosta. Se encontraba allí, no para escuchar, sino que pasaba en aquel momento por casualidad.

Se detuvo: su semblante estaba pálido: sus ojos se llenaron de lágrimas, y sin embargo, se notaba un gozo infinito en sus nobles facciones. Lo que el jóven ganaba en este momento, perdía en parte su corazón paternal; pero lo perdía con gusto, porque..... veía muy feliz á su discípula favorita.



Era la noche del mismo día en que el joven Soto había declarado su amor á la hermana del Gobernador, y encontrado correspondencia. Esa misma noche tuvo lugar una brillante reunion en la casa del marqués.

Habian llegado los dos ricos propietarios D. Juan de Reinaga y D. Antonio Enriquez con sus familias, hallándose presente tambien el joven Soto, el Padre Acosta, Humboldt y Bonpland. El Gobernador y su hermana hacian los honores.

Las jóvenes, con sus trajes de lijeros géneros de la India Oriental, presentaban una vista encantadora, y habrian hecho honor, respecto del buen gusto; á un salon parisiense; pero ninguna de ellas llevaba alhajas, porque ni á D. Juan, ni á D. Antonio, les agradaba emplear su dinero en cosas que no produjesen; pues la riqueza de los propietarios de aquellas comarcas, no consiste en perlas ni joyas, sino en tierras y esclavos. Se procura que los capitales no cesen de producir, y en cuanto á las costumbres, domina cierta sencillez.

La reina de la fiesta era indudablemente Arabela, cuya magnífica figura, cubierta con un vestido blanco de gasa, con fondo color de rosa, pareció al joven Soto, en su entusiasmo, como lirio en una mañana de primavera. La misma opinion expresó Bonpland á Humboldt.

Tambien las tres hijas de Reinaga eran hermosas. Su color moreno, propio de los que nacen bajo aquella zona, formaba un gracioso contraste con sus blancos vestidos. Solo los dos vástagos del Sr. Enriquez habian elegido vestidos encarnados, que las venian mal con sus caras largas y amarillentas. A todas las señoritas se asociaban jóvenes varones de los alrededores, por lo cual la conversacion se hacia alegre y animada. Risas de buen humor resonaban en este círculo, mientras que en el de las señoras grandes se hacian comentarios malignos, acerca de la permanencia del joven Soto en la casa del Gobernador, y de su familiaridad con Ara-

bela. La digna esposa del Sr. Enriquez era la que principalmente se ocupaba de estos pormenores, porque deseaba que el joven español se casara con una de sus hijas.

El Gobernador conversaba con los propietarios, respecto de la cosecha de azúcar y algodón, y el Sr. Enriquez se lamentaba del crecido precio que tenían los esclavos, mientras que la fiebre los diezaba.

El Padre Acosta, que se hallaba en la parte opuesta del salón, platicando con Humboldt y Bonpland, dijo entre otras cosas:

—Todo tiene sus dos lados. Las misiones habrían producido indudablemente muchos bienes, si no fuera por la violenta y abominable conquista de almas, tan indigna de la iglesia cristiana.

—¿Conquista de almas? ¿qué quereis decir con esto? preguntó Bonpland.

El Padre Acosta se pasó la mano por la frente, como acostumbra cuando le ocurría alguna idea grave, y contestó:

—La voz del Evangelio, dice un jesuita del Orinoco en las cartas edificantes de la compañía de Jesus, solo hace eco entre los indígenas con el de la pólvora y las balas. La suavidad es un medio muy lento. El castigo facilita la conversión de los indígenas.

—Estoy convencido, interrumpió Humboldt, de que máximas de esta clase, que son un baldón para la humanidad, no las profesan todos los miembros de esa

sociedad: que en el Nuevo Mundo, y en todas partes donde la educación pública ha quedado exclusivamente en manos de los monges, ha prestado servicios á la ciencia y á la civilización.

—Puede haber excepciones, dijo el Padre Acosta, y yo mismo pertenezco á ellas. Pero las conquistas con las bayonetas, son una crueldad inseparable, tratándose únicamente del establecimiento de las misiones, de una manera violenta.

—Esto sería malo, muy malo, dijo Humboldt.

—Es mas que esto, contestó con una indignación visible el Padre Acosta; es una mancha que hombres indignos y codiciosos imprimen á la Iglesia.

—¿Y es verdaderamente así? preguntó Bonpland.

—¿Sabéis lo que es positivamente una conquista de almas? dijo el padre Acosta.

—Pienso que se debe tomar en el sentido moral, contestó Bonpland, y que significa conversión de los indios.

El Padre Acosta pasó de nuevo la mano sobre su frente, y dijo:

—Ojalá tuviérais razón.

—¿Y qué es, pues?

—¿Seguramente ireis al Orinoco?

—Sí.

—Pues bien, cuando llegéis al punto en que desemboca el río Parunsi en el mismo Orinoco, vereis un cerro, cuya cima forma una pequeña mesa; tiene una altura como de trescientos pies, y ha servido de plaza fuer-

te á los Jesuitas, desde la fundacion de las misiones. Se estableció allí una pequeña fortaleza con tres baterías, y servia como punto militar.

—Pero ¡por amor de Dios! exclamó entonces Bonpland, ¿para qué necesitaban los buenos padres de soldados y cañones? Yo pensaba que sus armas eran las palabras de la escritura, las máximas del Evangelio y el buen ejemplo.

—Los soldados, continuó el Padre Acosta con calma, animados por las recompensas de dinero, hacian incursiones á mano armada, en el territorio de los indios independientes, *asesinando á los que hacian resistencia, quemando sus chozas y llevando prisioneros á los ancianos, mujeres y niños.*

—Pero esto es contra todo derecho de gentes, y contra las máximas del cristianismo, exclamó Humboldt.

—Desgraciadamente teneis razon, contestó el Padre.

—¿Y qué se hacia con los prisioneros?

—Se repartian en el acto en las misiones del Meta, Río negro y el Orinoco superior, y se escojian estos puntos, como mas lejanos, para quitarles la tentacion de volver á su país natal.

—¿Y esto se llama fundar misiones y convertir paganos? preguntó Humboldt, muy indignado.

—Esto se llama entre nosotros conquistar almas, contestó con calma el Padre Acosta.

—¿Y qué dice de esto el gobierno? preguntó Bonpland.

—Este medio forzado de conquistar almas, dijo el Padre, aunque está prohibido por las leyes españolas, fué generalmente elogiado por las autoridades de aquí y los Prelados superiores de la Compañía de Jesus, *como muy provechoso para la religion y el establecimiento de las misiones.*

—¡Justo cielo! exclamó Alejandro de Humboldt, sorprendido. ¿Cómo es posible que las autoridades civiles y eclesiásticas, hombres y cristianos, pudieran olvidar hasta ese grado las leyes de la humanidad?

—Con todo esto, seguramente no se hará mucho por la instruccion de esas almas conquistadas, dijo Bonpland.

—Los señores pueden formarse juicio de esto, contestó el Padre Acosta con gravedad. A las almas conquistadas se les tenia como un pequeño rebaño de esclavos, chozas miserables al derredor de una alta cruz de mision, erigida en el centro del campamento: se les daba el nombre de aldeas; *pero en realidad no existian sino en las cartas grabadas que se mandaban á Madrid y á Roma.*

—¡Increible!

—¡Pero verdad! Las chozas eran de caña y hojas de palma, y el producto del trabajo pertenecia á los misioneros. Los indios quedaban completamente desnudos como en sus bosques.....

—¿Y su desarrollo moral?

—Se les enseñaba de pura fórmula cosas religiosas, que no comprendian ni podian comprender; pero esto no

importaba, con tal de que se arrodillaran cuando se decía misa. *No se exigía más.*

—¡Increible, increíble! exclamó Humboldt; pero.....

En este momento una risa general interrumpió la conversación. Se voltearon, y vieron una escena chusca.

Durante la conversación habían venido más convidados, entre ellos D. Francisco Sanchez con su familia, que consistía en su esposa, un hijo y una hija.

Sanchez era un hombre de corta estatura y fornido; sus facciones indicaban algo duro y malicioso; sus ojos chispeantes revelaban al astuto especulador, que no se detiene en los medios, por malos que sean, cuando se trata de hacer dinero.

Se decía que antes había sido traficante de esclavos, y aun en aquella época, con infracción de la ley, compraba á los indígenas libres, porque le salían más baratos que los negros. Era un hombre muy rico y dueño del ingenio del Diamante, el más productivo de los alrededores. La crueldad con que eran tratados allí los esclavos, hacía presagiar á muchos un fin desastroso á esta hacienda, tanto más cuanto que las tribus de indios vecinas, principalmente la de los caribes, habían sido excitadas á la venganza por el mal tratamiento de sus individuos; pero D. Francisco se reía de esto, creyéndose seguro por la severa vigilancia que ejercía en los esclavos, así como por sus grandes elementos de defensa y la proximidad del punto de San Fernando. Entre aque-

llos elementos contaba con buenas armas y con diez colosales perros de sangre, terror de los esclavos.

Su hija, amiga de Arabela, era una niña amable, sin pretensiones, que no conocía el orgullo ni la dureza de sentimientos. Este carácter formaba contraste con el de su hermano, que era muy orgulloso y malévolos en toda la extensión de la palabra, aunque en su aspecto exterior no lo indicaba, porque era bien parecido. El Padre Acosta lo había calificado de demonio en figura de ángel.

Hacia tiempo que cortejaba á Arabela, no porque la amara, sino porque le convenía casarse con ella, para gozar de su hermosura, de su riqueza y de su elevada posición social; pero Arabela nunca había experimentado simpatía por él, sino que al contrario, su presencia le producía un efecto repulsivo, y mucho más con lo que le había dicho el Padre Acosta por la mañana; de manera que en esta ocasión lo recibió con mucha más frialdad que antes. El joven Sanchez era de bastante mundo y no se desalentaba por esto; al contrario, redoblaba sus atenciones para con Arabela. Conociendo lo mucho que ésta quería al pequeño Titi, que á la vez se había colocado sobre sus hombros, trató de captarse la voluntad de ella acariciando al mono; pero luego que este le vió, se introdujo en la manga del brazo de Arabela, asomando solamente la cabeza. Este momento juzgaba Sanchez como más oportuno para hacerse apreciable á los ojos de Arabela, y tomando algunos dulces

de un platon que servia uno de los criados de la casa á los convidados, los presentó á Tití cariñosamente. Este recibió mal el obsequio, pues ántes de que el jóven Sanchez pudiese impedirlo, le hizo arrojar los dulces al suelo, y enseñándole los dientes, le demostraba su antipatía, lo cual, observado por la concurrencia, provocó la risa general.

El jóven D. Antonio palideció. Sin embargo, haciéndose violencia, tomaba parte en la risa, disimulando la cólera que le habia causado este incidente, del que pronto nadie se acordaria. Tití fué castigado por el Gobernador, haciéndole salir del salon.

Cuando la brillante reunion habia llegado al colmo de la alegría, la sorprendió el Gobernador con la noticia del próximo enlace de su hermana con el jóven capitan D. Nicolás Soto.

Se entiende que siguieron las felicitaciones por todas partes; aunque las Sras. Enriquez ponian las caras mas largas, y en el pecho del jóven Sanchez estaba hirviendo el odio contra el afortunado rival; en lo general se mostró gran regocijo, y todo el mundo era la amabilidad personificada.

En una hora muy avanzada de la noche se disolvió la reunion.

El jóven Sanchez acompañó á caballo el coche en que se hallaba su familia. Nadie conoció el furor que se habia apoderado de él; de buena gana hubiera matado esa misma noche al jóven Soto; pero esto no podia arriesgar,

porque el dueño del «Diamante» tenia que ser forzosamente amigo del Gobernador por muchos motivos; pero era preciso desfogar su ira á toda costa.

Poseía un mono semejante al Tití, que habia pensado regalar á Arabela. Al llegar Antonio á su cuarto, cogió al mono sin proferir una palabra, le amarró las manos juntas con los piés, y suspendiéndole de la cola le dió latigazos con tal furor, que el pobre animal pronto murió. Despues echó su cadáver á los perros de sangre.

El rebaño necesitaba del reposo y de algunos días de buena alimentación, para que «las piezas» pudieran venderse á buen precio en el mercado.

No faltaban en aquel día compradores: habían llegado de todos los ingenios de los alrededores, y del Orinoco superior, porque no había plaza alguna en aquellas comarcas, que celebrara una feria anual de esclavos.

El edificio en que la venduta se debía verificar, se hallaba á un extremo de la ciudad. Había un salón lleno de gente, lo mismo que la cantina inmediata á éste, la que formaba una especie de corredor. En ella se servían vinos y alimentos por cinco ó seis muchachos, que apenas podían dar cumplimiento.

Entre los concurrentes, se hallaban también D. Antonio Sanchez y su digno padre, quienes encontraban allí muchos conocidos.

—Buenos días, D<sup>o</sup> Lanchos, saludó al entrar el viejo Sanchez, á una señora alta y formida, que tenía aspecto de hombre y se hallaba junto al mostrador de la cantina, tomando un vaso de aguardiente.

Esta señora no era joven ni hermosa, porque su cara huesuda y sus facciones duras, armonizaban perfectamente con la construcción musculosa de su cuerpo, cubierto con un vestido de indiana de muchos colores, mientras que un enorme sombrero de paja adornaba su noble cabeza. Un negro que se hallaba á su lado con un inmenso quitasol, indicaba ser esta señora propietaria



### La vida de los esclavos.

Al día siguiente hubo mucho bullicio en las calles de San Fernando de Apure, mas que en cualquier otro día del año, porque había una gran feria..... mejor dicho, una *venduta pública de esclavos*, que cada año se celebraba en la ciudad mencionada.

Los traficantes de esclavos, ya habían llegado con sus «negros rebaños», con su *caza de negros*, como solía llamar D. Antonio Sanchez á los negros que estaban de venta.



ria de un ingenio, y que habia venido á aquel punto, para proveerse de esclavos.

Cuando D<sup>a</sup> Lanchos oyó la voz del viejo Sanchez, se volteó, diciendo con una perfecta voz de hombre:

—¡Ah! D. Francisco Sanchez. Dichosos los ojos que os ven.

Luego le ofreció una copa de aguardiente. D. Francisco tomó un poco, y volviendo la copa, dijo:

—Por Dios! D<sup>a</sup> Lanchos se ha conservado bien en los diez años que no nos hemos visto.

—¡Vaya! contestó la señora riendo. Tampoco D. Francisco ha desmerecido..... y le encuentro gordo y con mas dinero, segun dicen.

—Tal vez será así; el Diamante es una buena finca.

—La mas productiva de toda la comarca.

—Vaya! dijo Sanchez, pidiendo unas copas de aguardiente. Tampoco la hacienda del Tuy es despreciable, y os ha dado buenas cosechas. Habis hecho bajar los precios del azúcar en la última vez. ¿Lo hareis tambien hoy, en la venduta de esclavos?

—De ninguna manera, contestó la propietaria. Pienso solamente reponer lo que se ha inutilizado de negros; diez ó doce, si la *mercancía* es buena. ¿Cuántos habrá en el mercado?

—Seiscientas sesenta piezas, contestó Sanchez con indiferencia. Iremos á verlos si gustais.

—Corriente, dijo D<sup>a</sup> Lanchos.

Y ambos fueron al salon donde habia muchos compradores. Frente á la entrada, en un extremo de la sala, habia una mesa sobre una plataforma, y estaban á la derecha los escribientes y cajeros. Detrás de la mesa se hallaba la del vendutero; á su derecha se encontraban los esclavos varones, formados en hilera, y á su izquierda las esclavas.

Todos estaban recién lavados, y las mujeres tenian delantales nuevos de indiana; algunas de ellas, las de mas precio, se hallaban bien peinadas.

¿Y por qué no habia de ser así? ¿no se peinan y preparan lo mejor posible los caballos, cuando se trata de obtener por ellos un buen precio de venta?

Entre las dos hileras iban y venian los compradores inspeccionando las *mercancías*. Estos compradores reian, chanceaban y revelaban un buen humor.

Los negros guardaban silencio, indicando los mas, por su indiferencia, que estaban resignados con su suerte. Solamente algunas mujeres tenian su vista fija en el suelo como avergonzadas, y en algunos esclavos varones se notaba una mirada taciturna. Acaso unos pensaban en sus padres, y otros en sus hijos ó parientes, ó en su patria y sus hogares..... En fin, en todo lo que les era querido y se les obligaba á abandonar, para no volverle á ver jamas.

—¿Pero qué diablos estais haciendo aquí? dijo en este momento el jóven Sanchez á un hombre de edad, tocándole el hombro. ¿Habeis traido mercancía de esclavos como criador? ¿Cómo es que no os habia visto sino hasta ahora?

El criador de esclavos hizo la señal de la cruz, contestando:

—Acabo de oír la santa misa.

—¿Tan devoto? preguntó Antonio.

—El negocio no produce buena ganancia, si no está uno bien con la Santa Madre Iglesia.

—¿Y el cielo favorece vuestro negocio?

—Debo confesar que estoy satisfecho.

—¿Teneis alguna mercancía de venta?

—Solo algunas mujeres que no paren, y que deseo cambiar por mercancía fresca, que se reproduza.

—Sois un hombre original, dijo el jóven Sanchez, que habia venido á la venduta para disipar su cólera del dia anterior. Creo que teneis cria de negros, como en las haciendas se tiene la de cerdos.

—Así es en efecto, contestó el hombre, estregándose las manos y pasándose de un lado á otro de la boca el tabaco que mascaba. Es casi el mismo giro, con la diferencia de que la cria de negres produce algo mas.

—¿Algo?..... Se dice que os habeis hecho muy rico.

—He hecho alguna cosa, contestó el otro con una sonrisa de satisfacción.

—¿Pero cómo haceis para que os produzca el negocio?

—Este no es un secreto que deje de estar al alcance de los demás hombres. La cria de negros es para mí el giro principal. Por esto no cultivo mas que el tabaco en mi hacienda, cuyo clima es bueno. Mis negros reciben un alimento fuerte; leche, carne y maíz. No comen como los vuestros á quienes dais solamente frijol y mala carne, en corta cantidad. ¡Oh! los negros están conmigo como en el paraíso. Las mujeres que paren mucho, son preferidas en la buena alimentacion y el trato, y jamas se venden. Las que no paren, las pongo presto bajo el martillo del remate. Traigo aquí doce de estas. Harémos negocio con ellas. Comprádmelas, si os convienen. Son fuertes y sanas. Si las tomis todas, os daré á seiscientos pesos pieza.

—Lo creo, contestó Sanchez; pero no doy ni cuatrocientos.

—Es buena mercancía.

Antonio movió la cabeza.

—No han sufrido nada, son fuertes, tienen huesos sanos.

—No saben trabajar.

—Para eso es el látigo y la media racion.

—Para que se enfermen despues.

—Pues bien, os las daré á quinientos.

—Ni á cuatrocientos.

En este momento sonó la campana del vendutero. Era la señal de que el remate comenzaba.

Todo estaba en silencio, cuando un hombre vivaracho, astuto y de corta estatura subió á la mesa del remate.

—¿Quién ser amo? preguntó en aquel momento en voz baja un negro alto y bien parecido, señalando con el dedo á Francisco Sanchez. Esta pregunta iba dirigida á otro negro que se hallaba cerca de él, y que conocia las haciendas de los alrededores.

—Ser diablo, ser Francisco Sanchez..... verdadero diablo contra los negros.

—¡Oh! suspiró el negro alto, estremeciéndose.....  
¡Oh! no querer que me compre..... no querer tener por amo un diablo ..... César mejor morir.

La campana sonó por segunda vez. Comenzó el remate. Los primeros negocios eran insignificantes, porque se dejaban los mejores negros para lo último.

El procedimiento era el siguiente:

El vendutero llamaba á un esclavo, ó á una esclava por su nombre, lo colocaba delante de sí en la plataforma, pregonando las buenas cualidades de la mercancía, y ocultando las malas.

—¡Phylis! gritó en aquel momento el vendutero.

Una negra de veintiocho años, fea como la noche, y no muy fuerte, se presentó.

—¡Phylis! volvió á gritar el mismo vendutero, excelente mercancía: juventud, belleza, aplicacion, habilidad y docilidad.

Una risa general interrumpió al vendutero.

—No os riais, señores y señoras, continuó con gravedad. Podeis creer á mis palabras. Phylis es la fidelidad personificada. Tiene entendimiento como un caballo. Nadie la ha visto robar, ni ha sido desobediente jamás.... No hay mas que enseñarle el látigo, y obedece en el acto. Seiscientos pesos, señores y señoras..... ¿Quién dá mas?.....

La negra no se movia, mostrando suma indiferencia cuando algunos compradores se le acercaban para verla.

Semejante á un carnicero que trata de comprar animales para matar, examinaban el físico de la negra los compradores de carne humana; uno le abria la boca para ver los dientes; otro le levantaba los brazos para verle las costillas; otro le veía los piés para averiguar si estaban fuertes, y por este orden sufrió diversos escrutinios.

Al fin volvió á sonar la campana. Se habia hecho un ofrecimiento.

—Seiscientos cincuenta pesos por primera, gritó el vendutero.

Nadie respondió.

—Seiscientos cincuenta pesos por segunda..... ¿Hay quien dé mas?

Otro silencio.

—¡Seiscientos cincuenta pesos,..... por tercera!  
Cayó el martillo.

El comprador pagó el dinero y se llevó á Phylis, quien no manifestó alteracion alguna en su semblante.

—¡César! gritó de nuevo el vendadero.

Este negro alto y hermoso, á quien habia llamado ántes la atencion la presencia del viejo Sanchez, se estremeció, y luego subió á la plataforma, reanimándose. Aunque sus facciones mostraban indiferencia, se veía en sus ojos algo de lúgubre, algo que podia llevarle á la desesperacion. Por lo demás, como jóven, era sumamente fuerte y bien formado, todo lo cual llamó la atencion de los compradores.

—¡César! volvió á gritar el vendadero. Veintidos años. Fuerte como un Hércules. Y sin embargo, dócil como un cordero. Hermoso ejemplar..... Una imagen de fuerza y de juventud. Trabaja, señores y señoras mias, por tres negros. Jamás habreis visto un negro mas fuerte, ni mas ágil. Mirad los robustos músculos de sus brazos y sus piernas. No hay la menor lacra. Manos como de fierro..... Huesos como los de un caballo..... Dientes como un marfil..... Mil doscientos pesos por César..... Es un precio muy bajo.

Doña Lanchos y el viejo Sanchez subieron á la plataforma para verlo.

Cuando el negro vió que Sanchez se interesaba á él, manifestaba la desesperacion en sus ojos.

—¡Mil doscientos cincuenta! gritó el criador de esclavos.

—Mil trescientos, ofreció D<sup>a</sup> Lanchos.

—Mil trescientos cincuenta, gritó otro.

—Mil cuatrocientos, sonó una voz del rincón.

—Mil cuatrocientos veinte, ofreció D<sup>a</sup> Lanchos.

Y en la frente de César se notaba una sombra, porque los negros, en lo general, temen mas á las amas que á los amos.

Signieren diversas pujas, y despues de haber ofrecido D<sup>a</sup> Lanchos hasta mil cuatrocientas setenta y cinco peses, se remató en mil quinientos al viejo Sanchez.

En el semblante de César se manifestaron el terror y la desesperacion.

Despues de haber pagado Sanchez, se llevó á su esclavo, que apenas podia sostenerse en pié.

—¡Juno! volvió á sonar la voz del vendadero.

Una jóven negra, hermosa, se hallaba sollozando en los brazos de su madre, que gritaba:

—¡Ame, amé! no separar á Juno de su madre..... No ser tan cruel..... Madre trabajar como dos negros...

Pero ya el capataz habia separado á las dos, y con un par de latigazos hizo callar á la madre.

¡Qué importan al traficante de esclavos tales sentimientos! él no reconoce familia entre los negros, que no considera sino como cosa, como mercancía, que se puede separar y vender donde mejor le convenga: el hijo para la Luisiana; la madre para la Carolina, y la hija para

San Fernando! ¡Qué le importa á él, con tal de que gane dinero!

—¡Junol, gritó de nuevo el vendutero. Modelo de las negras. Diez y seis años. Una verdadera Vénus. Carne como piedra. Piernas como columnas..... ¡Mil cuatrocientos pesos por Junol!

Muchos compradores subieron á la plataforma; entre ellos ocupaban el primer lugar los dos Sanchez, siguiéndose D<sup>a</sup> Lanchos y el criador de esclavos.

La pobre muchacha inclinó la cabeza, pero D<sup>a</sup> Lanchos se la hizo levantar, le abrió con ambas manos la boca, para verle la dentadura, mientras el jóven Sanchez y el criador de esclavos se convencieron de la fuerza del tobillo de Juno.....

—Esto es algo que me conviene, dijo el criador de esclavos al jóven Sanchez.

—Amigo, contestó éste, dejadme á Juno. Encontraréis mujeres bastantes.

—¡Qué fuera yo un tonto! replicó el otro. No encontraré jamas una cosa mas apta para mi cria de negros.

—Sed razonable, amigo mio, continuó el jóven Sanchez, levantando el brazo de Juno para examinar la fuerza de sus costillas; en otra ocasion os lo recompensaré.

—En el comercio no hay amistad, exclamó el criador de esclavos. Raras veces se encuentran modelos para mi cria, de las cualidades de Juno, que es un capital

que trae altos réditos. Vos podeis utilizar cualquiera otra para vuestra hacienda de azúcar, con tal que sea sana y fuerte.

—¿Tratareis, pues, de alzar la mercancía y echar á perder el negocio? exclamó el jóven ya colérico.

—Tengo el mismo derecho de ofrecer que vos, replicó el criador con una mirada tambien colérica.

—Pues bien, dijo D. Antonio, con orgullo y cólera mal reprimida; ¡verémos!

Sonó la campana.

—¡Mil cuatrocientos pesos por primeral! gritó el vendutero.

—¡Cincuenta mas! gritó el jóven Sanchez.

—¡Cincuenta mas! sonaron muchas voces.

—¡Mil quinientos cincuenta!

Despues de haber subido el jóven Sanchez hasta mil ochocientos, fué rematada Juno al criador de esclavos en mil ochocientos cincuenta.

El jóven Sanchez estaba fuera de sí. Aunque apenas habia comenzado la venduta, dejó el salon, se precipitó á la cantina, tomó una gran copa de aguardiente, montó á caballo y se alejó á toda carrera, despues de haber dado órden al administrador de su hacienda de que recibiera á César y le llevara al ingenio.

Este, llamado el «Diamante», se hallaba situado en un bajío á pocas leguas de San Fernando de Apure. La mayor parte de sus terrenos eran pantanosos, porque el rio de Apure salia de su cauce algunos meses del

año, produciendo inundaciones. Precisamente esta *hermedad*, aunque hacia insalubre el *bujío*, combinada con el calor excesivo, fertilizaba los terrenos, haciéndolos muy á propósito para el cultivo de la caña.

Sobre una loma no muy elevada, medio oculta tras de naranjos y granados, estaba situada la casa principal de la hacienda, con sus anexas. Aquel edificio se hallaba en el centro de un jardín, con una multitud de plantas tropicales. Su extensión era considerable, y tenía grandes corredores que le daban un aspecto muy alegre. A alguna distancia de la casa principal, estaban las chozas de los negros, situadas en línea recta y con un exterior ascado. Entre estas chozas y la casa principal, se elevaba la habitación del administrador de la finca. Era aquella una casa amplísima, con pórtico, construida de tal manera que desde allí se veían bien las habitaciones de los esclavos y la demás de la misma hacienda.

Todo esto tenía una vista pintoresca, y cualquier extraño se hubiera considerado en un paraíso; juzgando únicamente por el exterior; pero solo habría bastado echar una mirada al interior del despacho del administrador, para tener un completo desengaño. Las paredes de este cuarto se hallaban adornadas, además de una gran cantidad de rifles y pistolas, con una colección completa de látigos, desde el de seda torcida, cuya aplicación hace saltar la sangre, causando agudos dolores que producen demencia, hasta el terrible de pieles de vaca ya su-

tes mencionado. En otro cuarto inmediato había una figura que representaba un esqueleto de hombre. Se hallaba forrado de cuero de venado, y con ella se ejercitaba el capataz en sus ratos de ocio, particularmente en los días festivos, en el noble arte de dar latigazos. Gracias á este ejercicio, había adquirido una habilidad tal, que mataba con el látigo hasta una mosca en las espaldas de un negro ó en las piernas de una negra.

Junto á la casa de este hombre *humano* había otro establecimiento muy interesante: la habitación de los perros de sangre, aquellos animales que los hombres han convertido en bestias feroces: animales de que los conquistadores de América han hecho uso para cazar indígenas, en baldon de la humanidad, y que todavía hoy son un medio de seguridad para los dueños de esclavos contra estos desgraciados.

Con este objeto, y para aprehender á los esclavos fugitivos, mantenía D. Francisco Sanchez diez de estos perros de sangre, de los cuales cuatro quedaban libres todas las noches para vigilar la hacienda.

¡Ay del esclavo que se hubiera atrevido á salir de su choza; los perros lo habrían despedazado en el acto!

El jóven Sanchez había dado un gran paseo á caballo para disipar su enojo, que había llegado á su colmo por tres causas: el próximo enlace de Soto con Arabela, el acontecimiento con el mono Tití, y la compra de la esclava Juno por el criador de esclavos.

El camino que le llevaba al Diamante, le hizo tocar los plantíos mas al sur de la hacienda, donde se hallaban la mayor parte de los negros, trabajando.

Estos, al verle de lejos, se estremecieron.

—Venir jóven diablo, eran las palabras que circulaban entre ellos. Jóven diablo ser peor que viejo diablo.....

Y era en efecto un presentimiento lo que había hecho estremecer á estos desgraciados, porque aquel que en la misma noche había matado á latigazos, en su furor y sed de venganza, al pequeño Tití, buscaba otra oportunidad para satisfacer su crueldad.

—¿No hay novedades? preguntó desde lejos á un capataz que tenia un látigo de esclavos en la mano, y estaba vigilando á aquellos infelices.

Este individuo que conocia bastante á su amo, notó en sus facciones el deseo que tenia de que ocurriera algo que diese ocasion á algun acto de crueldad. Desgraciadamente, en aquella mañana un negro y una negra se habian permitido algunas familiaridades, por cuya circunstancia estaban un poco atrasados en sus trabajos. El capataz refirió esto á su jóven amo, con una alegría refinada.

Esta relacion vino á D. Antonio como anillo al dedo. No habiendo conseguido á Juno, debian ser víctimas de su enojo estos dos esclavos.

—¿Ya recibieron su castigo? preguntó con ojos chispeantes.

—Todavía no, amo, contestó el capataz.

—¿Y quienes son?

—Zeno y Dafne.

—Pues bien, dijo Antonio, con un gozo diabólico en sus facciones. Una vez que sois de tan buen humor, voy á adornaros para el baile. Dadles el yugo.

Al oir Zeno y Dafne la palabra *yugo*, se arrodillaron llorando ante el jóven Sanchez, y exclamaron:

—Temer compasion amo. No dar yugo..... Zeno y Dafne querer trabajar. No dar yugo.

Pero en vano. El capataz ya habia traído el instrumento, que los dueños de esclavos llaman yugo de nuca.

Estos instrumentos de tortura son de madera, con aros de fierro, entre los cuales se introduce la cabeza del esclavo hasta el pescuezo; y aunque estos yugos pesan mas de treinta libras, se obliga á los esclavos á seguir trabajando.

Zeno y Dafne apenas habian proferido aquellas palabras, cuando ya tenian puesto el yugo, y con unos latigazos bien aplicados, se les obligó á continuar sus trabajos.

—¡Bien! exclamó Antonio, ya teneis lo que habeis querido. Os viene muy bien este adorno, y os refrescará. Y se alejó riendo.

Una maldicion de los esclavos, proferida entre dientes, le seguia.

Pero con esto no estaba satisfecho el furor del jóven; al contrario, sucedió con tal acto de crueldad, lo que al leon cuando ve sangre..... le incitó á nuevas crueldades.

¿Y quién había hecho de este jóven, de tan buena presencia y de exterior amable, un monstruo de crueldad, ó era así por naturaleza?

¡No! Todo indicaba que la naturaleza hubiera hecho de él un hombre de buenos sentimientos..... Su perdicion consistia en el abominable ejemplo que le habia dado su padre, no ménos que en su educacion descuidada. Nadie, cuando niño, le habia corregido sus faltas, ni acostumbrado á dominar sus pasiones. Todos los dias veía martirizar á los esclavos, y estas escenas le servian de diversion. Se reía, lo mismo que su padre, de los brinco y contorsiones de los esclavos, producidos por los agudos dolores de los latigazos. Sus gritos eran para él equivalentes á los ahullidos de los perros, porque á un negro no se consideraba como persona, sino como cosa.

Su padre le habia regalado, desde muchacho, una jóven negra, que le debia servir de juguete. En cada enojo hacia padecer á la pobre criatura, y sus padres se refán, siempre que su hijo montaba en ella como á caballo, convirtiendo sus partes carnosas en un canutero. Gritaba entónces la pobre, la estiraba el muchacho de los cabellos, sujetándola hasta que callaba.

De este modo se endurecia su corazon, como el de

muchos hijos de estos ricos propietarios, y se extinguía en él todo sentimiento humano; de manera, que la crueldad se fué haciendo en él una segunda naturaleza. Además, la libertad de accion, la riqueza y la completa independencia que ofrece la posicion del hacendado, completaron la perdicion del jóven.

Llegando cerca de las chozas de los negros, encontró Antonio al administrador general, que se ocupaba de colocar en sus chozas á los doce esclavos nuevos, que acababa de comprar el viejo Sanchez. El semblante del dependiente estaba taciturno, y cuando le preguntó Antonio por la causa de su mal humor, le contestó:

—Creo que vuestro señor padre ha hecho un mal negocio en la adquisicion de César.

—¿Por qué? preguntó Antonio. Este negro parecia tan fuerte como un fierro.

—Es cierto: pero es de mal genio.

—¡Oh! dijo Antonio, riendo. Pienso que pronto le docilitaremos.

—Ha hecho un ensayo de ahorcarse.

—¡Demonio! nos cuesta mil quinientos pesos.

—Llegué á tiempo para evitar el suicidio. Se iba á ahorcar con la tira de indiana que traia en la cintura.

—Que se la quiten.

—Ya está hecho.

—¿Y ya recibió su castigo?



—Deseaba yo esperaros á vos, ó á vuestro señor padre. Es una excepcion de los demás negros, á quienes el idiotismo hace dóciles. César pertenece á los llamados sentimentales, y estos son los peligrosos.

—No importa, exclamó Antonio lleno de cólera. Le iremos quitando su sentimentalismo. ¿Dónde está el bribon?

—Allá, entre los demás negros recién adquiridos.

—Bien, que sean ellos testigos, desde el primer día, de la disciplina que se observa en el Diamante. Que se le apliquen los *stocks*.

—¡Señor!..... exclamó el administrador.

—¿Qué cosa?

—¿Puedo permitirme una palabra?

—Hablad.

—Creo que seria mejor tratar á César con moderacion, hasta acostumbrarlo; mas tarde acaso.....

—Nada de eso, gritó Antonio, y en sus ojos se veia un furor siniestro. Se debe hacer un ejemplar, atemorizando á este negro bribon.

—Y si le dan las convulsiones y se muere..... Cuesta mil quinientos pesos.

—Lo mando.

El administrador ya no replicó; llevó en seguida á los esclavos recién comprados á una plaza amplia, en frente de las chozas, donde se hallaba afianzada perpendicularmente una tabla ancha y gruesa, la que tenia, á

una distancia de tres y medio piés del suelo, un agujero bastante grande para introducir allí el pescuezo de un hombre. César fué obligado á meter la cabeza en él. Luego se fijó en la espalda de la víctima un anillo de fierro que tenia dos agujeros pequeños, en los cuales metieron sus manos.

—¡Bien! dijo entónces Antonio, con una risa sardónica. Ahora el látigo.

Los latigazos caían entónces como granizo sobre las espaldas del desgraciado, y la sangre salia á torrentes. César no gritaba..... solo un gemido sordo salia de cuando en cuando de su ancho pecho.

Al fin dijo Antonio: ¡Basta!

—¿Y hasta cuándo han de durar los *stocks*? preguntó el administrador.

—Hasta que se indiquen las convulsiones; dijo el hacendado con frialdad. Vos os quedareis lo mismo que los nuevos esclavos.

—Si no.....

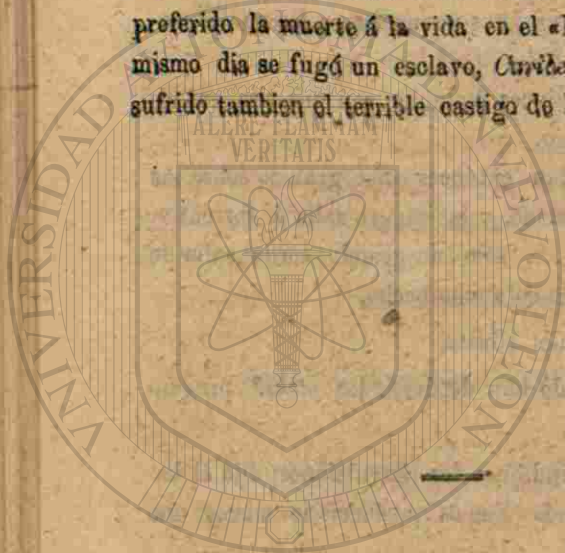
—Sois responsable! exclamó Antonio. Reflexionad lo que cuesta el bribon.

Y se marchó.

Despues de dos horas, observó el administrador que comenzaban las convulsiones en César. Ni el mas fuerte hubiera podido aguantar esa posicion tan encogida, y este terrible castigo. Un poco mas de tiempo, y el desgraciado habria muerto.

Se quitó á César de los «stocks»; el jóven ántes fuerte como un Hércules, cayó desmayado.

Pero..... D. Antonio había calculado mal. *Tres semanas mas tarde encontraron á César ahogado.* Había preferido la muerte á la vida, en el «Diamante». En el mismo día se fugó un esclavo, *Amide*, que ántes había sufrido tambien el terrible castigo de los «stocks».



## CAPITULO VII.

### Don Ignacio y sus hijas.

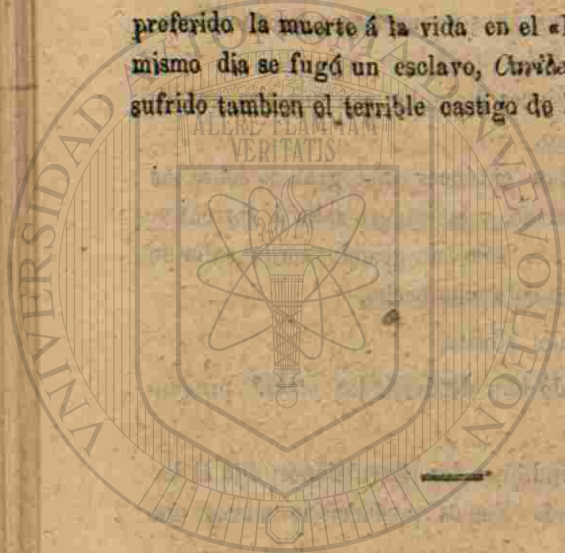
Era cerca de la estacion de las aguas. Humboldt y Bonpland se hallaban ansiosos de observar este grandioso fenómeno en el Sur de América.

El primero había observado ya, desde principios del mes de Marzo, la acumulacion de todas burbujas visibles de vapor- y que se aumentaban la electricidad del aire de día en día. Se veian relámpagos hácia el sur, y el electrómetro de Volta señalaba despues de haberso metido el sol, continuamente electricidad positiva. (1)

(1) Viajes á las regiones equinocciales etc., tom. II, pág. 206.

Se quitó á César de los «stocks»; el jóven ántes fuerte como un Hércules, cayó desmayado.

Pero..... D. Antonio había calculado mal. *Tres semanas mas tarde encontraron á César ahogado.* Había preferido la muerte á la vida, en el «Diamante». En el mismo día se fugó un esclavo, *Amide*, que ántes había sufrido tambien el terrible castigo de los «stocks».



## CAPITULO VII.

### Don Ignacio y sus hijas.

Era cerca de la estacion de las aguas. Humboldt y Bonpland se hallaban ansiosos de observar este grandioso fenómeno en el Sur de América.

El primero había observado ya, desde principios del mes de Marzo, la acumulacion de todas burbujas visibles de vapor- y que se aumentaban la electricidad del aire de día en día. Se veían relámpagos hácia el sur, y el electrómetro de Volta señalaba despues de haberso metido el sol, continuamente electricidad positiva. (1)

(1) Viajes á las regiones equinocciales etc., tom. II., pág. 206.

Mas tarde observó la perturbacion del equilibrio eléctrico en el aire que desde el 26 de Marzo se hacia completa. Durante todas estas continuas perturbaciones de la electricidad atmosférica, comenzaban los árboles á reverdecer, como si tuviesen un presentimiento de la próxima primavera.

Incomparable es en aquellas regiones la pureza del aire desde Diciembre hasta Febrero. El cielo se halla constantemente sereno y de un azul intenso. Hacia fines de Febrero y principios de Marzo, disminuye esta intensidad, el higrómetro señala paulatinamente mas humedad, las estrellas se ocultan en una capa fina de vapor, su luz ya no es tranquila y planetaria.

En este tiempo se hace mas débil é irregular el viento, y algunas veces hay una calma completa. En el Sud-sudoeste se elevan nubes que parecen montañas lejanas, con sus contornos muy pronunciados. De tiempo en tiempo abandonan el horizonte, y corren con velocidad hacia la bóveda celeste, lo que no está en proporción con el viento débil que reina en las capas inferiores de la atmósfera.

A fines de Marzo se notan, en la parte meridional del cielo, pequeñas descargas eléctricas, luces fosfóricas, que parece tienen su origen en las evaporaciones. Desde ese tiempo cambian los vientos en algunas horas del día, del Sud-Este al Oeste y Sud-Oeste, que es una señal segura de la proximidad de la estacion de las aguas, que en el Orinoco da principio en fines de Abril.

Humboldt observó escrupulosamente todos estos fenómenos metereológicos de los trópicos, para incluirlos en sus obras científicas (1).

Agradecidos por la buena acogida en la casa del Gobernador de Varinas, marqués del Toro, hacian Humboldt y Bonpland sus preparativos para continuar su marcha, á pesar de la aproximacion de la estacion de las aguas, cuando fueron sorprendidos agradablemente con la noticia de que el jóven Soto, con quien habian cultivado una sincera amistad, durante su permanencia en San Fernando, tenia intencion de acompañarlos en su viaje al Orinoco y Rio-grande, aunque su amor hacia la hechicera Arabela parecia oponerse. Una feliz casualidad ocasionó sobre esto una explicacion entre los dos amantes, y estando seguro el jóven Soto del amor de Arabela, se despertó con mas vehemencia su deseo de examinar los rios mencionados y los países casi desconocidos. Además, le habia aconsejado el Padre Acosta que aprovechase esta oportunidad, que acaso no se le volveria á presentar, para hacer este viaje interesante, y Arabela era demasiado prudente para oponerse al deseo de su futuro esposo. Se convino, pues, en que á la vuelta de este viaje tendria lugar el enlace de los jóvenes.

(1) Véase: Viajes á las regiones equinociales del Nuevo Continente, tomo 2.º pág. 205 hasta 207. Además, "Cosmos," tomo 1.º páginas 332 y adelante.

Alejandro de Humboldt y Bonpland se hallaban muy complacidos de la resolución del joven Soto, porque su amabilidad y buen humor les prometía sobrellevar con mas facilidad las penalidades de la expedición, la que no estaba exenta de peligros (1).

Habían tomado una lancha con su patron y cuatro indios. La parte trasera de la lancha estaba cubierta con un toldo de hojas de corifa. Su extensión era bastante para contener una mesa y algunos bancos.

Arreglado esto, compraron víveres para un mes: gallinas, huevos, plátanos, harina de maíz y cacao en abundancia. Además, vino de Jerez, naranjas y tamarindos para aguas frescas. Los indios se proveían de redes y anzuelos. Humboldt y sus compañeros disponían sus armas de fuego. Con tales elementos esperaban no carecer de excelentes pescados, tortugas, faisanes, &c.

Lo último que se embarcó fueron unos barriles de aguardiente, para cambiar con los indios por otras cosas.

El día 30 de Marzo tuvo lugar el embarco, después de una afectuosa despedida. Nadie sabía lo que ella costaba á Arabela. El joven Soto no sentía el dolor en toda su fuerza, porque le animaban el valor juvenil y el anhelo de conocer aquellos países casi fabulosos

(1) Viajes, etc. tomo II, pág. 210.

del Orinoco superior, en unión de dos célebres naturalistas. A los dos ó tres meses, cuando mucho, estaria de vuelta, y le esperaba entónces su adorada Arabela en el altar.

Era en efecto un viaje magnífico.

El Diamante, cuya soberbia casa principal se veía por entre naranjos y granados, como un asilo de paz y de felicidad, era por decirlo así, la puerta del paraíso que se iba á abrir á los viajeros.

Inmensos bosques vírgenes seguían inmediatamente á los grandes plantíos de caña de azúcar de aquella hermosa finca; bosques, en cuyo interior solo se arriesgaba á penetrar la planta de los indios Yaruros, pues esos inmensos terrenos estaban poblados solamente por tigres, colosales serpientes, lagartos y chiquiros, una especie de Cavia. Grandes bandadas de aves se veían volando en las regiones superiores, parecidas á gruesas nubes, cuyos contornos cambiaban á cada momento.

Notable era allí la posición de los árboles. Inmediatos á la orilla se veían sauces (*Hermesia castaneifolia*), que formaban una cerca de una altura de cuatro piés. Tras de esta cerca se elevaban espesos bosques de Cedrela, palo del Brasil etc., y encima de éstas, formando un bosque sobre otro, se elevaban orgullosa y magestuosamente los troncos de las palmeras de distintas clases. Los grandes cuadrúpedos de estos bosques habían hecho entradas en muchos puntos de los arbustos y cercas, por los cuales penetraban al río para satisfacer su sed. Con

frecuencia observaban Humboldt y sus amigos á estos animales, como andaban por la orilla, sin hacer caso de la lancha, hasta que volvian á desaparecer en las sombras del bosque.

Todo esto tenia un gran atractivo para los tres amigos. Humboldt ya se habia expresado, desde el primer dia de la partida, de la manera siguiente sobre el particular:

—¿Puede haber mayor goce que un viaje en estas deliciosas regiones?. El placer que se siente no está basado solamente en el interes del naturalista, sino al mismo tiempo en un sentimiento que es comun á todos los hombres educados en el seno de la civilizacion. Uno se ve enfrente de un mundo nuevo, de una naturaleza inculta é indomable. En la orilla de un bosque se ve ya el tigre, ya la pantera americana; se pasea el faisán con su plumage y penacho negros. Animales de las especies mas diversas se alternan continuamente, ¿en dónde se ve un espectáculo semejante?

—Es como en el paraíso, dijo el patron de la lancha, viejo indio de las misiones.

—En efecto, así es, continuó Humboldt. Todo recuerda aquí el estado natural del mundo, cuya inocencia y felicidad nos presentan las venerables y antiguas tradiciones de todos los pueblos.

—Y sin embargo, dijo Soto, es esto una gran ilusion. Aquí no es mejor que en las haciendas que hemos dejado. Las casas principales de ellas parecen unos sitios

de la paz y de la felicidad, y..... ¡cuántas miserias y cuántas iniquidades se ocultan detrás de esta belleza! Y aquí..... ¿no se temen esos animales unos á otros, y se destruyen mutuamente, si pueden?

—La edad de oro ha pasado, dijo Bonpland, y en este paraíso de los bosques americanos, como en todas partes, ha enseñado una triste y larga experiencia á todas las criaturas, que la fuerza y la mansedumbre raras veces se encuentran juntas.

—Solo con la diferencia, añadió Humboldt, de que los animales que no tienen raciocinio, siguen sencillamente las leyes y las necesidades de la naturaleza, mientras los hombres utilizan sus fuerzas intelectuales, en buscar el modo de eludir y pisotear las leyes de la naturaleza y de la humanidad. Si me estimais, amigos míos, dejadme callar sobre esta materia. Desgraciadamente no podemos remediar tan funestos y trascendentales abusos, que son una mancha para estos países del paraíso. Olvidémoslos por ahora, para que estas sombras negras y pesadas no se mezclen en el cuadro lleno de luz y de brillo que se nos presenta.

En este momento daba vuelta la lancha por un recodo que formaba allí el río de Apure. El bosque se retiraba en este pequeño trecho algo de la orilla. Allí se veian acostados en la arena diez lagartos colosales, que median desde diez y seis hasta veintidos piés. Con sus quijadas abiertas en forma de un ángulo recto, descansaban uno junto á otro. Varios pájaros paseaban tran-

quilamente sobre sus espaldas acorazadas, en busca de insectos.

—Es original, observó Humboldt, que estos animales no se den entre sí alguna muestra de afecto. El grupo se separa luego que abandona la orilla, y sin embargo, solamente consiste de un macho y muchas hembras; porque según dice Descourtils, que hizo un estudio profundo de estos animales en Santo Domingo, los machos son en menor número, á causa de que en el período de su propagacion luchan unos con otros y se destruyen.

Estos grandes reptiles eran tan numerosos en aquel lugar, que los viajeros observaban á cada momento, por toda la orilla del rio, grupos de cinco ó seis.

Y centenares de ellos se hallaban aún enterrados en el lodo.

Pero escenas enteramente nuevas y de mas atractivo, se presentaban á la vista de los viajeros.

El Apure tenia allí una anchura de ciento treinta y seis toesas. La lancha pasó junto á una isla, en donde habia millares de flamencos, pelicanos color de rosa, garzas y otras aves que ofrecian los colores mas hermosos y variados. Estas aves se hallaban tan agrupadas, que parecia que no se podian mover, y sin embargo, su movimiento era continuo y armonioso, presentando á los viajeros un magnífico espectáculo.

—*Isla de aves*, dijo el patron con su modo lacónico, como todos los indios que acostumbran hablar poco y en unas cuantas frases.

Un profundo silencio se observaba en estos momentos, consagrados á la contemplacion.

Aquí, pasaban en el rio, arrojando agua por las narices, multitud de delfines, divirtiendo á los viajeros con sus movimientos ágiles y brincos alegres. Allá, estaba cubierta la orilla de aves que pescaban. Los hermosos flamencos se hallaban á centenares en quietud y descansando sobre un pié, moviéndose solamente cuando hacian un buen botin, y extendiendo entónces sus alas color de rosa. En el mismo rio, se aprovechaban otras especies de aves de los troncos de árboles que traia el flujo de las aguas, sentándose sobre ellos á millares, para sorprender á los peces que aparecian en la corriente sobre la superficie del agua. Manadas de monos se veian sobre los árboles, los cuales arrojaban ramas á la lancha, cuando ésta se acercaba á la orilla. Entre gritos que aturdian, pasaban por las cabezas de los viajeros grandes bandadas de papagayos, perseguidos por halcones. Cruzaban por los aires una especie de buitres, mientras grandes manadas de javalíes se echaban precipitadamente al rio, perseguidos por un tigre de tamaño colosal.

¡Y con toda esta magnificencia, y con todo este movimiento grandioso..... *sin embargo, una profunda é indecible soledad!* Solo una pequeña lancha sobre un rio caudaloso..... solo unos cuantos hombres en este inmenso desierto!

Entre los viajeros se alternaban el deleite y un estremecimiento de admiración, ante tan hermoso espectáculo de la naturaleza. Ninguno de ellos encontró palabras para el momento; pero su silencio equivalía á una solemne oración, á un himno al Gran Espíritu del Mundo.

¿Y qué es el hombre en comparación de todo esto?... Allí no es el centro de la creación, ni el rey orgulloso que domina á nuestro globo.

Muy lejos de domar á los elementos, tiene el mortal bastante que hacer para sustraerse de su dominio. Las transformaciones que hace siglos ha sufrido la superficie de aquella tierra por manos de los indígenas y de los misioneros, son nada en comparación de las que producen el fuego subterráneo, los grandes ríos que salen de su cauce y las tempestades. La lucha de los elementos entre sí, la de los animales unos con otros, lo existente en contra de lo que se está formando; todo esto es lo característico del espectáculo que presenta la naturaleza en el Nuevo-Mundo. Grandiosa, en sumo grado, es la impresión que hace en un europeo el pensamiento de que, en países tan grandes como toda la Francia..... no existan mas que unas cuantas chozas esparcidas.

Esta misma impresión experimentaron los viajeros, sintiendo lo atemorizador de este pensamiento para la imaginación humana. Y es verdad: se necesitan años para familiarizarse con las cosas de un mundo, en donde

solo viven plantas y animales, en donde el hombre no percibe jamás el grito de júbilo, ó el gemido del dolor.

Hacia el medio día habia subido el calor á cuarenta grados de Reaumur, de manera que no habia que pensar en continuar la marcha. Los viajeros se detuvieron, pues con la lancha en un punto de la orilla donde habia muchas rocas, siendo su objeto descansar allí, y gozar un poco de fresco y de sombra.

El sol se hallaba cerca del zenit, y su luz brillante, reflejada en la superficie del río, contrastaba con el vapor rojizo en que estaban envueltos todos los objetos de los alrededores. En consecuencia, el cielo parecia estar en continuas oscilaciones, y no se sentia ni la mas ligera brisa. Sobre todo este inmenso espacio, reinaba un silencio sepulcral.

¡Y cuán profunda era la impresión que este silencio infinito hacia en Humboldt!

Los animales del bosque se habian ocultado en la espesura del mismo, debajo de los árboles y en las hendiduras de las rocas. Ni una hoja se movia. Sin embargo, se oian los sonidos apenas perceptibles de un continuo zumbido de los insectos, que pululaban á millones en la atmósfera, en los arbustos y principalmente, en los troncos podridos de los árboles esparcidos por el suelo, en el cual, multitud de bichos tenian cavados sus agujeros.

Humboldt que habia llamado la atención de Bonpland sobre todo esto, le dijo:



—¿No son estas las voces que nos indican que todo respira en la naturaleza, que en ella reina la vida de mil maneras, tanto en el suelo polvoso y lleno de aberturas como en el seno del agua y en el aire que nos rodea?

—Así es, contestó Bonpland, la impresión que produce todo esto, dá en efecto una idea de lo vivificante de toda la naturaleza.

—La idea de la vida, continuó Humboldt, está ligada de tal manera con las fuerzas creadoras de la naturaleza en su movimiento continuo, que los mitos mas antiguos de las naciones han atribuido á estas mismas fuerzas la reproducción de las plantas y animales, y aún se ha supuesto el estado de una superficie inanimada en nuestro planeta, en una época en que reinaba el caos y aun estaban en lucha los elementos; de manera que ya en los tiempos mas remotos, ensanchaba esta idea la esfera intelectual de la vida, y..... ¿no nos sucede ahora lo mismo aquí? ¿no ensanchan ante nuestra vista todas estas contemplaciones, nuestro horizonte intelectual?

—Seria un hermoso problema para vos, dijo Bonpland, reunir en una obra todos estos pensamientos.

—Tengo intención de hacerlo, contestó Humboldt. Cuando estemos de vuelta en Europa, procuraré reproducir las contemplaciones de la naturaleza, que hemos tenido aquí, y las opiniones que hemos formado, ensan-

chando así la ciencia, mediante la descripción del principio de vida que domina en todas partes y de la extensión de las formas orgánicas.

—Este es un vasto y hermoso campo para vuestra laboriosidad.

—Pero no es muy fácil, lo reconozco desde ahora.

—Vos sois maestro en la descripción de la naturaleza. Esto lo comprueba vuestro diario de viajes.

—Lo que se escribe á la vista de los objetos tiene cierto sello de veracidad, y aún se podría decir de individualidad, que dá atractivos á las cosas mas insignificantes.

—Y esto es suficiente para vos.

—Aún no! Para describir la naturaleza en toda la sublimidad de su magnificencia, no debe uno limitarse solo á los fenómenos exteriores; la naturaleza se debe presentar segun se refleja en el interior del hombre, como que este reflejo, ora llena el cuadro nebuloso de mitos físicos con fantásticas figuras, ora desarrolla el noble germen de la actividad artística para la representación de los objetos. ¡Querido Bonpland!..... dejadme confesaros en este hermoso y animado momento, aquí, en medio de este paraíso tropical, y movido por miles de excitaciones; que siento en mí, con un gozo indecible, una gran fuerza creadora. Grandes cosas deben hacerse, cuando grandes cosas han precedido. Nosotros estamos tocando ahora en tantas puertas misteriosas de la naturaleza, que tienen que abrirse ante nosotros,

antes que podamos decir que presentimos los hilos que gobiernan al grande é inmenso conjunto. Tengo un proyecto grandioso..... aunque estoy indeciso con respecto á la forma que le he de dar..... pero es una obra que puedo llamar el problema de mi vida. Ya os he hablado de esto..... una obra que debe comprender, si es dable, el conocimiento del conjunto de la naturaleza, la representacion de la tendencia de la humanidad, la accion colectiva de las fuerzas en el universo, tanto en nuestro globo como en los demás cuerpos celestes. ¡Oh! el pensamiento es hermoso! Pero la cuestion es saber si las fuerzas de un solo hombre son suficientes para ello.

—Si alguno es capaz de esto, debe ser mi amigo Humboldt, dijo Bonpland estrechando cordialmente las manos de aquel.

—El tiempo lo dirá, contestó Humboldt, correspondiendo al apretón de manos de su amigo. Existen el anhelo y la voluntad, dejemos obrar al tiempo y llevemos á lo presente ojos y corazon abiertos, y el espíritu alerta.

Al anochechar continuaron los viajeros su camino.

Una aventura muy singular les esperaba esa noche.

El patron de la lancha habia anunciado á Humboldt, que tenian que pasar la noche en un ingenio, cuya noticia recibieron todos con satisfaccion, porque necesitaban del reposo, despues de haber sufrido un calor excesivo durante el dia y sentido tanto cansancio.

El patron indicó en su modo lacónico, que el dueño del ingenio era un español de la alta aristocracia, que se ocupaba con su esposa D<sup>a</sup> Isabel, y su hija, D<sup>a</sup> Manuela en la caza de tigres. Esta circunstancia excitó mas la curiosidad, porque se debia suponer en D. Ignacio y las señoras mucho valor y abnegacion, para poder vivir en esas regiones que eran visitadas solamente por las tribus salvages de indios.

—Y él se ocupa en la caza del tigre, repitió el jóven Soto. ¡Por todos los santos! es esta una ocupacion que me gusta para un español; solo el pensamiento de luchar con un tigre tiene algo de extraordinario y de audaz. Me figuro en el Sr. D. Ignacio, un hombre alto, hermoso, de un exterior original, sobre el lijero vestido colgado el rifle, con ojos de fuego y un espíritu audaz.

—Confieso, dijo Bonpland, que tengo mas curiosidad de ver á las señoras, que al mismo D. Ignacio. Concibo como un hombre á quien guste la caza pueda vivir aquí; ¿pero mujeres? ..... solo que sean tambien cazadoras.

—¿Y por qué no habian de poder vivir tambien señoras en esta grande y hermosa naturaleza? preguntó Humboldt.

—Justamente, opinó Soto, porque la naturaleza es aquí demasiado grandiosa, seria y sublime para mujeres.

Humboldt movió la cabeza y dijo:

—Es una preocupacion creer que el gusto por la naturaleza requiera precisamente un lugar ameno y

apacible. Por innegable que sea que la amenidad amente el atractivo, no está ligado con ella el goce. Son los mismos objetos de la naturaleza los que atraen el sentimiento y ocupan la imaginación. La naturaleza cautiva y entusiasmo, porque es la naturaleza. Se reconoce en ella un poder infinito, mas grande y mas activo que todo lo humano, y sin embargo no temible, porque es como si nos brindara siempre cada objeto de la naturaleza con algo de suave y de benéfico, porque el carácter general de ella es, la *bondad en lo grandioso*. Aunque bien se hable de rocas horribles, de hermosos y terribles puntos, de horripilantes soledades en estos bosques, sin embargo la naturaleza no es temible. Pronto se familiariza uno con las gargantas de las montañas mas ásperas, con los puntos mas solitarios de los bosques, y aun á veces cree uno estar en su propio hogar, porque ellos son capaces de proporcionar un asilo, juntamente con la paz del alma, al que los procura como un refugio.

—Solamente es necesario que éste tenga un buen corazón y buena inteligencia, opinó Bonpland. Y justamente esta suposición me hace mas curioso de ver á las señoras, pues aunque estas sean capaces algunas veces de un gran celo, pocas de ellas lo serán de conservar un espíritu sublime y un interés duradero hacia los objetos de la naturaleza. Una mujer aspira casi siempre á los goces de una vida artificial.

—Acaso D<sup>a</sup> Isabel ha tenido ya estos goces, dijo Soto. El mundo exterior frecuentemente hiere y dá moti-

vos de disgusto. Yo me puedo figurar muy bien como á una persona que huye de los salones del gran mundo, le agrade la vida en estos sitios solitarios, en una buena habitación.

—Pronto verémos á qué atenernos sobre el particular, dijo Humboldt. Parece que hemos llegado ya.

—Pero ¡qué diablo! exclamó Bonpland. Nada veo yo de un ingenio, ni casa principal, ni chozas de negros.

—Los árboles impedirán su vista, contestó Soto. Pero allá veo á un hombre.

—¡Un salvaje! exclamó Bonpland, porque está desnudo y su color es moreno.

Humboldt preguntó al patron qué tribu habitaba allí.

—Ninguna, contestó éste.

—¡Pero allí está un indio! exclamó Bonpland.

El patron movió la cabeza, diciendo:

—Este es D. Ignacio.

—¿Quién? preguntaron unísonos los tres amigos.

—D. Ignacio, repitió el patron con calma, preparando la lancha para el desembarco.

Humboldt, Bonpland y Soto, se miraron unos á otros estupefactos; pero en el mismo instante prorumpieron en una gran carcajada. ¿Y quién hubiera podido contener la risa, al comparar el retrato que acababan de ha-

cer de D. Ignacio, del noble español, con el original que tenían á la vista?

—Este es, pues, el Sr. D. Ignacio, el hacendado y cazador de tigres, exclamó Bonpland alegremente.

—Si es así, dijo Soto, sin poderse aun reponer de su sorpresa, tengo mas curiosidad de ver á D<sup>a</sup> Isabel y á D<sup>a</sup> Manuela.

Y con trabajo reprimió una nueva carcajada, porque el noble español, con pasos altivos, y visiblemente satisfecho de la inesperada visita, se dirigia hácia la lancha.

El hombre, en efecto, carecia absolutamente de vestido, y solo usaba unos guaraches, que son una especie de sandalias de que usa la gente muy pobre en América, para resguardar las plantas de los piés. En una mano traia un arco y flechas, y su piel estaba tan negra como la de un zambo, aunque se conocia á primera vista, que era europeo de nacimiento. (1) Fué verdaderamente divertido ver la altivez con que este D. Ignacio se presentó á los viajeros, para cumplimentarlos por su arribo á sus dominios.

Mostró mucha alegría al saber que podria recibir noticias de Europa y del mundo civilizado, porque tomaba un vivo interés, segun decia, en las noticias de Madrid, en las guerras y en *todas las cosas de allá*.

(1) Hecho positivo. Viajes etc. tomo II. pag. 216.

Para los viajeros era difícil disimular su risa. La presencia y el continente de D. Ignacio les habia curado, como por encanto, del cansancio que sufrían. Bonpland y Soto habrían sido capaces de hacer las observaciones mas burlescas, si Humboldt no los hubiera reprimido con sus miradas suplicantes.

Este último veneraba y agradecia tambien en esta aparicion, aunque grotesca, la buena hospitalidad con que se les brindaba á él y á sus amigos. Con una paciencia admirable contestó á todas las innumerables preguntas de D. Ignacio.

—¿Y no sabeis si Su Magestad el rey de España, vendrá pronto por acá? preguntó el hombre de los guaraches.

—Lo dudo, contestó Humboldt; á lo ménos, jamás he oido decir que el rey tenga tal intencion.

—Y sin embargo, es cierto, dijo D. Ignacio con mucha seriedad, que Su Magestad vendrá á visitar este país de Caracas; pero no pudiendo comer los cortesanos sino pan de trigo, no pasarán nunca de la ciudad de Valencia, y por eso no llegaré á ver la Corte, aunque soy hidalgo de nacimiento.

—Por Dios, tiene razon, dijo riendo el jóven Soto al oido de Bonpland, porque está en la misma categoria con Adán, el Padre del género humano.

—Aceptáremos gustosos, á lo ménos por esta noche, vuestra hospitalidad, dijo Humboldt á D. Ignacio, aunque no somos reyes.

—Yo quisiera ser rey, contestó el español con altivez, al mismo tiempo que con amabilidad, para hospedar dignamente á tan apreciables huéspedes.

—Con tal de que no sea su despensa como su ropero, dijo en voz baja Soto á Bonpland.

—Pienso, amigo Humboldt, dijo Bonpland, que encontré muy en su lugar la observacion de Soto, que llevemos el chiquiro que acabamos de matar. Este nos dará un buen asado y no molestaremos mucho al Sr. D. Ignacio.

Pero el noble español hizo un ademan negativo, y dijo con dignidad:

—¿Qué pensais, mis señores? nosotros, la gente blanca, no estamos acostumbrados á comer caza de indios. Ayer maté un hermoso venado, y un asado de esta clase es mejor que chiquiro.

Las esperanzas de Bonpland y Soto subieron con esto considerablemente. Si el noble D. Ignacio podia convidar para un asado de venado, la cocina de la Sra. D<sup>a</sup> Isabel no debía ser tan mala.

Los viajeros siguieron, pues, á su buen amigo á su hacienda, con el mejor humor del mundo.

—Se nos ha asegurado que sois un insigne cazador de fieras, dijo Humboldt á D. Ignacio.

—Algo hay de esto, contestó el hidalgo por nacimiento.

—¿Pero no teneis mas que arco y flechas? dijo Soto, ¿cazais con ellos?

—Por supuesto, contestó el noble español. Aquí no se conocen armas de fuego ni pólvora. D. Ignacio es filósofo; le gusta la sencillez, á pesar de ser *descendiente de la antigua nobleza española*, y por esto caza con arco y flecha.

—¡Por Dios que esto es grandioso! dijo Soto, de buen humor, sois un filósofo de hecho. ¿Tienen vuestra esposa y vuestra hija las mismas ideas?

—Ciertamente, dijo el otro.

—¿Y en el mismo grado que vos?

—¿Por qué no? El esposo es un rey en su casa, y lo que piensa es una ley inviolable.

—Entonces nos irá bien, dijo Soto á Bonpland en voz baja.

—Pero ¿dónde está la hacienda ó el ingenio? preguntó Humboldt, viendo que el camino que tomaba D. Ignacio conducia al bosque.

—¿Acaso está detrás de aquel platanar? preguntó Soto en son de burla.

—Pronto llegaremos, contestó el hidalgo.

En efecto, se descubrió el monte por un lado, y los amigos pudieron ver un corto plantío de caña.

—¿Y vuestra habitacion?

—Aquí está, dijo el español con orgullo, señalando un hermoso nogal.

—¿Este árbol? preguntó Soto, lleno de sorpresa.

—¡Oh! dijo con dignidad D. Ignacio. Aquí estaremos magníficamente, bajo techo: ved, aquí en estas ramas hemos colocado nuestras hamacas: creedme, aquí se duerme perfectamente. Vosotros, señores míos, podeis colocar las vuestras entre estos dos árboles, y pasaremos la noche como en el Escorial.

Humboldt y sus amigos ya no podían contener la risa; pero estando acostumbrados en sus viajes á pasar de este modo las noches, no les hacía mucha fuerza.

Por consiguiente, dejaban libre curso á su buen humor, cuando D. Ignacio, que se habia ausentado por un momento, volvió acompañado de su señora y su hija. *Ambas estaban desnudas como él;* (1) pero no parecia que se ruborizasen por esta costumbre, y cuando el noble español las presentó con la misma altivez que si estuviese en la corte, diciendo: «La Sra. D<sup>a</sup> Isabel, mi esposa, y D<sup>a</sup> Manuela, mi hija,» se inclinaban las dos con tanta entereza como dignidad.

Bonpland y el joven Soto, se tomaron de las manos, las que se apretaban con tal fuerza, que casi les salía la sangre de los dedos, porque solo de este modo podían reprimir un fuerte ímpetu de risa.

Tambien Humboldt no pudo ménos de sonreír; pero esta sonrisa era tan benigna que no ofendía.

(1) Hecho positivo. Viajes etc., tomo 2.<sup>o</sup> pág. 118.

Por lo demás pasaron una tarde deliciosa. Una vieja esclava, medio coja, encendió una grande lumbre, y puso en ella un enorme pedazo de carne de venado.

El mulato aseguró, para los tres amigos y para sí, cuatro hamacas en las ramas de un grande árbol de tamarindo. El patron de la lancha y los remeros, se habian quedado en ella.

Don Ignacio contó que sus ascendientes se habian batido al lado del Cid, y ocupado despues altos empleos en la Corte; pero las señoras D<sup>a</sup> Isabel y D<sup>a</sup> Manuela, se hallaban sentadas junto á la lumbre, mirando con admiracion y coquetería á los huéspedes. Doña Isabel jugaba con su gato favorito, un enorme y feo animal.

Al fin llegó la hora de acostarse, lo que deseaban mucho los viajeros. La cosa era muy fácil: el dormitorio estaba abierto, era el bosque. Las camas eran las hamacas suspendidas del nogal y el tamarindo. Tampoco tenian el trabajo de desnudarse, y ménos el noble Sr. D. Ignacio y sus mas nobles señora é hija.

Humboldt, hasta que hubo de acostarse en su hamaca, respiró con libertad, porque el español lo habia fastidiado con una larga historia de una campaña que hizo en el rio Meta, mencionando con mucho énfasis la gran bravura con que se habia batido, como un segundo Cid Campeador, en una sangrienta batalla contra los indios Guahibos. Se vanagloriaba orgullosamente de los servicios que habia prestado á Dios y á su rey, *al quitar sus hijos á los indios, repartiéndolos en las misiones.*

Fuera de lo cómico del aspecto de esta familia rara, hizo una impresion muy penosa y triste en Humboldt el haber encontrado en este vasto desierto á un hombre que se decia de elevada alcurnia, y que sin embargo, habia conservado *en medio de la mayor miseria todas aquellas preocupaciones perversas, y toda la corrupcion de la civilizacion europea.*

—¡Los hombres son siempre los mismos en todas partes, discurrió para sí Humboldt, y se dirigió con un suspiro hácia la naturaleza de que estaba rodeado entónces con profunda calma, en el silencio nocturno.

—¡Cuán dulcemente se puede dormir aquí se dijo á sí mismo; aquí, en este silencio infinito de los bosques vírgenes, donde no nos molesta, como en las grandes ciudades de Europa, el bullicio incesante de los hombres.

Pero todavía no comenzaba á dormir, cuando se oyó en el bosque un ruido verdaderamente infernal.

—¿Qué diablos será eso? preguntó Soto desde su hamaca.

—Es un terrible concierto, dijo Humboldt, que parece nos dan las bestias feroces.

—¡Ah! repuso Soto, riendo, será probablemente la orquesta de D. Ignacio; á lo ménos no carece de la ventaja de la originalidad.

—Pero estas deben ser centenares de bestias, exclamó Bonpland.

—Yo solo distingo, contestó Humboldt, los sonidos suaves del sapapú, los gemidos de los aluatos, el rugido del tigre y del leon, el grito del raton de almizcle, el del perezoso.....

—Y á este magnífico unísono, se agrega el silbido incesante y fastidioso de los monos, que huyen del rugido de los tigres. (1)

—Es lo mas horrible que he oido, dijo Humboldt, cuando yo esperaba dormir bien en el silencio del bosque, despues del cansancio y las fatigas.

—¡Amo! exclamó entónces el mulato, deade su hamaca que estaba mas baja, esto ser así toda la noche.

—¡Muy agradable! dijo Soto, riendo. Las señoras de D. Ignacio no deben tener oidos muy delicados si pueden dormir con este ruido infernal.

El cansancio venció por fin á los viajeros, y comenzaron á dormir.

Peró parecia que un espíritu maligno se habia conjurado contra ellos, porque, apénas habian dormido unas cuantas horas, cuando se levantó una terrible tempestad: los árboles crujian, y sus copas se inclinaban casi hasta el suelo como cañas delgadas: los relámpagos se cruzaban en el horizonte, seguidos de fuertes truenos, y el agua caía á torrentes, de tal manera, que Humboldt, Bonpland y Soto, en unos pocos momentos se mojaron hasta la piel.

(1) Viajes etc., tomo 2º, pág. 221.

—¡Malo va esto! exclamó Bonpland, incómodo. Si este diablo de español nos hubiera dejado en nuestra lancha, nos habiéramos podido precaver mejor.

—No hable vd. mal de D. Ignacio y su familia, dijo entónces Soto; nosotros somos los tontos, y él y sus señoras son los avisados.

—¿Por qué? preguntó Bonpland.

—¡Bien! contestó el otro. Nuestros vestidos están enteramente mojados, y de este contratiempo no tienen motivo de queja ni el señor ni las señoras.

Humboldt y Bonpland rieron, á pesar de su situacion molesta, cuando el mulato comenzó á gritar como un demente:

—¡Aho, aho! socorro. ¡Ay!.....

—¿Qué tienes? gritó Bonpland. ¿Estás loco?

—¡Socorro, socorro! volvió á gritar el mulato. Mulato estar perdido..... bestia feroz comer mulato.

Los tres viajeros se levantaron rápidamente, y se apresuraron, armados de cuchillo, á socorrer al pobre, porque las armas de fuego y la pólvora se habian mojado.

El mulato siguió gritando; pero los amigos, á causa de la oscuridad, no podian ver el animal con que aquel luchaba. También D. Ignacio y D<sup>a</sup> Isabel, que despertaron con los gritos, habian ocurrido, y ya el español habia tendido su arco para dispararlo, cuando un fuerte relámpago iluminó la escena.

En este momento resonó una inmensa carcajada de todos los circunstantes.

No era un tigre, como se suponía, el animal que estuviera luchando á muerte con el mulato, sino..... el gato favorito de D<sup>a</sup> Isabel, que habia pasado la noche en el árbol de tamarindo, como acostumbraba; pero como la tempestad habia movido fuertemente el árbol, cayó y desgraciadamente en la hamaca del mulato, quien, despertando de un profundo sueño y arañado por el gato, creyó ser atacado por un tigre.

A pesar del insomnio, tempestad y mojada, puso este acontecimiento á todos de muy buen humor.

La tempestad habia pasado, y una hermosa mañana seguía á aquella noche fatal y fecunda en acontecimientos.

Humboldt y sus amigos se apresuraron á despedirse de D. Ignacio y de las señoras, cuyos vestidos de gala eran los mismos del dia anterior, es decir..... los guaraches. Sin embargo, la Sra. D<sup>a</sup> Isabel con su gato favorito debajo del brazo, causaba una impresion *imponente*, cuando al despedirse en union de su hija D<sup>a</sup> Manuela, hacia con cierta gravedad una genuflexion, que habria hecho honor á una dama de la corte, aunque ella era la causa de la sangre que salia de los labios de Soto, al mordérselos para reprimir la risa.

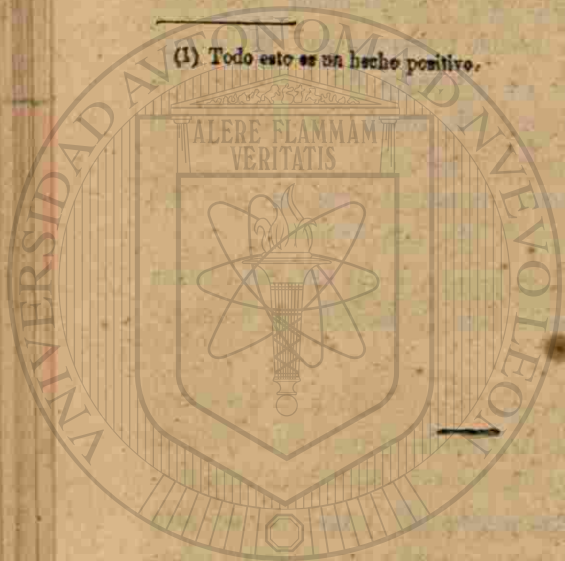
Por lo que respecta al Sr. D. Ignacio, acompañó á sus huéspedes hasta la orilla del Apure, porque conocia las leyes de la etiqueta, y al embarcarse Humboldt y



los suyos en la lancha, les dirigió las siguientes palabras:

—Señores míos; siempre podeis congratularos de no haber pasado la noche en la lancha, ó en la orilla del río, sino en *mi finca, entre gente blanca y de trato.* (1)

(1) Todo esto es un hecho positivo.



## CAPITULO VIII.

### Sobre el Orinoco.

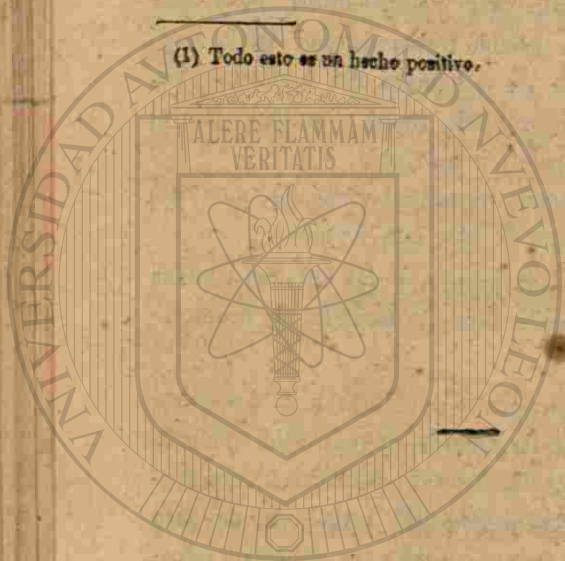
Habian pasado seis dias, desde la salida de San Fernando, cuando la lancha de los viajeros llegó á la desembocadura del Apure en el Orinoco, aquel río caudaloso, cuya exploracion habia sido tanto tiempo el deseo de los viajeros.

Hasta donde alcanzaba la vista, se extendía ante ellos una inmensa superficie de agua, produciéndoles un estremecimiento de admiracion, porque la soledad y la grandeza son el signo característico del curso del Orinoco, uno de los ríos mas grandes del Nuevo Mundo, siendo su anchura de mas de mil quinientos piés en aquel

los suyos en la lancha, les dirigió las siguientes palabras:

—Señores míos; siempre podeis congratularos de no haber pasado la noche en la lancha, ó en la orilla del río, sino en *mi finca, entre gente blanca y de trato.* (1)

(1) Todo esto es un hecho positivo.



## CAPITULO VIII.

### Sobre el Orinoco.

Habian pasado seis días, desde la salida de San Fernando, cuando la lancha de los viajeros llegó á la desembocadura del Apure en el Orinoco, aquel río caudaloso, cuya exploracion habia sido tanto tiempo el deseo de los viajeros.

Hasta donde alcanzaba la vista, se extendía ante ellos una inmensa superficie de agua, produciéndoles un estremecimiento de admiracion, porque la soledad y la grandeza son el signo característico del curso del Orinoco, uno de los ríos mas grandes del Nuevo Mundo, siendo su anchura de mas de mil quinientos piés en aquel

punto, y que se extiende en la estacion de aguas á treinta y tres mil piés, cuando los cerros Curiquima y Pocopocori se convierten en islas.

En el puerto de Encarmanda encontraron los viajeros por primera vez, Caribes libres de Panapana, entre ellos á un jefecillo que andaba en su lancha rio arriba, para presenciar la célebre pesca de tortugas. Estaba sentado debajo de una especie de toldo construido con hojas de palma. Su fria gravedad y el respeto con que lo trataban los suyos, demostraban que se tenia delante á un temible jefe, dueño de vida y de muerte. Todos estos indios hubieran hecho honor á D. Ignacio, porque se hallaban desnudos como él y armados con arco y flecha, con la sola diferencia de que tenian pintado todo el cuerpo de color rojo.

El jefe, los criados, la lancha, la vela, todo tenia este color. La estatura de estos hombres era atlética, y mas elevada que la de todos los demás indios que habian visto nuestros viajeros hasta entónces. Su pelo lacio, espeso y cortado en la frente; sus cejas teñidas de negro, su mirada siniestra y viva, daban á sus facciones un aspecto duro. Las mujeres muy altas, pero súcías hasta el extremo, cargaban á sus hijos en la espalda. (1)

(1) Viajes etc., tomo 2º pág. 225.

Humboldt y sus compañeros tenian deseos de ver la célebre pesca de tortugas, y con este fin se dirigieron á la Boca de Tortuga, (2) á donde los llevó pronto una fuerte brisa del Noroeste.

Esta isla es célebre y tiene su nombre por la pesca de tortugas, ó como se dice allá, por la cosecha de huevos de tortuga que se recoge anualmente.

Los viajeros encontraron allí muchos indigenas. Se habian agrupado á lo ménos trescientos, en chozas de hojas de palma. Además de los Guamos y de los Otomacos de Uruana, que ambos pasan por tribus salvajes é indomables, habia Caribes y otros indios del Orinoco inferior. Cada tribu tenia sus chozas separadas, y se distinguia por el color con que tenia pintada la piel.

Tambien habia algunos blancos, principalmente pulperos de Angostura, que habian ido á comprar á los indigenas aceite de huevos de tortuga. Se notaba allí, un bullicio como el de Europa en las ferias.

La época en que la gran tortuga de Arau, que pesa algunas veces medio quintal, pone sus huevos, coincide con la estacion en que el agua está mas baja.

Empezando á subir al Orinoco desde el equinoccio de la primavera, están secos los puntos mas altos, desde principios de Enero hasta fines de Marzo; de manera, que estas enormes tortugas se reúnen en Enero, en grandes masas, á las orillas de las islas Cucurúpan, Urua-

(2) Isla de Tortuga. Viajes etc., tomo II. pág. 241.

na y Pararuna; sacan el pescuezo para ver si tienen que temer algo de tigres ó de gente.

Los indios, á quienes importa que las tortugas queden juntas y que pongan sus huevos sin ser inquietadas, colocan guardias por toda la orilla, y á los de las lanchas se les advierte que se queden en medio del rio, para no ahuyentar á aquellos animales.

Después de haberse metido el sol, comienzan á poner los huevos, que son mas grandes que los de paloma. La tortuga, con sus piés traseros, que tienen uñas largas y encorvadas, cava un agujero de tres piés de ancho y dos de profundidad, donde deposita sus huevos; pero son en tan grande cantidad, que les sorprende el dia ántes de que concluyan su operacion. Se apresuran entónces, y no hacen caso del peligro que pudieran correr, de manera que á estas tortugas que ponen tan tarde los huevos, les llaman los indios *tortugas tontas*, y esta ocasion es la mas propia para agarrarlas con las manos.

El campo de los indios se acababa de establecer, cuando Humboldt desembarcó en la isla.

No eran semblantes muy apacibles los que allí encontraba; pero pronto se estableció una buena inteligencia con ellos, después de haber enseñado Humboldt al misionero de Uruana, que dirigia este negocio, una carta de recomendacion del guardian de las misiones de franciscanos, en la cual vió el misionero que los viajeros no tenían otra intencion que la de enriquecer su saber.

La célebre cosecha de huevos tomó entónces su curso acostumbrado.

Primeramente nombró el misionero un comisionado para dividir en lotes el terreno donde estaban los huevos, segun el número de las tribus presentes.

Estos individuos eran todos llamados indios de las misiones; pero tan desnudos y de tan poca cultura como los indios de los bosques. Se les llamaba *neófitos, reducidos*, porque iban algunas veces á la iglesia cuando se les llamaba con la campana, y..... porque habian aprendido..... á arrodillarse en el acto de la consagracion, sin que por esto entendieran lo que significa esta ceremonia.

Por lo demás, no tenían ni la mas pequeña idea de los principios del cristianismo, pues sabian tanto de esto como las tortugas, que estaban tan ansiosos de coger, y como los tigres.

El comisionado comenzó la operacion de investigar la profundidad de la capa de huevos del suelo, que fué de tres piés, siendo su extension de ciento veinte. Después hizo la division en lotes, y cada indio estuvo sacando con las manos la parte que le correspondia y metiéndola en pequeños canastos llamados *mapiri*. Estas partes se reunieron en el campo, y fueron colocadas en grandes artesones de madera llenos de agua. Allí las mujeres machacaban los huevos de tortuga, y exponian la masa á la accion del sol, para que la parte grasosa que nadaba en la superficie del agua, tomase consistencia;

y esta grasa, expuesta despues al fuego, es la que llaman aceite ó manteca de tortuga.

Se ha calculado que toda la cosecha consiste en treinta y tres millones de huevos, para la cual se necesitan trescientas treinta mil tortugas. El número de tortugas que ponen anualmente sus huevos en las orillas del Orinoco inferior, asciende á cerca de un millon.

Durante la travesía por el Orinoco hablaron muchas veces los viajeros sobre esta cosecha de huevos de tortuga. Humboldt investigó, dibujó y describió la tortuga de Arrau y otras especies. Tambien la descripcion científica de los peces del Orinoco le ocupó mucho; pero ante todo trató de determinar geográficamente, y con exactitud, el curso de este caudaloso rio, que no lo estaba hasta entónces; mientras Bonpland aumentó considerablemente su coleccion de plantas. Tambien hacian observaciones meteorológicas sobre la temperatura del aire, los fenómenos de la electricidad y del iman, la intensidad de la fuerza magnética, y continuamente estaban ocupados del levantamiento topográfico de las orillas del rio, y de su investigacion geológica.

Nada de lo que tenia interes para las ciencias naturales, escapó á la perspicacia de Humboldt, ni á su espíritu activo é investigador. Los reinos animal, vegetal y mineral, los tenia constantemente á la vista, lo mismo que las influencias poderosas que ejercian los volcanes y las aguas, desde tiempos mas remotos, sobre la configuracion de la tierra en los países que visitaba. Y en

todo esto no se limitó á observaciones superficiales, cuya circunstancia se prueba con el hecho de haber reunido multitud de animales, con el fin de examinar escrupulosamente sus propiedades.

Solo una cosa era muy molesta para los viajeros, y consistia en tener que hacer uso de otra clase de lancha para poder pasar los saltos del rio en algunos puntos, porque este nuevo vehículo era muy estrecho é incómodo. Esta especie de canoa era como todas las de los indios, de un tronco de árbol enhuecado por medio del hacha y del fuego, de unos cuarenta piés de largo por tres de ancho, no pudiendo sentarse en ella tres personas juntas. Estas canoas son tan movibles, y requieren una reparticion tan uniforme de la carga, que al intentar ponerse en pié, se necesitaba avisar á los bogas, para que se inclinaran al lado opuesto, porque sin esta precaucion se llenarian de agua. Para ganar algo en anchura, tenian formada en la parte trasera de la canoa una especie de red construida de ramas, y que sobresalia de los bordes de ambos lados. El toldo era tan bajo, que se necesitaba estar acostado ó encogido. La parte delantera de la canoa la ocupaban los bogas, que se hallaban enteramente desnudos, y colocados de á dos en fondo, remaban á compas. Las pequeñas jaulas con pájaros y monos, cuyo número aumentaba cada dia mas, se colgaban parte en el toldo y parte junto á los remeros. Durante la noche se colocaban estos animales y los trenes en el campo; las

hamacas de los viajeros al derredor de estos trenes; despues los indios y en el extremo una lumbre para ahuyentar á los tigres.

A todas estas incomodidades habia que agregar la plaga de los mosquitos, que en masa se acomodaban debajo del toldo, así como el calor que irradiaban las hojas de palma, cuya superficie estaba expuesta continuamente á los rayos del sol. A cada momento procuraban los viajeros hacer llevadera esta situacion penosa, pero siempre en vano. Sin embargo, con buen humor, cordialidad mútua, y gusto para contemplar lo grandioso de la naturaleza, no les era tan difícil soportar las mayores penalidades.

¿Y no era en efecto un maravilloso país el que visitaban, y cuya exploracion mereciera la pena de arrostrar todas estas incomodidades? No solo se trataba de maravillas de la naturaleza, sino que estos países del Orinoco superior, casi enteramente desconocidos hasta entónces, representaban el verdadero suelo clásico del Nuevo-Mundo, para los mitos y cuentos.

Allí colocaban los misioneros á las gentes de un solo ojo en la frente, con cabeza de perro y la boca abajo del estómago; y en general todo aquello que refieren los antiguos, de los Garamantes, Arimaspes é Hiperbóreos; pero estos cuentos tomaban los misioneros, algo ignorantes, de lo que les decian los indios, porque en las misiones, como en la mar y en el Oriente, les agradan los cuentos para evitarse el fastidio, y despues los

refieren como hechos positivos con el objeto de causar sensacion á las gentes. Si se pone en duda la realidad de estos cuentos en Cumana, Barcelona y otros puertos de mar, que tienen tráfico fuerte con las misiones, la gente contesta del modo siguiente:

—«Los Padres lo han visto; pero mas allá de los raudales.»

Igualmente se cuenta de serpientes y tigres colosales, y de otros animales enteramente fabulosos, y aún de tribus salvajes y crueles que poblaban aquellas regiones y de quienes se referian cosas horribles.

Tambien en esta ocasion dieron estos cuentos y mitos bastante materia para las conversaciones de los tres amigos con los bogas.

—Y sin embargo, es cierto, decia el indio timonero, aunque no querais creerlo. Tan luego como vuelva á salir el sol, estaremos en el país de los Payahoquas, y entónces debemos tener cuidado de nuestros pellejos.

—¿Y son tan temibles estos Payahoquas? preguntó Soto á quien divertian mucho los cuentos de los indios.

—Son hombres de un tamaño colosal y tan fuertes, que ahogan al mas grande tigre con un apretón de manos. Sus flechas envenenadas matan á todo el que hieren, y su alimento favorito es la carne de los enemigos que logran matar.

—¿Y de quién sabeis estas historias? preguntó Humboldt.

—Del Padre Romano.

—¿Y ha estado este Padre Romano con los Payahoquas?

—Ciertamente, dijo el otro.

—¿Y no se han comido al Padre?

—Entonces no habria podido volver para darnos estas noticias.

Los amigos rieron de la contestacion adecuada del indio.

El viento comenzó á soplar muy fuerte en este instante: la canoa pequeña y quebradiza se hallaba en continuas oscilaciones.

—Tened cuidado, dijo Bonpland al timonero. El viento sopla muy fuerte, y es fácil que esta cáscara de nuez en que andamos, se vaya á pique, y entonces nos comian los lagartos, que es peor que si nos comieran los Payahoquas.

El timonero dirigió á Bonpland una mirada altiva, y le dijo gravemente:

—El hombre blanco nada tiene que temer, mientras un pellejo colorado gobierne la canoa.

—Tanto mejor, contestó Bonpland, calmando al indio. Nadie duda de vuestra habilidad; pero al mejor puede acontecer una desgracia en una canoa de esta clase..... Volvamos, pues, á hablar de los Payahoquas. ¿Son ellos, en efecto, antropófagos?

—El «Gran Cocodrilo,» su jefe, engorda siempre á una de sus mujeres para matarla y comerla cuando esté gorda.

—¿Y le acompañan en la comida sus demás mujeres? preguntó Soto.

—Por supuesto.

—¡Horrible, si fuera verdad! exclamó el joven.

—Lo que sí es cierto, dijo entonces Humboldt, es que estamos en peligro de irnos á pique. Este miserable botecito no podrá resistir mucho á los golpes de viento, que se han levantado.

—Y el Orinoco tiene aquí una anchura de diez y ocho mil piés, y es tan profundo como la mar. ¿No seria mejor desembarcar por un poco de tiempo? preguntó Humboldt al patron.

Peró este quedó callado por algunos minutos. Después dijo:

—El pellejo colorado probará á los sabios hombres blancos, cómo se maneja una canoa.

—¿Y qué pensais hacer?

—Seguir la dirección del viento, y con un golpe estar en medio de la corriente.

En efecto, el hombre se puso en pié; pero justamente, cuando iba á mostrar la habilidad y la audacia de su maniobra, vino un fuerte golpe de viento; el bote zozobró llenándose de agua, la que cubrió instantáneamente hasta las rodillas á los que estaban adentro, haciendo nadar los libros, papeles y plantas disecadas,

—Somos perdidos, exclamó Soto, pálido como la muerte.

Los indios prorumpieron en un grito. El patron que habia caído en el rio, luchaba con las olas. Tambien Humboldt, que se retenia con trabajo en la mesa, ocultando su diario en el seno, y que habia salvado con dificultad, se encontraba pálido.

Los golpes del viento se redoblaban.. El bote, que fué conmovido por ellos como una cáscara de nuez, tal vez seria sepultado en las aguas dentro de pocos minutos.

—¡Se acabó! dijo Soto, y sus labios pálidos pronunciaban en voz baja el nombre de «Arabela.»

Humboldt guardó silencio: tenia la muerte á la vista, y con ella el triste y terrible pensamiento: *todo ha sido en vano.*

Solo Bonpland habia conservado en esta vez toda su calma y presencia de ánimo. Una mirada sobre el agua hacía la orilla, le inspiraba confianza.

—¡Salvémonos nadando! dijo con resolucion.

—¡Jamás! exclamó Soto, ¿no pensais en los lagartos?

—En este momento no se vé ninguno.

—La profundidad los oculta.

—Sin embargo, es la última esperanza de salvacion... amigos, si no nos volvemos á ver..... entónces adios, y ahora..... seguidme.

Y ya iba á brincar al agua, cuando un nuevo viento dió un fuerte golpe á la canoa, y el jóven francés cayó de espaldas dentro de ella.

Pero.....¡qué fortuna! la jarcia de la vela se rompió con este golpe, quedando ésta libre, y el aire no pudo ya imprimirle movimiento alguno; por consiguiente, la canoa quedó suspensa. El mismo viento que habia ladeado el bote lo enderezó (1).

—¡Sacad el agua, sacad el agua! gritó en este momento el patron, que ya habia vuelto á introducirse en la canoa, y todos empezaron á sacar el agua con cubetas. Con el último golpe, pareció ya cesar el viento, y Humboldt y sus amigos se vieron salvados como por milagro (2).

Un grave y solemne silencio siguió á este acontecimiento.

Al anoecer formaron su campo dentro del rio en una isla desierta y árida. Con una luna magnífica, sentados sobre la concha de una gran tortuga que estaba en la orilla, tomaron su cena, alegrándose sobremanera de haber escapado de una muerte casi segura.

Cada uno de ellos se ocupaba interiormente de lo que acababa de pasar. Habia sido la muerte que los habia agarrado con mano fria, y ante este pensamiento se estremecian de cuando en cuando.

Hay momentos en la vida en que los hombres, sin ser pusilánimes, temen mas el porvenir que en otras ocasiones.

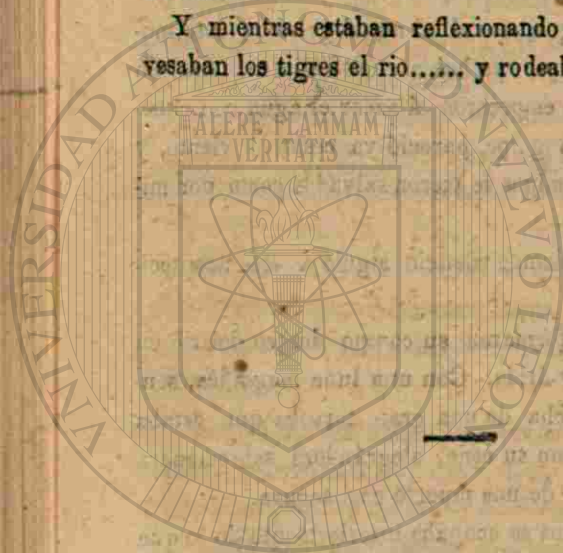
(1) Viajes, etc. tomo II. pág. 251.

(2) Narracion textual de Humboldt.



Humboldt y sus amigos hacia pocos dias que navegaban en el Orinoco y..... todavía tenían delante una navegacion de casi tres meses en rios, llenos de escollos, y en canoas mas pequeñas aún que aquella en que iban á sucumbir.

Y mientras estaban reflexionando en esto..... atravesaban los tigres el rio..... y rodeaban su campo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO IX.

### Una noche de terror.

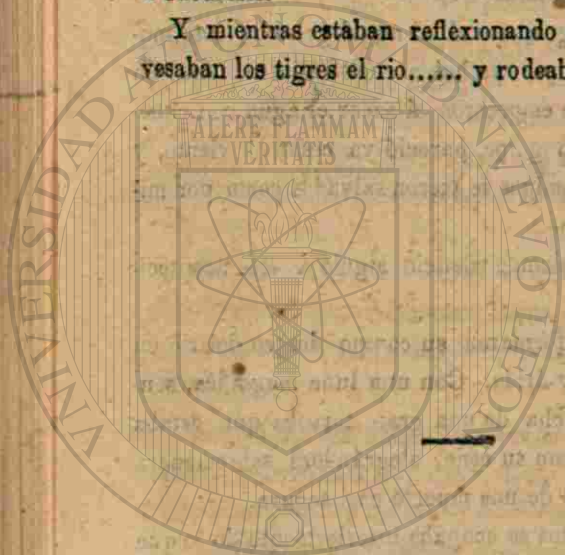
En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

Humboldt y sus amigos hacia pocos dias que navegaban en el Orinoco y..... todavía tenían delante una navegacion de casi tres meses en rios, llenos de escollos, y en canoas mas pequeñas aún que aquella en que iban á sucumbir.

Y mientras estaban reflexionando en esto..... atravesaban los tigres el rio..... y rodeaban su campo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO IX.

### Una noche de terror.

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

—¿Era para mí este beso?

—¿Para quién podía ser sino para tí? contestó la marquesa.

—Vaya, contestó su amiga. Estoy cierta que has estado pensando, en estos momentos, en tu novio, que navega actualmente en el Orinoco, ó en las aguas extensas del Rionegro. La llama silenciosa de tu amor ardia con mas fuerza en tu corazon, despertando el deseo de volverle á ver, excitada por la magnificencia de esta noche. Tú lo viste en espíritu junto á tí, y tu corazon lleno.....

—¡Oh, qué maliciosa eres! dijo Arabela, ruborizándose, medio sentida. ¿Crees tú, en efecto, Julia, que mi amor hácia tí se menoscaba á causa de mi inclinacion á Soto?

—Sí, contestó Julia. Lo creo porque lo encuentro natural. Un corazon como el tuyo no puede estar dividido.

—¡Cuán injusta eres! exclamó Arabela. Es verdad que amo á Soto con una pasion de que yo no tenia idea hasta ahora; pero creeme, no por eso se menoscaba mi amor hácia tí, mi hermano y el Padre Acosta.

Julia se sonrió diciendo:

—Pero este amor debe ser enteramente de otra naturaleza.

—Es mas tranquilo, mas sosegado, contestó Arabela; pero no menos intenso.

—Entonces perdona mis inocentes celos, dijo Julia; como una prueba de lo mucho que estimo tu amistad.

—Yo tambien estimo la tuya en alto grado, y te lo probaré mi permanencia aquí.

—En efecto, contestó Julia con un suspiro, me puedo figurar cuanta resignacion has necesitado para venir con mi hermano hasta aquí.

—A verte, dijo Arabela, como disculpándose, porque este es siempre mi mayor placer; pero.....

—No aquí, añadió Julia, no al Diamante..... y no... en la compañía de mi padre y de mi hermano.

—¡Julia!

—No puedes tomarlo por mal, dijo ésta, con un profundo suspiro y las lágrimas en los ojos. El Diamante, esta hermosa finca que Dios ha criado como un Eden, es un lugar de horror y de espanto, y los que sin corazon lo han trasformado así, son..... mi padre..... y mi hermano.

Y se arrojó llorando en los brazos de Arabela, quien la besó con ternura, diciendo:

—No llores, no es tuya la culpa, bien sabes cuan pocos hacendados tienen humanidad con sus esclavos.

—Pero no son tan crueles y sin piedad como en el Diamante. ¡Oh, querida Arabela! tú no sabes, ni puedes figurarte cuanto he hecho para ablandar la dureza de estos corazones que me son tan caros y cercanos.

—Te crep.

—¡Cuántas veces me he echado á los piés de mi padre!..... ¡Cuántas noches he estado de rodillas, pidiendo á Dios haga mas humanos los corazones de las personas que me pertenecen!.... ¡Cuántas veces he conjurado á mi hermano, con lágrimas en los ojos, para que no atraiga el castigo de Dios sobre nuestras cabezas!..... ¡En vano!..... con ludibrio y..... puntapiés he sido contestada por mi padre y por mi hermano.

—Tanto mas tranquila debes estar ante tu conciencia.

—¿Y puede serme acaso indiferente lo que tú y tu hermano, y las demás gentes buenas juzguen de nosotros?

—No puedes remediarlo, pobre niña.

—¿Puede serme indiferente estar obligada á ver esta miseria, día por día?

—Te tengo infinita lástima.

—¿Puede serme indiferente pensar en la justicia divina, y ver como se acumulan sobre nuestras cabezas las maldiciones de una multitud de desgraciados?

—Dios te protege y evita que haya una rebelion entre vuestros esclavos.

—¿Puede serme indiferente, exclamó Julia, con la mayor exaltacion, que no pueda llamar mio ningun corazon sobre la tierra? ¡Oh, Arabela, Arabela!.....

es un horrible y destructor sentimiento tener que despreciar..... á sus padres, á su hermano!.....

—Eres injusta, Julia, dijo Arabela, con un tono de suave reproche, cuando dices que ningun corazon es tuyo; ¿no tienes el mio?

—Pero que ya volveré á perder mañana temprano.

—No, no lo pierdes. Aunque he venido á despedirme de tí, mi querida amiga, es solamente por un corto tiempo. Nosotros nos vamos á Varinas, y estaremos aquí de vuelta el año que entra; pero siempre mi corazon queda contigo aunque yo esté en la capital.

—Me prometes demasiado, replicó Julia con la cabeza tristemente inclinada; no me llamo Soto.

—¿Ya otra vez los celos?

—No, no estoy envidiosa por tu felicidad; al contrario, me alegro de ella. Una mujer es nada sin el amor de un hombre. Su vida es el amor, y solo por él y en él vive.

—Tambien tú encontrarás á uno que te ame.

—¡Jamás! Un hombre noble no puede amar á la hija de..... un Sanchez, y á ctro hombre que se asemeje á mi hermano, me será imposible amar.

—Querida Julia, no te pintes el cuadro de tu porvenir con tan negras sombras.

Pero en el mismo instante, Julia sintió un estremecimiento en toda su alma.

Con una expresion de profundo horror tomó con una mano la de su amiga, señalando con la otra un punto del jardin.

—¿Qué ves allí, al fin de la arboleda? preguntó con tono lúgubre.

—Las chozas de los esclavos de tu padre.

—¿Y en medio de la plaza?

—Un árbol.

—Pues bien, en este árbol se ha ahorcado un hombre hace poco, por desesperacion, despues de haber sido azotado hasta quedar medio muerto, y habérsele aplicado los «stocks» que le produjeron convulsiones.

—Deja estos tristes recuerdos, dijo Arabela, estremeciéndose tambien.

—No puedo, y ménos hoy que pesa una montaña sobre mi cerebro.

—Te enfermarás si no dominas esas ideas, y el aire de la noche te agravará. Vamos á recogerlos.

—Esto acabará mal, murmuró Julia. ¡Yo tengo un presentimiento penoso, seguro!

En aquel momento se movia en uno de los extremos de la plaza donde estaban las chozas de los esclavos, un bulto negro que avanzaba arrastrándose en el suelo como una serpiente. Era un caribe que se dirigia hácia las chozas. Estaba desnudo, y llevaba un pequeño envoltorio sobre las espaldas, y un enorme cuchillo en

una mano. Se deslizaba de tal manera, que sus movimientos no causaban el menor ruido.

Pausadamente, con precaucion y sin vacilar un instante, se dirigió hácia el árbol de que acababa de hablar Julia, y en el cual se habia ahorcado César. Llegado allí, miró á todas partes con recelo.

Reinaba un silencio sepulcral. El caribe sabia bien que los terribles perros de sangre estaban de guardia. El mismo, que habia gemido allí bastante tiempo como esclavo, con dificultad se les habia podido escapar, fugándose en la misma noche en que César se ahorcó, todo lo cual le daba un conocimiento exacto del terreno, y mediante él, pudo subirse al árbol sin ser notado.

—Pronto venir perros de sangre, se dijo á sí mismo; tener buen olfato de indios..... tambien buen paladar.... para toda eternidad.

Y tomando algo del envoltorio, lo dejó caer al suelo; inmediatamente se dejó oír un lijero gruñido de perro.

El caribe no se movia; pero su excelente vista le hizo notar, á pesar de la oscuridad, un enorme perro de sangre que, levantando el horrible hocico y enseñando los dientes, se acercaba al mismo árbol.

Era un momento crítico. Si ladraba el perro, el indio estaba perdido, y fracasaba el plan siniestro que se proponia.

Pero, ¡cosa extrañal el perro dejó repentinamente su actitud amenazadora, buscando algo en el suelo; era el

olfato de la carne de armadillo el que atraía su atención; aquella carne con que se regala á estos perros, como un esquisito manjar, cuando sus amos se encuentran muy contentos de sus buenos servicios. Se dice que esta carne y la de los indios, tienen olor y sabor idénticos.

Luego que el caribe notó que el perro comía la carne con mucho apetito, chispeaban sus ojos con salvaje alegría; como los de un tigre que está acechando á un inocente venado y baja del árbol en que aguarda su botín.

Dos minutos despues había muerto el perro. La carne estaba envenenada con *curare*.

El caribe reía con aire triunfante, diciéndose al deslizarse del árbol:

—Así hacer con amo..... amo ser diablo..... viejo y jóver..... amo matar al pobre César, y al pobre caribe dar *stocks*..... negro ser cobarde..... ahorearse..... indios no se acobardan..... querer vengarse..... querer ser diablos ellos mismos.

Y volviéndose á acostar boca abajo, se dirigió á las chozas.

En menos de media hora habían dejado de existir los cuatro perros que estaban de guardia. El astuto salvaje había pensado ya en los que se hallaban de reserva junto á la habitación del capataz, y les introdujo también la carne envenenada; pero no había podido impedir que los perros ladrasen ántes de morir, por cuya cir-

cunstancia salió el capataz con su arma preparada á la puerta de su casa.

—¡Cosa singular! dijo, los perros de adentro han ladrado, y Neron, Tiber, Galba y Vitelio no se mueven. Algo de extraordinario debe haber sucedido adentro, donde están los perros. Acaso un tigre.....

Y examinando su arma, se dirigió con precaucion al sitio donde estaban encerrados los perros; pero su asombro creció, al notar que nada se movía por dentro.

—¡Qué diablos! dijo, ¿por qué no se moverán estas bestias? Se han hecho flojas, y pierden el valor y el olfato. Es necesario que haya pronto una caza de negros para que no se entorpezcan. Véamos.....

En el momento que se acercaba á la puerta del departamento de los perros, cayó al suelo, porque el caribe le había cortado la garganta con su largo cuchillo.

Cautelosamente, pero con la misma indiferencia que si hubiera acabado de matar á una gallina, se apoderó del arma del capataz, la puso en el seguro y siguió adelante.

Todo quedó en silencio afuera, solo se notaba movimiento en el interior de las chozas de los esclavos.

Al principio era el caribe que se metía en cada una de las chozas..... pero pronto aparecieron las figuras negras de los esclavos, que cual implacables sombras se movían aquí y acullá..... luego comenzaron á formar

un círculo en derredor del caribe..... y dividiéndose en cuatro grupos se alejaron con precipitación.

El silencio parecía haberse restablecido en la finca; pero en este silencio había algo de siniestro. Repentinamente surgió á lo léjos una luz; despues otra, y la excelente vista del caribe que estaba reclinado en el árbol referido, pudo conocer que estas luces eran pequeñas fogatas.....

—Negros hacer bien, dijo para sí, con una alegría diabólica que hacia flamear sus ojos; negros incendiar los campos de caña ..... pero negros ser tontos..... caribes hacer mejor..... buscar viejo y jóven diablo, y hacerse ellos mismos diablos.

En este momento se enderezó otra figura que se arrastraba tambien por el suelo.

—Boby, dijo el caribe en voz baja.

—Ser Boby, fué la contestacion.

—¿Ser listo? preguntó el caribe.

—Sí, contestó Boby.

—Negros matar á los cuatro capataces.

—Negros hacer, bien.

—Zeno ser capitán, dijo Boby con aire de triunfo. Negro no olvidar azotes.

Repentinamente se oyó un bullicio en el bosque, como el de una reunion de caballos.

—¡Húl... ¡húl... gritaron los dos indios con alegría, y pocos momentos despues, llegaron de cuarenta á cincuenta caribes desnudos, y montados á caballo en pelo; pero manejándolos con mucha destreza. Además, se hallaban armados con lanzas y largos cuchillos.

El caribe, que hasta entónces habia estado debajo del árbol, les dió una señal é inmediatamente dejaron los ginetes sus caballos y le siguieron. En pocos minutos se apoderaron de las armas y municiones que se hallaban en el cuarto del jefe de los capataces, asesinado por el caribe. Hechos de estas armas, que sabian manejar bien los indios, volvieron á montar en sus caballos sin proferir una palabra, y despues de haber montado tambien los dos primeros caribes, se dirigieron á la casa principal. Llegando á un estanque situado á unos cuantos pasos de ésta, dejaron sus caballos y desaparecieron luego entre el bosque y las arboledas mas espesas hasta llegar cautelosamente á la casa, la que rodearon completamente. Allí estaba todo en silencio.

—¿Qué haces, Julia? preguntó en este momento Arabela, que habia despertado á causa de un ligero ruido.

—No puedo dormir, contestó la hija de la casa, y por esto me he vuelto á vestir; quédate tú acostada: yo voy al balcon á tomar el aire, cosa que hago con frecuencia.

—Entónces espera un momento, te acompañaré. El aire fresco me aprovechará mas que el sueño, porque el

calor es sofocante, dijo la hermana del Gobernador, dejando el lecho y tomando sus vestidos.

—La luna se ha metido, dijo Julia.

—Entonces brillarán mejor las estrellas, contestó Arabela, de buen humor. Desde que amo á Soto, y él se halla de viaje con el Sr. de Humboldt, me son doblemente queridas.

—¿Por qué?

—Porque son sus fieles compañeras y guardianes. Quien sabe en donde y en qué peligros pernoctará á la vez, mirando las estrellas lleno de amor y de deseo de verme. Ellas son mediadoras amistosas entre él y yo, porque el rayo de luz que extraen de sus ojos, vuelve por medio de ellas á los míos.

—¡Visionaria! dijo Julia; ¿quién podía ser tan dichosa como tú? Yo envidio aun á tu hermano por tí.

—No me le recuerdes, porque me inquieta la idea de que anoche saliera tan tarde para la mision de Santa-Cruz.

—¿Era tan urgente este viaje?

—Sí, porque queriendo salir mañana de San Fernando á Varinas, solo le queda esta noche para arreglar algunos negocios del Gobierno, y volver luego por mí.

—Entonces no hay razon para que te inquietes.

—El camino está sin peligro; pero me alegro que tu hermano le acompañe.

—Ya volvió.

—¿Cómo, tu hermano se ha vuelto sin el mío?

—Me lo dijo una de mis criadas.

—No comprendo como es esto.

—Su criado dijo, que mi hermano y el tuyo habian tenido una lijera disputa..... pero escucha, ¿qué alarido es ese?

—Serán los gritos de los monos que indican lluvia.

En el mismo instante se iluminó la habitacion de las niñas como si fuese de dia.

—¿Qué es esto? exclamaron las dos simultáneamente. Pero apenas habian dado dos pasos en direccion á la ventana, cuando vieron subir por todos lados columnas de fuego. Al mismo tiempo un terrible alarido de los salvajes llenó los aires.

—¡Justo cielo! gritó Julia palideciendo. ¡Mi presentimiento! ¡Este es el juicio de Dios; son los esclavos que se han rebelado y hecho libres! ¡Todos somos perdidos!

Y dichas estas palabras, se postró de rodillas.

El terror y el espanto se apoderaron tambien de Arabela, pero solo por algunos momentos. Su carácter resuelto y casi varonil, la hizo luego volver en sí.

—Levántate, Julia! dijo á su amiga con tono casi imperativo. No hay que perder ni un instante, salvémoslos.

Pero Julia permaneció de rodillas sin moverse.



—¡Sálvate tú, dijo! Este es el castigo de Dios, de que hace tiempo he temblado: le hemos merecido, y yo lo sufriré con resignacion.

—¿Estás loca? exclamó Arabela. Este castigo no puede ser para tí, tú eres pura como un ángel.

—¡Soy la hija de D. Francisco Sanchez!

—Pero sus pecados no son los tuyos.

—Los hijos deben sufrir el castigo con sus padres.

—¡Locura!, exclamó Arabela de nuevo; ¿quieres tú que nos quememos?..... O lo que seria mas espantoso..... que caigámos en manos de estos salvajes.

—Sálvate tú!, contestó Julia, siempre de rodillas. Dios ha hablado; cúmplase su voluntad.

—No seas tonta, exclamó Arabela, es preciso salvarte, aunque sea á fuerza.

Ya iba á tomar en sus brazos á Julia, cuando la parte superior de un cuerpo humano apareció por la ventana. Era uno de los caribes. La expresion salvaje y brutal de su cara era aterradora; pero mas lo era todavía su risa triunfante, cuando vió á las dos niñas. Arabela comprendió lo que significaba esta risa.

—¡Prefiero la muerte! se dijo á sí misma, y sin dejar un segundo de tiempo al salvaje, tomó una silla, y dió un golpe tan fuerte al caribe en la cabeza, que éste se aturdió y cayó en las llamas.

Pronto se puso entonces Arabela al lado de su amiga, y tomándola en sus brazos como un niño, se dirigió precipitadamente á la escalera.

Pero tambien allí habian llegado las llamas, porque la casa estaba construida de madera, y por todas partes se veian, al través de las llamas y del humo, las diversas figuras de los caribes, ocupados en el robo y el pillaje.

Repentinamente tropezó con tal fuerza Arabela con un objeto que se hallaba al pié de la escalera, que poco faltó para que viniese al suelo con su preciosa carga. Involuntariamente dirigió una mirada hácia aquel obstáculo..... pero ¡qué horror! era la madre de Julia, que, cubierta de sangre, y horriblemente mutilada, se hallaba tendida y exánime.

Julia dió un grito penetrante, y perdió luego los sentidos, quedando así en los brazos de su amiga.

Pero el grito de Julia ocasionó que fuesen descubiertas por los caribes, y antes de que Arabela pudiese dar un paso adelante, sintió sobre sus hombros la fuerte presion de dos robustos brazos, que la obligaron á caer al suelo y á desprenderse de Julia. En seguida sintió que la amarraban.

Un instante despues, la levantó un colosal caribe; otro tomó á Julia, y por en medio de las llamas salieron de la casa dirigiéndose al jardin.

—¡Socorro, socorro! gritó entónces Arabela, y el pensamiento en Soto y su hermano, la estremeció con frenesí.

—¡Dejadme! soy la hermana del Gobernador, gritó.

Pero sus palabras se perdían entre el ruido de las vigas que se desplomaban, y los alaridos de los indios.

Llegaron á un salon que conducia al jardin, y el cual no habia sido invadido por el fuego; pero las llamas se acercaban á las paredes. Mas ¡qué escena tan horrible se presentó entonces á la vista de Arabela! En las dos columnas que sostenian el techo de la sala, se hallaban amarrados D. Francisco y D. Antonio Sanchez, á quienes seguramente habian sorprendido los indios en el sueño, y llevado en triunfo á ese lugar. Allí bailaban los indios al rededor de ellos con alegría diabólica, mientras los dos caribes que habian gemido tanto tiempo, como esclavos, bajo el yugo férreo de estos individuos, los azotaban con furor salvaje, empleando para esto los látigos que sacaron de la habitacion del administrador. Los dos Sanchez, padre é hijo, apenas se podían conocer, porque sus cuerpos desnudos, estaban cubiertos de sangre y heridas.

Un castigo terrible les habia alcanzado á causa de sus crueldades, y de todos aquellos seres humanos, que por su culpa habian pasado la vida en una miseria indescriptible.

En el momento, cuando el caribe que llevaba á Arabela en sus brazos atravesó la sala, dejaron tambien los demás de su tribu la casa, rodeada por las llamas. En vano, olvidando todos sus dolores, pidieron socorro los dos hacendados, pero no fueron escuchados. ¿No habian estado sordos tambien ellos en muchas ocasiones á la voz

de la humanidad y de la compasion? En ese instante no encontró tampoco eco el grito de la desesperacion. Ambos habian sazonado frecuentemente los tormentos de sus esclavos con chanzas burlescas; y ahora se regocijaban los caníbales de su agonía. En efecto, era una horrible agonía que comenzó para ellos.

Con gran violencia se extendió el fuego. Tambien la sala en que se hallaban padre é hijo, se habia convertido en un mar de llamas..... solo á las columnas de en medio no habian llegado aún..... pero de un momento á otro debia suceder esto..... y..... amarrados en ellas, sin poder moverse, se hallaban los dos tiranos.

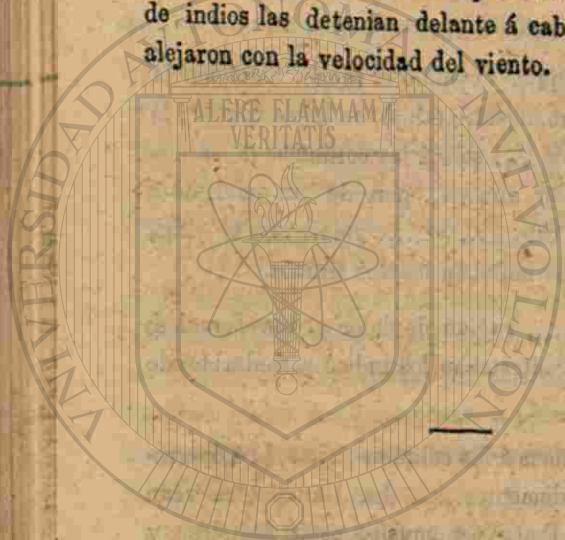
Ya no gritaban..... rugian de dolor y desesperacion; pero á sus rugidos contestaban los indios con alaridos de júbilo.

Ya llegan las llamas á las columnas..... Los desgraciados gritan como dementes..... Las llamas se acercan á sus carnes..... Piernas y muslos están asándose, y mas y mas suben las llamas..... sus ahullidos se convierten en rugidos frenéticos..... otro grito espantoso... y todo queda en silencio; mas..... parecia que la justicia divina queria tomar parte en este castigo, haciendo desaparecer los últimos vestigios de tantos crímenes. . . en el mismo instante cayó la casa convirtiéndose en un monton de humo y llamas, carbon, escombros y ceniza.

Los dos Sanchez quedaron sepultados debajo de este monton.

Arabela no había visto nada de esto. Al oír la agonía terrible de los dos hombres, se había desmayado.

Pocos momentos despues, volvieron los caribes á montar en sus caballos. Cada uno llevaba su botin por delante, juntamente con Julia y Arabela. Fuertes brazos de indios las detenian delante á caballo..... luego se alejaron con la velocidad del viento.



## CAPITULO X.

### Las cataratas de Maypures y la gruta de Aruipe.

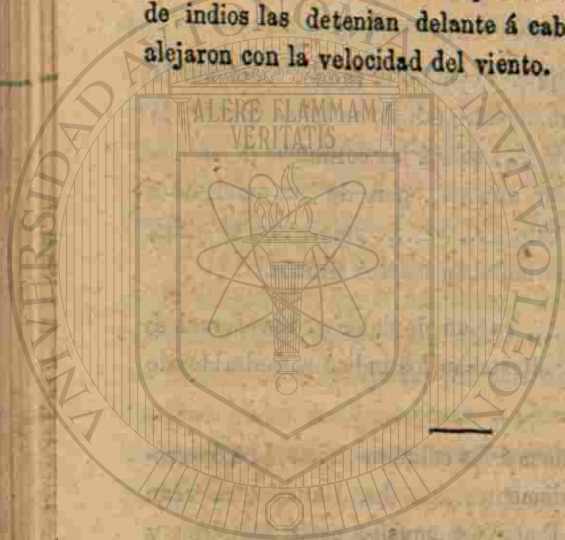
Mientras pasaba la escena horrible descrita en el capítulo anterior, seguian Humboldt y sus amigos el curso del rio Orinoco.

Este hermoso y magnífico rio, anhelado desde muchos años de Humboldt, se hallaba ante su vista en todo su esplendor.

Una corriente occidental y brisas tropicales favorecieron la travesía por el brazo de mar, que se extiende en el ancho valle, entre el nuevo continente y el Africa oc-

Arabela no había visto nada de esto. Al oír la agonía terrible de los dos hombres, se había desmayado.

Pocos momentos despues, volvieron los caribes á montar en sus caballos. Cada uno llevaba su botin por delante, juntamente con Julia y Arabela. Fuertes brazos de indios las detenian delante á caballo..... luego se alejaron con la velocidad del viento.



## CAPITULO X.

### Las cataratas de Maypures y la gruta de Aruipe.

Mientras pasaba la escena horrible descrita en el capítulo anterior, seguian Humboldt y sus amigos el curso del rio Orinoco.

Este hermoso y magnífico rio, anhelado desde muchos años de Humboldt, se hallaba ante su vista en todo su esplendor.

Una corriente occidental y brisas tropicales favorecieron la travesía por el brazo de mar, que se extiende en el ancho valle, entre el nuevo continente y el Africa oc-

cidental. Antes de que se presente la costa, se observa un choque de olas espumosas que se cruzan mutuamente. Marineros que no conocen estas regiones, presumirian allí hondonadas ó manantiales de agua dulce, como los hay en medio del Oceano, entre las islas Antillas.

Más cerca de la costa de granito de la Guayana, aparece la boca ancha de un grande y poderoso rio, que sale allí como un lago sin orillas, cubriendo parte del Oceano con agua dulce. Las olas verdes del rio, que en las hondonadas aparecen con un color blanco leche, contrastan notablemente con el color de añil de la mar, que limita aquellas olas del rio con contornos muy pronunciados.

El nombre Orinoco que han dado los primeros descubridores al rio, y cuya denominacion probablemente es debida á una confusion de idiomas, no se conoce en el interior del país; porque en el estado de crasa ignorancia, suelen designar los pueblos con nombres propios, solamente aquellos objetos que pueden confundirse unos con otros. El Orinoco, el Rio de las Amazonas, el de la Magdalena, se llaman simplemente *el rio* en aquellos pueblos; tambien les llaman *el grande rio*, *la grande agua*, mientras los habitantes de la costa distinguen aun los riachuelos con diversos nombres.

La corriente que origina el Orinoco entre el continente del Sur de América y la isla de la Trinidad, es tan fuerte, que los buques que vienen en su contra con una brisa fresca del Occidente y con velas desplegadas, apé-

nas la pueden vencer. Esta region, temida por los navegantes, se llama el *Golfo triste*, y su entrada la *Boca de Drago*. Allí se elevan entre las olas enfurecidas algunos escollos aislados, semejantes á una torre, y señalan el antiguo dique de rocas que, en tiempos remotos, unia la isla de la Trinidad con la costa de Paris.

La vista de estas regiones fué precisamente la que afirmó á Colon en sus opiniones sobre la existencia del Continente americano. «Una masa tan inmensa de agua dulce, (así razonaba aquel grande hombre) no podia unirse sino por una inmensa extension de la corriente, y el país por donde corría esta agua, debía ser un continente y no una isla.» Así como los compañeros de Alejandro el Grande, al penetrar en el Paropamisio cubierto de nieve, creían conocer en el rio Indo, tan abundante en cocodrilos, una parte del Nilo, así creía Colon, sin conocer la semejanza fisionómica de todos los productos de los climas de palmas, que aquel nuevo continente era la costa oriental del Asia, prolongada hasta allí. Un fresco suave de la brisa de la tarde, la pureza etérea del firmamento estrellado, el perfume balsámico de las flores que traía el viento de tierra firme; todo esto hacia presumir á Colon (así refiere Herrera en los Decades) haberse acercado al Eden, al santo hogar del padre del género humano. El Orinoco le pareció ser uno de los cuatro rios que, según un mito venerable, salían del paraíso, para regar y partir la tierra, adornada nuevamente con plantas.

Este pasaje poético de la descripción del viaje de Colón, tiene un interés particular psicológico, porque nos enseña de nuevo, que la fantasía creadora del poeta se distingue en el descubridor del Nuevo Mundo, como en toda grandeza de caracteres humanos.

El Orinoco aparece en su desembocadura más angosto que el Río de la Plata y el de las Amazonas. También su longitud es de cuatrocientas sesenta leguas cuadradas; pero muy al interior de la Guayana, á una distancia de doscientas treinta leguas de la desembocadura, tiene un ancho de diez y seis mil doscientos pies, estando crecido. Cuando esto sucede, que es periódicamente, se eleva allí cada año su nivel, desde veintiocho hasta treinta y cuatro pies sobre el punto de nivel más bajo. El origen del Orinoco no es visitado aún de ningún europeo, ni de ningún indígena que haya estado en contacto con los europeos. Llegado á la desembocadura del Sodomoni y Guapo, se distingue entre las nubes la cima del Duida, un cerro cuya vista ofrece una de las escenas más grandiosas de la naturaleza en el mundo tropical. La pendiente del Sur es una pradería desprovista de árboles. Allí llenan los aromas de la piana el aire húmedo de la tarde. Entre las yerbas bajas, ó las praderas, se elevan los tallos jugosos de las Bromelias. Entre la corola verde azul, brilla la fruta amarilla color de oro. Allí donde brotan los manantiales de agua de entre las rocas, se encuentran grupos aislados de palmas.

Al Oriente del Duida, comienza un espeso bosque de árboles silvestres de cacao, que circundan el célebre árbol de almendra, (*Bertholletia excelsa*) el producto de más fuerza en el mundo tropical. Allí juntan los indios el material para sus sopletes, que son de tallos de una yerba colosal que tiene de nudo en nudo diez y siete pies.

Algunos monjes franciscanos han penetrado hasta la desembocadura del Chiquiri, donde el río es tan angosto, que los indígenas han tejido allí, junto á la catarata de los Guaharibes, un puente de plantas enredaderas.

Los Guaicas, una pequeña y salvaje raza, que usa flechas envenenadas, impide que se pueda avanzar más al Oriente.

En esta parte superior del río, entre el tercero y cuarto grado de latitud Norte, ha repetido la naturaleza uno de los fenómenos más enigmáticos; los llamados *aguas negras*. El Atabapo, cuyas orillas están adornadas con carolinas y melastomeas, como el Temi, Tuamin y Guainia, son ríos cuyas aguas tienen un color café, y algunas veces casi negro; principalmente á la sombra de las palmas toman las aguas de estos ríos notables un negro de tinta; pero en vasos transparentes tienen un amarillo color de oro. Con una precisión admirable, se refleja en estos ríos negros la imagen de las constelaciones del Sur. Allí, donde las aguas tienen una corriente suave, proporcionan al astrónomo, que hace observaciones con instrumentos de reflexión, un excelente horizonte artificial.

Falta de lagartos, tambien de peces, una temperatura mas baja, menos mosquitos y mayor pureza del aire, distinguen la region de los Rios negros. Probablemente deben su color extraordinario á una disolucion de hidrógeno carbonizado y á la riqueza de la vejetacion que hay en el fondo. Pero no son estas solo las maravillas que presenta el mas raro de los rios, el Orinoco.

Desde la serranía alta de Cunavami, entre el origen de los rios Sipapo y Ventuaró, sobresale una roca de granito hácia el Poniente, hasta la serranía de Uniamá. De esta roca salen cuatro riachuelos, que limitan la catarata de Maypures, por decirlo así; en la orilla oriental del Orinoco, el Sipapo y Sanariopo, y en la occidental el Camejí y el Toparo. Allí donde está la aldea Maypure forman los cerros un golfo abierto hácia el Sudoeste.

El rio crece allí espumante, inmediato á la pendiente oriental de los cerros. En una pradera se encuentra aislada una roca de granito, en la cual hay grabados á una altura de ochenta piés que representan las imágenes del sol, de la luna, y principalmente de cocodrilos y boas, todos en hileras. En esta posicion extraordinaria se hallan los geroglíficos de piedra en la serranía de Uruana y Encaramada.

Si se pregunta á los indígenas el origen de aquellos geroglíficos, contestan que han sido hechos en tiempo de creciente por sus antepasados que vivian entónces en aquellas eminencias. Una altura del rio á este grado, era por consiguiente mas moderna que los toscos monu-

mentos de la industria humana. El indica un estado del globo que no se debe confundir con aquel, en el cual la primera vejetacion de nuestro planeta así como los cuerpos colosales de animales no existentes ya, y las criaturas pelágicas de un mundo de caos, encontraron su tumba en la costra endurecida de la tierra.

Así, es célebre por ejemplo, ante todo, la salida mas al Norte por las imágenes naturales del sol y de la luna. La roca *Keri* tiene su nombre de una mancha blanca que brilla desde léjos, y en la cual los indios creen encontrar una gran semejanza con el disco lleno de la luna. Probablemente esta mancha blanca es una inmensa piedra de cuarzo, formada por vetas en aquel granito de un color negro opaco.

Frente al *Keri*, en el cerro de basalto de la isla Quirivitari, enseñan los indígenas, con misteriosa veneracion, un disco semejante al que llaman *Camosi*, adorándole como imagen del sol.

¡Qué multitud admirable de fenómenos en un solo rio! Pero los mas interesantes habian de seguir todavía.

—¡Los raudales! gritó el patron de la lancha.

En efecto, el barco se estaba aproximando á las célebres cataratas de Maypures.

Era un grande, un magnífico espectáculo el que se presentaba entónces á la vista de los asombrados viajeros: entre innumerables islas, diques formados de rocas, y grandes masas de granito pobladas de palmeras, se disol-

via, convirtiéndose en espuma, uno de los rios mas caudalosos del mundo.

—¡Cielos, qué magnificencia! exclamó Humboldt.

—¡Incomparable! añadió Bonpland.

Mientras á Soto le faltaban palabras para expresar su asombro.

¿Quién puede pintar esta admirable escena? ¿De dónde tomar los colores para un cuadro de esta clase?

Un sinnúmero de cataratas, unas pequeñas, otras grandes, siguiéndose unas á otras, formaban un verdadero archipiélago de riscos é islas que estrechaban allí el cauce del rio que tenia una anchura de ocho mil piés, de tal manera, que apenas quedaba un trecho de veinte piés para la navegacion. Y sin embargo, se ofreció á los ojos de los viajeros llenos de admiracion, una superficie espumosa de una extension de mas de una legua, elevándose en medio de ella grandes masas de rocas color de hierro. Cada isla, cada piedra, estaba adornada con grandes árboles, cubiertos de magníficas Orquideas, Bigonias, Banisterias, Peperomias, Arums y Potos.

Una espesa neblina cubria la superficie del agua y las cataratas; al través de las nubes de espuma, penetraban las elevadas puntas de las palmas; y refractándose un millon de veces con un perfume húmedo los rayos dorados del sol, prestaban al conjunto un encanto óptico é indescriptible. Eran innumerables arco-íris que desaparecian y volvian á aparecer. *Un juego de vientos hacia vacilar la imágen etérea.*

Los tres amigos caian de un asombro á otro, embriagados por un continuo deleite.

Ménos agradable para ellos que este espectáculo, fué el paso sobre estas cataratas.

¡Cuánto trabajo! ¡cuántas penalidades y peligros!

Con frecuencia nadaban los bogas por delante, logrando con mucho trabajo afianzar una reata al rededor de una punta de rocas que sobresalian del agua, arrastrando la canoa con este auxilio para adelante.

Sucede frecuentemente que la canoa se hace pedazos en las rocas con estos esfuerzos, y los indios con el cuerpo ensangrentado, procuran entónces salirse del torbellino, y solo nadando pueden alcanzar la orilla. Pero en el caso en que se hallaban los viajeros, donde las gradas que forman las rocas son demasiado altas, y los peñascos se extienden por todo el lecho del rio, fué necesario llevar la canoa á remolque por la orilla, y algunas veces arrastrarla sobre ramas de árbol.

Pero tambien estas dificultades y penalidades supieron vencer nuestros amigos, demostrando una vez mas su gran valor, fuerza de voluntad y entusiasmo.

Empero estas penalidades fueron ricamente compensadas por un interesante hallazgo, que habia de formar época en los anales de sus viajes.

Habian pasado felizmente las grandes cataratas de Maypures y Atures, en las cuales se habian detenido cinco dias, cuando entraron á un valle, el que sin poderlo explicar, producía en ellos una impresion grave, casi



solemne. El carácter de toda la comarca en sus alrededores, no era solamente grandioso, sino algo melancólico, casi lúgubre, de tal manera, que Humboldt no pudo ménos de decir:

—La impresion que este valle produce en mi ánimo, es como si fuera el cementerio de toda una nación.

Con mucho trabajo, y no sin peligro, lograron subir á la cima de una escarpada roca de granito enteramente desprovista de vegetacion.

La subida habia sido posible solamente, por unos grandes cristales de espato calizo que sobresalian de la roca. No sabian á donde los llevaba su guia, que era el patron de la lancha, y quien solo les habia dicho con su acostumbrado laconismo, que iban á la cueva de Atarupe.

Esta expedicion debia valer la pena, porque de lo contrario no se habria dado este trabajo un indio indolente por naturaleza, teniendo que participar de las penalidades de un camino tan áspero.

Pero ya la espléndida vista en la cima de la roca, compensó á todos con usura.

Desde el lecho espumoso del rio, se elevaban colinas provistas de árboles que formaban bosques. Al otro lado del rio descansaba la vista sobre la pradera inmensa del Meta, y en el lejano horizonte se divisaba, como una nube amenazadora, la sierra de Uniamá; pero los alrededores de la roca eran áridos y estrechos. En el

valle, con su terreno algo quebradizo, vagaba el xopilote haciendo sombra con sus alas en la roca.

Repentinamente se les presentó á su vista la entrada de una cueva.

—La cueva de Atarupe, dijo el guia.

Se les figuraba á Humboldt y á sus compañeros hallarse al frente de una colosal catacumba. En efecto, no se habian engañado. A pocos pasos pudieron conocer que este notable lugar era el mausoleo de una tribu extinguida.

*Encontraron allí cerca de seiscientos esqueletos bien conservados, en igual número de canastos, hechos de tallos de palma.*

Este descubrimiento era para Humboldt y sus compañeros, tan sorprendente como conmovedor. El pensamiento de hallarse ante la tumba de una gran tribu, que..... con todas sus esperanzas, deseos, goces y pesares, habia cesado de existir y borrádose del catálogo de los pueblos, es en verdad conmovedor y significativo para el alma del mas fuerte.

—¿Y qué tribu era ésta que ha encontrado aquí su tumba? preguntó Humboldt al guia.

Este, casi inmóvil, apoyando sus manos y barba sobre su báculo, y teniendo fijas sus melancólicas miradas en los canastos mortuorios, contestó en tono solemne y con mayor gravedad de la que acostumbraba:

—Hay una tradicion entre los indios Guareques, segun la cual los valientes Aturas estrechados por un

número mucho mayor de los caribes antropófagos, se refugiaron en las rocas de los raudales. Allí defendían su vida y modo de existir, hasta que sucumbiendo á la miseria y al furor de sus enemigos, concluyeron completamente, desapareciendo toda la raza y con ella su idioma.

Humboldt, Bonpland y Soto examinaron en seguida, tanto los canastos como los esqueletos.

Los primeros, llamados *mapires* por los indios, tenían la figura de sacos en forma cuadrilátera, y eran de diversos tamaños, según la edad de las personas. Aún los niños recién nacidos tenían su *mapire*. Los esqueletos se hallaban tan completos, que no faltaba ni una costilla, ni una falange.

Los huesos estaban preparados de tres modos: en parte blanqueados, en parte dados de color rojo, y en parte envueltos como momias en resinas odoríferas y hojas de plátano.

El guía aseguró que se enterraban los cadáveres por algunos meses en tierra húmeda, para que se consumiera paulatinamente la parte carnosa. Después se desenterraban, y se les quitaba con una piedra filosa el resto de la carne. Esta costumbre tenían todavía algunas hordas de los Guayanas.

Junto á las canastas encontraron urnas de barro medio quemado, que parecían contener los huesos de familias enteras.

Las mas grandes de esas urnas tenían tres piés de alto y cinco y medio de largo, y eran de figura ovalada, pintadas de color verde, y provistas de agarraderas, figurando serpientes ó cocodrilos.

Los viajeros dejaron la cueva al anochecer, después de haber extraído algunos cráneos y el esqueleto entero de un hombre de edad, con el mayor disgusto del guía. (1)

Con un sentimiento indefinible se separaron los viajeros del cementerio de una tribu que ya no existe.

Era una de aquellas noches serenas y frescas como las hay frecuentemente en los trópicos.

La luna, adornada de un bello círculo de color, se hallaba en el zenit, alumbrando los contornos de la neblina, que cubria en grande masa el rio espumoso.

Innumerables insectos derramaban su luz fosfórica sobre el enverdecido suelo, cuya superficie brillaba como si la bóveda celeste, cubierta de estrellas, hubiese descendido á la tierra.

Enredaderas, la odorífera vainilla y banisterias de flor color de oro, adornaban la entrada de la cueva, y sobre las tumbas oscilaban las copas de las palmas.

(1) Uno de estos cráneos está dibujado en una excelente obra craneológica del Sr. Blumenbach. El esqueleto en cuestion se perdió con una gran parte de las colecciones de Humboldt, en un naufragio en la costa de Africa.

Humboldt había estado mucho rato sin preferir una palabra. Al fin dijo con profunda gravedad:

—Así se pierden las generaciones de los hombres; así la historia de los pueblos. Sin embargo, cuando se marchita toda flor del espíritu; cuando se destruyen con el trascurso del tiempo las obras del arte creador, brota una vida nueva y eterna del seno de la tierra. Incesantemente desarrolla sus fuerzas la naturaleza engendradora, sin hacer caso de que el hombre perverso, que pertenece á una raza irreconciliable, pise la fruta madura. (1)

(1) Palabras textuales de Humboldt delante de la cueva de Atarupie. "Vistas de la naturaleza, tom. I., sobre las cataratas del Orinoco, cerca de Atures y Maypures.

## CAPITULO XI.

### Entre los Caribes.

Los rayos del sol, en su ocaso, caían sobre los troncos de los colosales árboles de Sapacuya, inundando de luz un claro de uno de aquellos inmensos bosques vírgenes y casi impenetrables, del Orinoco superior. Las puntas majestuosas de los gigantescos árboles con sus hojas color de rosa, brillaban en el crepúsculo, produciendo un hermoso é indescriptible efecto. El *Curiy*, especie de pino cuya semilla se come; el árbol de incienso; el odorífero palosanto, y el *Aguaraibay* con su valiosa y apreciada resina, estaban mezclados entre ellos, enviando sus perfumes á lo léjos.

Humboldt había estado mucho rato sin preferir una palabra. Al fin dijo con profunda gravedad:

—Así se pierden las generaciones de los hombres; así la historia de los pueblos. Sin embargo, cuando se marchita toda flor del espíritu; cuando se destruyen con el trascurso del tiempo las obras del arte creador, brota una vida nueva y eterna del seno de la tierra. Incesantemente desarrolla sus fuerzas la naturaleza engendradora, sin hacer caso de que el hombre perverso, que pertenece á una raza irreconciliable, pise la fruta madura. (1)

(1) Palabras textuales de Humboldt delante de la cueva de Atarupie. "Vistas de la naturaleza, tom. I., sobre las cataratas del Orinoco, cerca de Atures y Maypures.

## CAPITULO XI.

### Entre los Caribes.

Los rayos del sol, en su ocaso, caían sobre los troncos de los colosales árboles de Sapacuya, inundando de luz un claro de uno de aquellos inmensos bosques vírgenes y casi impenetrables, del Orinoco superior. Las puntas majestuosas de los gigantescos árboles con sus hojas color de rosa, brillaban en el crepúsculo, produciendo un hermoso é indescriptible efecto. El *Curiy*, especie de pino cuya semilla se come; el árbol de incienso; el odorífero palosanto, y el *Aguaraibay* con su valiosa y apreciada resina, estaban mezclados entre ellos, enviando sus perfumes á lo léjos.

Muy alto, en las cimas de los árboles, se hallaban numerosas bandadas de *picazas* con sus hermosos plumajes y sus largos picos, haciendo oír su canto semejante á ¡*Gujake-ke-ke-ke!* con una monotonía fatídica, contestando con la misma monotonía un canto de indios. En este claro del bosque estaba situada una ranchería de indios, compuesta de unas sesenta ú ochenta chozas, que en sencillez quedaban todavía muy atrás de las construcciones del castor. Cuatro postes de palo fijados en el suelo, formaban las esquinas, y pedazos de madera puestos unos sobre otros, las paredes. El techo estaba construido de hojas de palma, dejando entrar por un agujero la luz y el aire. Otro agujero en la parte delantera de las chozas servía de puerta. En el interior se veían hamacas fijadas de los postes; también estaban allí colgadas las macanas, los arcos de una longitud de siete pies, con flechas de cinco de largo, y cuyas puntas están envenenadas; en esta circunstancia fundan estas tribus de indios su orgullo, pues consideran su arma como la mejor. Algunas ollas toscas de barro, canastos de tallos de palma, con raíces y yuca, vasos también de barro y un tronco de árbol ahuecado para moler el maíz; todo esto constituía el resto del menaje.

En el suelo se movían algunas tortugas con la lentitud que les es propia; mientras guajolotas con sus polluelos, animaban la escena de alguna manera.

Las chozas se hallaban en aquel momento desprovistas de gente, porque todos los habitantes estaban reuni-

dos en una gran plaza, para celebrar una especie de fiesta.

Era la de la preparación del *Curare*, uno de los venenos más activos que se conocen.

Todos, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, estaban enteramente desnudos. Esta desnudez de los cuerpos, generalmente hermosos y fuertes, no habría sido tan repugnante, si no hubieran estado tefidas su cara y manos con *Onote*, [*Rocou*.] (1) Parecía que llevaban en su cuerpo desnudo máscaras y guantes encarnados; contrastando notablemente el blanco de sus ojos y dientes con el color de su semblante, cuya expresión feroz se aumentaba aún más por este contraste.

También las mujeres casadas y las jóvenes, con los cabellos untados de aceite de tortuga, llevando en las trenzas largos manojos de plumas de papagayo, al rededor del cuello collares de semillas, perlas de cristal ó cintas compuestas con una verdadera habilidad, con dientes de monos y tigres, se habían pintado con *onote*; pero no la cara, sino las espaldas, el pecho, el vientre y los muslos.

La pintura de muchas consistía en una especie de cuadritos con líneas negras que se cruzaban sobre un

(1) *Onote* [*Rocou*] es la materia colorante que usan casi todas las tribus del Orinoco para pintar sus cuerpos. Es el jugo de la fruta de la *Bixa orellana*.

fondo rojo. En el centro de cada pequeño cuadrilátero habia un puntito negro. (1)

Y estos hombres, temibles ya en su aspecto exterior, pero verdaderamente espantosos con esta pintura de fiesta, estaban sentados en cuclillas sobre conchas de tortuga, formando un inmenso círculo. Tenian arcos y flechas en las manos, y no se movia nadie lo mas mínimo. Como si por encanto estuviesen todos petrificados, parecian estatuas de bronce; mientras las mujeres y jóvenes que se hallaban en el centro de este círculo, preparaban con un canto monótono y lúgubre, el veneno de la fruta *Mavacure-liane*; pero estando oculto este veneno en la astilla de la planta, era la tarea de las muchachas sacarla y partirla con piedras en hilos muy delgados. La masa amarilla recibia entónces por manos de las mujeres una infusion fria, que se evaporizaba despues en un gran caso de barro colorado.

La última operación era la principal, por cuyo motivo se encargaban de ella solo las mujeres de los jefes, y

(1) Humboldt dice en sus "Viajes á las regiones equinocciales," respecto de este trabajo, que para su ejecucion se necesita una paciencia increíble. Vió á una india que se hizo pintar de este modo por dos de sus hijas. Habia ido entre tanto con Boupland á una excursion botánica y cuando volvió, aún no concluian ni la mitad de la operación.

Así como entre nosotros se dice de un hombre muy pobre: "no tiene recursos para vestirse," de un modo análogo se dice entre aquellas tribus salvajes: "Es tan miserable, que no puede pintarse el cuerpo."

las de los guerreros mas valientes. Mientras dos de ellas meneaban la masa de este veneno mortal, contra cuyo efecto terrible é instantáneo no se conoce ningun antidoto, estaban las otras en cuclillas al rededor de la lumbre que mantenian, echando de cuando en cuando nuevos pedazos de leña.

Un aspecto repugnante ofrecian indudablemente treinta ó cuarenta monos asados que habia al rededor del fuego, ensartados en asadores de bambú, y que parecian momias ó niños quemados. (1)

Los indios se complacian con la vista que les ofrecia este manjar de monos asados que era delicioso para ellos; pero que á los ojos de un europeo era muy repugnante, porque recordaba que estos pueblos debian haber sido ántes antropófagos.

Y sin embargo, cuatro bellos ojos miraban este horrible cuadro, porque detrás del círculo de los hombres se hallaban en pié, rodeadas de guerreros armados, Arabela del Toro y Julia Sanchez. Se encontraban ya libres de ligaduras y con los mismos vestidos que llevaban aquella noche terrible en que el Diamante se convirtió en cenizas; pero sus rostros estaban pálidos y sus ojos habian perdido algo de su brillo. Y sin embargo, manifestaban las facciones de Arabela cierta energía y resolución, como si ella, prisionera y

(1) Descripción verdadera de la fiesta del Curare.

llevada á lejanos bosques vírgenes, tuviese el poder de una reina, pues también allí conservaba su altivez; mientras que Julia, semejante á una hermosa flor doblada por el viento, se replegaba á Arabela, apoyando sobre sus hombros su brazo derecho, é inclinando su abatida cabeza sobre el pecho de su amiga.

Ambas presenciaban con repugnancia la fiesta de los salvajes, á lo cual las habían obligado, como lo demostraba la guardia que se hallaba custodiándolas.

La escena, que hasta entónces había sido muy monótona, se hizo repentinamente mas animada.

Las jóvenes indias habían concluido su tarea. La masa en que estaba contenido el veneno se hallaba en el caso, concentrándose por la evaporacion como el último acto del confeccionamiento, quedando á su cuidado algunas mujeres, á cuyo derredor se habían agrupado las muchachas, y todas estas gentes fijaban sus miradas estúpidas en la lumbré, dejando oír continuamente aquel canto de tan horrible monotonía, compuesto de dos ó tres sonidos.

Los hombres ya se habían puesto en pié, á excepcion de un pequeño grupo de cinco ó seis de los mas altos y mas hermosos guerreros, que probablemente eran los jefes de la horda, aunque en nada se distinguían de los demás, si no era en unas pieles de tigre que cubrían sus espaldas y sus hombros; pero en el centro de este grupo había un anciano, cuyas graves facciones caracterizaban

cierta expresion de superioridad. Su continente altivo, tranquilo y mesurado, unido al respeto que le tributaban los demás, daba á conocer que era el *Apoto* ó jefe de la tribu. Además, parecía ser el padre de dos jóvenes guerreros que se hallaban á su lado, altos y bien parecidos, teniendo sus facciones gran semejanza con las del anciano.

Y así era en efecto, los dos jóvenes que habían traído como botin de guerra á Arabela y á Julia, eran hijos del *Apoto*.

Mediante una seña del anciano comenzó la danza sagrada de la fiesta, que consistía en que todos los indios, jóvenes y viejos, formando círculo se movían lentamente de derecha á izquierda con una silenciosa gravedad. Cada uno tocaba una especie de flauta, levantando ó inclinando las rodillas para dar el compás. Todo esto se hacía con la melodía lúgubre, ya mencionada.

Esta escena duró una hora entera, porque este tiempo necesitaba el *curare* para su concentracion.

Al fin, apagado el fuego debajo del caso, y concluida la danza, se levantó el *Apoto* con su séquito, retirándose á la vez del caso de barro, las mujeres y muchachas.

Luego se pusieron en movimiento los jefes, llevando á su cabeza al anciano, y seguidos de los demás guerreros, se acercaron á la vasija que contenía el terrible veneno, introduciendo en ella, uno tras otro, las puntas

e sus flechas. Al fin anunció un terrible alarido de júbilo, que causaba espanto, haberse terminado la ceremonia, porque el último y mas joven de los guerreros, acababa de envenenar sus flechas.

El caso, con el resto del veneno, fué llevado á la choza del Apoto, y luego sirvieron las mujeres los horribles asados de mono, las bebidas fermentadas, etc., retirándose en seguida con timidez, como un rebaño de ovejas amenazado de lobos, porque sabían que iba á seguir una completa y desenfrenada orgía, y temían el mal trato que se les esperaba, luego que el guarapo (1) hubiese producido sus efectos.

Tambien Arabela y Julia, se vieron dispensadas de seguir presenciando la fiesta, que iba á continuar por el lado sombrío y mas terrible, pues antes del envenenamiento de las flechas, habian encargado los guerreros la custodia de estas dos niñas, á las mujeres de los hijos del Apoto, que cada uno tenia algunas, porque se usaba entre ellos la poligamia.

Julia se estremeció al observar esto, porque temia, mas que á los guerreros, á estas mujeres desnudas, sucias y perversas; mientras que Arabela se erguia mas y abrazaba á su amiga.

(1) El jugo fermentado de la caña de azúcar, bebida muy embriagante.

—¿Qué tienes, querida mia? preguntó ésta á Julia, con voz suave, pero temblorosa, indicando demasiado el dolor y los propios temores.

—¡Oh! dijo Julia con voz muy baja, desmayándose casi por el temor. Vuelven estas terribles mujeres y nos separarán.

—No nos dejaremos, contestó Arabela.

—¿Qué podremos hacer nosotras, pobres seres abandonados, contra el gran número de estas harpías?

—Les opondremos la fuerza de nuestra propia voluntad y el poder de la energía fememil, dijo Arabela, con firmeza y gravedad.

—¡Oh! dijo Julia con un suspiro; esto tiene mi amiga, pero yo.....

—¿Y por qué no tú tambien? ¿no has oido decir acaso, que una mirada firme y decidida de un hombre, puede dominar á una béstia feroz? ¿y por qué la nuestra no ha de producir el mismo efecto en estos seres miserables, que no son mas que las esclavas de esos salvajes? yo te digo, que ninguna de esas criaturas asquerosas se me ha acercado.

—Tú sufres injustamente, y esto te hace fuerte. <sup>®</sup>

—¿Tienes acaso tú, alma inocente, la culpa de esta desgracia?

—Yo no, contestó Julia con un suspiro doloroso; pero sí mi familia.



—¿Vuelves otra vez con esta preocupacion?

—No es preocupacion, Arabela. Dios es justo, y su maldicion ha caido sobre nosotros. Mis padres y hermano han debido pagar con la vida sus ultrages inferidos á la humanidad, y á mí me ha condenado la cólera divina á sufrimientos mas graves.

—Tú no tienes participio alguno en sus acciones.

—Pero como hija, tengo parte en la maldicion que cayó sobre ellos. ¿No dijo Dios á Moisés, que visitaria las iniquidades de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion? Por esto es, que debo resignarme á lo que me sobrevenga, y solo tu desgracia me despedaza el alma.

—Deja esos pensamientos, la suplicó Arabela, porque enervan completamente tu fuerza moral, y de ésta necesitamos ante todo.

—No puedo, contestó Julia, volviendo á suspirar. Dios quiere que yo sea castigada por causa de mis padres, y yo beso con lágrimas la mano que me castiga. Yo sucumbiré, y así debe ser, porque es preciso que la familia de los Sanchez desaparezca enteramente de la tierra. Procura tú salvarte, y déjame entregada á la cólera del Señor.

Iba á contestar Arabela, cuando se les acercó un grupo de mujeres.

Tímidas, como perros acostumbrados á recibir golpes, circundaban por mucho rato, con miradas medrosas y

suspicaces, á las dos niñas que se tenían abrazadas. Eran las mujeres de los dos gefes que habian robado á Julia y Arabela. Odio contra los blancos, al mismo tiempo que envidia y celos, llenaban los corazones de aquellas indígenas, porque en vista de estos seres encantadores ¿no corria peligro de desaparecer hasta el último vestigio de su influencia hácia sus maridos? ¿no sabian tambien que los blancos eran los perseguidores de su raza? y á pesar de esto, ¿no habian destinado sus maridos á estas niñas para sus mujeres? ¿qué las aguardaba entonces, si esto se verificaba? Serian esclavas, ó animales de carga, y nada mas.

El furor ardia en sus corazones, y no pudiendo matar á estas niñas, les aguijonaba el ódio, la envidia y los celos para atormentarlas.

Como lobas hambrientas, las asechaban, y se estendian algunas manos tímidas sobre sus vestidos, de que las habrian despojado de buena gana, para prepararse ellas un adorno..... y sin embargo, ninguna se atrevió á ello..... porque..... la mirada altiva y firme de Arabela, al mismo tiempo que su noble continente, las imponia respeto como por encanto.

Julia se replegaba temblando á su amiga. Una gran lucha se operaba en ella. Su piadosa exaltacion le mandaba someterse sin condicion alguna á lo que Dios dispusiera, y sin embargo, resistia su débil corazon femenino, en natural timidez, y se horrorizaba su alma al pensar en las cosas que debian sobrevenirle.

Esto notaron las indias y pronto resolvieron emplear un ardid; para lo cual hablaron en su idioma con el objeto de ponerse de acuerdo.

Arabela conservaba su posición, tenía los ojos fijos en cada una de las indias que se acercaban á ella: éstas formaron un círculo estrecho al rededor de las dos cautivas, y de este modo era imposible para Arabela dominar á todas con sus miradas. Al mismo tiempo comenzó la mas atrevida de las indias, á hablar con Arabela en español que entendía un poco, por haber sido esclava en uno de los ingenios. Decía que no tenían miras hostiles, y solo querían que se fueran con ellas á la choza de «El Uña de Aguila.»

Mas Arabela, que comprendió la astucia en esta mujer, le contestó en tono orgulloso é imperativo. Repentinamente se oyó un grito, porque mientras había hablado Arabela, se pusieron boca abajo unas indias, y arrastrándose en el suelo lograron agarrar los piés de Julia con tal fuerza, que ésta cayó al suelo dando un grito. Con gran júbilo se apoderaron de ella, mientras otras cuatro de estas harpías se precipitaron sobre Arabela, logrando atar sus brazos.

Julia prorumpió en gritos desgarradores; pero pronto le taparon la boca con hojas, llevándola al wigwam, que pertenecía al marido de una de ellas. Una alegría diabólica brillaba en los ojos de estas mujeres, y como sabían que en aquella noche no debían volver los hombres

por estar embriagados con el guarapo, conferenciaron sobre la manera de vengarse de Julia. Luego se precipitaron sobre ella, como lobos sobre las ovejas, y la despojaron de su túnico, que le arrancaron á pedazos.

Julia estaba temblando; pero el pensamiento que dominaba en su espíritu, se apoderó de ella en toda su fuerza: sufría por los crímenes de su familia, y juzgaba que Dios la había destinado á ser una víctima expiatoria, para atenuar el castigo de sus padres en la otra vida. De este modo le vino repentinamente el valor para sufrir, y aun casi el entusiasmo para un martirio, al grado de aceptar con fanática alegría los malos tratamientos.

Entre tanto, las mujeres se habían adornado, á su modo, con los pedazos del túnico, manifestando en sus miradas la alegría de una vanidad satisfecha; pero esta alegría pronto se convirtió en el sentimiento de la maldad y la venganza, tan dominante en ellas, porque siendo constantemente tratadas por sus maridos como bestias de carga, y con golpes y puntapiés, no podían privarse del placer de abusar también de su fuerza en esta ocasión, atormentando á una niña, que tenían bajo su férula.

Hicieron á Julia que moliera maíz en una piedra que le pusieron delante, obligándola á que se arrodillase, y la indicaron por señas el trabajo que tenía que ejecutar; trabajo bastante fácil para las indias acostumbradas á él todos los días; pero demasiado difícil y penoso para

Julia. En seguida, aquellas harpías la rodearon y la daban muchos golpes y arañes, haciéndola caer al suelo continuamente brotando sangre. Ella no gritaba ya, sino que gemía, y dirigiéndose á Dios, le daba gracias por haberla designado para expiar los crímenes de sus deudos.

No cesaron de estrecharla á moler el maíz, sino hasta que vieron que sus fuerzas se habian agotado. Entonces se apoderó de ellas una especie de frenesí, propio de sus naturalezas salvajes, asemejándose á las bestias feroces, porque acostumbradas á matar á uno de sus hijos recién nacidos, cuando son gemelos, para libertarse del ludibrio general que ocasiona á las madres la preocupacion salvaje, entre los caribes, contra la que pare gemelos, (1) ¿de dónde les habian de venir los sentimientos humanitarios?

Por consiguiente, cuanto mas se debilitaba Julia, mas furiosas caían sobre ella, hasta que despues de haberla dejado enteramente desnuda, la encerraron en un pequeño cuarto donde habia cinco ó seis cerdos.

Allí, en medio de la oscuridad, entre los animales, que se le acercaban con sus hocicos frios y húmedos...

(1) Viajes, tomo 2º, pág. 260. «Parir gemelos es para las mujeres de los Caribes exponerse á la burla general, considerándose como las ratas que paren muchos hijos á la vez. También matan luego que nacen á las criaturas de constitucion débil.»

allí la abandonó casi la última fuerza del cuerpo y del espíritu, ya habia caído al suelo, medio desmayada, cuando oyó una terrible gritería de las mujeres, y luego se abrió la puerta del cuarto, apareciendo en ella la figura de Hércules de un indio, en quien Julia reconoció al hijo del Apoto que la habia llevado..... se sintió agarrar y levantar por sus brazos musculosos: luego se desmayó, y ya no supo de sí.

Por lo que respecta á Arabela, luego que la agarraron por detrás las cuatro mujeres y ligaron sus brazos, tambien habia prorumpido en un grito; pero este grito fué de indignacion y de cólera.

—¡Atrás! exclamó á la vez, libertándose de las mujeres con un movimiento brusco y audaz, de manera que estaba en pié como una reina, aunque con los brazos ligados.

—¡Desatad mis brazos! continuó, soy la hermana del Gobernador de Varinas. Si sabe que me habeis ultrajado, os aniquilará.

Pero solo una de las mujeres entendió estas palabras. Era aquella que habia sido esclava, y que la habia hablado ántes. Sin embargo, el tono tan decidido con que pronunció aquellas palabras, impuso á las demás mujeres, haciéndolas retroceder. Solamente aquella que la entendió, dijo:

—Primero venir Gobernador..... Caribes ser léjos, muy léjos de Varinas.

—¡Quítame las ligaduras, miserable! contestó Arabella, llena de cólera y de desprecio. Aunque estemos lejos de Varinas y de San Fernando, el Gobernador vendrá y os encontrará. El buscará á su hermana hasta el fin del mundo, si fuere necesario.

—No poder matar á Caribes, dijo la esclava, como burlándose, si no tener Caribes. Ellos estar vigilantes... alegrarse tener pellejo blanco..... vengarse de esclava pobre en muchacha blanca..... querer atormentarla ahora, como amos atormentar pobres negros y esclavos caribes.

Y echándose al suelo, procuraba agarrar los piés de Arabella, como lo habian hecho con Julia.

Arabella comprendió luego su intento, y se estremeció como si hubiera corrido por sus venas plomo derretido, porque conoció que estaba perdida si la india lograba su intento. Solamente en pié podria dominar con sus palabras á estos seres brutales. Una vez en el suelo, seria víctima de sus atroces venganzas, y este pensamiento la atormentaba como si la introdujesen un puñal en el corazon. ¿Cómo salvarse pues?

Junto á ella habia un pino con robusto tronco. De un salto se refugió en él, dejando cubierta su espalda. Semejante á una leona que se ve acometida por enemigos superiores, y resuelta á defenderse, esperaba á la india, que arrastrándose en el suelo cual venenosa serpiente, acechaba sus movimientos. Así empezó una

lucha original, que en la desesperacion y furor parecia en verdad la de una leona con una serpiente.

Ya se habian arrojado al suelo las demás mujeres para tomar parte en la lucha, y una de ellas habia agarrado un pié de Arabella..... cuando un grito de terror resonó al rededor de ellas.

Inmóviles, y con las caras sepultadas en el polvo, quedaron todas las mujeres del grupo.

Arabella echó una mirada sorprendida sobre lo que la rodeaba..... y quedó atemorizada al ver junto á sí una figura alta é imponente, cuyos ojos brillaban como estrellas en su cara colorada, y cuyos blancos cabellos parecian, á la luz de la luna, una corona de plata.

Era el viejo Apoto ó jefe de la tribu, que con una gravedad siniestra miró al grupo de mujeres que estaban delante de él, acostadas en el polvo.

Arabella respiraba, porque los pocos dias que hacia que se hallaba en el campo de los caribes, habian sido suficientes para que aquel anciano le inspirase estimacion y respeto, porque conservaba su dignidad, y toda la horda le veneraba y le queria.

—¿Por qué tiene los brazos ligados la niña blanca? preguntó en tono casi solemne.

Ninguna respuesta dieron las mujeres. Solo lamentos medio reprimidos creyó percibir Arabella.

—¿No recibirá contestacion alguna el *Una de Aguila*? preguntó de nuevo el Apoto.

Las mujeres guardaban siempre silencio.

El anciano quedó inmóvil; después, dirigiéndose á Arabela, la dijo en muy buen español.

—La niña blanca está sola; ¿dónde ha dejado á la compañera?

—La han separado de mi lado por la fuerza, contestó Arabela con voz firme, y la han arrastrado de los pies para martirizarla, satisfaciendo así su odio contra ella. También conmigo querían hacer lo mismo, por eso tengo las manos atadas.

El Apoto guardó silencio por algun rato, luego levantó su cabeza con dignidad, y dijo:

—El odio es una mala fruta; pero los blancos la han sembrado.

—¿Y cree el Gran Jefe, contestó tranquilamente Arabela, que las dos pobres niñas que habeis robado cruelmente hayan sembrado también el odio?

El Apoto volvió á guardar silencio por algunos minutos, luego preguntó á Arabela:

—¿Sabe mi hija por qué la piel de su tribu es blanca?

—Ella está ansiosa de conocer sobre esto la opinion del Gran Jefe, contestó Arabela.

Esta contestacion y el espíritu firme y tranquilo de la niña, pareció que agradaron al Apoto. Sus facciones se hicieron ménos duras, y repuso:

—Entonces, que la oiga mi hija. El Gran Espíritu ha criado al hombre con la piel oscura, y lo ha hecho fuerte y libre; pero cuando se cometió el primer homicidio, y el Gran Espíritu preguntó al asesino: «¿dónde está tu hermano?» se estremeció tanto el agresor, que palideció todo su cuerpo..... y..... sus descendientes conservan hasta hoy sus caras pálidas.

Estas palabras tranquilamente pronunciadas, envolvian una acusacion tan terrible y tan cierta, que hicieron estremecer á Arabela como si hubiera oido una sentencia del juicio final.

¡Cuán grande é inextinguible era el odio que los blancos habian sembrado entre los pueblos indígenas, con su sistema de opresion y de tiranía! Y ¿qué podía esperar Arabela donde este odio habia echado tan profundas raices?

Sin embargo, no se desalentó. Recobrando pronto su acostumbrada energía de alma, dijo:

—El Gran Jefe tiene bajo su mando muchos valientes y fieles guerreros; ¿pero será responsable si alguno de ellos hace una traicion? ¿castigará en pobres niñas las faltas cometidas por hombres y mujeres de su tribu, de corazon duro?

Signió una pequeña pausa, luego dijo el anciano:

—El *Una de Aguila* no pretende echar la culpa al que no la tiene; pero como la lluvia cae sobre los bosques, despertando innumerables gérmenes, así ha corrido la

sangre que los Sres. Sanchez han derramado, de los hombres y mujeres de color oscuro, sembrando en miles de corazones los gérmenes del odio. ¿Las palabras de mi hija podrán cambiarlos en gérmenes de amor?

—¡Dios es justo! discurrió para sí Arabela, sintiendo la culpa de los europeos, como una montaña de enorme peso sobre su alma. Ella comprendió en este momento aquella especie de fanatismo de Julia, cuya fuerza moral fué debilitada por la culpa de su familia.

Sin embargo, pronto recobró la energía de su carácter. Pudo haber dicho que era hermana del Gobernador, y de este modo evitar el odio que á ella se le hacia reportar juzgándola como á hija de Sanchez; pero rechazó este pensamiento con indignación, porque en estos momentos de peligro estaba resuelta á participar de la suerte de su amiga, haciéndose pasar por su hermana.

—El Gran Jefe, contestó ella, no trata de echar la culpa al que no la tiene. ¿Sabe acaso, lo que la hija del Sr. Sanchez ha hecho con frecuencia?

—Tiene oídos para escuchar.

—Fues bien, continuó Arabela, volviendo á erguirse como una reina; que entónces escuche. La hija de D. Francisco, que están atormentando, ha estado muchas veces á los pies de su padre, implorando gracia y compasión por los hombres y mujeres de color. ¿Tiene ella la culpa de que sus lágrimas y súplicas, nada hayan podido en el corazón de fierro de aquel hombre?

—No la tiene.

—A los Sanchez, padre, esposa é hijo, alcanzó ya la venganza de los Caribes. Han muerto entre crueles padecimientos: sus cuerpos se han convertido en cenizas, lo mismo que sus bienes. ¿Seguirán el Gran Jefe y sus guerreros haciendo la guerra á sus hijas indefensas?

—No la harán.

—¿O se regocijarán atormentándolas?

—¡No!

—Entónces, ¿por qué está sufriendo mi hermana entre las manos de mujeres furiosas y vengativas? ¿y por qué tengo yo atados los brazos y las manos?

El Apoto no contestó. Sacó con calma el gran cuchillo que traía colgado en su cintura, y cortó las ligaduras de Arabela. Después imitó el canto del tordo, quedándose inmóvil y tranquilo.

Pasados algunos minutos, se presentó su hijo menor, el mismo caribe hermoso y fuerte que había robado á Julia. El anciano le dijo algunas palabras al oído, y luego volvió á desaparecer el jóven.

—Padre mio, dijo entónces Arabela con tono suplicante.

—¿Qué desea mi hija, contestó el anciano con dulzura, lisonjeado tal vez por el título de padre.

—Concededme una gracia.

—¿Y cual?

—Ya no me separeis de mi hermana.

El anciano guardó silencio, y se notó cierto disgusto en su semblante. Luego dijo con la dignidad que le era peculiar:

—Al cielo pertenece su azul, al bosque su verde. El Gran Espíritu les ha dado estos colores, y nadie puede arrebatárselos.

—¿Y nosotras?.....

—Sois propiedad de aquellos que os han conducido aquí como botín de guerra.

Arabela se estremeció. Notando esto el anciano, le dijo con orgullo y dignidad:

—Que mi hija no se inquiete. El joven *Una de Aguila*, es hijo del Gran Jefe, como lo es también el *Orgullosa Cedro*. No se os volverá á tocar ni un pelo de la cabeza.

Y dirigiéndose con voz de trueno á las mujeres que se hallaban todavía postradas en el suelo, las mandó que se levantasen.

En el mismo instante apareció el *Cedro Orgullosa*, poniendo á Julia, todavía desmayada, á los piés de Arabela. Una de las mujeres le seguía temblando con los restos de los vestidos.

—Sois y quedareis como propiedad de los hijos del Gran Jefe, dijo el Apoto con voz grave dirigiéndose á

las niñas; pero durante el tiempo de la fiesta del *curare*, os protegerá su *wigwam*.

Dichas estas palabras las tocó á ambas, y mandó que las condujesen á su choza. El Apoto las había consagrado con su contacto, y las mujeres solo se atrevían á dirigirles miradas tímidas.

A este día penoso siguió una noche que lo fué mas aún. Arabela y Julia se quedaron sentadas en el suelo, abrazadas estrechamente y llorando. Ninguna articulaba una sola palabra, porque su dolor era demasiado intenso para ello.

El pensamiento de Arabela se dirigía á su amado, á su hermano y al Padre Acosta, pidiéndoles auxilio; pero el primero no podía adivinar esta horrible desgracia. Acaso alegre, con todo el goce de los estudios de la naturaleza, y con el corazón lleno de esperanzas halagüeñas, navegaba en las aguas del Orinoco, lejos..... muy lejos de ella. Ni una noticia podía llegar á sus oídos..... y nadie podía decirle: «tu querida Arabela está desesperada, es presa de Caribes salvajes..... acaso dentro de pocos días..... resistiendo los brazos nerviosos de un salvaje!.....»

Eran horas terribles..... las horas de esa noche. Solo hasta el amanecer pudo Julia dormir.

¡Cuál sería su sorpresa, cuando al despertar miró el rostro de Arabela, en el cual ninguna desesperación se notaba, sino una resolución firme y llena de altivez!

—Arabela, ¿qué tienes? la preguntó Julia sorprendida.

Mirando Arabela á su derredor para asegurarse de que estaban solas, contestó, notándose en sus ojos algo que indicaba desprecio á la muerte.

—He encontrado el camino para nuestra salvacion.

—¿De qué modo? preguntó Julia á media voz.

—¡Silencio! exclamó Arabela, con gravedad, sacando de su seno un objeto envuelto en hoja de palma.

—Toma, dijo entónces apresuradamente á su amiga, y ocúltalo como ¡yo.

Julia tomó el objeto y lo ocultó debajo de la parte superior del vestido que le habia quedado.

—¿Y qué es? preguntó.

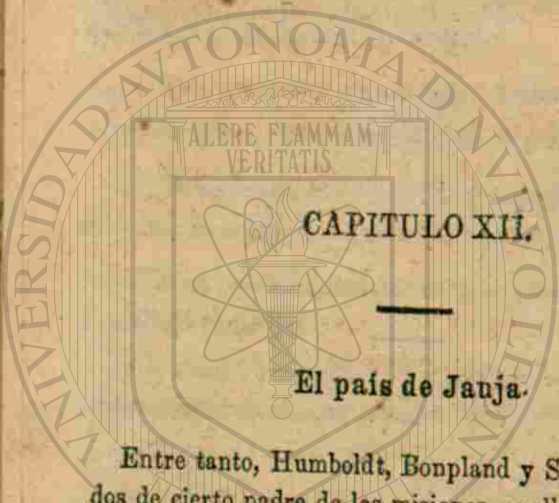
—Una punta de flecha, contestó Arabela, en voz muy baja; la he tomado anoche con otra para mí, despues de haberlas introducido en aquel caso con *curare*. Vivámos y suframos, miétras haya esperanzas de escapar por nesotras mismas ó por mi hermano, que seguramente estará haciendo todo lo posible para libertarnos. Mas, si todas las esperanzas fuesen destruidas, ó si nuestro honor corriese peligro, entónces, querida Julia, solo una pequeña herida con estas puntas de flecha..... y..... estaremos libres para siempre.

Julia exclamó estremeciéndose:

—¡Un suicidio!

—No, contestó Arabela tranquilamente y con orgullo. Solo será un medio para libertarnos de lo peor que nos puede suceder..... de la esclavitud y la deshonra.





### El país de Janja.

Entre tanto, Humboldt, Bonpland y Soto, acompañados de cierto padre de las misiones, apellidado Zea, que les servía de guía, habían continuado su viaje de tan grande importancia para la ciencia.

El 6 de Mayo llegaron al Rio Negro, célebre por su multitud de recodos, despues de haber estado encerrados treinta y seis días en una canoa muy estrecha, donde el menor movimiento de un solo individuo, sin avisar antes á los bogas, podria haberla hecho zozobrar.

Aunque Humboldt y los suyos habían sufrido mucho de los piquetes de los insectos, nada tenían que lamen-



Humboldt y Bonpland en la cabaña de un bosque del Orinoco.

Tom. IV pag. 805

tar de la influencia del clima mal sano, y con mucha felicidad habían pasado las corrientes y las cataratas, con otros peligros innumerables.

Con satisfacción recordó Alejandro de Humboldt haber cumplido su objeto principal en este viaje del Orinoco, el que consistía en haber determinado astronómicamente aquel brazo del Orinoco, que desemboca en el Rio Negro, y hecho constar por eso la existencia del mismo, antes problemática. Los mapas que existían hasta entonces eran tan defectuosos, que el viaje de Humboldt en esas regiones, fué de grandísima importancia para la ciencia, respecto á la determinación exacta de los diversos puntos y de la rectificación de los mismos mapas geográficos.

Grandes servicios habían prestado á la ciencia; pero grandes peligros también habían corrido. La gloria y la inmortalidad en las ciencias no se adquieren tan fácilmente, y se necesitaban, en efecto, caracteres tan fuertes, tan valerosos y constantes como los de Humboldt y Bonpland, para no retroceder ante dificultades tan inmensas, como las que tenían que arrostrar.

Durante el día eran mortificados por los mosquitos y el jejen, y de noche por otros insectos, de manera que sus manos comenzaban á hincharse, y apenas podían servirse de ellas.

El que no haya visitado los grandes rios de la América tropical, como el Orinoco y el rio de la Magdalena,

no puede formarse una idea de lo que molestan diariamente, y sin cesar, los insectos que pululan en la atmósfera.

Y en las misiones del Orinoco, en aquellas aldeas rodeadas de inmensos bosques, son los moscos un verdadero azote del cielo. La gente se saluda por la mañana con las siguientes palabras: «¿Cómo le han tratado los zancudos anoche?» ó «¿cómo estamos hoy de mosquitos?» Lo mismo que en China, en el imperio celeste, es la fórmula de urbanidad: «¿*Vou-to-hou?*» lo que quiere decir: «¿Habeis sido inquietado por serpientes anoche?»

En la mision Maypures, cerca de las cataratas del Orinoco, observó Humboldt, que los indios dejaban en la noche la mision, para dormir en las pequeñas islas, en medio de las cataratas, porque los mosquitos huyen de la atmósfera cargada de vapores de agua.

Entre el pequeño puerto de Higuerote y la desembocadura del rio Unare, tienen los desgraciados habitantes la costumbre de acostarse en la noche, sepultándose en la arena, á una profundidad de tres ó cuatro pulgadas, dejando solamente libre la cabeza, que cubren con un pañuelo. Unicamente de este modo se escapan de los mosquitos.

Humboldt y sus amigos se encontraban rodeados con frecuencia de estos molestísimos insectos, en nubes tan espesas que no se podian ver.

En Mandavaca encontró Humboldt á un viejo misionero que le dijo con lastimosos ademanes: «Tengo mis veinte años de mosquitos.» Ocasionando cada piquete de estos animales un pequeño punto de sangre coagulada, tenia el misionero cubiertas sus piernas de manchas, de tal modo, que no se distinguia el color natural de su piel.

Los empleos de misionero en aquellas regiones, donde segun la expresion hiperbólica de los monges, hay mas moscos que aire, se consideran como un castigo que aprovechan los superiores para deshacerse de los monges que les desagradan. Entónces, la expresion de chanza algo maliciosa de aquellos superiores, es: «está sentenciado á los mosquitos.»

Muy notable encontró entónces Humboldt la circunstancia de que las diversas especies de estos insectos, no se mezclen unos con otros, sino que en distintas horas del dia pican diferentes especies. Los indios aplican á esta circunstancia un chiste de desesperacion, diciendo: «Estos otros moscos están ahora de guardia.»

Desde las seis y media de la mañana hasta las cinco de la tarde, pululan en el aire millares de millares de mosquitos. Una hora antes de ponerse el sol, son reemplazados por otra especie que nombran tempraneros, llamados así porque tambien aparecen antes de salir el sol. Ellos solo permanecen hora y media, y para que no falte molestia, se sienten los piquetes de los zancudos.

que satisfacen también su sed de sangre toda la noche, entre los pobres mortales.

Esta plaga indescriptible era para Humboldt y sus compañeros tan grande, que el primero no podía algunas veces continuar sus operaciones geodésicas. Lo mismo sucedía á Bonpland, al disecar sus plantas.

Cuando los indios del Orinoco superior y del Casiquiari, vieron que Bonpland no pudo efectuar su operación, le invitaron á hacerla en sus hornitos. Así se llaman unos cuartitos sin puerta ni ventana, y á donde solo se puede entrar por una pequeña abertura, arrastrándose boca abajo. Se echan fuera los insectos por medio de una fogata, producida por unas ramas de árbol que se humedecen ántes, con el objeto de que den mucho humo, y luego se cierra la abertura; pero la atmósfera pesada y sofocante que reina en estos hornos, á causa de que los indios mantienen dentro una hacha de ocote encendida, hace muy molesta á las gentes su permanencia en ellos; y sin embargo, tuvo Bonpland la paciencia y el valor de disecar en estos hornitos muchos centenares de plantas.

Otra plaga de aquellos países es la de unas hormigas blancas, que destruyen rápidamente toda clase de papeles, pergaminos, maderas y hasta archivos y bibliotecas; de manera que en muchas Provincias de la América española, no hay un documento escrito que tenga cien años; pero ¿cómo se puede desarrollar la civiliza-

ción de ese modo, si nada liga lo presente con lo pasado; si se necesita renovar continuamente el depósito de los conocimientos humanos y si no se pueden transmitir á la posteridad las conquistas intelectuales? (1)

Para ir del Río Tuamini al Río Negro, necesitaban los viajeros trasladar la canoa por una lengua de tierra, de treinta y seis mil piés de ancho. Esto mismo tenían que hacer con el objeto de llegar al Casiquiari, y pasar por dos veces los dos raudales; pero vencieron estas dificultades.

Además, tenían que vencer el paso por una multitud de cataratas y diques en los rios, lo que hacia muy pesada su navegacion, y aún mas peligrosa que un largo viaje por mar.

También tenían que temer día y noche á los tigres, lagartos, vampiros y serpientes, principalmente á estas últimas, que las había venenosas y en gran número. De noche se acostaban generalmente en medio de dos fogatas para ahuyentar los tigres; pero se hallaban mas expuestos á las víboras, que buscan el calor por la noche. Así encontró Humboldt una mañana una enorme víbora debajo de la piel de tigre en que había dormido el mulato, y uno de los viajeros encontró una serpiente en su cama, sin haberle hecho daño alguno. (2)

(1) Viajes, etc. tom. II, págs. 228 y 472.

(2) Hecho positivo.

Y si á esto se agrega lo de las tribus salvajes que allí habitan, ¿cuántos peligros no corria la vida de los viajeros? Entre otras muchas tribus de esta clase, habia una llamada *Huaquis ó Murciélagos*, porque chupan la sangre de sus prisioneros; (1) unos salvajes cuyo territorio jamas ha pisado la planta de un hombre blanco. Tambien llegaron á las regiones de los indios Manivititanos, de quienes se cuentan cosas horribles, entre otras, que les agrada comer la carne humana. (2) Pocos años ántes, Cocuy, jefe de esta tribu, se habia comido á las mas hermosas y mas gordas de sus mujeres. (3)

¡Cuánto valor, cuánta sed de saber se necesitaban en estas circunstancias, para penetrar todavía mas en estos bosques inmensos!

Humboldt conoció que despues de haber pasado las grandes cataratas, se encuentra el hombre en un mundo nuevo, sintiendo haber dejado atrás los límites que parece haber trazado la naturaleza entre las costas donde hay alguna civilizacion y los países salvajes desconocidos en el interior.

(1) Hecho positivo.

(2) El Padre Gili, dice con la simplicidad de un misionero americano:

“Es esta una mala costumbre de estos pueblos.”

(3) Viajes &c., tomo II., pág. 477.

Los viajeros divisaban entonces los cerros de junto al rio Sipapo, detrás de los cuales vivia el poderoso Jefe de los indios Guaypunabis.

Delante de ellos tenian los bosques casi impenetrables y casi enteramente desconocidos del mismo Sipapo, en donde los misioneros colocan el pueblo terrible y salvaje de los Rayas, de quienes se dice *que tienen la boca en el ombligo*.

Y mas allá se dice que debe estar *el dorado país de Jauja, el país del oro*, el de los cuentos y mitos, en fin, el país que desde el descubrimiento de América ha exaltado la fantasía de innumerables gentes.

El español Orellano ha llevado á Europa esta fábula y aún se habia publicado un mapa de este país imaginario con su descripcion correspondiente, que llevó al mar una multitud de crédulos, quienes, en lugar de encontrar oro y diamantes, perecieron generalmente en la miseria.

Uno de los objetos principales de Alejandro de Humboldt, fué el de esclarecer esto. Hasta entonces no habia encontrado nada de oro en sus viajes, sino la pirita de la barranca de Cuchivano, que el zapatero habia tomado por oro; pero, trayendo este metal los rios que tienen su origen en la pendiente oriental de los Andes, por ejemplo el Napo, aunque sus fuentes están en rocas raquílicas ¿por qué no habia de haber oro al Oriente de las cordilleras, como lo hay al Poniente de Sonora, Chocho y Barbacoas?

Por lo demás, ya había averiguado Humboldt que, independientemente de Orellano, había esparcido el cuento de este país el navegante Sir Walther Raleigh. Este último quería llamar la atención de la reina Isabel de Inglaterra, sobre el gran país de la Guayana, conquistado por aquella nación. Con tal designio, hizo una descripción de los vestidos que usaba por la mañana el *Rey dorado*; como lo ungía diariamente su servidumbre con aceites odoríferos, y como le doraban la barriga con polvo de oro, por medio de sopladores. (1)

Pero lo que más debía ocupar la imaginación de la reina Isabel, en aquella época, era la mención de una República guerrera de mujeres, sin hombres, que se había defendido con éxito, de la invasión de los héroes de Castilla.

De manera que aseguraron á Humboldt y á sus amigos, con referencia á los indios y misioneros, que existía este país de las *Amazonas*, y de ahí venía el nombre del río conocido por de las *Amazonas*.

Segun ellos, debía haber en los países y bosques que tenían delante los viajeros «mujeres sin hombres.» *Cougnantainsecouima*, ó *Aikeambenano*, quiere decir «mujeres que viven solas.» (2) Estas mujeres, segun el cuento, deben formar un estado independiente.

(1) Así descubrió Humboldt, que el *Dorado* no es el nombre del país, sino que esta palabra significa *El Rey dorado*.

(2) Viajes, etc, tom. II, pág. 484.

Todos los indios y misioneros á quienes Humboldt preguntó sobre esto, lo confirmaron, refiriendo: «que los Aikeam-benanos era una sociedad de mujeres, que hasta entonces nadie había podido vencer, porque defendían con valor y habilidad su país independiente. Solamente una vez en el año, y por el término de un mes, dejaban entrar á su país á los varones de la tribu vecina de los Voquearos. Si en el curso del año parían hijos, mataban á los varones recién nacidos, y á las mujeres las criaban y educaban para la guerra. La crueldad salvaje de los Aikeam-benanos no conocía límites contra los hombres que lograban tomar prisioneros fuera del tiempo necesario, ó en acciones de guerra.

La inteligencia privilegiada de Humboldt logró descubrir pronto la realidad de este cuento fantástico.

Era un hecho positivo que había mujeres que vivían solas en aquellos bosques; pero no formaban un pueblo, sino que se habían reunido en aquella región de América, como lo hacen los negros prófugos, cansadas de la esclavitud á que las condenaban los hombres: que el anhelo de conservar su independencia, las había convertido en guerreros, y que también recibían, de tiempo en tiempo, visitas de una horda vecina, aunque no tan metódicamente como referían los misioneros.

Esta era la opinión de Humboldt. El asunto tenía siempre bastante interés para estimular á los viajeros á internarse más en esta inmensa soledad, en la cual, en

una navegacion de ciento ochenta millas, no habian encontrado ni una canoa.

No arredra á Humboldt y sus compañeros la circunstancia de haber sido víctimas de su celo religioso, en las orillas desiertas de los rios Vichada y Guaviari, varios misioneros alemanes y españoles, por manos de los Caribes y otras tribus: ellos se habian propuesto explorar estos países en beneficio de la ciencia..... y así, continuaron avanzando mas y mas.

Entraron luego al sistema enigmático de los rios con las *aguas negras*. Era ciertamente algo de lúgubre lo que habia en estas aguas, y sin embargo, eran sumamente puras, y tan transparentes, que se podian distinguir los pescados mas pequeños, á la profundidad de veinte ó treinta piés, y algunas veces todo el fondo de estos rios aparecia ante su vista como un espejo.

Como era de suponerse, Humboldt y Bonpland se ocuparon asiduamente en investigar las propiedades de estas aguas. Vistas al través de un vidrio, tenian un color de oro; pero al través de un vidrio de reflexion, resultaba un color café, casi negro. Todas sus investigaciones dieron por resultado que el color del agua procedia del hidrógeno carbonizado, haciendo acaso mas intenso este color alguna materia vegetal. Los misioneros sostenian que este color procedia de las raices de zarzaparrilla.

El camino natural para Humboldt y los suyos, debia haber sido el curso de todo el Orinoco hasta la Esmeral-

da, y de allí el de Caciquiri, Rio-Negro y el de las Amazonas. Pero acercándose el Rio-Negro en su parte superior á las fuentes de algunos otros rios, que desembocan cerca de San Fernando de Atabapo en el Orinoco, se puede llegar al Rio-Negro sin seguir el curso del Orinoco en la parte de San Fernando de Atabapo y Esmeralda. Se deja el Orinoco cerca de la mision de San Fernando, tomando el curso de los rios Atabapo, Temi y Tuamini, y de allí se trasporta la canoa al través de una lengua de tierra de seis mil toesas de ancho, hasta la orilla de un riachuelo llamado Pinichin, que desemboca en el Rio-Negro.

Esta ruta tomó Humboldt. Los desiertos mas terribles se abrieron á su vista.

Llegando un dia á una gran roca, preguntó Humboldt, chanceándose:

—¿Será acaso esta roca la puerta para el país de Jauja, ó El Dorado?

—Es la *Piedra de la Madre*, contestó el patron de la canoa.

—¿Y de dónde proviene este nombre tan extraño?

—Esta es una fatal historia, y si la quereis saber, la referiré.

Los viajeros se lo suplicaron, y el patron comenzó de la manera siguiente:

caza de indios como los blancos la de negros en Africa, le dieron alcance y amarrándola juntamente con sus tres hijos, la condujeron al rio, donde el misionero se hallaba sentado en su canoa esperando el éxito de la expedicion, que para él no tenia ningun peligro. Si la madre se hubiese resistido mucho, la habrian matado. Todo está permitido, cuando se emprende la *conquista espiritual*. Se trata principalmente de apoderarse de los hijos para que sirvan de esclavos en las misiones.

El patron se detuvo por unos momentos para reprimir un sentimiento de indignacion, y luego continuó con mas calma:

—Transportaren los prisioneros á San Fernando de Atabapo, creyendo que la madre no volveria á encontrar por tierra su país natal; pero á causa de la separacion de sus demás hijos, que habian acompañado á su padre en el dia del cautiverio, se hallaba en la mayor desesperacion, y se resolvió á quitar al misionero sus tres hijos pequeños, emprendiendo la fuga con ellos varias veces, Mas siempre fué alcanzada por los esbirros, y despues de haber mandado el misionero que se la azotase sin compasion, resolvió separarla de sus hijos. Se la transportó por el rio Atabapo á las misiones del Rio Negro. En esta travesía logró la mujer escaparse de nuevo, quitándose las ligaduras y brincando al rio. Así ganó por la orilla izquierda del Atabapo. La corriente le llevó á aquella roca que tenemos á la vista. De allí se internó al bosque; pero otro misionero que mandaba

### CAPITULO XIII.

#### La Piedra de la Madre.

—El misionero de San Fernando de Atabapo se habia trasladado con sus indios al rio Guaviari, con el objeto de hacer una de aquellas excursiones hostiles que prohiben, tanto la religion como las leyes españolas. Se encontró en una choza á una mujer de la tribu de los Guahibos, con sus tres hijos, dos de ellos muy pequeños. La madre se ocupaba en moler maíz, y estando su marido ausente en la pesca, no habia que pensar en la resistencia, y por esta razon intentaba salvarse con sus hijos, huyendo á la sabana; pero apénas habia llegado á ella, cuando los esbirros del misionero, que hacen la



la expedicion, dispuso que se persiguiese, y la pobre mujer volvió á tener la desgracia de ser aprehendida. En el mismo dia fué puesta en esta roca, y tan cruelmente azotada que le vertia la sangre, y cubierta de heridas cayó desmayada. Cuando volvió en sí, se dispuso fuese atada de las manos por detrás con fuertes ligaduras, y así la condujeron á la mision Javita, donde casi moribunda se la encerró en una prision llamada *Casas del Rey*.

Aquí se volvió á detener el anciano. Humboldt y los suyos apenas podian respirar, y hubo una pausa penosa. Al fin, continuó el patron:

—Era tiempo de aguas; la noche estaba oscura. Entre Javita y San Fernando de Atabapo hay bosques impenetrables de cuarenta leguas de extension. No se conoce otro camino que por los rios, porque jamás se ha atrevido un hombre á ir por tierra de una mision á otra, aunque no hubiese mas que la distancia de unas cuantas leguas; pero tales dificultades no detienen á una madre que se encuentra separada de sus hijos. Estos se hallaban en San Fernando, y era preciso libertarlos de la mano de los cristianos, para llevarlos á su padre al rio Guavisari. Habiendo alojado un pocolo indios las ligaduras á la cautiva sin saberlo el misionero, consiguió ella desatarse de ellas completamente por medio de los dientes, y emprendió la fuga en la noche. Al salir el sol por la cuarta vez desde su fuga, se le vió

en la mision de San Fernando, rodeando la choza en que se hallaban encerrados sus hijos.

Aquí se volvió á detener el anciano, luchando con algo en su interior que le oprimia. Luego continuó con calma:

—Lo que esta mujer hizo, no se habria atrevido á ejecutarlo ni el indio mas fuerte. Atravesó los bosques en una estacion en que el cielo siempre está cubierto de nubes, y en que el sol aparece solamente por pocos minutos. Estando casi todo el terreno inundado, tenia que pasar por lo mas espeso del bosque, donde no habia vereda alguna, siéndole indispensable varias veces nadar por riachuelos que desembocan en el Atabapo. En una palabra, miles de peligros tenia que vencer: tigres, víboras, lagartos; el riesgo de desaparecer en el lodo, y lo que es peor, el de morir de hambre. En cuatro dias no tuvo mas alimento, que el de unas grandes hormigas negras, que suben á los árboles en grandes hileras para colocar entre las ramas sus nidos resinosa.

Otra pausa del anciano.

—¿Y qué sucedió por fin con la Gualiba? preguntó Soto, palpándole el corazon. ¿Logró libertar á sus hijos y devolverlos á su padre? Supongo que los señores cristianos estimarian debidamente este heroísmo maternal, y devolverian sus hijos á aquella desgraciada.

El patron no contestó luego; pero su mirada siniestra y punzante causó tal impresion en el alma del jóven español, que no pudo menos de bajar los ojos. Las mi-

radas del anciano, casi indicaban las siguientes palabras: «¿No conoces mejor que yo á tus piadosos paisanos?»

—¿Y qué sucedió por fin con la mujer? preguntó entonces Bonpland.

El patron continuó luego con calma su relato.

—«Consiguió, por medio de la astucia, encontrar á sus hijos y llevárselos; pero..... fué otra vez aprehendida, y todavía llena de heridas... se la volvió á azotar del modo mas inhumano. El misionero se hallaba presente, y mandó á los que la azotaban *no cesar de hacerlo, sino hasta que su negra alma descendiese á los infiernos*; pero el corazon maternal se hizo superior á estos castigos sufriendolos con valor. Antes de que sanase de sus heridas, se le separó de sus hijos, y fué enviada como esclava á una de las misiones mas lejanas del Orinoco superior.....»

—¿Y? preguntó Humboldt, muy conmovido.

—Allí, contestó el anciano en tono solemne, rehusó todo alimento, y murió de hambre, como lo hacen los indios en sus grandes affixiones.»

Signió una larga pausa. Acababa de salir la luna, y derramaba su plateada luz con un brillo mágico sobre la roca, por la cual pasaba la canoa en aquellos momentos.

Esta roca de granito, al reflejarse en las aguas negras con la luz pálida de la luna, tenia algo de tétrico y aun de lúgubre.

¿Era acaso el espíritu de aquella desgraciada Guahiba el que la rodeaba, ó procedia esta impresion del sentimiento que experimentaron Humboldt y sus amigos, al oír la relacion de un hecho tan criminal y espantoso por parte de los misioneros?

Lo cierto es que todos tenian el pensamiento siguiente:

«Si el hombre deja en estos desiertos apenas una huella de su existencia, es para el europeo doblemente humillante que se trasmita á la posteridad, por el nombre de una roca, monumento indestructible de la naturaleza, el recuerdo de la corrupcion moral de su raza, y del contraste entre la virtud de una madre indígena y la barbarie de los cristianos que se dicen civilizados.»

Humboldt no olvidó jamás esa noche y el relato de la Roca de la Madre.

En una de las miserables chozas de indios, asomaba en aquellos momentos una delicada y blanca mano, en actitud de abrir la puerta; apareció luego todo el brazo, que era de las mas hermosas y mórbidas formas, y al fin una encantadora niña, que jamás, tal vez, habria imaginado tener que vivir algun dia entre salvajes y en lo mas espeso de los bosques vírgenes.

Era Arabela, hermana del Gobernador de Varinas, vestida con un ligero túnico blanco, porque el vestido exterior que tenia puesto en la noche terrible del rapto, se habia destruido, á consecuencia del tiempo trascurrido y del mal trato de las manos de las indias ladronas.

Y sin embargo, este vestido sencillo, que procuraba tener siempre aseado, realzaba mas su hermosa figura; haciendo mas notable la armonía de sus formas.

Solo una cosa habia desaparecido en Arabela, y era la expresion amable de la inocente é infantil jovialidad, que antes se pintaba en su rostro. Unicamente habia quedado en sus nobles facciones esa fria altivez, que ya en otras ocasiones habia demostrado, cuando se trataba de lastimar su amor propio ó su pudor femenino.

Y en efecto, á esta fria altivez y un algo imponente que proporciona la fuerza de corazon de un ser fuerte de espíritu, debia Arabela su salvacion y la de Julia. ®

Ambas portaban todavia ocultas en su seno, y envueltas en hojas de palma, las puntas de flecha envenenadas, de que aún no habian tenido necesidad de hacer uso, como medio absolutamente extremo de salvacion. El as-

#### CAPITULO XIV.

##### El Piache.

Acababa de salir el sol; sus rayos doraban las cimas de los árboles, y una lijera brisa movia las coronas de la palma pirijao, que extendia sus troncos armados de puas, hasta una altura de sesenta á ochenta piés, convidando á tomar su fruta que en su forma y color se parece al durazno, y contiene una materia harinosa, dulce y muy nutritiva, constituyendo uno de los alimentos mas sanos y agradables de los indios en aquellas regiones. (1)

(1) La descripción de esta palma se halla en la obra de Humboldt, intitulada: "Nova genera plantarum equinoccialum."

pecto grave y firme de Arabela, casi semejante al de una reina, y las miradas de sus negros ojos llenos de fuego, eran el querubin con la espada amenazadora, que hacia la guardia del paraíso de su pureza virginal.

Era en efecto un fenómeno verdaderamente extraordinario, que esta niña dominase casi solo con sus miradas y ademanes á los salvajes y apasionados guerreros.

Ella, la prisionera, la blanca odiada, la esclava conquistada como botin de guerra, habia conseguido que el viejo Apoto la tomase bajo su proteccion, juntamente con su amiga. Aunque ambas quedaron como una propiedad de los hijos del anciano, fueron dispensadas, mediante la proteccion de éste y conforme á un uso antiguo, de las pretensiones de aquellos, hasta principios de la estacion de aguas.

El Apoto no habia separado á las amigas, y les dió una choza independiente. De este modo, aunque bien vigiladas, fueron reputadas por los demás indios como vehucos, lo que quiere decir: «prendas consagradas al Gran Espíritu.»

Tal vez para esto habria contribuido la noticia de que Arabela no era hija del propietario Sanchez, tan odiado de los Caribes, sino hermana del Gobernador de Varinas, cuyo suave y humano comportamiento reconocian aun los mismos indios. El Caribe que habia sido esclavo de los Sanchez, y que tomó á su cargo la expedicion al Diamante y la destruccion de aquella hermosa hacienda, confirmó tambien el origen de Arabela, designando

solamente á Julia como hija de su tirano. Lo mismo decian los exploradores que ponian los indios, para saber si se organizaba contra ellos alguna expedicion. Por ellos se sabia, ademas, que el Gobernador se hallaba en extremo afectado, por el rapto de su hermana, y habia hecho todas las pesquisas necesarias para encontrarla. Pero ¿qué podia hacer con un puñado de soldados, en un país tan extenso y cubierto de bosques impenetrables? Además, le faltaba toda huella para descubrir á los raptos. Por lo que respecta á los negros esclavos, habia logrado aprehenderlos en su mayor parte al siguiente dia del incendio del Diamante, castigándolos como rebeldes, asesinos é incendiarios, pero los astutos caribes habian desaparecido con las mismas precauciones con que ejecutaron su invasion. Así es que de nada servia al Gobernador el haber tenido noticia de que los raptos de su hermana pertenecian á aquella tribu, la cual se hallaba diseminada en pequeñas fracciones, desde el Orinoco superior é inferior, hasta los llanos, así como en los bosques del Apure, Arauca, Meta, Villada, y aun en la Esmeralda y Sierra de Rinocoto. A todas las misiones se mandaron correos por parte del Marques del Toro, y de todos ellos se pusieron exploradores en busca de Arabela; pero todo fué en vano, porque la horda, á cuya cabeza se encontraba el *Uña de Aguila*, era demasiado astuta y previsora para dejarse descubrir y sorprender.

Todo esto habia manifestado el anciano Apoto á

Arabela, para persuadirlas de que no habia esperanza de ser libertadas y que debian resignarse á su suerte.

Arabela recibió esta indicacion con la frialdad y el orgullo que le eran peculiares en estos casos; mientras que Julia se sometia á la voluntad del cielo con la mayor humildad; mas nadie penetraba lo que estaba pasando en el alma de Arabela. Cuanto mas tranquila parecia en el exterior, tanto mas profundamente sufría por la pérdida de su libertad, lamentando dentro de sí la ausencia de su hermano, la de su maestro y la de su novio; pero ni una lágrima humedecía sus ojos, ni una queja asomaba á sus labios. Ella conoció con su clara inteligencia, que era casi imposible una fuga, y que otra esperanza de salvacion era remota; pero su firmeza y su valor no la dejaban renunciar del todo á esta esperanza, estando preparada como ya se ha visto, para el caso extremo.

Respecto de Julia, era muy diferente. Faltándole en su totalidad la fuerza de ánimo, decaía tambien en lo físico. Su abatimiento procedía particularmente de la idea de hallarse expiando los crímenes de su familia, y esta idea, á la cual daban mucho pábulo sus opiniones religiosas, la habria hecho sucumbir del todo, dejándose sacrificar maniatada en manos de los Caribes, si Arabela no hubiera procurado levantar su espíritu constantemente.

Sin embargo de estos esfuerzos, Julia que se habia enfermado de fiebre, á causa de sus desgarradores pesares,

sufrió un insomnio, y esperaba con ansia la aparicion del nuevo dia. Apenas habia salido el sol, cuando Arabela abrió la puerta de la choza, y seguida de su amiga dió un paseo afuera, gozando de la espléndida naturaleza.

Julia se apoyó, débil y pálida, en el brazo de su amiga. La corriente de aire fresco le hacia bastante bien, calmando el fuego de su ardorosa frente. Reinaba en el bosque una completa calma; los pájaros trinaban, brincando alegremente en las ramas de los árboles, cuyo follaje se encontraba en todo su verdor; pero esta calma y esta magnificencia de la naturaleza, influían poderosamente en el corazón oprimido de la enferma. Ella comprendió vivamente su situación, y recordando lo que habia perdido, prorumpió en un copioso llanto.

Arabela se hallaba profundamente conmovida. El dolor silencioso de su amiga era mas difícil sobrellevarlo, porque faltaba el desahogo, y tambien á ella producía esa calma de la naturaleza un sentimiento tan penoso, que tenia que comprimir los labios para ocultar aquella impresion que desgarraba su alma. Sin embargo, muy pronto logró reanimarse, y se esforzó entonces en consolar á su amiga.

—¡Cálmate, amada mía! le dijo con dulzura; tu indisposicion pronto pasará, y cuando logres recobrar tus fuerzas, procuraremos encontrar los medios de realizar nuestra fuga.

Julia no cesaba de llorar.

—No te desalientes, continuó Arabela. Aunque estamos estrechamente vigiladas y no tenemos de pronto ninguna expectativa para evadirnos, pueden cambiar las circunstancias. Tal vez vendrá á favorecernos alguna feliz casualidad, y si procuramos conservar nuestra calma y entereza de ánimo, podremos conseguir lo que hoy nos parece irrealizable. El Apoto es un Caribe, y observa fielmente los usos y leyes de su tribu; pero bajo su exterior grave y taciturno, oculta un corazón noble. Yo juzgo que experimentaría placer en que escapáramos.

—¿Y sus hijos? preguntó Julia con un ligero estremecimiento.

—Ellos acaso expondrían su vida por poseernos; pero estamos consagradas como *vehucos* hasta la estación de aguas, y tenemos tiempo para esperar algo favorable.

—Nada espero, contestó Julia abatida; ¡que se cumpla la voluntad de Dios!

Arabela guardó silencio por un momento; pero luego, con un suspiro que indicaba la paciencia de que había menester para contrariar la exagerada resignación de Julia, replicó:

—Te ruego que recobres tu ánimo, y que deseches tu preocupación religiosa que podría perdernos.

—¿Y hago mal cuando me someto con humildad á

la voluntad de Dios? preguntó Julia, inclinando tristemente su bella cabeza.

—Sí, contestó Arabela decididamente; hasta cierto punto haces mal porque exageras; aunque es muy noble, bello y piadoso tener confianza en la voluntad de Dios, debemos obrar como si el éxito dependiese enteramente de nosotras.

—En esto hay una contradicción, contestó Julia.

—Pero solo en apariencia, contestó Arabela.

—No podemos anhelar un éxito, que del todo penda de nosotras, cuando tenemos la conciencia de no ser los árbitros de nuestro destino.

—Y sin embargo, se explica con facilidad esta contradicción aparente, contestó Arabela, si ese sentimiento de humildad de nuestra insuficiencia se combina con una actividad resuelta y bien pensada por nuestra parte. Según mi opinión, Dios no ha de permitir que perezcamos miserablemente entre estos salvajes; de manera, que depende de nosotras emplear toda nuestra astucia y energía, para contrarrestar la suerte que nos espera, quedándonos aquí. Para esto nos ha dado Dios la razón y el buen juicio. Si no logramos la fuga, la volveremos á emprender, porque también la perseverancia es un don divino, y si todos nuestros esfuerzos son inútiles, entonces..... reconoceremos en esto un aviso del cielo, y.....

Arabela se interrumpió, porque en estos momentos se presentó el anciano Apoto, seguido de un hombre de un exterior muy extraño. La diferencia entre estos dos personajes era tanto mas sorprendente, cuanto que todos los movimientos del Apoto, que tenían bastante de sério y digno, contrastaban notablemente con los de su compañero, que era un indio de maneras ridículas y extravagantes.

La cara, el pecho y los muslos de este personaje, estaban pintados con onote. Su cabeza se hallaba adornada de una especie de diadema, compuesta artificialmente de plumas de ave, de diversos colores. En la cintura llevaba un ceñidor de colas de tigre, las cuales hallándose aseguradas solamente en una de sus estremidades, se movían como serpientes en los cambios de posición que continuamente ejecutaba el indio, como si estuviera danzando. Al rededor del cuello, portaba unas correas de vaca marina, de las cuales pendían algunos adornos de piedras de color verde. Por extraño que fuese el aspecto de este personaje, conoció luego Arabela su rango. Era un Piache, uno de aquellos hechiceros, tan altamente estimados en las tribus de indios, que son á la vez médicos, sacerdotes y prestidigitadores. Ellos son los que por encargo de las hordas se dirigen á los bosques y tocan una trompeta sagrada, formada de barro, llamada *botuto*. Esta operacion la ejecutan debajo de la palma sejú, para obligar á este árbol á que dé mucho fruto en el año siguiente. El pueblo paga por esta ce-

remonia, como se paga entre los mongoles, moros y otras naciones á sus sacerdotes, para que destruyan, por medio de oraciones, á las hormigas blancas y á la langosta, convirtiendo la mucha lluvia en una gran sequía, ó viceversa, en una palabra: para que trastornen el orden de las estaciones. (1)

Pasando estos Piaches por médicos, comprendió luego Arabela lo que significaba esta visita. El anciano jefe sabía que Julia se hallaba enferma de fiebre hacia algunos dias, y por esto habia mandado traer al Piache de una horda vecina, para que la curara.

—Mi hija está enferma, dijo el Apoto, con la calma y dignidad que le eran geniales. Su padre le trae al Piache, para que la cure.

—La hija dá gracias á su padre, contestó Arabela en nombre de Julia, y tomará con gusto una medicina saludable.

—Entonces pronto sanará, opinó el Jefe.

—Difícilmente, contestó Arabela.

—¿Y por qué no?

—El Piache será sin duda un hombre muy hábil; pero ¿podrá curar tambien los corazones? preguntó Arabela dirigiéndose al Jefe.

—Mi hija habla con palabras ininteligibles, contestó el Apoto.

(1) Palabras textuales de Humboldt.

—Entonces hablará mas claro. Si el Apoto, que es un jefe valiente, cayera en manos de sus enemigos.....

—Se llama Uña de Aguila, replicó el anciano con orgullo, sintiéndose algo lastimado con la suposicion de este caso.

—Su hija conoce el nombre que le han dado los guerreros por su valor. Sabe que jamás los enemigos han puesto la mano sobre la cabellera del Uña de Aguila, y que debe considerarse irremisiblemente perdido el enemigo que caiga en sus manos.

Las facciones del Apoto fueron menos duras.

—Y sin embargo, continuó Arabela con entereza, tambien el Apoto es hombre, sujeto á la desgracia como los demás, y si lo quiere el Gran Espíritu, podrá caer en manos de sus enemigos.

Siguió una pausa, porque en el salvaje luchaba visiblemente el orgullo del guerrero, con su veneracion al Gran Espíritu y con la conciencia de no ser en efecto mas que un hombre. Pareció al fin haber vencido lo último, y contestó:

—Puede que sea así.

—Y si el Uña de Aguila no podia entonces huir ¿no se enfermaria su corazon con el cautiverio, como hombre acostumbrado á la libertad?

—Así seria.

—¿Y cree el Apoto que un corazon enfermo podrá curarlo el Piache con sus medicinas?

—¡Jamás! ó se curaria á sí mismo, ó se moriria.

—Mi padre ha hablado como un grande y valiente guerrero, contestó Arabela. ¿Por qué cree, pues, que el Piache podria curar el corazon enfermo de la niña blanca?

—La hormiga y el águila son seres muy diversos... Tambien lo son los guerreros y las mujeres.

—El Apoto tiene razon, si habla de las mujeres de la piel oscura; pero se engaña, si habla de las hijas de los blancos.

Otra pausa. El anciano jefe conoció que en estas palabras habia una gran verdad, á lo menos por lo tocante á Arabela. Las mujeres de su tribu no se consideraban sino como animales domésticos, y..... madres; mientras que Arabela, con su fuerza de voluntad, valor y resolucion, cualidades que estima sobremanera el salvaje, imponia á todos. Sin embargo, no era fácil que preocupaciones nacidas y arraigadas por muchos años, se destruyesen instantáneamente, como por encanto, y por lo mismo Arabela, no dejaba de ser á los ojos del anciano, otra cosa que una mujer, aunque en su interior le profesaba la estimacion que habia sabido grangearse.

—El Uña de Aguila sabe, dijo el anciano con su reposo acostumbrado, que en sus tribus y en las de los hombres blancos, hay Aikeambenanos [amazonas]; pero no le agradan. Al guerrero corresponden el acero y la flecha, la sangrienta cabellera del enemigo y el botin de la caza. A la mujer, la preparacion del maíz y del mai-



mure. (1) Que sane primeramente la niña, y despues volverá á hablar con ella su padre.

Pronunciadas estas palabras, indicó á las niñas, con una seña, que se volviesen á la choza. Arabela llevó á Julia, y ambas fueron seguidas del Apoto y del Piache.

Llegadas á la habitacion, dió el médico á entender á la enferma, que se acostase en una de las pieles de tigre con que estaba entapizado el suelo, cuyo adorno solo se encontraba en la choza del anciano. Julia como siempre, obedeció, sin proferir una palabra, temblando de temor y de calosfrio. Arabela se habia retirado con una gravedad silenciosa, para no ser un obstáculo á los procedimientos ridículos del Piache; pues aunque le repugnaban, sabia que estos individuos poseen conocimientos de las medicinas que proporciona la naturaleza, para combatir las enfermedades, y que las aplican ventajosamente á los pacientes, aunque acompañadas de cierto charlatanismo, que tambien es comun entre algunos médicos del mundo civilizado.

El Apoto se habia sentado sobre una concha de tortuga, detras de la pared opuesta á la que ocupaba Julia, y guardaba un profundo silencio. Luego empezó el Piache su curacion, contrayendo las facciones de su cara pintada de encarnado. Hizo movimientos al compas, con bra-

(1) Una especie de euredadera, muy útil, de que hacen los indios esteras y canastos.

zos y piernas, á manera de un danzante, y habiendo seguido así al rededor de la enferma por espacio de media hora, acompañando sus movimientos con una especie de canto monótono, quitó de su cuello una de las correas que le adornaban, de la cual pendia una piedra color de esmeralda y la puso en el cuello de la enferma. Esta era una piedra llamada de Amazonas. La supersticion de los indios le dá grande importancia, y la llevan en el cuello como amuleto, porque creen que precave el dolor de nervios, la fiebre y las picaduras de serpientes venenosas. (1)

Pero antes de que la piedra con la correa pasara al cuello de Julia, aconteció una escena rara. El Piache presentó el amuleto primeramente al Apoto y despues á Arabela, para que lo besaran. El anciano cumplió con esta ceremonia con grave dignidad; pero cuando se acercó el Piache á Arabela, y ésta le indicaba con ademanes que besara tambien la piedra, erguió con orgullo su cabeza, y ya iba á rechazar las manos del Piache, que contenian la correa, cuando observó que este personaje sacaba con mucha precaucion un pedazo de pergamino del interior de la piedra. Una mirada cambiada violentamente con éste la convenció de que el pedazo de pergamino era para ella, y que debia evitar que lo

(1) Humboldt reconoció que estas piedras pertenecen á la especie de nefrito, que se acerca al espato calizo.

viera el Apoto. Con la violencia del rayo le animó la esperanza; y luego, tomando la piedra y llevándosela á los labios, sacó la tira, como del tamaño de un dedo, sin ser observada por el Apoto, pasando en seguida el amuleto al cuello de la enferma. Arabela ocultó el pergamino en su seno, temblando de alegría y de ansiedad, para descifrarlo despues.

Joloquiamo, el espíritu maligno, habia salido al fin de la enferma, y solo restaba al Piache darle una bebida, que consistia en una infusion de la fruta aromática, de un magnífico árbol de sesenta piés de altura, que los colonos llaman *fruta de burro*, que es una anona. (1)

Otra danza de media hora formó la conclusion de la ceremonia, dejando luego el Piache la choza, sin proferrir una palabra, despues de haber caido la enferma en un ligero sueño.

Arabela, cuyo corazon palpitaba fuertemente, siguió con miradas ansiosas á los que se ausentaban, y luego salió de la puerta de la choza, para cerciorarse de que nadie habia que la observara. A poco volvió á la choza, y sacó de su seno con mano temblorosa la tira de pergamino. Apenas podia leer, por la emoeion que experimentaba, los pocos caractéres que contenia, y que decian lo siguiente:

(1) Esta eficaz medicina para los febricitantes es conocida en todas las misiones, por cuya causa la tienen siempre á la mano.

«¡Valor! estoy cerca de vosotras. Seguid sin recelo alguno, lo que os aconseje el portador; pero con precaucion. Dentro de pocos dias estareis libres.

*Padre Acosta.»*

Arabela respiró: salian de sus ojos lágrimas de alegría. Luego cayó de rodillas para dar gracias á Dios de la ayuda que le esperaba.



CAPITULO XV.

En el Rio Negro.

—¿Estamos acercándonos á los límites de las posesiones portuguesas? preguntó Humboldt al Padre Zea, que se hallaba sentado en frente de él en la canoa.

—Ciertamente, contestó éste; comienzan en la desembocadura del Parime al Rio Negro.

—Pero aquella está léjos todavía, opinó Bonpland.

—Siempre se necesita andar con precaucion, dijo el Padre. No estamos en Europa, donde los límites se fijan con estacas y se miden por pies. En estos inmensos bosques es difícil señalarlos aún por leguas. Además, la España y el Portugal están siempre en disputas

á causa de los límites, y por este motivo suponen los habitantes de las fronteras un enemigo en cada portugués, y de aquel lado, otro en cada español: por lo mismo podéis estar seguros de que si os encuentran practicando medidas, os tratarán como espías sin mas averiguacion.

—Esta no es buena expectativa, dijo Soto. Al fin tendria yo que ser conducido al Brasil como prisionero, en lugar de volver á los brazos de mi prometida, que me estará esperando con ansia.

—¡Vaya! exclamó Bonpland riendo. Parece que ya se os acabó la paciencia, y que el deseo de ver á la novia se ha sobrepuesto al de la investigacion en favor de la ciencia.

—Eso no, replicó Soto; pero no sé qué cosa me ha producido inquietud en estos últimos dias.

—Esta inquietud es muy dulce, dijo Bonpland chaceándose. Ella consiste en el goce de las felicidades que se os aproximan.

—Y estos sentimientos tienen su completa justificacion, dijo Humboldt. Yo estimo un feliz matrimonio, como lo mas bello y sublime de la vida humana, porque sé de mi hermano, que los goces domésticos son la mejor recompensa para la actividad del hombre. Eurípides decia: «El mayor de los tesoros en la tierra, es una noble compañera.»

—¡Maroa! gritó en estos momentos el patron de la canoa.

Todos pusieron atención, viendo en efecto de lejos una pequeña congregación de indios, que en los mapas llevaba el soberbio nombre de «Misión de San Maroa,» aunque no consistía mas que en unas veinte chozas.

Llegando allí, dispuso Humboldt detenerse. Los viajeros visitaron este lugar, donde fueron bien recibidos por el misionero y los indios. Allí compraron algunos ejemplares vivos del *Piápoco*, una especie de ave en que se desarrolla la inteligencia lo mismo que en los cuervos domesticados.

En esta ocasión se informó Humboldt con el misionero de Maroa, sobre la causa de que en las orillas del Río-Negro hubiera ménos aves acuáticas que en las del Caciquiri, Meta y Arauca.

—Esto consiste, contestó el misionero, en que el Río Negro tiene ménos hondonadas y ménos vegas descubiertas.

—¿Y no contribuirá también la calidad de sus aguas negras? preguntó Bonpland.

—Ciertamente, contestó el misionero. Las aguas del Río-Negro son demasiado puras para que pudieran vivir los insectos acuáticos, que sirven de alimento á las aves.

—Dios bendiga á estas aguas negras, exclamó Soto. Ellas son tal vez lo último que recuerda al país de Janja.

—¿Por qué?

—No hay aquí la plaga de los mosquitos.

Un ruido original en el aire llamó en estos momentos la atención de todos.

El misionero se sonrió. Luego se dirigió á Humboldt diciéndole:

—Parece que pertenecéis á la raza de los mortales privilegiados.

—¿Por qué? preguntó Humboldt.

—El cielo mismo parece haber tomado á su cargo la contestación á vuestra pregunta. ¡Mirad!

Los viajeros siguieron con su vista la dirección que indicaba el misionero. A la orilla opuesta del río, se veía como una nube negra y espesa.

—¿Qué es aquello? preguntó Humboldt. ¿Habrá una tempestad?

—No son nubes, sino inmensas bandadas de patos silvestres.

La masa de estas aves era tan colosal y tan infinita, que oscurecía el cielo.

—Cuando el Orinoco sale de su cauce, dijo el misionero, emigran los patos de Norte á Sur. (1) Estos animales dejan en este tiempo el valle del Orinoco, porque al subir las aguas inundando las riberas, no encuentran peces, insectos acuáticos, ni gusanos para su alimentación. Al pasar por el Río-Negro, los matan los indios á millares.

(1) Del 3° hasta 6° L. N. y del 6° al 4° L. S.

—¿Y son buenos y agradables al paladar? preguntó Soto.

—Pronto lo vereis, contestó el misionero. En su marcha para el Ecuador están muy gordos, y su carne es deliciosa; pero en el mes de Setiembre, cuando bajan las aguas del Orinoco, vuelven los patos del rio de las Amazonas dirigiéndose al Norte, y entónces están muy flacos.

—¡Bien para los pobres animales! exclamó Soto, riendo; porque así escapan de sus perseguidores.

—En efecto, dijo el misionero, y esto tanto mas, cuanto que les acompaña una especie de garza, que proporciona un alimento sabrosísimo.

—¡Bravo! exclamó Soto, alegremente, ya veo que estos indios del Rio Negro son gastrónomos, porque en Marzo comen patos, y en Setiembre garzas.

—Y en el intermedio..... hormigas, dijo el misionero, riendo.

—¡Puff! exclamó Soto, no me convidaré para ese plato.

Todos rieron. Humboldt despues de haber meditado un poco, dijo:

—Esta emigracion de las aves, que hacen con tanta regularidad de una á otra region de los trópicos, en una zona en donde todo el año subsiste una misma temperatura, es en efecto un fenómeno muy extraordinario.

—Es verdad, contestó Bonpland; io mismo sucede ca-

da año, en tierra firme, cuando los ríos salen de madre, viniendo muchas bandadas de aves acuátiles desde el Orinoco y sus tributarios hasta las costas meridionales de las Antillas, aunque la diferencia de temperaturas entre ambas regiones, es imperceptible.

—Se debe suponer, dijo Humboldt, despues de alguna reflexion que, entre los trópicos, el cambio de seca y abundancia de agua tiene la misma influencia sobre las costumbres de los animales, que en nuestros climas los cambios de temperatura. El calor del sol y la caza de insectos, llevan en los países septentrionales de los Estados Unidos y en el Canadá aun á los colibrís, hasta una latitud igual á la de Paris y Berlin; del mismo modo hace emigrar la mas fácil pesca á las aves acuátiles del Norte al Sur del Orinoco, al rio de las Amazonas. Nada es mas prodigioso que esto, y aun tan oscuro con respecto á Geografía, como las emigraciones de las aves relativamente á su direccion, extension y destino final.

En este momento llegaron algunos indios, cargados con una multitud de patos. Al mismo tiempo vieron los viajeros á los indígenas ocupados en matar con hondas á los patos que pasaban. Humboldt conoció que estos animales eran los patos llamados *carreteros*, y encontró su carne de muy buen gusto.

Mucho interes inspiraban tambien á los viajeros los colibrís, de los cuales encontraban un sinnúmero en las misiones. Estos magníficos pajaritos, que con sus picos

muy agulos y sus lenguas en forma de tenedor, los rodeaban en todas partes, produciendo con sus alas un zumbido original, eran apenas un poco mas grandes que nuestras abejas, y volaban con mucha velocidad de una flor á otra, para extraer su miel. En el sol, parecian piedras preciosas que volaban.

Al dejar Humboldt y sus compañeros á Maroa, pasaron por la desembocadura del Aquio, y después por la del Tomo. En este rio vivian los indios Cheruvichaenas, el cual era de importancia en razon del contrabando que por él se hacia en las posesiones portuguesas. El rio Tomo se aproxima mucho en su curso al rio Guaicúa y por él llegan algunas veces indios fugitivos del Rio Negro inferior, á la mision de Tomo. Los viajeros no visitaron esta mision; pero les refirió de ella el Padre Zea, que los indios en Tomo y Maroa se habian dispersado un dia, por haberseles querido obligar á bailar la famosa *danza del diablo*.

—¡Danza del diablo! repitieron los viajeros casi unisonos. ¿Qué significa esto?

—Esta danza, contestó el Padre Zea, es aquella con que conjuran los piaches al espíritu maligno Joloquiamo. Los misioneros de las estaciones mencionadas tuvieron la fatal ocurrencia de querer abolir esta ceremonia supersticiosa entre los indígenas, haciéndola ridícula por medios burlescos, para demostrar á los neófitos que Joloquiamo no tenia ya poder sobre ellos. Algunos jóvenes indios consintieron, mediante la promesa de

los misioneros, de hacer el papel del diablo, y con este objeto se les habia adornado con plumas negras y amarillas, así como con pieles de tigre y sus correspondientes colas; pero la creencia antigua de sus padres estaba mas arraigada en ellos que la nueva, de manera que cuando vieron al supuesto diablo, gritaron como locos: «¡Joloquiamo!» «¡Joloquiamo!» y huyeron á los montes. Después tuvieron los misioneros mucho trabajo para hacer volver á una parte de los fugitivos, y lograr que permanecieran en la mision, abandonando para siempre el proyecto de hacer ridículo al diablo de los indígenas.

—¡Qué ocurrencias tan extrañas, dijo Humboldt, le vienen algunas veces al monge ocioso que pasa su vida en los bosques, lejos de todo lo que le puede recordar la civilizacion humana!

—Lo mas extraño es, replicó el Padre Zea, que se trataba de hacer representar por fuerza y públicamente en Tomo y Maroa la danza del diablo, al mismo tiempo que los misioneros tenian empeño en abolir todas esas danzas, como la de los muertos, la de la trompeta sagrada y la antigua de serpientes.

—¿Qué clase de danzas son estas? preguntó Bonpland.

—La danza de las serpientes, dijo el Padre, la ejecutan casi todas las tribus de los indios. Los danzantes representan en ella una leyenda, segun la cual estos

astutos animales se introducen con los hombres, viviendo con ellos para engañarlos y robarles sus mujeres.

—Es original, exclamó Bonpland. Se podría creer que esto tiene relacion con lo del paraíso de la Biblia.

—Difícilmente, contestó Humboldt. La seducción y la astucia se encuentran en todas partes, y la serpiente pasa por símbolo de esta última.

—¿Y qué significa la danza de la trompeta sagrada? preguntó Soto.

—Los pueblos del Orinoco superior, contestó el Padre, lo mismo que los de Atabapo é Iniride, no adoran otras divinidades que á las fuerzas de la naturaleza, como lo hacían también los antiguos germanos y los persas. Al principio del bien le llaman Cachimana, que es el Manítú, el Gran Espíritu que gobierna las estaciones y hace madurar los frutos. Junto al Cachimana está el principio del mal, Joloquiamo, que no es tan potente como el primero; pero sí mas astuto y mas activo. Los indios de los bosques que vienen algunas veces á las misiones, muy difícilmente pueden formarse una idea de la significacion de un templo, ó de una imagen, etc.; «A estas buenas gentes, me dijo un dia un misionero, les agradan mas las procesiones al aire libre.» El otro dia, en la fiesta de San Antonio, patron de mi aldea, presenciaron los indios de Iniride la ceremonia de la misa. Entónces me dijeron: «Vuestro Dios se encierra en una casa como si estuviera viejo y enfermo. El nuestro está en el bosque, en el campo, en la sierra

de Sipapu, de donde viene la lluvia.» Entre las tribus mas numerosas y ménos bárbaras se forman congregaciones religiosas muy originales. Unos pocos indios viejos presumen saber las cosas divinas mas profundamente que los otros, y por eso son los custodios del célebre botuto, cuyo instrumento hacen resonar debajo de las palmas, para que estos árboles den una buena cosecha. En las orillas del Orinoco no hay ninguna imagen de dioses, como sucede en todos los pueblos que han permanecido fieles al culto de los objetos de la naturaleza; pero el botuto, la trompeta sagrada, se ha hecho el objeto de la veneracion entre ellos. Para estar al tanto de los misterios del botuto, es necesario ser célibe y de costumbres muy puras, y los que conocen estos misterios se sujetan á la flagelacion, á los ayunos y á otras penitencias. Estas trompetas sagradas son en muy corto número, y la más célebre se encuentra en una loma, cerca de la confluencia del rio Tomo con el Rio Negro. Se dice que su sonido se oye á la vez en Tuamini y en la mision de San Miguel de Davipe, quince leguas distante de aquel lugar. Segun el informe del Padre Cerezo, refieren los indios del rio Tomo acerca de este botuto, que es objeto de mucha veneracion en las poblaciones de las cercanías. Se ponen frutas y bebidas embriagantes junto á esta trompeta. Ya la toca el Gran Espíritu, Cachimana, ya anuncia éste su voluntad por medio del que la tiene en depósito. A las mujeres, que generalmente están excluidas de todo culto, les es

también prohibido ver este instrumento maravilloso, y la que tiene la desgracia de verlo, se le mata sin misericordia.

El Padre Zea contó además, que en el año de 1798, había tenido la dicha de salvar á una jóven, á quien un pretendiente celoso y vengativo inculpó de haber seguido por curiosidad á los indios que tocaban el botuto. No se habrían atrevido á matarla públicamente; pero siendo muy probable que la hubieran envenenado, como la misma muchacha aseguraba, tuvo que mandarla á una misión del Orinoco inferior.

Con tales conversaciones se entretuvieron en el día, hasta que pasaron la desembocadura del Caciquire, que conduce á las aguas negras del Rio-Negro una gran masa de agua de color natural, sin que por esto cambien de color en lo mas mínimo las aguas del Rio-Negro. Al anochecer llegaron á una isla que el patron llamaba de *Dapa*.

Allí pernoctaron, y se sorprendieron al ver en esta isla que consideraban inhabitada una hoguera, al rededor de la cual se hallaban cuatro indios enteramente desnudos, y que permanecieron inmóviles cuando vieron á los europeos.

Estaban precisamente tomando su cena, que consistía en una masa de color blanco con manchas negras. Eran *vachacos*, es decir, grandes hormigas que en la parte posterior tienen una especie de globito en que se les cria una grasa muy nutritiva. Se les seca junto á la

lumbre, donde el humo les dá un color negruzco. (1) Costales enteros de estos animales se hallaban colgados arriba de la lumbre.

Los indios comían estas hormigas con tal apetito, que no se dejaban interrumpir de los viajeros.

—¿Este es el país de Jauja? preguntó Bonpland á su amigo Humboldt.

Una mirada llena de compasión fué la respuesta de este último.

Al acercarse á una de las chozas de hojas de palma, encontraron allí á catorce hombres, enteramente desnudos, acostados en las hamacas, los que tampoco se movieron, mientras de otra hamaca salían dos muchachas bonitas, también desnudas, y que se acercaban á los viajeros con desembarazo, preparándoles luego unas tortas de yuca ó casave. (2)

Humboldt les hizo preguntar por el Padre Zea, que hacia de intérprete, si la isla era fértil, á lo que contestaron que la yuca se daba mal; pero que *era un país de muchas y buenas hormigas, y que se vivía bien allí*.

En efecto, en aquellas regiones se mantienen muchas tribus de indios solo de hormigas.

Cuando estaban listas las tortas de yuca sacó el Padre Zea de un costalito algunas hormigas ahumadas,

(1) Viajes etc., tomo 2º pág. 472.

(2) Klenke. "Alejandro de Humboldt." Viajes, etc.



y mezclándolas con la torta, las tomó con mucho apetito. También Humboldt, Bonpland y Soto intentaron comer estas tortas, pero no pudieron.

—¡Puff! exclamó Soto, riendo alegremente. Mi paladar está muy acostumbrado á los alimentos europeos, para que pudiera pasar este pastel de hormigas.

—Teneis razon, dijo Bonpland. Sabe á manteca rancia, mezclada con migajon de pan. (1)

—¡Oh país de Jauja, país de Jauja! exclamó Soto; ¡cómo se divertirá mi amada Arabela cuando le cuente de tít

Entre tanto, comenzó á llover á torrentes, y los viajeros tuvieron necesidad de pernoctar en la choza, que tenia mucha gente. (2)

Fué una fortuna para ellos, que las dos muchachas los recibieran bien, y á esto debieron el haber pasado la noche lo menos mal posible.

Los indios durmieron solamente de las ocho de la noche á las dos de la mañana. Despues platicaron en sus hamacas y se levantaron á preparar una bebida amarga, llamada cupana, la que tomaban quejándose del frío, sin embargo de que la temperatura era de veintin grados.

La costumbre de estar levantados cuatro ó cinco horas antes de salir el sol, es general entre los indios de

(1) Viajes, etc., entrega 6ª pág. 380.

(2) Hecho positivo.

la Guayana, y esta circunstancia aprovechan los misioneros en su *cacería de almas*, para sorprender á estos pobres indígenas, cuando están en el primer sueño, con el objeto de llevarlos como esclavos á las misiones, con el pretexto de la conversion.

Al otro dia por la mañana al dejar Humboldt y sus amigos la choza y la isla, les acompañaron las dos muchachas hasta la orilla, regalándoles Bonpland y Soto algunos corales, que recibieron con mucho agrado, y habria sido bastante la menor indicacion para que siguieran á los viajeros con mucho gusto.

Despues de una navegacion de doce horas, llegaron al fuerte de San Carlos del Rio Negro, situado á 1° 54' 11" L. N. Era esta la primera estacion limítrofe con las poblaciones portuguesas. La guarnicion se componia de..... diez y siete hombres y del comandante del fuerte, que era un teniente, quien recibió á los viajeros con mucha amabilidad.

Desde un corredor de la casa, se gozaba de una hermosa vista sobre tres islas muy pobladas de árboles. El rio corria allí casi en línea recta de Norte á Sur, como si su cauce se hubiera construido por la mano del hombre. Junto á la casa habia un par de hermosos árboles [*Bertholetia excelsa*,] que son los mismos que dan las almendras de forma triangular, llamadas en Europa «almendras del rio de las Amazonas.»

A pesar de que el comandante los recibió con muestras de hospitalidad, comenzó á notarse en él la descon-

fianza que había indicado el padre Zea, relativamente á la cuestión de límites, porque al expresar los viajeros el deseo de ver una trinchera, á la que daban allí el pomposo nombre de «Castillo de San Felipe,» y que está al frente de San Carlos, á la orilla occidental del Rio-Negro, tuvo recelo el comandante de dar el permiso á Humboldt y á Bonpland, aunque estaba anotado en sus pasaportes que podían medir las montañas y ejecutar operaciones geodésicas en los puntos que lo estimasen conveniente; pero no decían nada de las *plazas fuertes*. Sin embargo, este permiso lo obtuvo Soto en su calidad de oficial del ejército español, y despues de haber hecho uso de él, se volvió, diciendo en su tono burlesco:

—Dios bendiga á la España, que en todas partes se dá á conocer.

—¿Por qué? le preguntaron.

—¿Os acordais del noble D. Ignacio, y de sus nobles señoras esposa é hija, D<sup>a</sup> Isabel y D<sup>a</sup> Manuela?

—¿Quién podrá olvidar á tan singular familia? dijo Humboldt.

—Me acordé involuntariamente de estos personajes al ver el *castillo de San Felipe*, contestó Soto. Grandes pretensiones en estos bosques vírgenes, y nada de positivo. Allí, en un espacio muy reducido, encontré los trabajos preliminares de unas trincheras, las cuales si estuvieran concluidas, necesitaban para su defensa quinientos hombres por lo ménos.

—¿Y las obras de fortificación que no nos dejaron ver? preguntó Humboldt, sonriendo.

—Esto es precisamente lo gracioso, contestó Soto. No las habrais visto, aunque hubiéseis ido conmigo, porque..... no existen. *Toda la fortaleza* consiste en unos fosos apenas visibles, en forma de cuadrado. La trinchera tiene cinco piés de altura. Frente al rio hay dos bastiones en que se podrian colocar cuatro ó cinco piezas de artillería.

—¿Y no hay alguna?

—Hay cuatro; pero..... sin cureñas, y guardadas por dos soldados.

En aquel instante entró el comandante al cuarto, seguido de un soldado mal vestido. Luego que saludó á los viajeros, se dirigió á su subordinado, preguntándole con un tono muy grave:

—¿No hay novedad?

—Todo está quieto en la fortaleza, contestó el guerrero.

—Está bien, dijo el oficial.

Y el otro dió media vuelta, desapareciendo luego.

—¿Qué farsa, qué cosa tan parecida á lo de D. Ignacio! dijo Soto al oido de Bonpland.

Este y Humboldt tuvieron que morderse los labios para no reir.

El comandante se dirigió entonces á Humboldt, diciéndole:

—He sabido que tenéis intencion de navegar en el Rio-Negro, hasta llegar á su nacimiento.

—Sí, contestó Humboldt. De allí, segun vos nos habeis dicho, tenemos entónces que navegar en el rio de las Amazonas, por veinte ó veintiocho dias, para llegar á las costas del Brasil.

—Es verdad, contestó el comandante; pero no os lo aconsejo.

—¿Por qué? preguntó Humboldt, sorprendido; no comprendo.....

—Se os está esperando en la frontera portuguesa, á causa de haberse sabido en el Brasil, por medio de los periódicos, que teniais que venir á las misiones del Rio-Negro para investigar el canal natural que une los dos sistemas de rios.

—¿Hay en esto algo que pueda comprometer la seguridad del Estado?

—Para los que piensan, no, contestó el comandante con mesura y gravedad; pero en estos bosques inhabitados, solo se han visto instrumentos en manos de la comision de límites, y los subalternos del gobierno portugués no pueden comprender la causa que mueva á un hombre de juicio, para emprender un viaje largo y penoso, con el objeto de medir un pais que no es suyo.

—Siempre el mismo cuento, dijo Humboldt á Bonpland, y ambos recordaron lo que el buen misionero les dijo á su tiempo sobre el mismo asunto.

—¡Creedme! dijo el comandante, á quien la incredu-

lidad de Humboldt parecia disgustar. Se han dado las órdenes necesarias para apoderarse de vuestra persona y de vuestros instrumentos; pero particularmente de vuestro diario de observaciones astronómicas, que segun dicen pone en peligro la seguridad del Estado portugués.

—¡Imposible! exclamaron los tres amigos.

—Si lo creéis así, nada tengo que añadir, contestó el comandante algo incómodo.

—¿Pero de dónde habeis sabido todo esto? preguntó Humboldt.

—Por uno de mis exploradores, que hace pocos dias volvió de la trinchera portuguesa de San José de Maravitanes.

—¿Y en efecto se ha mandado aprehendernos? preguntó Humboldt.

—Existe la órden de llevaros presos por el rio de las Amazonas, y de allí remitiros á Lisboa.

—¡Cielos é infierno! exclamó Soto como burlándose; ¿y mi boda?

El comandante miró de reojo al jóven, y luego dijo con calma:

—Al daros el aviso, señores, lo he hecho con la mejor intencion. Ahora haced lo que os parezca.

Y con esto saludó á lo militar, con tanta gravedad como si se hallara al frente de un regimiento. Levantóse de la habitacion.

Humboldt paseaba meditabundo en el cuarto; al fin dijo:

—Malhadado contratiempo, porque si es cierto, peligrará mucho la realizacion de nuestro viaje, que hemos calculado en cinco años.

—Yo no creo ni una palabra, dijo Bonpland.

—Ni yo tampoco, dijo Soto. El buen hombre quiere darse importancia.

—Sin embargo, es necesario andar con precaucion, dijo Humboldt. Reflexionad que estos hombres son de inteligencia limitada. Soy, pues, de opinion que avancemos hasta la isla de San José, que es el punto mas al Sur de las posesiones españolas. Acaso allí sabremos algo mas de positivo.

En la mañana siguiente, Humboldt y los suyos se hallaban en camino para San José.

## CAPITULO XVI.

### Una sorpresa.

Habian pasado ocho dias, cuando Humboldt, Bonpland, Soto y el Padre Zea, seguidos del mulato y de un indio que les servía de guia, pasaban por un espeso bosque del territorio de los Caribes, en direccion á las orillas del Orinoco. El patron con la canoa, les seguía por las ondulaciones de un riachuelo.

En las facciones de Humboldt, constantemente tan apacibles, se notaba una lijera sombra de disgusto, y tambien Bonpland carecia de su buen humor acostumbrado; solo Soto no podia ocultar cierta satisfaccion, motivada por el pensamiento de hallarse de retorno, y

Humboldt paseaba meditabundo en el cuarto; al fin dijo:

—Malhadado contratiempo, porque si es cierto, peligrará mucho la realizacion de nuestro viaje, que hemos calculado en cinco años.

—Yo no creo ni una palabra, dijo Bonpland.

—Ni yo tampoco, dijo Soto. El buen hombre quiere darse importancia.

—Sin embargo, es necesario andar con precaucion, dijo Humboldt. Reflexionad que estos hombres son de inteligencia limitada. Soy, pues, de opinion que avancemos hasta la isla de San José, que es el punto mas al Sur de las posesiones españolas. Acaso allí sabremos algo mas de positivo.

En la mañana siguiente, Humboldt y los suyos se hallaban en camino para San José.

## CAPITULO XVI.

### Una sorpresa.

Habian pasado ocho dias, cuando Humboldt, Bonpland, Soto y el Padre Zea, seguidos del mulato y de un indio que les servia de guia, pasaban por un espeso bosque del territorio de los Caribes, en direccion á las orillas del Orinoco. El patron con la canoa, les seguía por las ondulaciones de un riachuelo.

En las facciones de Humboldt, constantemente tan apacibles, se notaba una lijera sombra de disgusto, y tambien Bonpland carecia de su buen humor acostumbrado; solo Soto no podia ocultar cierta satisfaccion, motivada por el pensamiento de hallarse de retorno, y

con la esperanza de estrechar pronto en sus brazos á su amada Arabela.

Por otra parte, el disgusto que experimentaban Humboldt y Bonpland, era producido por un justo motivo: el aviso del comandante del castillo de San Felipe estaba bien fundado, porque en efecto, les amenazaba un gran peligro en la frontera portuguesa.

Habían llegado hasta la isla de San José. Un poco mas abajo de esta isla, en un punto donde hay muchos naranjos silvestres, se encuentra una roca de doscientos piés de altura, con una cueva que los misioneros llaman «Glorieta de Cocuy,» que es la misma en que el Apoto Cocuy, jefe de los Manitivitanos tuvo su harem, y donde se comia á las mas bonitas y mas gordas de sus mujeres. Era por consiguiente de suponerse, que Humboldt y los suyos visitasen este lugar histórico, y como se esperaba á Humboldt en las fronteras portuguesas, y se habia prometido una recompensa al que lo aprehendiera, se encontraba con este fin, en la cueva referida, una horda de aventureros, cuya principal ocupacion era la caza de indios.

Lo que esperaban sucedió. Humboldt, Bonpland, Soto, el mulato y el patron de la canoa, subieron á la cueva. Se hallaban examinando los esqueletos pintados de color rojo, de las pobres mujeres que habian servido de alimento á Cocuy, cuando fueron sorprendidos por la gente que los acechaba, y habrian sido capturados infaliblemente y conducidos á Lisboa, perdiendo sus libros,

instrumentos y diarios, si la advertencia del comandante no los hubiera hecho mas precavidos. Así es que, habiendo estado bien armados, hicieron resistencia, y ayudados por los indios de la canoa, que ocurrieron luego en su auxilio, quedaron vencedores Humboldt y los suyos. Tres de los aventureros perdieron su vida, y los otros huyeron. Uno de los primeros confesó, antes de morir, echando maldiciones, que estaban pagados para llevar presos á los viajeros, y al fin no escaparían, aunque de pronto se hallaban vencedores.

A consecuencia de este acontecimiento, no quedaba á los viajeros otro recurso que volverse, tomando por el rio Caciquiari y el Orinoco.

Pero, ¿quién comprende los designios de la Providencia! Ninguno de los viajeros sospechaba lo que les iba á suceder, y que esta forzada vuelta serviría para evitar grandes desgracias.

Acababan de dejar uno de esos inmensos bosques vírgenes, tan abundantes en aquellas regiones, y entraban á una llanura, que parecia pequeña á la vista, la cual se hallaba cubierta de zacate muy grande, á la altura de un hombre. De cuando en cuando asomaba la cabeza uno que otro venado, mientras las puntas del zacate, movidas por un viento suave, formaban ondulaciones, dando así á toda la llanura el aspecto de una mar en movimiento.

Cuanto mas se internaban los viajeros en esta llanura, tanto mas se extendía ante su vista, y el silencio se

hacia mas profundo, lo que produjo en ellos cierto humor térico que les oprimia el corazon. Este mal humor, debido en parte al contratiempo que habian sufrido, se aumentaba cada vez que el sol se ponía, porque ya llevaban tres dias sin ver el fin de la llanura.

Repentinamente el indio anciano, que habia servido á los viajeros como patron de la canoa, y que á la vez era el guia, dió un grito de sorpresa, quedándose inmóvil. Humboldt y Soto se acercaron, y vieron á su frente una huella en el zacate, bastante ancha.

—¿Qué significará esto? preguntó Humboldt.

El indio al principio no contestó; pero sus miradas parecían buscar algo en el suelo ó á lo léjos, indicando cuidado. Al fin, exclamó con voz imperceptible, y poniendo el dedo en la boca.

—Es la huella de una gran partida de indios.

—¿Y qué tiene esto de particular? preguntó Bonpland.

El viejo le contestó con tono grave:

—¿Podrá leer el jóven de la piel blanca lo que está escrito en este zacate pisado?

—Habrá pasado alguna partida de Caribes cazando, opinó Bonpland.

—Estas no son las huellas de una caza, contestó el anciano, moviendo la cabeza, sino de muchos guerreros.

Pero en este momento debió haber notado algo en el zacate con su excelente vista, porque avanzó un poco, levantó algo del suelo, y examinándolo brevemente, exclamó:

—¡Otomacos!

Era una punta de flecha, de cuya construccion y caña reconoció que eran los Otomacos quienes habian pasado con direccion á los bosques de los Caribes. Ya no cabia duda: los Otomacos y los Caribes estaban en guerra, ó..... una partida de Otomacos iba á sorprender á los Caribes. Tambien aseguró el patron, que aquella habia pasado el dia anterior, porque su vista ejercitada le hizo notar, que los tallos del zacate no se levantaban mucho todavía.

La cuestion de los viajeros era entonces resolver si convenia ó no continuar su marcha entre dos tribus que se hallaban en guerra; pero como habian mandado por delante la canoa, se hacia indispensable avanzar, y se resolvieron á hacerlo con la mayor precaucion, evitando todo encuentro con cualquiera partida.

Este nuevo descubrimiento no era muy á propósito para quitarles el mal humor. No temian los peligros, ya lo habian demostrado; pero no les habria sido posible superar el que se les esperaba encontrándose con una tribu guerrera, siendo muy superior el número de individuos con quienes tendrian que combatir. Sin embargo, les sobraban valor y resolucion, y avanzaron sin detenerse. Así llegó la tercera noche de las que pasaron en la llanura, despues de haber dejado muy atrás la huella de los Otomacos y tomado la direccion mas al Poniente, para evitar de este modo un encuentro con ellos. Pero ¡cuál fué su sobresalto, cuando al pasar la

noche junto á una palmera inmediata á un arroyo de agua cristalina, conocieron por los restos de unas lumbradas, que en la noche anterior habia estado allí una multitud de hombres, y que estos debian haber sido los Otomacos! Encontraron tambien algunos restos de carne de venado, que servian á la vez como presa á los lobos y á los gavilanes, de manera que á pesar de todas sus precauciones, habian vuelto á seguir la misma senda que los Otomacos, lo cual se propusieron evitar al siguiente dia.

Durante la noche, el mulato hizo la guardia con rifle en mano, mientras dormian los demas, excepto Soto, que estuvo despierto pensando vivamente en Arabela. Habia salido la luna, derramando su luz sobre la tierra. Repentinamente se quedó inmóvil el mulato, porque le llamó la atencion un pequeño objeto que vió sobre la tierra. Dos minutos despues, estaba al lado de Soto, diciéndole:

—¡Amol!

—¿Qué quieres? preguntó éste algo incómodo, porque le habia interrumpido sus dulces ensueños.

—No enojarse amo. Encontrar cosa extraña.

—¿Qué es pues? enseñámela.

El mulato presentó á Soto un libro de pasta encarnada, adornado con una cruz de oro, que brillaba á la luz de la luna.

—¿Qué? exclamó Soto, sorprendido. ¡Un libro!

—Pero luego que lo examinó, dió un grito tan penetrante, que no pudieron menos de despertar Humboldt y Bonpland.

—¿Qué hay? exclamaron los dos con sobresalto, echando mano á sus armas.

Soto, sin poder proferir una palabra, entregó el libro á sus amigos.

—¡Un breviario! exclamaron los dos. ¿De dónde procederá esto?

—Tal vez habrá sido robado por los salvajes á algun misionero.

—¡No, no! exclamó entonces Soto, volteando la primera hoja del libro, en donde se veia el nombre del Padre Acosta, escrito por su mano.

—¿Qué querrá decir esto? preguntó Soto, que se habia puesto en pié. ¿De dónde podrá haber venido el libro del Padre Acosta á estos lugares y llanuras? ¿Acaso estará aquí? ¿Habrá ocurrido alguna desgracia en San Fernando de Apure?

Ya iba á expresar Humboldt su opinion, cuando oyeron un sonido prolongado y lúgubre, semejante al que producen los cuernos que se usan en Europa cuando ocurren incendios. Este sonido se repitió varias veces en el silencio de la noche.

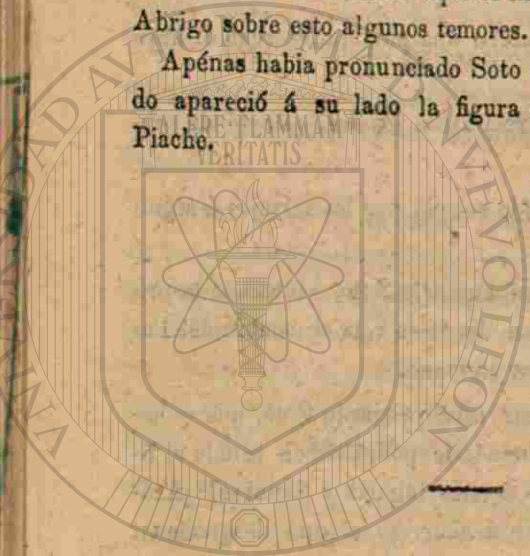
—¿Qué será esto? preguntó Bonpland al guia que habia despertado, y que ponía mucha atencion á aquel sonido.



—¿Qué será esto? repitió el anciano; es el botuto, la trompeta sagrada, por medio de la cual se llama á los Caribes á la guerra.

—¿Qué me importa! exclamó Soto; yo lo que quisiera saber, es cómo ha venido aquí el libro del Padre Acosta. Abrijo sobre esto algunos temores.

Apénas había pronunciado Soto estas palabras, cuando apareció á su lado la figura de un indio. Era el Piache.



## CAPITULO XVII.

### La fuga frustrada.

La fiebre de Julia no había cesado enteramente, aunque la medicina del Piache había producido efectos benéficos. Este continuó visitando á la enferma; pero jamás solo, sino en compañía del Apoto, de manera que no se podían entender Arabela y él, sobre el auxilio prometido por el Padre Acosta.

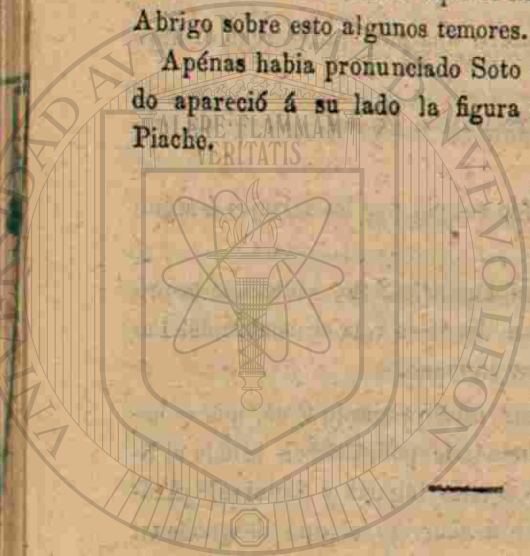
Habían trascurrido ocho días, y en todo este tiempo dejó de asistir el Piache, por lo cual las esperanzas de Arabela se habían convertido en cuidados por su maestro y amigo. Que éste se encontraba cerca de ella, no tenía duda; pero ¿qué se había hecho su protector? También era un hecho que se había confiado al Piache y le traicionaria éste acaso?

Estos pensamientos pasaban por la mente de Arabe-

—¿Qué será esto? repitió el anciano; es el botuto, la trompeta sagrada, por medio de la cual se llama á los Caribes á la guerra.

—¿Qué me importa! exclamó Soto; yo lo que quisiera saber, es cómo ha venido aquí el libro del Padre Acosta. Abrijo sobre esto algunos temores.

Apénas había pronunciado Soto estas palabras, cuando apareció á su lado la figura de un indio. Era el Piache.



## CAPITULO XVII.

### La fuga frustrada.

La fiebre de Julia no había cesado enteramente, aunque la medicina del Piache había producido efectos benéficos. Este continuó visitando á la enferma; pero jamás solo, sino en compañía del Apoto, de manera que no se podían entender Arabela y él, sobre el auxilio prometido por el Padre Acosta.

Habían trascurrido ocho días, y en todo este tiempo dejó de asistir el Piache, por lo cual las esperanzas de Arabela se habían convertido en cuidados por su maestro y amigo. Que éste se encontraba cerca de ella, no tenía duda; pero ¿qué se había hecho su protector? También era un hecho que se había confiado al Piache y le traicionaria éste acaso?

Estos pensamientos pasaban por la mente de Arabe-

la, cuando repentinamente volvió el Piache, acompañado como siempre del Apoto, quien se sentó con su gravedad acostumbrada, mirando las ceremonias fastidiosas del hechicero. Sin embargo, le pareció á Arabela que el viejo Jefe se hallaba un poco preocupado. Sus ojos, en lo general fijos y tranquilos, mostraban fuego de cuando en cuando, y sus facciones tenían entonces mas que otras veces, una expresion guerrera. Se notaba que su espíritu se hallaba ocupado en otros pensamientos, sobre objetos distantes de los que le rodeaban. El Piache parecia el mismo que antes, porque sus ridículos adornos, sus danzas y las charlatanerías que empleaba con la enferma, no se habian cambiado en nada. Las mismas danzas y gesticulaciones, y tambien las mismas medicinas, que no dejaron de producir sus benéficos efectos. Al fin concluyó la ceremonia; el Piache, acompañado del Apoto, se alejó sin proferir una palabra, y sin siquiera haber dirigido una sola mirada á Arabela. Esta habia perdido toda esperanza y derramado por esto copiosas lágrimas.

—¿Qué tienes? le preguntó Julia, porque era la primera vez que veia á su amiga sin su acostumbrada serenidad. Entonces ya no pudo callar mas Arabela, y comunicó á Julia el secreto que tantas esperanzas le habia hecho concebir, y las que entonces parecian desvanecidas.

Repentinamente dió Julia un grito de terror, exclamando:

—¡Una serpiente!

Era que habia visto cerca de sí un objeto que parecia un reptil; pero Arabela reconoció luego una de aquellas colas de tigre con que estaba adornado el ceñidor del Piache.

Tomó con repugnancia la cola para tirarla..... cuando observó que contenia algo..... un pensamiento rápido como el rayo pasó por su mente... y... en el mismo

instante tenia en sus manos una pequeña tira de pergamino, que habia sacado de aquella cubierta tan original.

Tambien en esta vez contenia pocas palabras escritas con lápiz; Arabela las leyó con voz temblorosa:

«Mañana á la salida del sol, lleva á tu amiga al aire libre. Dirige tus pasos como por casualidad, aún cuando tengas guardias, á la roca negra que se divisa al Oriente. Esperad allí donde el riachuelo forma una catarata, y estad preparadas para la fuga y vuestra salvacion.

*Padre Acosta.»*

Julia reconoció en esto la Providencia divina que veía sobre ellas, y felices se abrazaron las dos, llenándolas de satisfaccion que el Apoto permitiera el pasco á la enferma, con tal que las siguieran algunos guerreros armados.

Lentamente pasaron las horas del dia, mas lentamente aún las de la noche, porque en toda ella no cerraron los ojos, y apenas apareció el sol cuando salieron las dos de la choza.

Sebian bien que se las vigilaba dia y noche, aunque algunas veces solo de lejos, de manera que no les extrañaba encontrar en la puerta de la choza, á un Caribe que las seguia paso á paso.

Pudieron avanzar poco, porque Julia, apoyada en el brazo de Arabela, se sentia muy débil y con pocas fuerzas; pero no dejó de fortalecerla el aire fresco matutino, mientras la excitaba por otro lado la esperanza y el temor del buen ó mal éxito de su empresa, aumentando sus fuerzas de minuto en minuto.

El corazón de Arabela palpitaba no ménos fuerte, pero este sentimiento le producía una esperanza halagüeña, que hacia circular su sangre mas violentamente por sus venas; mientras la fuerza de su espíritu le daba

un vuelo tan atrevido, que hubiera sido en aquel momento capaz de ejecutar una accion heroica.

Jovialmente platicaba con Julia, teniendo la roca negra constantemente á la vista, y dirigiendo sus pasos como por casualidad hácia ella; ya estaban bastante lejos de la aldea de los indios, cuando llegaron á la catarata, acompañadas siempre del Caribe; se habian agotado las fuerzas de Julia, que cayó al suelo desmayada.

Arabela se estremeció, pensando en los nuevos peligros que pudieran resultar de este contratiempo. Afortunadamente recobró Julia sus sentidos, merced á la agua fresca del riachuelo, y se sentó junto á su amiga reclinando su pálido rostro en el hombro de Arabela.

De pie junto á ellas, se hallaba el indio con su arco y sus flechas envenenadas, sobrevigilando cada uno de sus movimientos, y observando el menor ruido de los alrededores, sin moverse, como una estatua de bronce.

Arabela reanimaba constantemente á su amiga, que embargada por la emociion, no podia articular ni una palabra; empero sus ojos, llenos de lágrimas, expresaban el agradecimiento mejor que la viva voz. La excitacion de ambas habia llegado á tal grado, que Arabela, para no dar lugar á sospechas, se puso en pié y cantando una cancion se puso á coger flores; pero su voz temblaba lo mismo que sus manos, y el menor ruido en el bosque, y el mas ligero movimiento de las ramas de los árboles, hacian estremecer á las dos.

Un gran venado apareció de repente detrás de algunas ramas. Los ojos del salvaje se reanimaron; violentamente cambió la flecha envenenada por otra que no lo estaba; levantó el arco.... sin ruido voló la flecha.... un salto del venado, y luego cayó al suelo sin vida.

Este éxito era demasiado para la pasion de un salvaje, é inmediatamente se fué á traer el venado. En el mismo instante se abrieron las ramas de un arbusto,

apareciendo por un momento la figura del Piache, que les hizo una seña hácia la roca, volviendo luego á desaparecer.

Arabela le habia comprendido. Con la velocidad del pensamiento tomó á Julia en sus brazos, llevándola detrás de la roca mas próxima. Un grito de muerte que resonó, no la detuvo. Era del indio que, traspasado por una flecha, cayó junto al venado que acababa de matar. No habia tiempo que perder; toda su existencia se concentraba en un pensamiento..... porque no lejos de sí veía al Padre Acosta, abriendo los brazos á su favorita, á su amada discípula.

—¡Padre Acosta! exclamó Arabela, volando con todo el ímpetu de una alegría embriagadora á los brazos de su maestro, que, generalmente tan grave y lleno de dignidad, la estrechó con igual ardor.

Pero no habia tiempo que perder. Uno de los Otomacos ya habia tomado á Julia en sus brazos y empezaban á subir la roca; el Padre Acosta y Arabela les siguieron; primeramente debian llegar al campo de los Otomacos, y despues volver á su querido hogar.

Mas... ¿qué es esto? ..... ¿por qué cae uno de los salvajes tan repentinamente?..... agoniza..... tiene una flecha en el corazon.

Arabela dió un grito..... una multitud de indios forman un ancho círculo al rededor de ellos..... ¡oh!... los conoce demasiado..... son Caribes!..... y á la cabeza de ellos vé inmóvil y erguido como un rey..... al Apoto!

¡Su ojo habia sido mas vigilante de lo que sospechaba Arabela!



## CAPITULO XVIII.

## El hombre compone y Dios dispone.

En la noche del mismo día de los acontecimientos que anteceden, se notaba en la aldea de los Caribes un bullicio extraordinario, porque había llegado la noticia de que los Otomacos les declaraban la guerra. El «Una de Aguila» recibió mensajeros que habían llevado el hacha de la guerra, y se ocupaba de transmitir la noticia á las otras aldeas y de preparar los sacrificios.

Una parte de los guerreros se ocupaba en pintarse la cara y las manos con onote. Otra, fijaba en medio de la plaza los palos que debían servir para el martirio en los sacrificios humanos, y el mismo Apoto se fué, acompañado de algunos jefes, á disponer el *trocano*, que es un instrumento que sirve como telégrafo, á los indios del Orinoco, Apure, Meta, Vichada y Rio-Negro. Di-

vididas en distintas hordas que habitan en lo mas espeso de los bosques, muy distantes unas de otras, necesitan estas tribus de señales que se puedan oír á muchas leguas de distancia. Estas señales son los sonidos del botuto y los del trocano, instrumento que consiste en troncos huecos de cierta clase de madera, que golpeados con un palo grueso, provisto de un boton de goma elástica en una de sus extremidades, produce un fuerte sonido que se oye á larga distancia.

La calidad del sonido, y el orden de los golpes, dan á conocer la clase de noticias que se transmiten. Se anuncia la guerra por medio de un sonido especial; el pedido de viveres por otro, y la llegada de extranjeros por otro tambien.

Este telégrafo original puede transmitir noticias, tanto de dia como de noche, y por eso es una arma terrible y peligrosa en manos de estos indios, pues sin que los europeos lo sospechen, pueden ser sorprendidos por varias tribus reunidas, y creer que con una sola tienen que habérselas. (1)

En aquel momento sonó el trocano, llamando á la guerra con los Otomacos á las tribus amigas. Un grito salvaje y lúgubre, articulado por jóvenes y ancianos, y mezclado con alegría, contestaba á aquel llamamiento. Al mismo tiempo se oían alaridos tan terribles, que Arabela y Julia no podían ménos de estremecerse. Luego seguían los preparativos de la fiesta que debía celebrarse al día siguiente. Ya estaban listas siete picotas para el martirio, porque los seis Otomacos y el Padre Acosta, hechos prisioneros por la mañana, debían ser sacrificados á Joloquiama, Espíritu maligno, para reconciliarle.

Arabela y Julia nada sabían de esto; pero temían que

(1) Descripción de los Trocanos, por los dos célebres naturalistas Spix y Martius.

u cediera. La primera estaba tranquila y resignada. Su último rayo de esperanza se había desvanecido. ¿Qué podía esperar de estos terribles salvajes, juntamente con su amiga, sino la muerte después de haber fracasado la fuga? Solo la atormentaba la idea de que el Padre Acosta sufriese la misma suerte, pasando acaso por los mayores tormentos. También Julia estaba resignada. Blanca como el mármol, y puesta de rodillas, procuraba en vano rezar. El terror y su enfermedad la habían casi privado de la facultad de pensar, y solo una idea dominante llenaba su alma, y era la de recibir con humildad el castigo que Dios le había destinado para expiar los crímenes de sus padres. En su choza reinaba un profundo silencio, y estaba más vigilada que antes. Solo penetraban de fuera los alaridos de los salvajes y el grito de guerra.

Repentinamente entró el Apoto, terrible como el dios de la guerra, y pintada de nuevo su cara. Sin embargo, aunque sus facciones eran graves y severas, se notó un sentimiento compasivo en su semblante; pero esta muestra de la debilidad de su corazón, se dejó ver solo instantáneamente, apareciendo luego su gravedad acostumbrada.

—Mis hijas no han oído la voz de su padre, dijo con calma. Ellas han despreciado su protección.

—Que perdone el padre á sus hijas, contestó Arabela con voz muy débil. Ellas aman la libertad y por eso la han buscado.

Siguió una pausa. Era una especie de homenaje de admiración, que el jefe de los salvajes tributaba á la extraordinaria niña; pero siempre venció en él la preocupación innata de un salvaje, y contestó en tono firme, casi imperativo:

—La libertad es para el guerrero, no para la mujer. El padre intenta colocar bien á sus hijas.

—Si tiene un corazón para ellas, que les conceda una súplica, dijo Arabela.

—Está escuchando.

—Que sea su muerte pronta y sin martirio, y que perdone la vida al amigo blanco que intentaba salvarlas.

El Apoto guardó silencio por un momento. Después dijo:

—Las niñas blancas no han de morir.

—Pero ellas desean la muerte, replicó Arabela.

—Guerreros mueren y hombres, cuando llaman el botuto y el trocano..... mueren para calmar la cólera de Joloquiamo..... pero no mujeres.

—Y si buscan la muerte y la desean?

—Ellas vivirán, contestó el Apoto con firmeza, y se adornarán mañana para la fiesta de boda.

—¿Cómo! exclamó Arabela. ¿No estamos consagradas al Gran Espíritu como vehucos?

—Lo habeis estado. Vuestra fuga ha cambiado vuestra posición y aniquilado el brazo del Apoto. El Ojo de Aguila y el Orguloso Cedro están adornando sus chozas. Mañana sereis sus mujeres, y ellos os recibirán en sus brazos.

—¡Jamás! exclamó Arabela con ojos chispeantes.

El Apoto guardó silencio; pero se mostró algo colérico. A una mujer Caribe la habría aniquilado por semejante respuesta, mientras que á Arabela contestó únicamente:

—Las niñas de los Caribes vendrán á adornar á sus hermanas blancas. Mis hijas obedecerán, si no quieren experimentar la cólera de su padre.

Arabela guardó silencio, tranquilizándole la posesión de la flecha envenenada, para el último caso.

Julia ya no tenía voluntad propia, y estaba dispuesta á someterse al sacrificio, viendo en esto la mano de la Providencia que la castigaba.

—¿Y el hombre blanco? preguntó Arabela con el corazón lleno de temor, pues aunque á ella no la arredraba la muerte, sufría horriblemente á causa de la incertidumbre de la suerte de su maestro y fiel amigo.

—Morirá en el palo del martirio, contestó el Apoto algo taciturno.

Entonces se echó Arabela á los piés del anciano, pintándose en sus facciones el horror y la desesperación.... Suplicó ardientemente con las lágrimas en los ojos..... apuró toda su elocuencia..... En vano, el Apoto guardó silencio, y cuando ella esperaba llena de excitación su última palabra, la dijo:

—No hay medio de salvarlo. Ya pertenece á Joloquiama, y los hombres de la guerra, ántes sufrirían la muerte mas ignominiosa, que devolver esta víctima. Que Cachimann, el Bueno y Grande Espíritu, dé consuelo á mi hija.

Dichas estas palabras, que indicaban alguna compasión, salió de la choza.

La mañana siguiente ofreció escenas muy originales. Antes de salir el sol, ya había mucho movimiento en la aldea. Por una parte, se dirigía una procesion de mujeres y niños á la habitacion de Arabela y Julia, y por otra, una multitud de guerreros armados de flecha, pululaba en la plaza, en cuyo centro se hallaban levantados ocho palos de martirio, en los cuales estaban bien asegurados el Padre Acosta y los prisioneros Otomacos, atados de piés y manos, y vigilados por guardias. Los salvajes cautivos, que sabian muy bien la suerte que les esperaba, manifestaban en sus facciones cierta altivez taciturna, mientras que en el rostro digno del Padre Acosta, se notaba un profundo dolor, al mismo tiempo que la resignacion de una alma grande. ¿Qué era para él la muerte, aún la del mayor martirio? ¿No había muerto también su gran maestro, Jesucristo, en los ma-

yores tormentos? Solo la suerte de las dos niñas le inquietaba sobremanera.

Lo que él había podido hacer para salvarlas, había puesto en práctica. Despues de haber sido infructuosos todos los pasos del Gobernador para encontrar á su hermana, se puso en camino el Padre Acosta, para buscar á su amiga, aun por los bosques mas distantes. Cerca de dos meses anduvo por todas partes, sufriendo hambre y sed, calor y cansaheio, sin temer á la serpiente venenosa, ni al sangriento tigre, ni al hacha del Otomaco, ni á la flecha envenenada del Caribe, como tampoco á la sed de sangre de los Tobas, ni á la crueldad de los Payacuas.

Y el cielo le había favorecido. Sabiendo los idiomas de los indios, encontró amigos entre los Otomacos, y con regalos conquistó al Piache, quien por su calidad de médico y hechicero, era considerado entre todas las tribus como una persona sagrada. Este indígena encontró la huella de las niñas: preparó su fuga, y..... las cosas del mundo están en un continuo vaiven y un cambio incesante, y este cambio debe ser la voluntad de Dios, por no haber dado al poder ni á la sabiduría la fuerza necesaria para contenerlo.

El Padre Acosta había hecho cuanto dependia de su arbitrio, y despues de frustrada la fuga, debía ver en su suerte y en la de su discípula una voluntad superior..... Como hombre de Iglesia se sometió á ella; pero no con debilidad, sino con la resignacion de una alma grande.

También Arabela se hallaba tranquila, firme y resuelta, y se había resignado á su suerte; pero no por debilidad como Julia, sino en el sentido de una alma heroica y activa. Sufrió con indiferencia que las horribles mujeres de los Caribes la adornasen para la boda con un salvaje, lo mismo que á Julia; pero Arabela estaba resuelta á que nadie la abrazase, sino la muerte, y á que su último suspiro se mezclase con el del Padre

Acosta. Oyó también con frialdad y desprecio las bur-las de las asquerosas mujeres, que cantando y riendo la rodeaban, porque estaba convencida de que estos seres degradados se gozaban de antemano, en los martirios que la harían sufrir cuando se salieran los guerreros.

Era una cosa sabida, que estos salvajes desnudos, tanto hombres como mujeres, no conocían mayor gozo que ver los martirios de un enemigo; porque lo que son para el hombre civilizado la ópera y demás espectáculos teatrales, es para los habitantes de los bosques vírgenes la vista de un enemigo prisionero, que sufre el más horrible martirio, así como es el mayor adorno del guerrero un gran número de cabelleras quitadas al enemigo. También las ideas de belleza y de goce son muy diferentes entre ellos: los célebres viajeros y naturalistas, Spix y Martius, oyeron vanagloriarse orgullosamente y con alegría, al Miranhas y á su mujer, una grande y bella india, de haber comido carne humana y agradádoles muchísimo.

Las trenzas de Arabela y Julia, fueron adornadas con plumas de papagayo y picazas. También les pusieron, cantando y bañando las indias, collares de dientes de tigre. A todo se manifestaron dóciles, menos á que se les pintase la cara y las manos de encarnado.

Concluido el adorno, les indicaron las mujeres tener que seguirlas á las chozas de los hombres que las esperaban. Julia las siguió silenciosamente, y casi sin conocimiento, mientras que Arabela dirigía su mano al seno, donde tenía oculta la flecha envenenada; pero la retiró luego, erguiéndose orgullosamente..... quería ver por última vez al Padre Acosta, y..... morir á sus piés.

Al fin la comitiva de mujeres se puso en movimiento; pero ¡oh vista horrible! la fiesta de guerra ya había comenzado. Entre alaridos salvajes ejecutaban los hombres sus danzas de guerra en derredor de los palos del martirio, donde ya el tercer Otomaco espiraba bajo los

mas terribles tormentos, sin exhalar la menor queja. Los Caribes le habían quitado la piel en tiras, con cuchillos afilados.

Julia se desmayó: las muchachas caribes la llevaron á la choza del Orguloso Cedro, y Arabela se precipitó á los piés del Padre Acosta. La fiesta se había interrumpido por esta ocurrencia. Un grito furioso resonó entre todos los guerreros, preparando sus arcos..... pero el Apoto, con una señal, les impuso silencio, grave, y solemnemente se acercó á Arabela, puso una mano en sus hombros y dijo:

—¿Por qué interrumpes mi hija la fiesta de los guerreros?

Arabela no contestó. Abrazando los piés de su amigo paternal, su último dolor carecía de palabras.

—Cálmate, hija mia, la dijo el Padre, con dulzura. Es la voluntad del Eterno que yo muera. Vive tú, porque para tí aún hay esperanzas.

Los hermosos ojos de Arabela se dirigieron entonces al Apoto, y le dijo con voz desfallecida como la de un moribundo, aunque con la altivez que le era peculiar:

—Mi padre me dejará sola unos momentos con mi blanco amigo.

En las facciones del anciano jefe se notó cierta compasión, y sin decir una palabra se retiró.

—Padre mio, dijo entonces Arabela en voz baja, no habreis de querer que yo profane á la vez el cuerpo y el alma, trasformándome á la hora de vuestra muerte en la mujer de un salvaje aborrecido.

—Mi hija Arabela es la prometida de Soto, contestó el Padre Acosta con dulzura y lleno de dolor.

—¡Oh! ¿por qué mencionar ese nombre querido en esta hora terrible? exclamó Arabela. Yo amo á Soto y á mi hermano sobre todas las cosas; pero estos últimos momentos de mi vida pertenecen solo á Dios y á mi amigo paternal.



—De manera que tratas de morir, hija mia.  
 —Yo moriré con vos, padre mio.  
 —Si tu honor peligra, no puedo contradecirte.  
 —Llevo en mi seno una punta de flecha envenenada..... ¿puedo yo ante Dios?.....  
 —Si tu honor peligra, y te salvas en el seno del eterno y puro amor..... te perdonará Dios que atentes contra tu existencia.  
 —¿Y la Iglesia?  
 —Te absuelve por mí de todo pecado.  
 —Os doy gracias, mi amado y paternal amigo, exclamó entonces Arabela, abrazando las rodillas del Padre Acosta con delirio; y os las doy muy expresitas por los innumerables bienes que me habeis hecho durante mi vida, y..... ¡adios..... para siempre!  
 Siguió una pausa..... dos corazones se despedazaban por el dolor de la separacion.  
 Entonces levantó Arabela su mano derecha lentamente y con precaucion, hácia el lugar donde tenia oculta la punta de flecha.....  
 Repentinamente se oyeron como truenos sobre las cabezas de los que se hallaban en la plaza. De veinte á treinta Caribes caian traspasados de flechas y bálas.  
 —¡Justo Dios! exclamó el Padre Acosta. ¡Arabela, detente!..... ¡Humboldt!... ¡Benpland!... ¡Soto!...  
 Arabela dió un grito tan penetrante, como si le hubieran sepultado un puñal en el pecho. Llevó ambas manos á su helada frente, y..... cayó sin sentido.  
 Entre tanto, se habia empeñado una terrible lucha: mas de trescientos Otomacos, guiados por el Piache, y acompañados de Humboldt y sus amigos (á quienes el Breviario encontrado por casualidad y los informes del Piache, hicieron descubrir el paradero del Padre Acosta y de las niñas), lograron sorprender á los Caribes.  
 El Apoto y sus hijos, á la cabeza de los guerreros mas valientes, luchaban como leones. En vano.....

tenian que sucumbir al mayor número. Tendidos sobre un monton de cadáveres exhalaban su último suspiro.

Entre tanto, el Piache desató al Padre Acosta y Arabela, la valerosa niña, se arrojó llorando á los brazos de Soto, sin poder proferir una palabra, sucediendo á éste otro tanto.

Pero Humboldt y Bonpland, apoyados en sus armas de fuego, derramaban lágrimas de gozo y alegría, exclamando el primero.

—¡Qué desenlace tan maravilloso! Estábamos llenos de mal humor cuando la sospecha pueril de hombres escasos de inteligencia, nos obligó á retroceder desde la frontera de las posesiones portuguesas..... y ahora..... ¿qué sería de todos nosotros sin este aparente contra-tiempo?

Y en el interior de los dos amigos resonaba el adagio: «el hombre compone, y Dios dispone.»



CAPITULO XIX.

Desenlace.

La magnífica casa de campo del Gobernador de Variñas en San Fernando de Apure, ostentaba un brillo festivo y extraordinario, y nada se había omitido para imprimir á este hermoso sitio el sello de la belleza mas espléndida, tanto en su interior como en su exterior. Los aposentos se hallaban adornados con las mas hermosas y esquisitas plantas, transformándose así en pequeños bosques de odoríferas flores; aves de las especies mas raras se veían en hermosísimas jaulas; entre aquellas los dos papagayos favoritos de Arabela.

Algunos pequeños monos, entre los cuales se hallaba Titi, el antiguo amigo de la casa, se manifestaban muy alegres, como si conocieran la significacion de la fiesta, que en aquel dia se iba á celebrar.

En efecto, la hermosa y amable Arabela, hermana del Gobernador, que habia vuelto felizmente de su cautiverio de entre los Caribes, iba á celebrar su enlace matrimonial con el jóven Soto.

Nada hay en las peripecias de la vida que impresionas, que el aspecto de un sér femenino y delicado luchando como un héroe con la desgracia. Cada golpe, cada dolor, es mas sensible para la mujer que para el hombre; pero la primera, cuando es de alma grande, se asemeja á uno de esos árboles de la India, que inclinando sus ramas hasta la raíz, impelidas por una horrible tempestad, se levantan luego orgullosamente; así la mujer, despues de haber sido agobiada con el enorme peso del infortunio, hace un esfuerzo supremo, ayudada de su espíritu enérgico, y vuelve á erguirse como si nada le hubiera acontecido.

Arabela habia probado que no siempre se puede llamar débil á su sexo, á no ser que se trate solamente de su parte física; pero si se entiende por fuerza varonil la paciencia, la energía de alma y una voluntad firme y decidida, entónces muchas mujeres han sobrepujado á los hombres en este respecto.

Jóvenes que como Arabela han visto la muerte voluntariamente y cara á cara, tienen doble derecho á una vida larga y feliz.

El Gobernador habia hecho trasformar uno de los cuartos de la casa en capilla, y allí tuvo lugar la ceremonia nupcial. Arabela, cubierta con un magnífico traje de raso blanco, y envuelta en un finísimo velo del mismo color, que cual nube vaporosa pendía de su cabeza, adornada con la virginal corona de mirtos, parecia mas hechicera que nunca, al lado del gallardo jóven Soto, vestido con el riguroso uniforme de capitán del ejército español. Junto á ella, con vestido tambien blanco, y cubierta la cara con un denso velo, estaba Julia, arrodillada, siendo aquella la primera vez que de-

aba su aposento inmediato al de Arabela. Desde la fiesta de la boda forzada en el campo de los Caribes, se hallaba poseída de melancolía, y solo en la oración encontraba alivio.

El Gobernador, Humboldt y Bonpland, D. Juan de Reinaga y D. Antonio Enriquez, así como una multitud de hacendados de los alrededores, de empleados del Gobierno y de habitantes de San Fernando, presenciaban la augusta ceremonia, en la cual el Padre Acosta predicó un sermón bastante elocuente, cuyas palabras procedían de los sentimientos más íntimos de su corazón, relativamente á la fuerza de un verdadero amor. Manifestó que este amor reposaba en una alma infantil, pero fuerte. Habló del amor como de un eterno conciliador entre lo divino y lo humano, y expuso que este mismo amor tomaba bajo su égida á la humanidad, dejándola descansar de todas las luchas, heridas y cicatrices, que ocasiona la vida al individuo, y de que al fin salía como una mariposa de todas sus metamorfosis, á las regiones doradas de la felicidad.

Estas palabras causaron una profunda impresión en Arabela, que rebozaba de felicidad, dando fervientes gracias al Eterno por haberla salvado de las manos de los indios.

Concluida la ceremonia, se arrojó Arabela en los brazos de su joven esposo.

El júbilo y la alegría dominaban en toda la casa, y esta alegría era tanto más sincera y desinteresada, cuanto que ninguno de los concurrentes podía negar la admiración que se conquistó Arabela por su heroico comportamiento en su cautiverio.

Solamente una persona se echaba de ménos en aquella reunión; ésta era Julia. El Padre Acosta, que fué el primero que notó la ausencia de esta joven, presumiendo que podía haberse quedado en la capilla, se dirigió á ella, donde la encontró en efecto, arrodillada delante del

altar, en fervorosa devoción, descansando su cabeza en un pequeño costalito que ella misma había relleno con..... ceniza del montón de los escombros, de lo que se llamaba antes «El Diamante.»

—Hija mía, le dijo el Padre Acosta, acercándose á la desgraciada y reprimiendo una lágrima que asomó á sus ojos: todo tiene su época y medida; también el dolor.

Julia no se movió. Luego contestó en voz baja:

—Reverendo Padre, mi cabeza descansa sobre cenizas, y mi dolor no habrá colmado la medida, sino hasta que yo también me haya convertido en polvo.

—¡No! contestó el hombre de la Iglesia. Dios es el amor; el amor es justo, y no deja sufrir á la inocencia por culpa de otros.

Siguió una pausa. Luego continuó el Padre Acosta con una dulzura que expresaba á la vez la profunda compasión que le inspiraba:

—Dios es el Padre de todos nosotros, y como tal, la sabiduría, la justicia, la bondad y la misericordia personificadas. Eleva, pues, tu alma, hija mía, porque bien puedes erguir tu frente.

—Mi vida, Reverendo Padre, será la penitencia; mi mundo.....

—Nada de precipitaciones, le interrumpió el Padre. Julia levantó la cabeza. El Padre Acosta se estremeció. ¡Cuánto habían destruido el dolor, los padecimientos y el espanto, la flor de su juventud!

En sus facciones se leía la abnegación, y..... la paz en la tumba.

—Tengo que hacer una súplica, dijo Julia siempre arrodillada.

—Levántate, hija mía, le suplicó el Padre.

—Mi apellido es Sanchez, contestó la niña en tono lúgubre, y esta ceniza es del Diamante. Llévame, pues, si es posible á un convento.

—Posible es, contestó el Padre, con dulzura: pero, ¿por qué renunciar al mundo? El tiempo cura todas las heridas. El producto de tus posesiones, hija mía....

—Es un caudal, lo sé, dijo Julia; pero me estremezco solo al pensar que esta fortuna está manchada de sangre, y además..... he renunciado á la vida..... no despedacéis mi corazón negándoos á mi súplica.

—De ninguna manera. Si la paz de tu corazón depende de este paso.....

—¡Sí!

—¿Y cuál convento eliges? preguntó tristemente el Padre Acosta.

—El de las Penitentes de la Cruz de Varinas.

El Padre se estremeció.

—Las reglas son muy severas, y las penitencias muy rigurosas.

—Y dulce es la paz que proporciona la conciencia de la contrición, dijo Julia, volviendo á reclinar la cabeza sobre el costalito de ceniza. Hago donación de los restos del «Diamante» al convento que me reciba. ¿Me llevaréis pues, á Varinas, al Convento de Las Penitentes?

El Padre Acosta consintió, convencido de que este corazón traspasado de dolor y lleno de escrúpulos de conciencia, encontraría la paz solamente de este modo.

En efecto, al siguiente día partió en silencio á Varinas, llevándose á Julia al convento que había elegido como asilo, por el resto de su vida.

Pero también para Humboldt y Bonpland había llegado el momento de la separación de su amable y fiel amigo el joven Soto, y la efectuaban de buen humor, al ver tan feliz á su amigo.

Por lo que respecta á Bonpland, no envidió la felicidad de los dos jóvenes; pero ella le recordaba á su amada Nunn, que había dejado en Guayana, cuya circunspectancia contribuyó á que desease con ansia su partida.

Se separaron pues los dos naturalistas de la compañía del joven Soto, del Gobernador y de la amable Arabela, cuyo agradecimiento no conocía límites, y al partir recibieron las mayores muestras de estimación y simpatías.

Jamás olvidaron Humboldt y Bonpland los felices días que pasaron en San Fernando de Apure, ni el magnífico viaje en unión de Soto, ni el venturoso rescate de las dos niñas cautivas, ni las horas divertidas en la boda de Arabela.

Ambos llevaban en su corazón la conciencia de haber hecho grandes é importantes cosas en favor de las ciencias naturales.

Ultimamente habían visto los dos célebres brazos del Orinoco, que hacían una fuerte impresión en ellos al contemplarlos en el punto donde se separan, y donde sobresalen rocas de granito, de una altura de siete mil ochocientos pies.

Allí fué donde Alejandro de Humboldt reunió materiales importantes y esplicaciones instructivas, para la formación de una hidrografía comparativa.

La relación de sus descubrimientos y observaciones en el Orinoco, Apure, Atabapo, Rio-Negro y Caciquiare, forma una parte integrante de la historia de las ciencias naturales. Allí explica las proporciones físicas del suelo, comparando los fenómenos idénticos del Mundo antiguo y los de la América del Sur, abriendo á la ciencia una vista importante sobre la analogía de las formas naturales y las leyes dominantes de nuestro globo, así como de sus manantiales de agua.

Después de una navegación de cerca de tres meses, en que los viajeros habían recorrido en una ligera espora mas de quinientas leguas, por los cinco grandes ríos antes mencionados, bajo un ardiente cielo, arrojando grandes peligros casi diariamente, y mortificados por la terrible plaga de los insectos, arribaron al fin, á media-

dos de Junio de 1800, á la ciudad de Angostura, capital de la provincia de la Guayana, donde fueron bien recibidos por el Gobernador.

Pero las penalidades porque pasaron habian debilitado sus fuerzas de tal manera, que Humboldt tuvo que detenerse un mes en Angostura, á causa de una fiebre maligna que lo postró en cama. Tambien el estado sanitario de Bonpland inspiraba sérios temores; pero al fin restablecidos ambos de sus enfermedades, emprendieron su marcha para Cumana. Bonpland, para ver á su prometida, y Humboldt con nuevos proyectos de accion en provecho de las ciencias, que consistian principalmente en ir desde Cumana á la isla de Cuba, y de allí á México. A la investigacion científica de la Nueva-España, se propuso dedicar todo un año. Concluido este viaje, intentaban los dos amigos visitar las Islas Filipinas, poco conocidas entónces, y al fin, despues del enlace de Bonpland con Nunu, volverse á Europa.

Estos eran sus proyectos; pero en el libro del Destino estaba escrito de otro modo.

FIN DEL TOMO CUARTO, Y DE LA SEGUNDA SECCION.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

### DE LA SEGUNDA PARTE DE LA SEGUNDA SECCION. HUMBOLDT Y BONPLAND.

<u>Cap.</u>		<u>Pág.</u>
Cap. I.	Catástrofe en cincuenta se- gundos.....	9
Cap. II.	Ascension al Cerro de la Silla.....	17
Cap. III.	Agar en el Desierto.....	35
Cap. IV.	Un sér encantador.....	54
Cap. V.	El señorito Tití.....	74
Cap. VI.	La vida de los esclavos.....	84
Cap. VII.	D. Ignacio y sus hijas.....	105
Cap. VIII.	Sobre el Orinoco.....	133
Cap. IX.	Una noche de terror.....	147

dos de Junio de 1800, á la ciudad de Angostura, capital de la provincia de la Guayana, donde fueron bien recibidos por el Gobernador.

Pero las penalidades porque pasaron habian debilitado sus fuerzas de tal manera, que Humboldt tuvo que detenerse un mes en Angostura, á causa de una fiebre maligna que lo postró en cama. Tambien el estado sanitario de Bonpland inspiraba sérios temores; pero al fin restablecidos ambos de sus enfermedades, emprendieron su marcha para Cumana. Bonpland, para ver á su prometida, y Humboldt con nuevos proyectos de accion en provecho de las ciencias, que consistian principalmente en ir desde Cumana á la isla de Cuba, y de allí á México. A la investigacion científica de la Nueva-España, se propuso dedicar todo un año. Concluido este viaje, intentaban los dos amigos visitar las Islas Filipinas, poco conocidas entónces, y al fin, despues del enlace de Bonpland con Nunu, volverse á Europa.

Estos eran sus proyectos; pero en el libro del Destino estaba escrito de otro modo.

FIN DEL TOMO CUARTO, Y DE LA SEGUNDA SECCION.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

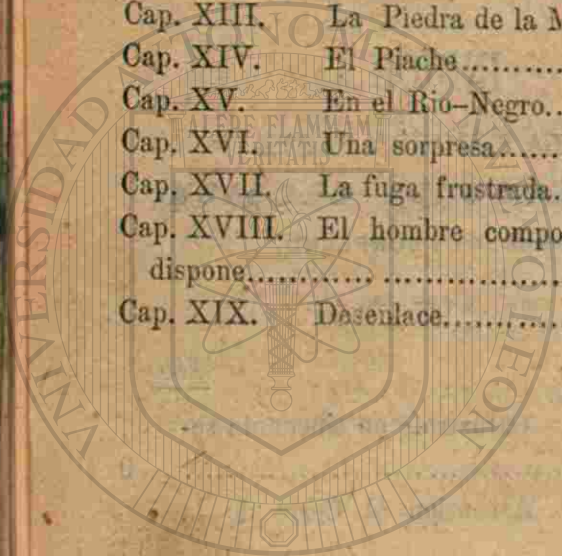
## INDICE

### DE LA SEGUNDA PARTE DE LA SEGUNDA SECCION. HUMBOLDT Y BONPLAND.

<u>Cap.</u>		<u>Pág.</u>
Cap. I.	Catástrofe en cincuenta se- gundos.....	9
Cap. II.	Ascension al Cerro de la Silla.....	17
Cap. III.	Agar en el Desierto.....	35
Cap. IV.	Un sér encantador.....	54
Cap. V.	El señorito Tití.....	74
Cap. VI.	La vida de los esclavos.....	84
Cap. VII.	D. Ignacio y sus hijas.....	105
Cap. VIII.	Sobre el Orinoco.....	133
Cap. IX.	Una noche de terror.....	147

INDICE.

<u>Cap.</u>		<u>Pág.</u>
Cap. X.	Las cataratas de Maypures y la gruta de Aruipe.....	165
Cap. XI.	Entre los Caribes.....	176
Cap. XII.	El país de Jauja.....	204
Cap. XIII.	La Piedra de la Madre.....	219
Cap. XIV.	El Piache.....	222
Cap. XV.	En el Rio-Negro.....	238
Cap. XVI.	Una sorpresa.....	257
Cap. XVII.	La fuga frustrada.....	265
Cap. XVIII.	El hombre compone y Dios dispone.....	270
Cap. XIX.	Dasenlace.....	280



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



